

# el programa comunista

---

**ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL**

---

## EN ESTE NÚMERO

- **Presentación** **1**
- **Las revueltas en países árabes y el imperialismo** **3**
- **Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase** **12**
- **León Trotsky:  
Informe sobre la crisis económica mundial  
y las tareas de la Internacional Comunista** **17**
- **La «cuestión china»** **19**
- **Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga** **36**
- **El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista  
(1921-1924) - (1)**  
*(Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia,  
del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)* **39**

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

## EL PROGRAMA COMUNISTA

Órgano del Partido Comunista Internacional

### ADMINISTRACIÓN Y DIFUSIÓN

Programme

B.P. 57428

69347 Lyon Cedex 07- France

**Precio del ejemplar:** 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

*Pago con giro postal al Sr. **DESSUS**, a la dirección : «Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07 - Francia»*

### CORRESPONDENCIA

**España:** Apdo. Correos 40184 - 28080 Madrid  
**Italia :** Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano  
**Francia :** Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07  
**Suiza :** Editions programme - Ch. de la Roche 3  
1020 Renens

### E-MAIL

**elprogramacomunista@pcint.org**  
**leproletaire@pcint.org**  
**ilcomunista@pcint.org**  
**proletarian@pcint.org**

*El sitio Internet del partido comunista internacional*

**www.pcint.org**

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!**

#### - Il comunista -

Periódico bimestral

**Precio del ejemplar:** 1 €; £ 1; 5FS; **Suscripción:** 8 €; £ 6; 25 FS;  
**Suscripción de solidaridad:** 16 €; £ 12; 50 FS.

#### - Le prolétaire -

Periódico bimestral

**Precio del ejemplar:** 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS;  
1'500 CFA. **Suscripción de solidaridad :** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

#### - Programme communiste -

Revista teórica

**Precio del ejemplar:** : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2;  
USA y Cdn: US\$ 4 **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares.  
**Suscripción de solidaridad:** 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina:  
US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

#### - Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»

**Precio del ejemplar:** 1 €, £ 1, 3 CHF.

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.  
Acabado de imprimir en Septiembre de 2011

# Presentación

Este número de nuestra revista sale con bastante retardo, en gran parte porque nuestras fuerzas productivas son aún muy débiles, y no damos abasto para realizar las diversas tareas que exige una organización de ambiciones políticas internacionales dentro de una lucha centrada, a pesar de ser extremadamente pequeña, en la perspectiva del «Partido Comunista Mundial».

Esta vez, hemos escogido dos temas centrales: «La cuestión china» y «El Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista», en los cuales se encuentra muy presente nuestra profunda crítica a las fuerzas objetivamente contrarrevolucionarias, es decir todas aquellas fuerzas sociales y políticas que en situaciones desfavorables juegan un papel relevante y necesario para la continuación de la explotación capitalista, y que representan en momentos de relativa calma social una verdadera capitalización de energías sociales destinadas a los momentos cruciales, de recursos acumulados que la sociedad burguesa deberá empeñar para desviar las luchas del proletariado en un primer momento, y después, cuando ya no basten estas fuerzas oportunistas en su tarea de obstaculizar la lucha abierta, hacer frente y responder de manera sangrienta a las venideras oleadas revolucionarias del proletariado mundial quien, a fuerza de golpes y traumas sociales (misericordia y guerra crecientes) habrá despertado y comenzado a asumir su verdadero y tantas veces postergado rol histórico de sepulturero del capitalismo.

En el artículo que publicamos, situado en el momento en que surgen abiertamente los siniestros escuadrones de Mussolini, vemos al joven Partido Comunista de Italia, guiado por la Izquierda comunista a la cabeza del periódico «Il Soviet», en el fuego de la acción tanto política como teórica (e incluso militar), en su lucha contra el fascismo y sobre todo contra sus cóm-

plices pasados y presentes.

En efecto, como siempre ha sostenido el partido a través de sus reuniones generales, su prensa y sus textos, el proletariado en Italia que se había lanzado a la lucha revolucionaria inmediatamente después de terminada la primera guerra mundial, fue primero desvitalizado y profundamente desviado por las corrientes del reformismo tradicional y el maximalismo, y después, no obstante el esfuerzo supremo de la Izquierda comunista y del Partido Comunista de Italia recién constituido para dar una sólida y segura guía revolucionaria, fue atacado, dispersado y finalmente batido por el fascismo apoyado, protegido y armado por los gobiernos burgueses democráticos. Es correcto lo que decía Angelo Tasca, convertido después a la socialdemocracia, que «no es el fascismo el que ha vencido a la revolución, sino la inconsistencia de la revolución la que ha provocado el auge del fascismo» (1). En Italia, la revolución jamás vio la luz y fue preventivamente derrotada en todos los campos y llevada hasta el baño de sangre por la burguesía dominante, quien logró combinar exitosamente las diferentes fuerzas de la conservación contra el proletariado: el reformismo parlamentario y gradualista, el maximalismo de las grandes frases y de las «armas a la mano» y la democracia. Sólo después que la obra disgregadora de estas fuerzas, que permitieron a la clase dominante burguesa recuperarse de la desorientación que había provocado la lucha clasista y revolucionaria del proletariado italiano, logrando reorganizar sus propias fuerzas, **es que llega el mazazo del fascismo.** Sucederá, pues, lo que temía la Izquierda Comunista de Italia y que advertía la Internacional, al final del II° Congreso de 1920, dirigiéndose al Partido Socialista italiano: «Para todos es evidente que hoy la burguesía italiana no es tan potente como hace un año. Esta organiza

febrilmente sus fuerzas y se arma. Por otra parte, trata de desmoralizar al proletariado italiano utilizando a los reformistas. El peligro es grande. Dejad que la burguesía italiana recupere un poco más de fuerza y muy pronto os mostrará los dientes» (2)

Fuera de nuestras publicaciones, que sólo tienen un radio de acción bastante limitado, lo poquísimo que se conoce del Partido Comunista de Italia fundado y dirigido en sus primeros tres años por la corriente de Izquierda, y cuyo representante más coherente fue Amadeo Bordiga, son las acusaciones de Lenin de «infantilismo de izquierda» (3), es decir, contra el más que circunstanciado abstencionismo en Occidente y la ruptura de la Izquierda Comunista con el viejo y nauseabundo Partido Socialista de Italia – ¡las pocas y confusas líneas que aparecen en la literatura estalinista, que hacen referencia a la época de la fundación de nuestro partido, salen por lo general como pie de página, y casi a escondidas!

Pero no solamente por ello, este texto esclarecedor en torno a la ofensiva fascista en Italia resulta desde todo punto de vista un texto matriz, sino porque además desperta la curiosidad por otros aspectos de la lucha de clase proletaria, y el entusiasmo por conocer mejor a nuestro Partido con un perfil cincelado en la realidad; tan es así que debiera ser de lectura obligada, como primer paso en la formación de nuestros militantes; y más allá para aquellos que quieran darse una idea histórica, doctrinal y teórica a la vez, del alcance e importancia que ha tenido, tiene y tendrá en estos y los próximos tiempos, el aporte de la Izquierda italiana o, mejor dicho, la Izquierda Comunista en Italia, en su incesante lucha por una mayor demarcación y acentuación de los rasgos característicos e invariantes de la teoría marxista. En resumen, es un texto que sin ser su intención primera, está dirigido a las actuales

y venideras generaciones de proletarios, con hambre de aprender y saber, que asuman a consciencia cómo y cuánto vale la pena arriesgar el pellejo luchando por una sociedad humana y placentera digna de ese nombre: la sociedad comunista.

En la misma óptica hemos propuesto la primera parte de un largo artículo sobre la China revolucionaria de comienzos del siglo XX, cuya primera parte publicamos en este número. La «cuestión china», particularmente la masacre de Shanghai en 1927, nos ayuda de manera extraordinaria a comprender y a ver con particular claridad el rol que ha jugado el estalinismo como factor contrarrevolucionario en el desvío de todas las fuerzas insurreccionales del proletariado hacia intereses que no eran exactamente los suyos, precisamente en momentos cruciales en que la batalla mundial (la última para la época) contra el capitalismo estallaba con mayor ímpetu y estaba preñada de las oportunidades gigantescas que la historia ofrecía a la revolución mundial proletaria. Pero, una vez que la Internacional Comunista fue despojada de su dirección proletaria y revolucionaria y de los principios y tácticas con que fue puesta en pie, la suerte de este hito histórico estaba echada, la «traición» del Kuomintang era inevitable, las matanzas de proletarios chinos apenas comenzaban. No obstante, nos hace pensar en la posibilidad que se le abría a la I.C. para coordinar el apoyo del P.C. chino y de la Internacional a la insurrección de Shanghai, ligándola internacionalmente con la gigantesca huelga general en Inglaterra; ambas estallaban casi al unísono en cada extremo del continente euroasiático, lo que pudo haber afianzado la lucha de clase por la toma directa del Poder en China, y asestar un duro golpe a los imperialistas, ingleses en particular, y otorgar a la lucha revolucionaria de los pueblos colonizados un rango de primera importancia, acrecentando las posibilidades de victoria del proletariado inglés y reavivando la llama de la insurrección proletaria en toda Europa. En fin, recuperando para la bandera de la Internacional, el color rojo que la caracterizó en vida de Lenin.

ADDENDA

Desde que comenzó este siglo, ha sido mucha la información que

ha salido a la luz pública para un número creciente de lectores que buscan otras fuentes «alternativas» a la información «oficial», etc. Ahora, con la llegada de Internet, la profusión de la información (y la desinformación) se ha hecho gigantesca, anárquica y confusa; simple continuación del reflejo o vitrina inalterable de la sociedad capitalista en lo que respecta a la velocidad de circulación, producción, distribución de todo cuanto se produce en la sociedad burguesa, la cual somete a su visión y perspectiva comerciales todo el trabajo humano. En tal sentido nuestros lectores pueden hacerse una disciplina de ir a nuestro sitio (www.pcint.org) y reavivar toda la información necesaria para una mayor comprensión de nuestras posiciones políticas de ayer y nuestras tomas de posición y diversos textos de hoy. Debido a la fragilidad de los actuales soportes informáticos, recomendamos la suscripción y los pedidos particulares en papel, que sigue siendo un soporte más seguro y con mucha más garantía que los actuales y modernos medios de transmisión cibernéticos con sus frenéticas ca-

llejuelas electrónicas: una sola biblioteca en un barrio puede tardar mucho en arder, pero basta con apretar un botón, desde los centros de control de Internet, para que millones de bibliotecas digitales de todo el planeta desaparezcan en milésimas de segundo...

(1) C.f. A. Tasca, «Naissance du fascisme. Dès l'Italie de l'armistice à la marche sur Rome», Ed. Gallimard. Citado por «Cahiers du CER-MTRI, n° 114, p. 59, septiembre 2004.

(2) Las críticas que hace Lenin a nuestra corriente, por lo general, son utilizadas por las fuerzas anti-revolucionarias, si no fuera de su contexto por lo menos tergiversadas y vaciadas de su contenido doctrinal y de principios; es decir, con toda la mala fe posible. A este respecto, recomendamos en particular la lectura de nuestro texto «La Maladie infantile», condamnation des futurs renégats (sur la brochure de Lénine «La maladie infantile du communisme») que pueden pedir para su envío a Programme.

Suplemento N° 13 al N° 48 de «el programa comunista» Marzo de 2011 - Somario

Precio: Europa: 1 € . América del Norte: US \$ 1. América Latina: US \$ 0,5

•• Túnez, Argelia, Egipto, Lybie... Las movilizaciones de masas, nacidas del descontento generalizado por la crisis económica pero prisioneras de las ilusiones democráticas, nacionales y pacifistas, hacen caer a cualquier gobernante pero no cambian el curso del dominio capitalista y de las maniobras imperialistas que temen, únicamente, una cosa: la lucha de clase proletaria, independiente e internacionalista •• El capitalismo promete «años de sufrimiento» a los proletarios •• Elecciones. Sólo si rompe con la mistificación democrática podrá el proletariado reanudar el camino de la lucha clasista por sus intereses inmediatos e históricos •• La militarización de los controladores aéreos muestra el destino que la burguesía española prepara al resto de los proletarios. El estado de alarma es el modo de imponer las reformas antiobreras si alguno se resiste a ellas •• Del «Fiat Lux» (Hágase la luz) al FIAT IVECO. ¡La única «FE» de la burguesía es el dinero! •• Reivindicaciones de clase en torno a las que el proletariado se organiza en defensa exclusiva de

sus propios intereses •• Retomar la huelga como arma de lucha proletaria contra la utilización oportunista, claudicante y conciliadora con el Estado y los patrones que hacen de ella los sindicatos amarillos •• ¡No a la intervención militar imperialista en Libia!

el programa comunista
ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL
Suplemento N° 13 al N° 48 del programa comunista
Túnez, Argelia, Egipto, Libia...
Las movilizaciones de masas, nacidas del descontento generalizado por la crisis económica pero prisioneras de las ilusiones democráticas, nacionales y pacifistas, hacen caer a cualquier gobernante pero no cambian el curso del dominio capitalista y de las maniobras imperialistas que temen, únicamente, una cosa: la lucha de clase proletaria, independiente e internacionalista
EL CAPITALISMO PROMETE «AÑOS DE SUFRIMIENTO» A LOS PROLETARIOS
REANUDACIÓN ECONÓMICA
DESPUÉS DE LA CRISIS
EL ESTADO DE ALARMA
EL FIAT IVECO
REIVINDICACIONES DE CLASE EN TORNO A LAS QUE EL PROLETARIADO SE ORGANIZA EN DEFENSA EXCLUSIVA DE

# Las revueltas en países árabes y el imperialismo

1. Las revueltas de las masas proletarias y campesinas que desde diciembre de 2010, y, en particular, desde el inicio del 2011, están sacudiendo los países del Norte de África y del Medio Oriente son indudablemente la consecuencia de la crisis económica general del capitalismo que ha producido en estos países un aumento de los precios de los artículos de primera necesidad hasta tal punto de volver imposible para estas masas la misma supervivencia.

2. Ya en los decenios precedentes, ya en un país, ya en otro, ha habido turbulencias sociales siempre por el mismo motivo, pero nunca de las dimensiones y con la fuerza contagiosa de las actuales revueltas. Basta pensar que Túnez, donde se formó el primer sindicato obrero africano, la UGTT, fue sacudido en los años 1975-1977 por grandes huelgas y violentos enfrentamientos que, por primera vez desde la independencia, pusieron a prueba, al gobierno «socialista» de Bourghiba hasta el punto de inducirlo, con la preciosa ayuda del imperialismo francés, a más que triplicar los recursos financieros para la policía y el ejército. En la primavera de 1984 otra ola de huelgas fue reprimida con condenas para los arrestados que iban desde los cinco a los treinta años de prisión, pero esto no logró acabar con el movimiento huelguista que se reanudó el año siguiente: no modificó, por otro lado, la actitud colaboracionista de la UGTT, que suscribió un acuerdo con el gobierno para «desarrollar un clima de concordia y patriótico» con el fin de que «el recurso a la huelga no se efectúe sino después de agotar el diálogo a todos los niveles»(1) El despotismo social, combinado con la represión preventiva de cualquier huelga en el que ha colaborado la UGTT, ha logrado sofocar cualquier tentativa de protesta obrera; pero, desde la primavera del 2008, frente al aumento hiperbólico de los precios de los géneros alimentarios y a la cada vez más difusa desocupación juvenil, la «revuelta del pan» vuelve a escena registrando enfrentamientos violentísimos con la policía, hasta llegar a los de 2009 en la cuenca de Gafsa, vecina a Redeyef, a las minas de fosfatos, donde la policía llega a disparar al cuerpo y que preparan las revueltas de los meses pasados.

En los mismos años setenta, en Egipto, país económicamente destruido a causa de la guerra con Israel, estallan auténticos motines proletarios, como aquellos de enero de 1975, saliendo a escena en 1977 (2) como protagonistas los campesinos pobres y los obreros, para hacer frente a un alza de los precios de los artículos de primera necesidad y a la supresión de las subvenciones estatales al consumo primario. Comisarías de policía, locales nocturnos, medios de transporte, bancos, residencias de lujo, etc. que eran símbolos del poder y de la opresión burguesa del joven y voraz capitalismo egipcio, fueron incendiados por las masas que se rebelaban con rabia contra el hambre, la miseria, la desocupación, la corrupción, los privilegios de una clase dominante que ostenta poder y riqueza. Decenas de muertos, miles

de heridos, arrestados, torturados, sofocaron al movimiento obrero egipcio, pero sólo temporalmente, porque en los años sucesivos la agitación social obrera continuó, aunque aislada y sin las características de los violentos motines precedentes. En el inicio de los años cincuenta la población egipcia contaba con poco más de 20 millones de habitantes, al inicio de los años setenta contaba ya con más de 50 millones y hoy llega a los 80 millones. La mayor parte de se encuentra formada por proletarios y campesinos a los que el régimen burgués que vino después de la independencia —necesitado de acelerar al máximo el desarrollo capitalista del país y la acumulación de beneficios que, en cuotas siempre mayores, eran devorados por el FMI (es decir, por los imperialismos occidentales que sostenían al régimen)— ha hecho precipitarse en condiciones de supervivencia cada vez más intolerables: a las crisis cíclicas del capitalismo se unían condiciones de explotación cada vez más bestiales, peores que aquellas que sufren los proletarios de los países más industrializados.

Del 2004 al 2010, Egipto ha conocido un larguísimo periodo de agitación proletaria, luchas, huelgas, ocupaciones, tentativas de organización inmediata clasista fuera y contra los sindicatos oficiales controlados por el Estado, enfrentamientos con la policía, etc. Las cuencas industriales más grandes se encuentran al Norte, sobre el Delta del Nilo, junto a Alejandría: Kafr Dawar y Ghazl el Mahallah y, después, Porto Said y Suez; aquí se sitúan las fábricas más grandes de Egipto, como el gigante textil Misr Spinning and Weaving Co. La crisis capitalista, generada hacia finales del 2007 por el crack bursátil y financiero inmobiliario americano ha provocado un ulterior aumento de los precios de los productos alimenticios primarios (pan, arroz, azúcar, harina, carne) haciendo precipitarse las condiciones cada vez peores de la mayor parte de la masas proletaria y campesina pobre. Para enfrentarse a la cólera proletaria, que golpeaba a oleadas desde 2004, y desde diciembre de 2006 con una fuerza cada vez mayor, los gobernantes de El Cairo han continuado haciendo promesas de cualquier tipo, manteniendo algunas por fuerza pero siempre en una mínima medida ya sea en lo referido al aumento de los salarios, de tolerancia hacia los comités de huelga y a las varias organizaciones de lucha de los proletarios. Y, como siempre sucede, sobre la onda de las grandes agitaciones obreras, se movilizan también los otros estratos sociales de la pequeña y mediana burguesía llevando al seno del movimiento de lucha general la protesta por sus propias reivindicaciones políticas inherentes, en general, a las reformas democráticas. Se aprovecha también los hermanos musulmanes, radicados en la clase media (abogados, ingenieros, médicos, farmacéuticos...) que desde el 2007, intervienen con éxito en los sindicatos locales. La presión de las masas proletarias deviene sin embargo más fuerte; no logran diluirlas ni las concesiones económicas, por otro lado muy lejanas de las reivindicaciones obreras, ni las intimidaciones y los despidos, ni los

arrestos y la represión dirigida contra los obreros más combativos y activos en los nuevos organismos de lucha nacidos fuera de la Federación Nacional de sindicatos que siempre ha estado controlada por el régimen de Hosni Mubarak. Y tal presión ha provocado, por ejemplo en enero de 2008, la movilización también de los funcionarios estatales, que siempre han tenido algunas garantías más que los empleados en las empresas privadas, pero que, en aquella ocasión coordinaron su agitación con los obreros de las grandes fábricas textiles. Los partidos de la oposición, siempre dispuestos a representar el papel de bomberos sociales, no podían sino hacerse promotores de las reivindicaciones democráticas que parecían contener en una solución «política» las peticiones a nivel económico planteadas por los numerosos obreros en huelga, generalmente no coordinados entre ellos. En ausencia de una guía política de clase, que sólo un partido comunista marxista puede dar, resulta inevitable que el movimiento de lucha de las masas proletarias y de campesinos pobres sea canalizado por las reivindicaciones clásicas de la pequeña y mediana burguesía: la democracia, como panacea de todos los males de la sociedad, como cura de todos los males... Es por tanto, el gran movimiento de revuelta de las masas proletarias y proletarizadas el que ha echado del trono al clan de la familia Mubarak, sin embargo teniendo raíces materiales muy fuertes en los movimientos de lucha de los años pasados, una vez encauzado por la vía de un ilusorio e impotente «cambio democrático» ha quedado bajo el control del ejército que ha demostrado, una vez más, ser el verdadero pilar del orden constituido en Egipto. Si bien el ejército egipcio ha sido desde la «revolución nasseriana» de 1952 la auténtica fuerza compacta y dominante del país, parece que hoy frente a la formidable presión del movimiento de revuelta de estos primeros meses del 2011, muestra grietas a través de las cuales se desarrollan enfrentamientos de intereses entre las diversas facciones burguesas que se disputan el próximo régimen político, enfrentamiento en el cual tiene un enorme peso la política imperialista americana.

3. La situación de grandísima miseria que atenaza a la gran mayoría de la población en todos los países de esta inmensa área ha llevado a niveles de ruptura social tales que ha bastado poco para incendiar las plazas (un vendedor ambulante que se peña fuego porque los policías le quitan el carro que representa la única y mísera fuente de supervivencia, en un pueblecito del interior de Túnez, ha sido la mecha que ha hecho explotar la revuelta) y para lanzar a masas cada vez más numerosas a manifestarse públicamente sabiendo perfectamente que se lanzaban contra una represión que sabían tremenda; ya había sucedido en los años anteriores.

El movimiento de protesta y de revuelta por el pan y contra los regímenes de opresión social particularmente dura se ha extendido a gran velocidad a todos los estratos sociales. Pero lo que ha «sorprendido» a los gobiernos de estos países y a los ministerios de asuntos exteriores de las metrópolis imperialistas que sostenían y protegían a los gobiernos despóticos de Túnez, de El Cairo como a los de Trípoli o de Riad, es la extensión y la fuerza imparable de una revuelta que se caracteriza por ser del todo laica, ajena a los grupos y a los partidos confesionales, y mantenida por el disgusto por la evidente corrupción de las clases en el poder

y por la rebelión contra una opresión burocrática y militar de varios decenios; también por este motivo las reivindicaciones «democráticas» han tenido un éxito fácil a la hora de dirigir los movimientos sociales hacia objetivos de democracia electoral y parlamentaria.

4. Los partidos políticos de oposición, debido a su débil y marginal existencia política en regímenes que no permitían el pluralismo político, han contado bien poco respecto a la organización de estos movimientos que, en sustancia, han mostrado una profunda espontaneidad. Esto no quiere decir que estos partidos no vayan a contar más una vez caídos los regímenes despóticos, sobre todo si exponentes del viejo régimen y de las cúspides militares cambian de chaqueta y, después de haber militado durante años en los viejos regímenes autoritarios participando de los privilegios de casta y en la represión social, se pasan con armas y bagajes... a la oposición. La exigencia de «más democracia» y de un «gobierno democrático» en Túnez, Egipto, en Yemen, en Bahrein, en Libia, en Siria dará relevancia inevitablemente a aquellos partidos y a aquellos exponentes que, mejor que otros, ya sea hacia el interior como hacia el exterior del país, represente el cambio y asuman la tarea de llevar el poder capitalista nacional (con toda su red de intereses en los mismos países y con los diversos países imperialistas) del gobierno de un Ben Alí, un Mubarak, un Saleh o de un Gadafi, a un gobierno «democrático». La fuerza de los movimientos espontáneos de protesta y de revuelta, precisamente porque no se encuentra dirigida por el proletariado y por su partido de clase por el cauce de la lucha de clase anticapitalista, es explotada por enésima vez por las facciones burguesas que se encuentran menos ligadas a la corrupción y al despotismo de los poderes precedentes y que deberán aplicar reformas sociales y políticas para satisfacer las necesidades de las grandes masas expresadas violentamente en estos meses haciendo caer a regímenes que llevaban muchos años en el poder.

5. La caída de los rais no significa y no significará el fin del autoritarismo de los gobiernos burgueses democráticos que han tomado y tomarán el puesto de los viejos gobiernos. Los generales egipcios que están llevando a cabo la llamada transición política al post Mubarak han proclamado inmediatamente que los obreros deben volver al trabajo y que no deben hacer huelgas; y, como muestra la represión de las manifestaciones callejeras de después de Mubarak, la «nueva democracia egipcia» trata de controlar con puño de hierro la tan **agognata** «transición política». También en Túnez, después de la caída de Ben Alí el 14 de enero, las manifestaciones han continuado hasta llegar a movilizar a más de 100 000 manifestantes el 26 de febrero, pero también aquí la policía actuó. La democracia parlamentaria, en lo que respecta a mostrar una cara menos despótica o autoritaria del régimen burgués en Túnez o en Egipto, es sin embargo, siempre, voz política del mismo sistema económico capitalista —éste sí, despótico y dictatorial siempre sobre el cual, con el beneplácito y el favor de los países imperialistas, se levantaban los regímenes de Ben Alí y de Mubarak, como por lo demás se levantan los regímenes de todos los «dictadores» que gobiernan los países de la periferia imperialista.

6. La ola de revueltas, como todos saben, no se ha acabado en Túnez ni en Egipto; se ha extendido a Argelia, a Libia, a Siria, aparece en todos los países del Norte

de África y del Medio Oriente, desde Marruecos hasta Teherán. En Libia se ha transformado en una guerra civil entre formaciones burguesas históricamente ligadas a los intereses de las diversas tribus que componen el país (Cirenaica, Tripolitana, Fezzan) En Libia, desde el principio de las primeras manifestaciones callejeras aparecidas en la Cirenaica y en su capital Bengasí, el gobierno dirigido por Gadafi ha intervenido inmediatamente con la represión más violenta posible con el objetivo de cortar antes de que creciese, aunque fuese con bombardeos, aquello que temía fuese –como después se ha verificado- el inicio de una revuelta armada para abatir el régimen de Gadafi. Contra la Libia de Gadafi, los países imperialistas, capitaneados por Francia, Gran Bretaña y los EEUU, han decidido intervenir militarmente, bajo la única justificación de la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que enmascara la intervención militar con la «defensa de la población civil» de los ataques furibundos de las milicias y de los mercenarios de Gadafi. Decretando la zona de exclusión aérea el Consejo de seguridad de la ONU prácticamente ha dado vía libre al ataque militar aéreo de los aliados occidentales y, después de la OTAN, contra las tropas llamadas leales de Gadafi. El hecho de que la decisión de la ONU haya sido controvertida y finalmente no haya tenido el veto pero sí la abstención de Alemania, Rusia y China, muestra como los enfrentamientos entre los intereses de los países imperialistas principales si, por un lado, no impiden expediciones militares represivas por parte de los mayores países imperialistas contra regímenes hostiles e incontrolables en países ricos en materias primas consideradas imprescindibles para la economía capitalista mundial – como lo son sin duda el petróleo y el gas natural- por otro lado confirman que el periodo que estamos atravesando, sobre todo desde la primera Guerra del Golfo en adelante, es un periodo marcado constantemente por la *guerra* en los países de la inmediata periferia del capitalismo occidental y europeo en particular. Y la consecuencia tanto de la crisis económica, cuyos ciclos se acercan siempre más entre ellos, como de las guerras – que son regionales desde el punto de vista de las áreas en las cuales se desarrollan pero que tienen un valor mundial por la intervención militar constante de las potencias imperialistas- consiste en llevar a la masa proletaria y proletarizada de esta vasta área a condiciones de miseria creciente, de hambre, de desocupación y de opresión, de muerte... contra estas condiciones han encontrado la fuerza para rebelarse.

7. En esencia, ningún país de esta amplia área, que cuenta con una población de más de 330 millones de habitantes, mayoritariamente jóvenes (cerca de un 50%), puede sentirse a salvo de este auténtico terremoto social, incluso los países aparentemente más «estables» como lo eran Libia antes de la explosión de la guerra civil o Siria antes de las manifestaciones de las masas iniciadas en Dar'á, junto a la frontera jordana, para alcanzar después la capital Damasco y la ciudad costera de Latakia; por no hablar de Arabia Saudita donde, por el momento, las masas sauditas no se han manifestado en las calles contra la corrupción, la injusticia social y las leyes de emergencia. La desocupación juvenil en la mayoría de estos países es muy alta, cerca del 30%, mientras en algunos, como en Libia, Arabia Saudita, los Emiratos Árabes es muy fuerte la presencia de un proletariado inmigrado de otros países africanos y del Extremo Oriente.

8. En esta amplia área se han concentrado y agudizado una serie de contradicciones económicas, políticas y sociales tales que, para estallar, ha bastado un detonador, aparentemente aislado, como el vendedor ambulante tunecino Mohammed Buoazizi que se pegó fuego el 17 de diciembre de 2010 en el municipio de Sidi Bouzid y cinco días después un joven, Houcine Falci, fue asesinado en una manifestación en la cual llevaba un cartel donde se leía *«no a la miseria, no a la desocupación»*

Desde aquel momento, las manifestaciones en la calle contra la miseria y la desocupación se fueron haciendo cada vez más numerosas y de los pueblos periféricos fueron llegando a la capital. La intervención represiva de la policía de Ben Alí comenzó a dar los primeros muertos, pero las manifestaciones continuaron y se expandieron contagiosamente a los países vecinos. El ocho de enero le tocó su turno a Argelia, con muertos y heridos; el trece de enero a Jordania el dieciséis a Mauritania a Yemen y a Marruecos; en todas partes se registran continuos enfrentamientos con la policía. En Túnez las manifestaciones se fueron transformando en auténticas revueltas contra el gobierno acusado de haber desencadenado una feroz represión contra los manifestantes inermes; el gobierno dimite, Ben Alí promete reformas y «elecciones libres» pero el movimiento de los rebeldes no se acaba y exige que Ben Alí y su banda se marchen; el catorce de enero Ben Alí y su familia se fugan a Arabia Saudita; el veinticuatro de enero se forma el nuevo gobierno de «transición», pero con los exponentes de la vieja banda mezclados con los exponentes más débiles e inconsistentes de los partidos de la oposición; en este gobierno se suceden nuevos personajes para atemperar la tensión social. Tensión que, en realidad, no se rebaja: las manifestaciones continúan a lo largo de febrero y la policía continúa interviniendo aunque esta vez «sólo» disparando gases lacrimógenos con la misma intención de sofocar las protestas callejeras. La «revolución de los claveles» como ha sido llamada la revuelta de las masas tunecinas deviene patrimonio común de todos, de las masas proletarias y proletarizadas, campesinos pobres y desheredados, precipitados en la miseria y en el desempleo y de los estratos pequeño burgueses y burgueses menos aliados al régimen de Ben Alí: todos se suben al carro «del cambio», todos hablan de derechos, de reformas, de lucha, de elecciones libres, y todos se ilusionan con que el nuevo viento de democracia podrá traer un futuro diferente. Los capitales acumulados por Ben Alí y su mujer por la gestión de gran parte de los productos que circulaban por Túnez, bloqueados por la banca suiza y de otros países, volverán con toda probabilidad para su gestión por parte de los nuevos gobernantes, pero seguirán inevitablemente el curso funcional hacia el beneficio capitalista y no, por cierto, para el beneficio de las masas hambrientas de Túnez.

9. El 25 de enero le toca la vez a Egipto. En El Cairo, en la plaza Tahrir, se reunieron cerca de 30 000 manifestantes, pidiendo reformas políticas y sociales, el fin de la corrupción y de las leyes represivas: comienza a prender la protesta por todo el país... El 26 y el 27 de enero, violentos enfrentamientos con las fuerzas de seguridad en Suez y en el Sinaí septentrional; el ministro del Interior el Hadlo prometió puño de hierro y se comenzaron a contar los primeros muertos en los enfrentamientos entre la policía y los manifestantes. En una declaración, la Casa Blanca, «desea» que el gobierno egipcio reconozca «los derechos de los ciudadanos»; el presidente Mubarak, el 29, anuncia la dimisión del gobierno y colo-

ca a uno nuevo guiado por el ex ministro de Aviación civil, mientras sale del poder el ex jefe de los servicios secretos egipcios Omar Suleiman. Pero las manifestaciones crecen en número e intensidad; los magnates y las potencias de los regímenes se marchan a los países del Golfo; la muchedumbre asalta el aeropuerto de El Cairo; la plaza Tahrir se encuentra ocupada permanentemente por los manifestantes y se convierte en el corazón de la revuelta. Mubarak hace replegarse a los cuerpos antidisturbios y saca al ejército ordenando el toque de queda. El 30 de enero se hacen los primeros balances de los enfrentamientos: otros 150 muertos, miles de heridos, centenares de arrestados. Mientras los Estados Unidos y la Unión Europea se limitan a hacer declaraciones de prudencia, Israel les critica duramente porque «Egipto no debe desestabilizarse» y «khan abandonado a su suerte a Mubarak». El movimiento de protesta crece en todo el país pidiendo a gritos que Mubarak se vaya; el 1 de febrero, en la plaza Tahrir, confluyen cerca de dos millones de manifestantes, el ejército sacado para proteger la plaza la controla al mismo tiempo; el Baradei, el ex jefe de la Agencia Internacional para la Energía Atómica, da un ultimátum a Mubarak para que se quite de en medio, éste declara que quiere permanecer hasta el fin de su mandato y no morir lejos de «su» Egipto.

El 26 de enero llegan noticias de grandes manifestaciones de protesta en la capital de Yemen, Sana'a, contra el gobierno de Ali Abdallah Saleh, en el poder desde hace 32 años. En Jordania, el rey Abdallah II anuncia reformas económicas y sociales con la idea de desactivar el descontento que ha tomado cuerpo en las calles de Amman. Noticias de manifestaciones de protesta y de enfrentamientos con la policía llegan también de la capital de Sudan, Khartoum donde los manifestantes piden el fin del régimen de Omar el Bashir; y también de Beirut, donde centenares de manifestantes tratan de asaltar la embajada egipcia. En Argelia el presidente Abdelaziz Bouteflika se ve obligado a anunciar que el estado de emergencia, en vigor desde 1992, será revocado.

En Egipto la situación comienza a precipitarse: grupos de partidarios de Mubarak atacan a los manifestantes de la Plaza Tahrir, el ejército deja hacer mientras que anuncia que el toque de queda se deberá respetar con más rigor. Washington pide a Mubarak que la transición comience pronto mientras que el vicepresidente Omar Suleiman declara que Mubarak no debe dimitir para no hundir a Egipto en el caos: en la plaza Tahrir llega también Amir Moussa, ex secretario de la Liga Árabe, ofreciéndose para guiar la transición. El cinco de febrero cambian los vértices del Partido Nacional Democrático del presidente Mubarak en un intento de darse una nueva imagen y anuncian medidas para «relanzar económicamente el país». Pero las manifestaciones de protesta continúan y continúa la represión. El once de febrero, 18 días después del inicio de la revuelta, Omar Suleiman anuncia que Mubarak ha dimitido y que ha transferido el poder al ejército; el 13 el consejo supremo del ejército disuelve el parlamento, suspende la Constitución, anuncia que los militares se mantendrán en el poder durante seis meses, hasta que haya nuevas elecciones en septiembre, se desaloja la plaza Tahrir, símbolo de la revuelta, y se llama a los obreros a reanudar el trabajo declarando que las huelgas se han prohibido.

Unos días después del inicio del movimiento de protesta las huelgas comienzan en las regiones de Alejandría, El Cairo, Suez, Porto Said... huelgas que duraron durante las tres semanas de revuelta contra el régimen de Mubarak sosteniendo, con su propia presión, el mo-

vimiento de protesta general. Las exigencias obreras se sintetizaron en cuatro objetivos: aumento de los salarios, institución del salario mínimo, mejores condiciones laborales y sustitución de todos los dirigentes leales al régimen de Mubarak. «Gano 300 libras (45 euros ndr) sólo con contratos temporales y desde hace once años no pagan al seguro médico» explicaba un obrero en huelga en el Tunel de El Cairo, y no es sólo una cuestión de salarios bajísimos; los obreros son despedidos continuamente por entidades diversas —el gobierno de El Cairo es la autoridad para el túnel— de manera que no saben contra quien dirigir la protesta: una estafa super legalizada. Es contra el movimiento de huelgas de la clase obrera egipcia que el nuevo gobierno de Sharaf, antes incluso de satisfacer alguna de las demandas obreras, dicta el nuevo decreto que ilegaliza huelgas y manifestaciones. La nueva norma, como se puede leer en el blog *NenaNews*, «contribuye a criminalizar las huelgas y las protestas. Quien baja a la calle e interrumpe una actividad laboral se arriesga a un año de detención y a una multa de 30000 a 500000 guineas egipcias (3500-60000 euros) También quien organiza o inicia una protesta puede ser detenido y multado con hasta 50000 guineas (5900 euros)» Se ve claramente la necesidad por parte de los poderes económicos de normalizar la situación, hasta tal punto que se lee: «la norma castiga el sabotaje de los medios de producción, la actividad de protesta que influye negativamente la unidad nacional, la paz social y el sistema general o dañe la propiedad mueble o inmueble, pública o privada»(4)

¿Es éste el resultado de la revolución egipcia? A parte del hecho de que nunca se ha tratado de una *revolución* en cuanto no se ha tratado de la conquista del poder político por parte de la clase obrera, guiada por su partido de clase, de abatir violentamente el Estado burgués, de instaurar la dictadura del proletariado, de excluir del poder y de la vida política cualquier asociación política, económica o militar burguesa, democrática u oligárquica indiferentemente. Y, a parte del hecho de que no se ha tratado de una guerra civil revolucionario, a través de la cual se realiza la revolución. Queda el hecho de que el potente movimiento de revuelta y de protesta que ha movilizado a las grandes masas proletarias y proletarizadas de Egipto ha dado no sólo un golpe inmenso a la estabilidad despótica de una clase dominante burguesa especialmente voraz y salvaje, sino que ha dado vigor a una clase obrera que, en su historia más reciente, ha demostrado una grandísima combatividad y tenacidad, a una clase que siempre se ha enfrentado a leyes sofocantes y represivas aunque sólo fuese para reivindicar un pacífico y legítimo aumento de las condiciones de vida y de trabajo. Las nuevas leyes represivas que justifican, de manera «democrática», la continuidad en la represión del movimiento huelguístico y de las organizaciones sindicales independientes, no ha acabado con una clase obrera que ha dado a lo largo de los años, y también en estos últimos meses, muestras de un coraje y de una vitalidad tales que son un ejemplo para los proletarios europeos, que ni siquiera han realizado una huelga en solidaridad con los proletarios no sólo de Túnez o de Egipto sino de todo el área norte africana.

**10.** Desde el inicio de febrero también de Marruecos han llegado noticias de manifestaciones antigubernamentales. En Yemen, en la capital Sana'a, en Aden y en otras ciudades pequeñas, las manifestaciones contra el presidente Saleh continúan, pese a que el poder lance contra los grupos de manifestantes no sólo a la policía y



al ejército sino también a los grupos de apoyo al gobierno, armados con puñales y bastones. El 12 de febrero Argel se encuentra tomado por 30 mil soldados para prevenir una gran manifestación que debía tener lugar en la plaza Primero de Mayo, hay más de 400 detenidos.

En las calles de Teheran vuelve a haber manifestaciones como el año pasado y hace dos años, los estudiantes de la Ola Verde, el movimiento reformista estudiantil, contra el régimen de Ahmadinejad; interviene duramente la policía y las milicias paramilitares Basiji fieles a la República Islámica. La tensión social vista en Irán en este inicio de año se refleja en el hecho de que el régimen de Ahmadinejad, entre enero y febrero, ha acabado con 99 representantes del movimiento Onda Verde y otros contestatarios de diversa procedencia: si no los mata en las manifestaciones lo hace luego en la cárcel.

11. Desde el 17 de febrero también en el pequeño Bahrein ha habido manifestaciones y tumultos en la capital Manama y en el centro de Beni Jamrah, Diraz, Nuwerdait; manifestaciones de decenas de miles de personas, surgidas, por un lado, por la situación económica del país que registra un desempleo en aumento (los datos oficiales hablan de un 15% de desempleados) y, por el otro, del hecho de que la población, de mayoría islámica chiita, pide reformas políticas a su favor (la familia reinante y los gobernantes son sunitas, como en Arabia Saudita). Las exigencias de la Plaza de la Perla (una especie de plaza de Tahrir en Bahrein) de Manama son las mismas que en el resto de calles árabes: el fin del régimen despótico que desde hace décadas sofoca la vida cotidiana de la mayoría de la población, más trabajo, reformas y dimisión del primer ministro Sheikh Khalifa Bin Salman Al Khalifa, en el poder desde hace 40 años; también aquellos que intervienen en las escuadras anti disturbios del ejército (acompañados por las *baltagia*, *scagnozzi* del régimen) provocan regularmente muertos y heridos. Washington, naturalmente, está muy preocupada por la situación: en Bahrein se encuentra el cuartel general de la V flota americana; y por eso realiza la siguiente declaración: «llamamos a Bahrein, aliado y amigo de América, a la moderación en vista de nuevos desórdenes. Pedimos que se mantenga la promesa de castigar a los responsables de un uso desmedido de la violencia contra los manifestantes pacíficos. Los Estados Unidos apoyan el proceso en busca de cambios políticos en el país» (5) Para quien no lo sepa, la V Flota americana tiene la tarea de vigilar la ruta marítima que recorren los petroleros en el Golfo Pérsico (por el estrecho de Hormuz transita el 20% del petróleo mundial), apoyar las operaciones militares en Afganistán y atacar cualquier eventual amenaza iraní a los intereses americanos y de sus aliados. El temor de que las manifestaciones de protesta en Bahrein desarrollen una fuerza incontrolable y contagiasen a Arabia Saudita se encuentra en la base de la brutal represión de los manifestantes, inermes y pacíficos; se encuentra documentado y filmado no sólo los ataques de las fuerzas de seguridad sino también el bloqueo de las ambulancias y de los enfermeros que acudían a ayudar a los heridos y de las auténticas ejecuciones in situ por parte de los militares.

La tensión social desarrollada no podría no tocar a los trabajadores de los diversos sectores; para no perder el control, el 19 de febrero, la Unión General de los sindicatos de Bahrein proclama una huelga general indefinida desde el día siguiente, asegurando los servicios mínimos de base. La huelga no tiene objetivos económicos sino políticos, naturalmente para apoyar la paz so-

cial, «para preservar la vida y la seguridad de los ciudadanos» como se lee en un comunicado sindical y «por el derecho de organizar protestas pacíficas sin la intervención violenta de las fuerzas de seguridad» (6) El 14 de marzo, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes envían soldados a Bahrein para imponer que los «derechos de los ciudadanos» no fuesen logrados con las manifestaciones callejeras y con las huelgas sino que fuesen «gestos» del gobierno del reino, pero sobre todo para defender las instalaciones hídricas, petrolíferas y de los institutos financieros que podían ser objetivos de las protestas y de las huelgas. En los mismos días los sindicatos proclamaron, con el tiempo de preaviso fijado por la ley, una huelga general para el 13 de abril. El 14 de marzo se ponen en huelga los maestros. Pero, al mismo tiempo, los despidos masivos golpean a centenares de trabajadores de la escuela, de las telecomunicaciones, de Gulf Air, de Khalifa Sea Port, de Alba Aluminium Company, que han continuado las huelgas no obstante los sindicatos oficiales habían llamado a reanudar el trabajo «en interés de la economía nacional y con el fin de crear las condiciones para reforzar las bases del diálogo nacional»(7) Por otro lado nada diferente se puede esperar de unos sindicatos que, constreñidos a proclamar huelgas para no perder el control de sus afiliados, se dirigen de esta manera al que es el jefe de la represión «llamamos a la intervención inmediata de Hamad bin Isa Al Khalifa para poner fin a esta crisis. En esta fase una solución política impediría los despidos y salvaría a los trabajadores»(8)

No es extraño que Teheran presione a la ONU para que intervenga con una «acción decidida e inmediata» para poner fin a la dura represión de las autoridades de Bahrein contra los manifestantes y los representantes de la oposición chiita que protestan desde mitad de febrero contra la familia real, los al Khalifa. «Irán no puede permanecer indiferente respecto a la crisis en curso en Bahrein, que amenaza con desestabilizar el Golfo Pérsico y con tener efectos políticos a nivel mundial» ha afirmado el ministro de exteriores iraní Ali Akbar Salehi (9) el cual ha denunciado los métodos a los cuales recurren las autoridades de Bahrein: secuestros, despidos, etc. Y no es sólo una cuestión de afinidad religiosa –la gran mayoría de los bahreinitas es chií como los iraníes, mientras la familia real es sunni. Es el peligro del contagio social y proletario lo que teme el régimen de Teherán. Por otro lado, una de las consignas de las manifestaciones de protesta, que vacía de contenido la acusación de ser conspiradores chiitas de Irán, es: *¡Ni chiitas ni sunitas: Bahreinitas!*

12. Si Teherán «condena» la brutal represión de las manifestaciones pacíficas y de las huelgas en Bahrein –pero calla sobre sus propios métodos represivos- Siria, el más estrecho aliado del Irán de Ahmadinejad, declara a su vez que la represión y el uso de la violencia contra los manifestantes es legítimo. El porqué es sencillo: en febrero Damasco sufrió el viento de las revueltas en los países árabes y el presidente Bashar Al Assad y el régimen baasista, que gobierna desde hace cincuenta años casi, no tiene ninguna intención de dejar el poder.

También en Siria, como en casi todos los otros países del área existen leyes de emergencia (desde 1963) y tribunales especiales. Pero fue en marzo sobre todo cuando estallaron los primeros tumultos; también aquí la señal la dio un hecho aparentemente aislado: un grupo de niños de entre nueve y diez años fueron detenidos por las fuerzas de seguridad por cantar esloganes contra

el régimen. El 18 de marzo, en Dar'a, ciudad de la Siria meridional, centro de la región agrícola, y una de las más pobres del país, manifestaciones anti régimen derivan en protestas de masa que se enfrentan violentamente con las fuerzas de seguridad; comienza a haber muertos y heridos también en Siria. La oleada revolucionaria, que desde febrero se intentaba sofocar antes de que naciese, vuelve a hacerse sentir y se desarrolla por la dorsal que lleva de Dar'a a Damasco y, después, a Homs finalizando en el puerto de Latakia. No obstante las promesas de reformas, de acabar con la ley de emergencia, de permitir el multi partidismo y de tomar decisiones a favor «del pueblo», no traen nada más que una continua represión contra los manifestantes, con arrestos, muertos y encarcelados. La represión policial no respeta ni los cortejos fúnebres. El argumento de Al Assad es siempre el mismo: los manifestantes están manipulados por las fuerzas extranjeras, por la CIA... Auténticos combates de desarrollan en Dar'a, la ciudad de la que partió la revuelta en el inicio de abril.

Existen algunas diferencias entre la situación de Siria y la de muchos otros países árabes. Siria, como Líbano e Irak, es un país multi confesional y multiétnico; no hay sólo chiitas y sunitas sino también cristianos y kurdos. La minoría Alawi, que es chiita, a la cual pertenece el régimen de Assad, constituye cerca del 15% de la población; cristianos, kurdos y otras minorías juntan al 13% de la población y el resto es sunita. El régimen de Assad es laico, como lo fue el de Saddam Hussein en Irak, y esta característica es un elemento de apoyo al régimen por parte del país. En efecto, se comprende que **in effeti si comprende che vi siano state, rispetto alle manifestazioni anti-regime, delle contro-manifestazioni pro regime, soprattuto da parte del ceti cittadini.** No es casualidad que, por otra parte, sea Dar'a, ciudad polvorienta y rural de la frontera, el centro de la revuelta en Siria; que cobren vigor ahora los lazos trivales que en una situación económica de gran pobreza y desocupación manifiestan juntas, la rabia por la situación económica y la durísima represión, a la vez que un profundo conservadurismo islámico que podría constituir la puerta de entrada de un radicalismo islámico desconocido desde hace mucho tiempo en Siria. La fuerza con la cual puede contar el presidente Al-Assad es una vez más el ejército que hasta ahora siempre ha estado a su lado, y esta es otra enorme diferencia con la situación en Túnez y en Egipto.

13. El 17 de febrero en Bagdad se verifican las primeras señales de descontento ligadas a la oleada de revueltas de los países árabes iniciadas con las manifestaciones en Túnez. En Iraq y en Bagdad en particular, el descontento estalla debido a los continuos apagones en la red eléctrica, por la falta de agua y contra una gran corrupción del gobierno al-Maliki. La protesta se extiende velozmente por Bagdad hacia las grandes ciudades como Basora y Kirkuk. Los enfrentamientos son violentísimos de repente; en Bagdad los manifestantes incendian los palacios del gobierno en Kirkuk, Samarra, y otras localidades curdas los manifestantes prenden fuego a algunos edificios públicos; en Baiji los rebeldes atacan la más grande refinería del país que después de que explotase y sufriese un gran incendio fue cerrada. Los enfrentamientos prosiguieron durante todo febrero y marzo y manifestaciones de protestas se registraron en Hilla, Nassiria, Faluya, y continuamente en Bagdad, en cuya plaza Tahrir se reunían continuamente los manifestantes.

También en Jordania, durante febrero y marzo hubo manifestaciones que se transformaron en enfrentamientos

violentos con las fuerzas de policía, Ad Amman, Irbid, Salt, Karak, los proletarios y las masas proletarizadas bajan a la calle para protestar contra la pobreza, el hambre y la desocupación, especialmente la juvenil; pero las protestas son también contra la corrupción que es un denominador común de todos los gobiernos. El rey Abd Allha II de Jordania a comienzos de febrero para intentar calmar la calle cambia el gobierno y sustituye al primer ministro Samir Rifai que estaba en el punto de mira de las protestas contra corrupción con el ex primer ministro Marouf Bakhit cuyo mandato debe abrir un proceso de reformas. Pero siempre es lo mismo: no se ven cambios sustanciales. Entra en escena con decisión los hermanos musulmanes que ataca a la reina Rania acusada de gastar demasiado, mientras una parte considerable de la población vive en condiciones de extrema pobreza; levanta la bandera de la solidaridad con la revolución egipcia y pide una monarquía constitucional que limite los poderes del rey. Sólo marginalmente por ahora el viento de las protestas ha llegado a Arabia Saudita. La minoría Chií de las regiones petrolíferas orientales se manifiesta pacíficamente para pedir la liberación de activistas presos, pero los organizadores de las protestas también fueron arrestados. El Rey Abd Allha con la esperanza de prevenir eventuales revueltas, promete subsidios pro 35 millones de dólares a favor de la población, sobretodo como ayuda a los jóvenes desempleados, ayudas para el alojamiento y aumentos del salario de un 15 % para los empleados públicos. Entre las reformas previstas, también el voto para la mujer ( excluyéndolas sin embargo de poder ser elegidas) confirmando así que las medidas de democracia electoral son el realidad trucos para calmar el descontento de las masas explotando los privilegios de una clase dominante obsesivamente ricas.

14. En la frontera sudeste de Arabia Saudita de los Emiratos Árabes unidos y de Yemen Omán, desde los años 80 no ha sido tocado nunca por las protestas a las revueltas ni siquiera por el fundamentalismo islámico; en contraste con el régimen de tipo feudal y el aislacionismo del padre el sultán actual Qabus bin Said al Said ha desarrollado desde 1981 la modernización de las instituciones que consiente a las mujeres el derecho al voto y ser elegidas al Consejo Consultivo , una especie de asamblea parlamentaria sin poder decisivo; en 2002 concede el sufragio universal, en 2004 es elegida la primera mujer como jefa de un ministerio con cartera, en el 2006 estrecha la alianza con los Estados Unidos firmando un acuerdo de libre cambio entre los dos países. El poder se encuentra completamente en sus manos, pero el contorno es mucho más democrático que el de otros reinos medio orientales. Al inicio de 2011 las revueltas que están golpeando esta área y a los regímenes durante años considerados estables, también el tranquilo y seguro Omán ha sido atacado por la fiebre que ha hecho subir la temperatura en toda esta basta área. Desde finales de febrero estalla la rabia proletaria en Sohar, el principal puerto de Omán, algunos miles de manifestantes reivindican con fuerza aumentos salariales y puesto de trabajo. La policía interviene duramente disparando y llegan los primeros muertos; las manifestaciones se suceden también en la capital Mascat. El 27 de febrero en Sohar se incendia el palacio del gobierno y la comisaria, se saquean supermercados. Las protestas continúan también en marzo; el sultán cambia tres veces de gobierno en tres días, promete 50.000 puestos de trabajo, subsidios de desocupación de 390 dólares al mes, duplicar el

salario mínimo; pero ya no basta las huelgas se extienden del sector petrolero al industrial, al actividad portuaria y por tanto a los servicios de seguridad.

15. En Libia como ya habíamos dicho, desde el 16 de febrero se inicia un movimiento de revuelta en Bengasi. También aquí es un episodio particular el que hace de detonador: el arresto de Fethi tarbl, abogado de una asociación de familiares de los prisioneros asesinados en el tiroteo de la cárcel de Trípoli de 1996. La rabia de los manifestantes estalla en Bengasi en Al Bayda y en otras ciudades; la policía interviene disparando se cuenta una decena de muertos. es la chispa que incendia la Cirenaica, mientras en Trípoli hay manifestaciones pro Gadafi. En el país en el cual Gadafi declaraba tan solo unos días antes de que empezasen las manifestaciones reprimidas con sangre, que no habría nada parecido al terremoto que había derrotado en Túnez y a Mubarak en Egipto, se iniciaba en realidad una revuelta contra el régimen de Gadafi con un acento político más que económico. Y es en defensa de un régimen ciertamente despótico, pero al mismo tiempo radicado en lo más profundo de amplios sectores de la población ligados sobre todo a las tribus de la Tripolitania, que Gadafi responde a las protestas y a las manifestaciones callejeras no con las promesas de reformas y aumentos salariales, sino con la más dura y caníbal represión. En el enfrentamiento entre Bengasi y Trípoli se renueva la antigua rivalidad de intereses ligados a los clanes y a las tribus que en la historia se han enfrentado siempre y que sólo una despótica dictadura – si bien rodeada por la aurea del « poder de las masas » contenido en los ilusorios comités populares descritos en el famoso « Libro Verde » a través de los cuales se desarrolla la « verdadera democracia socialista »- podía tranquilizar asumiendo las diversas exigencias que el desarrollo capitalista del país hacia emerger. A esta política llamada de « democracia directa » se unía una política económica muy parecida a la fascista, es decir, corporativa, donde el trabajador y el empresario son « socios » de la misma fábrica y se « reparten las ganancias », y sostenida con toda una serie de amortizadores sociales que « premian a los trabajadores por su dedicación a la producción y al buen desarrollo de la fábrica, y por tanto, del país. Que este método funcionase, con su corolario de represión sistemática de cualquier oposición, que pusiese en peligro la estabilidad del régimen lo demostró el hecho de que durante 40 años el régimen de Gadafi se ha mantenido en el poder y siempre, según los intereses externos e internos, ha asegurado a los aliados y a la « comunidad internacional » un punto firme en el escenario africano y medio oriental constantemente agitado desde la segunda postguerra. Una población poco numerosa y tendencialmente acomodada- dados los recursos financieros provenientes de los beneficios petroleros que el régimen de Gadafi utilizaba en parte para aumentar la calidad de vida de los libios no generaba los suficientes brazos para las necesidades de la industria energética que se desarrollaba aceleradamente, por eso Libia ha sido un país de inmigración; los últimos datos muestran que el número de los propietarios inmigrantes, provenientes de los países africanos y del medio y extremo oriente superba ampliamente el millón, el 15% de la población y el 50% de la población activa.

El movimiento de protesta nacido en Bengasi y que se extendió a todo el país, caracterizado por intereses políticos enfrentados entre las facciones burguesas libias, ha excluido de hecho al proletariado inmigrante, dejándolo siempre en la posición más peligrosa, porque

sufre sólo los efectos más negativos y complicados de lo que, en el curso de unas semanas, pasó de ser una revuelta pacífica a una revuelta armada. De hecho, los proletarios inmigrantes de los países del África negra eran peor tratados, en la medida en que eran cambiados por mercenarios a sueldo de Gadafi, visto que el régimen de Gadafi, para liquidar lo antes posible la revuelta de la Cirenaica y de los rebeldes de Trípoli, Misurata, Sirete, contrató algunos miles de mercenarios de los países africanos. La única vía de salida inmediata era la de la fuga- y es lo que sucedió durante todo el mes de marzo- hacia las fronteras de Túnez y Egipto, a través de las cuales los cientos de miles de proletarios fugados de Libia han encontrado acogida por parte de sus hermanos de clase tunecinos y egipcios que, pese a vivir en una pobreza desmesurada que la caída de Ben Alí y Mubarak no había ciertamente solucionado, han compartido con ellos comida, ropa, y lo poco que tenían ayudándoles a ponerse en camino para volver a sus países de origen: auténtico ejemplo de magnífica solidaridad proletaria de clase que da esperanzas de una futura reanudación de la lucha de clase finalmente fuera de la enfermedad del nacionalismo, del corporativismo y de la ilusoria y sofocante democracia de los potentes.

La dura reacción del régimen de Gadafi a la revuelta de Bengasi y de las ciudades que la han seguido en su ejemplo, llegando a bombardear al « enemigo interno », equiparado a los traidores pagados por el extranjero ( que se ha identificado indistintamente como Al Qaeda o el imperialismo occidental ) ha sido y es, en realidad, una reacción que resulta cómoda a alguno países imperialistas, como Rusia, China, Alemania y, en un primer momento a Italia- que se han desmarcado de los otros acerca de la decisión de intervenir militarmente para « acabar con la masacre de la población civil » por parte de las tropas de Gadafi- y representa una ocasión de intervención militar ( que esconde siempre fines económicos ) para el resto de países imperialistas como los USA, Francia, Gran Bretaña y también España , Canadá, Dinamarca, Noruega. No es para nada secundario el hecho de que Libia sea el octavo país en reservas de petróleo y que sea el 18º puesto en la producción de derivados del petróleo; como no es para nada secundario el hecho de que la posición geográfica de Libia respecto al mediterráneo y a África del Norte, así como al África Subsahariana, resulte estratégicamente central hasta el punto de dar gula a cualquier país imperialista no sólo europeo.

El movimiento de protesta en libia se ha iniciado, como en los otros países de manera pacífica e inerte; pero bien pronto se ha transformado en revuelta armada si bien, con armas **rafazzonati**. En poco tiempo se constituyó en Bengasi un Consejo Nacional Libio con el objetivo de deponer a Gadafi y constituir un gobierno nuevo, y un nuevo régimen, que ha sido rápidamente reconocido por Francia. Precisamente son Francia y Gran Bretaña, las dos potencias imperialistas europeas quienes han forzado al

Consejo General de la ONU a que propiciase una resolución que diese la cobertura diplomática a una intervención militar por parte de los países llamados « voluntariosos » dispuestos a utilizar a la marina, a la aviación, y otros recursos para « proteger » a la población civil Libia sometida a los bombardeos de su mismo gobierno central. Una cobertura que ha establecido los límites de la zona de exclusión aérea y que no prevé la invasión del territorio libio por parte de las tropas de tierra de los países « extranjeros ». A diferencia de Irak y de Afganistán, las potencias imperialistas no intentan

empantanarse en una situación enredosa y llena de interrogantes como es la Libia de Gadafi. La acción militar de los estados Unidos, Francia y Gran Bretaña se ha acompañado de una finísima acción diplomática tanto hacia Trípoli como hacia Bengasi o hacia las cancillerías de las otras potencias imperialistas, con el fin de obligar antes o después a Gadafi a ceder y a marcharse al exilio (más o menos dorado) en un país del cual el tribunal de la Haya que lo ha incriminado por matanzas de civiles no pueda pedir la extradición. Ulteriores demostraciones dicen que lo que está en el corazón de los **Braganti** de Washington de París y de Londres, se encuentra en el corazón de todas las capitales imperialista y también en el de Gadafi (como en el corazón de Ben Ali y de Mubarak): salvar la piel, salvar las cuentas bancarias, salvar los beneficios; los derechos humanos, los derechos democráticos siempre abanderados como nobles deseos no son más que excusas. Libia, no obstante no es un país tan populoso como Egipto, está asumiendo para las potencias imperialistas mundiales un peso de notable importancia y el hecho de resolver « la crisis libia » de manera positiva para los asuntos ligados a los recursos energéticos salvando los factores negativos – la resistencia armada de Gadafi y de su régimen la diferencia táctica de Alemania, China y Rusia respecto a cualquier participación directa, la toma de distancia por parte de la Liga árabe y la Unión africana respecto a la intervención militar, etc.- es el punto neurálgico de la diplomacia mundial. Si Gadafi cediera a la petición de marcharse de Libia, las potencias imperialistas podrían utilizar este «éxito» en todo el área mucho más de lo que están pudiendo hacer con la «guerra contra el terrorismo de Al Qaeda» en Afganistán y de lo que no han podido hacer en Irak después de haber capturado a Sadam Hussein. Pero tal y como están las cosas no parece que Gadafi se deje convencer fácilmente; así la guerra de Libia podría durar mucho resultar de ella la tendencial separación de los territorios entre la Cirenaica - donde se encuentra situada la mayoría de los pozos petrolíferos y desde la cual se ha comenzado a vender nuevamente el petróleo con mediación de Qatar) Tripolitania y Fezzan. Se puede dar en este sentido una situación de extrema inestabilidad que podría ser provocada voluntariamente dando lugar a una intervención política y militar imperialista más incisiva por el control más directo de las fuentes de petróleo en vista de crisis más bastas y profundas de aquellas actuales, crisis que tienden hacia una tercera guerra mundial.

En la sobre posición de intereses que se ha creado en la situación actual, el imperialismo Italiano, histórico colonizador de Libia ha intentado por todos los medios salvaguardar sus propios intereses específicos sosteniendo y defendiendo internacionalmente al coronel libio ya sea con el fin de conseguir las mejores ventajas posibles para las inversiones recíprocas aseguradas a través de, las grandes empresas como ENI, FIAT, IMPREGILO, FINMECCANITA, etc., ya sea en el papel de mediador con las potencias aliadas occidentales que no han tenido nunca buenas relaciones con Trípoli. Pero para el petróleo y los petrodólares se podría olvidar que Libia estaba incluida en la lista de los «estados canallas» y mirar hacia otro lado ante la sistemática represión y eliminación de los adversarios políticos de Gadafi. La sublevación de Bengasi respecto a Trípoli mientras que ha favorecido la posición anglo francesa y angloamericana de « intervenir en los asuntos de un país soberano », ha puesto en grandes dificultades a Italia , esta última en un primer momento ha intentado flanquear a Trípoli, no condenando al régimen de Gadafi en su duri-

sima represión de las manifestaciones de protesta, no molestándolo, para después ponerse a la cola de las decisiones de Washington, París y Londres relativas a la intervención militar. Consideraba sin embargo más conveniente poner a disposición todas las bases italianas necesarias para la misión militar en Libia, apoyando, sin bombardear directamente, las operaciones militares anti Gadafi, mejor que estar de parte del coronel libio vista la gran amistad **suggelliata** por el mafioso besamanos de Berlusconi - o de mantenerse a parte, como ha hecho Alemania limitando al máximo su aporte al sostenimiento humanitario de los prófugos. Como siempre en su historia el imperialismo italiano ha continuado oscilando **cipiglio** del poderoso que quiere actuar con plena autonomía y la posición del listillo que continúa a la sombra de los auténticos poderosos; el objetivo es siempre el mismo: colocarse al lado de la mesa de los grandes para coger algo del botín. Al mismo tiempo, el gobierno de Roma levanta la voz contra los inmigrantes que escapan de Túnez a causa de la pobreza y escapan de Libia a causa de la guerra.

16. Los fuertes enfrentamientos entre las grandes potencias no se olvidan, aunque los eslóganes de la lucha contra el terrorismo internacional, contra el fundamentalismo islámico y en defensa de la población civil puedan aparecer como la expresión de intereses generales frente a los cuales la comunidad internacional estaría dispuesta a dejar a parte los intereses particulares de las potencias. En la medida en que los diversos países se continúe manteniendo que la era del petróleo antes o después acabará , y se deberán encontrar otras fuentes energéticas para hacer funcionar los aparatos productivos capitalistas, el petróleo y junto a él gas natural, continuaran siendo el centro de la funcionalidad vital de los aparatos de la producción capitalista en todo el mundo y, dado que la basta área que va del medio oriente al norte de África representa el grueso de la producción y de las reservas de petróleo del mundo, es inevitable que los enfrentamientos entre los imperialistas se concentren en esta parte del mundo , estén los países dirigidos por gobiernos confesionales y fundamentalistas o laicos y modernizados. La presión del imperialismo sobre estos países, no disminuirá nunca, y esto lo está viviendo el proletariado en su piel, a través de una explotación bestial, a través de una represión sistemática por parte de los poderes locales e internacionales a través de la guerra entre facciones locales o de los intereses imperialistas extranjeros. El proletariado palestino, del fin de la segunda guerra mundial en adelante, el proletariado libanes durante décadas y el proletariado iraquí e iraní en los últimos 30 años unidos a los proletarios de Túnez Egipto, libia , Jordania y de todos los países que han participado en las recientes revueltas contra la miseria , los salarios de hambre y la guerra , lo viven en sus propias condiciones de vida cotidiana hoy es contra estas condiciones de esclavos triturados por la fatiga y cualquier tipo de opresión que se rebelan. Es la fuerza magmática de un movimiento material incontenible de las fuerza s productivas que el capitalismo en su desatinado desarrollo no logra satisfacer ni controlar (si no es con una represión cada vez más dura y cínica) que anuncia el futuro de la lucha de clase, de una lucha sin cuartel contra las fuerzas de conservación y dominio burgués, no importa bajo que ropaje.

17. Los proletarios de Europa y de América, los

proletarios de Rusia y China, que en la historia del movimiento obrero internacional han dado tanto, hoy deben esperar a los jóvenes, combativos, temerarios e indomables proletarios de los países árabes en revuelta como a las nuevas levas de un ejército proletario internacional que se está formando nuevamente sobre el terreno de la lucha de clase. Esta es una lucha que aún no está guiada por la conciencia revolucionaria que solo el partido comunista revolucionario puede representar y manifestar; un partido que todavía no se encuentra formado y que solo aparecerá sobre la guía de los balances dinámicos de las revoluciones y, sobre todo, de las contrarrevoluciones. Es esta una lucha de tenaz resistencia cotidiana ante el capital sobre todo si no está organizada en asociaciones disciplinadas y expertas: como un magma volcánico la revuelta proletaria explota arrasando a su paso todo lo que estaba construido para contenerla preventivamente y sofocarla. Pero este generoso desprecio del miedo que los proletarios de los países árabes en revuelta transmiten al proletariado mundial, los proletarios de Europa, que son geográficamente e históricamente los más vecinos a ellos, no lo reciben y por tanto no lo comparten. Los proletarios de Europa han sido intoxicados por la democracia y por colaboracionismo interclassista y al menos durante cuatro generaciones desde la victoria la contrarrevolución staliniana, organizados en el sindicalismo tricolor, políticamente encauzados a la defensa de la economía nacional y a la defensa de los valores burgueses de « patria », « familia », elecciones y parlamento, ilusionados por un bienestar consumista y derrochador y prisioneros de los vicios y de las actitudes pequeño burguesas mezquinamente aplicadas al **orticielo**, a la propiedad privada, al interés personal, a la desconfianza hacia el prójimo y sobretodo hacia el extranjero. Los proletarios de Europa han difundido en el mundo a su pesar, la imagen de un proletariado acomodado satisfecho de su tipo de vida y de una sustancial paz social. La opulenta burguesía imperialista que ha continuado aumentando sus beneficios explotando bestialmente el trabajo de masas asalariadas esclavizadas con los métodos más brutales en los países de la periferia del capitalismo, ha corrompido a los proletarios de sus propias naciones no solo con las ilusiones democráticas, con el estado de derecho, con un bienestar creciente derivado de una civilización « superior » mediante la distribución de amortiguadores sociales sacados de los sobre beneficios derivados de la súper explotación de las colonias militarizadas, ayer, y de los países descolonizados pero igualmente sometidos a una colonización menos evidente pero más profunda, como aquella del capital financiero, hoy. Los proletarios de los países imperialistas, con su pasividad frente a los proletarios que se han rebelado en estos meses en los países árabes, y con su desconfianza hacia los proletarios inmigrantes, muestran un retraso desarmante respecto a la defensa de sus intereses inmediatos. Los proletarios inmigrantes, a los que todos los burgueses de este mundo tratan, como clandestinos y delincuentes a reprimir, en realidad representan para los capitalistas un factor de vital importancia para su propio beneficio: les pagan menos que a los proletarios autóctonos por el mismo tiempo de trabajo, les pagan en negro, les pueden despedir en cualquier momento sin problemas burocráticos, les utilizan en los trabajos más peligrosos sin medidas de seguridad, en definitiva son una fuerza de trabajo totalmente flexible a las exigencias del capital y al capital en definitiva le cuesta poco o nada. Además ejercitan una presión formidable sobre las condiciones de vida y

de trabajo sobre la vida de los proletarios autóctonos, que refuerza la presión que ya es ejercitada sobre el mundo del trabajo por las masas de parados existentes normalmente en la sociedad capitalista. La economía capitalista, se sabe, no podría funcionar y desarrollarse sin la explotación de los trabajadores asalariados pero mejora si a los trabajadores asalariados normalmente tratados según reglas legislativamente definidas se acompañan masas consistentes de trabajadores asalariados inestables, flexibles a merced de las exigencias de las empresas cuya actividad depende cada vez más de la marcha del mercado, por tanto de la competencia mercantil.

La vida de masas humanas gigantescas, de la gran mayoría de la población mundial, es puesta así en manos de una entidad impalpable, invisible, incontrolable: el mercado. Aunque no se tenga conciencia los proletarios que luchan en defensa de sus condiciones de vida y de trabajo luchan contra una fuerza invisible que parece una divinidad por los poderes excepcionales que posee: el dios dinero, la fuerza del capital, pero es una fuerza que se materializa en medios de producción y subsistencia en casas, calles, carreteras, medios de trabajo, vestuarios, etc. es decir, en medios necesarios para la vida que la gran mayoría de la población mundial no posee, porque se encuentran en manos de una pequeña minoría de capitalistas, de burgueses que dominan la sociedad a través de la propiedad privada, la apropiación privada de la riqueza producida por el trabajo asalariado de millares de brazos humanos, el estado burgués y sus fuerzas armadas. Cuando el proletariado se rebela contra sus condiciones materiales de vida, de esclavo asalariado, se rebela en realidad contra las condiciones en las cuales el poder burgués lo constriñe mediante la fuerza y la violencia. No tiene plena conciencia en tanto el partido comunista revolucionario que se basa sobre el resultado histórico de la lucha de clase de las masas proletarias desde que existe. Si no hay una pequeña minoría de proletarios que de las luchas sobre el terreno de la lucha de clase inmediata saque los elementos políticos más generales que la ligan a la historia de la lucha proletaria en todo el mundo. Pero es el movimiento material de las grandes masas, lanzadas inexorablemente a romper los equilibrios, los vínculos y los límites que el poder burgués refuerza cada vez más para defender su dominio, la fuerza histórica que abrirá a los proletarios de todo el mundo la vía de su propia emancipación, y cualquier lucha proletaria, cualquier revuelta proletaria contra el orden constituido también se encuentra impregnada inevitablemente por las ilusiones de una justicia social alcanzable a través de los métodos democráticos, permite entrever la vía de salida de la crisis social a la cual el capitalismo precipita cíclicamente: la vía de la revolución proletaria y comunista, es decir, el terremoto general y profundo que no se acaba con los efectos negativos del capitalismo sino que va a la raíz, a la causa verdadera de la crisis, de la miseria, del desempleo, de la vida dura, de las guerras, es decir, el modo de producción capitalista y el poder levantado sobre él.

Los proletarios en revuelta de los países árabes están volviendo a dar a los proletarios de todo el mundo estas grandes enseñanzas que los hermanos de clase de Europa dieron primero desde sus primeras luchas contra los capitalistas y que, con la Comuna de París y la Revolución de octubre en Rusia han llevado al máximo de la revolución mundial, cristalizando en el tiempo la estrella polar del movimiento obrero internacional.

# Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase

No somos nosotros, abajo la presión de una supuesta voluntad inherente a todo militante revolucionario, sino las circunstancias mismas las que nos obligan a hablar, primero que nada, de la fase actual de la crisis recesiva y de sus consecuencias y alcance internacionales y de manera casi simultánea a nivel social y político. Ningún país ha podido «blindarse» contra la onda de choque de la recesión, que sube a la superficie con el estallido de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, en julio-agosto de 2008. Los mismos acontecimientos que sacuden este comienzo de 2011 confirman y materializan nuestras posiciones: las revueltas proletarias que hoy incendian buena parte del norte de África son el claro eco o efecto de la crisis generalizada del capitalismo.

Si hacemos inventario de todo cuanto ha causado ya la recesión de la economía mundial, se comprueba que todas sus fases están atravesadas por un factor mayor como lo es la crisis histórica de **superproducción** (que es el resultado inevitable de la competencia encarnizada que los capitalistas se hacen entre sí) y la **baja tendencial de la tasa media de ganancia** (que empuja a los capitalistas a invertir cada vez más por cada vez menos ganancias), que saturan los mercados y **atascan** todo el proceso productivo, con la consecuente depreciación del dinero, las caídas verticales de las Bolsas y la inflación que puede venir a representar el próximo tumor que aparezca en el organismo enfermo pero no difunto del capitalismo, tomando en cuenta que éste no morirá sino bajo los golpes de la lucha proletaria dirigida por el partido de clase...

Uno de las más serias consecuencias de esta crisis es el continuado ataque financiero contra los 26 Estados (+ Estonia) que componen la Unión Europea, obligando a esta última a aplicar los consabidos recortes económicos; lo que constituye un golpe directo a los bolsillos y condiciones de vida de los proletarios europeos. Esta «dieta para adelgazar» extremadamente violenta impuesta por el capitalismo la recibe hoy Irlanda, y mañana seguramente Portugal... o España.

Hasta los momentos tenemos la peligrosa deuda de Irlanda, la cual pone en riesgo inmediato la estabilidad bancaria de toda la euro-zona. A pesar de todas las declaraciones afirmando lo contrario, para las autoridades de las finanzas de los 27 el hecho de tener que «taponear los abscesos» de sus miembros más endeudados no dejará de despertar dudas acerca de la validez del modelo pan-europeo de una sola moneda. De manera que no se descarta un **retorno amenazador** de Alemania al deutchmark y otros proteccionismos, lo que significaría una ruptura de facto con la UE a mediano plazo, y una disolución de esta última a la larga, en nombre de un posible «gran mercado trasatlántico». En todo caso, apartando el surgi-

miento desafiante de la economía de los famosos BRIC (Brasil, Rusia, India, China), uno de los pocos países superindustrializados que han salido airoso de la crisis ha sido precisamente el país germano; una de las pocas economías nacionales que más beneficios ha sacado de un mercado deprimido, tanto local como internacionalmente, tanto financiera como industrialmente. Si a ver vamos, la Alemania de Kant y de Hegel no tiene ningún deber, aparte de un improbable «imperativo moral», de cargar con el peso de las naciones (léase burguesías) europeas que no han cumplido con su deber de apretar más las tuercas del sistema de apropiación capitalista local, en otras palabras, de hacer doblar más el lomo de los trabajadores en cada país, y que en ellos recaiga el peso más importante de la recesión mundial, tal como ya se vive en Grecia, Portugal, España, y que al parecer no es suficiente para colmar los déficits, lo que hace presagiar nuevos y más brutales ataques al proletariado del Viejo Continente. Las declaraciones del Ministro de comercio de China, Chen Deming, no pueden ser más elocuentes ni menos pesimistas cuando habla de los préstamos que China ha ofrecido a la U.E.: *"Esas medidas sólo convierten una enfermedad grave en un mal crónico, y realmente es difícil decir si esos países que están en profundos problemas por la crisis de deuda podrán recuperarse en los próximos tres o cinco años"*.

Del otro lado del Atlántico, la situación de la primera economía del planeta no es menos siniestra. Para revivir el ya deprimido mercado de bienes de consumo masivo, el gobierno Obama ha mandado a imprimir un montón de dinero no orgánico, es decir, sin el respaldo de una economía en crecimiento. A comienzos de diciembre de 2010, la divisa americana se cotizaba hacia la baja (1,26 €), penalizando tremendamente las exportaciones europeas, y aumentando artificialmente el consumo norteamericano en este último trimestre de la década, cosa que ha hecho pensar a los «expertos» de la Administración Obama que la crisis ya ha pasado (?) De manera que, tal como está sucediendo en Europa, nada nos impide presagiar que estos remedios americanos de hoy, esta hipoteca que mañana llegará a su vencimiento, hará pagar más caras las otras dosis o alternativas contingentes que el enfermo deberá tomar con urgencia para no caer en coma profundo.

Al sur del Nuevo Continente, excepto la pujante economía brasilera, ningún país ha sido ahorrado por la crisis, y ésta ha golpeado diversamente en cada uno de ellos. Venezuela, por ejemplo, ahora mismo se encuentra inundada tanto por las lluvias huracanadas (que han ocasionado pérdidas de alrededor de diez mil millones de dólares) como por la avalancha de conflictos sociales y laborales que las políticas del chavismo han provocado, y que reúnen a diversos sectores de la masa trabajadora tanto de servicios

como industriales. Las zonas petroleras y los territorios industriales como Aragua-Miranda-Carabobo-Lara y Bolívar, viven diariamente atenazadas por conflictos y huelgas en las diversas empresas de esas vastas zonas industriales. En Colombia, la represión estatal y para-estatal en nombre del antiterrorismo elimina cada año a centenares de sindicalistas. En Argentina, las movilizaciones obreras continúan activadas en diversos movimientos y acciones, y siguen al ritmo de los ataques del gobierno Kirchner. México ha sufrido una tremenda sacudida económica, lo que ha despertado y arrastrado a las masas proletarias a diversos enfrentamientos y movimientos. Es importante destacar que en América Latina, y en casi todo el hemisferio sur del planeta (¡tal como ahora en Costa de Marfil y todo el norte de África!) la represión es feroz, jamás está ausente y no tiene los mismos miramientos, ni observa las mismas reglas que en los países superindustrializados. ¡Aparte de ser una impostura, la Democracia es un lujo que las burguesías del Sur no pueden permitirse!

Una de las señales, hasta cierto punto anecdóticas, de las crisis económicas es la enorme cantidad de reuniones o cumbres internacionales que se realizan sin cesar entre los representantes de los diferentes imperialismos en sus momentos más agudos. Las tensiones políticas y militares crecientes y las enormes pérdidas de mercados, la desvalorización bursátil y demás catástrofes capitalistas piden la realización de estas reuniones que son el reflejo político de aquellas crisis y catástrofes económicas.

Y, si hablamos tanto de «enfermedad», «tumor», «abcesos» es porque consideramos al capitalismo como un organismo extremadamente viviente, cuya respiración y pulso, pulmones y corazón, toman una forma particular en un período dado de su enfermedad – bulimia o anorexia – cíclica y luego en sus convalecencias, tal como lo describe Trotsky en su Informe a la Internacional y que publicamos en este mismo número.

El capitalismo, como diría Marx-Engels en el Manifiesto, «tiende a romper las fronteras nacionales so pena de morir asfixiado; por lo tanto, el futuro y la condición de su desarrollo son internacionales», luego, sus crisis, que pueden nacer en un punto determinado del globo, tienden a generalizarse también, algo que los conceptores del prototipo mismo del agua tibia llaman «globalización».

En el capitalismo no hay desarrollo económico consciente propiamente dicho, sino un ciclo que se repite y cuyos resultados no son otra cosa que un proceso entendido como acumulación de bienes, capital constante, plusvalía. Un ejemplo patético, aparte de las actuales compras de deudas europeas, son los **3 billones** de \$ en títulos del tesoro americano que se encuentran en manos de China quien no puede deshacerse de ellos, en la medida en que no puede tampoco deshacerse de la responsabilidad de la salud actual del sistema capitalista-imperialista, lo que ya Marx-Engels afirmaba como la finalidad del capitalismo: la producción de plusvalía. Y, cuando esta plusvalía no alcanza los niveles convenientes, entonces se atascan y amontonan en gigantescos stocks los productos (tanto los financieros como los de primera necesidad) que nadie puede consumir, puesto que nadie los puede pagar al precio que el mercado necesita para poder reeditar un nuevo ciclo (M-D-M') de crecimiento y salida de estos productos. Por tanto, no es el hombre quien domina las fuerzas que él ha creado; al contrario, son estas fuerzas las que imponen su voluntad, su lógica y sus intereses a la sociedad humana. En el capitalismo como dice Marx en

forma clásica: «el trabajo muerto (capital constante –  $c$ ) domina el trabajo vivo (capital variable –  $v$ )».

Sin embargo, pese a la existencia de esta contradicción, hoy los proletarios, especialmente de los países estratégicos (Estados Unidos - Europa - Japón) siguen contemplando como una fatalidad que todo lo que produce con sus manos y su cerebro no son más que mercancías para un mercado, al que no tendrá acceso si no ha trabajado, si no se deja explotar lo suficiente como para poder satisfacer sus necesidades humanas y sociales. De manera que el proletario, al final, termina viviendo para trabajar y no trabajando para vivir. Incluso, después de haber satisfecho sus necesidades más elementales, y recuperado las energías después de haber dormido y comido, estas no van a parar sino a manos del patrón quien las explota durante una nueva jornada de trabajo, para su solo beneficio: ¡el patrón no pierde nada cuando provee de un salario al proletario que se ha convertido en un simple robot al servicio del Capital!

### **LLEGADO A UN PUNTO DE SUS CONTRADICCIONES, EL CATASTROFISMO DEL SISTEMA CAPITALISTA DESEMBOCA EN LA GUERRA**

No siempre crisis económica, política y militar coinciden en un mismo país, región o continente. Pero lo que no se puede negar hoy es su simultaneidad y su carácter internacional, y que no ha dejado región que no golpease. Esta ha tenido un reflejo evidente en las decisiones militares que se han tomado con respecto a los diversos focos bélicos que azotan al planeta. Después de la Guerra del Golfo y luego de la guerra de Irak y Afganistán, consecutivas a dos graves recesiones en los años 80' y 90' del siglo pasado, ¿quién dice con contundencia que Pyonyang nada tiene que ver con Wall Street o con la crisis de Dublin?

Los actuales conflictos son conocidos: la crisis y el militarismo en Medio Oriente, teniendo en Irán su punto más agudo, y que tiene como tela de foro una telaraña de innumerables intereses imperialistas que se entrecruzan en esa región. A lo largo del siglo XX, esta región siempre ha representado el centro de importantísimos intereses para las grandes potencias mundiales, comenzando por Inglaterra y Francia, a los cuales se agregan después los Estados Unidos, Alemania y la Rusia estalinizada: intereses de orden económico, ligados sobre todo a la explotación petrolera, y a intereses geo-estratégicos dado que el Medio Oriente ha desarrollado el rol de bisagra tanto terrestre cuanto marítima entre la Europa occidental y el Oriente. Las guerras que estallan constantemente en dicha región, sobre todo luego desde el final de la Segunda carnicería mundial, han sido no sólo de «re-sistematización» post-colonial de las naciones y zonas de influencia imperialista, sino que han servido para alimentar las contradicciones nacionales y los contrastes imperialistas que sólo podrán solucionarse por vía revolucionaria, esto es, oponiendo la **presente** lucha revolucionaria del proletariado mezorienta a las burguesías nacionales coaligadas de Medio Oriente en función contrarrevolucionaria, a la estrecha ligazón con la **futura** lucha revolucionaria de por lo menos el proletariado europeo. Por otra parte está el hecho incontestable de que la fundación del Estado de Israel, su defensa y mantenimiento en tanto que cabeza de playa del imperialismo blanco, sobre todo norteamericano, constituye

une elemento de inestabilidad permanente para todos los otros Estados o naciones cuyas consecuencias más trágicas y sangrientas, desde 1948, las viene sufriendo la población arabo-palestina quien, a diferencia de otros pueblos de la región, jamás ha gozado siquiera de un minuto de tranquilidad. La tragedia de las masas palestinas en su horror infinito constituye no sólo un problema para Israel y para las burguesías árabes de los países limítrofes con Palestina (Líbano, Siria, Jordania, Egipto) sino también un pretexto que ha servido siempre para dirimir las divergencias que enfrentan Iraq, Irán, Arabia Saudita, Turquía y Libia al Estado hebreo. Pero nuestro examen sobre la cuestión arabo-palestina sería incompleto si no tomamos en cuenta que detrás de las tensiones cada vez más profundas – sobre todo en el plano militar – que Israel mantiene frente a la población palestina, se esconde en realidad no sólo la ambición de Israel de asumir el papel de potencia regional, siempre subordinada a los intereses usamericanos, contra los otros países de la región, sino también la profunda incapacidad de su clase dominante burguesa para solucionar de manera serena las divergencias que lo enfrentan cotidianamente, dentro y fuera de sus fronteras que cambian constantemente, a la población arabo-musulmana, y a las cuales se agregan últimamente las crecientes tensiones de carácter incluso militar entre Irán e Israel (las primeras escaramuzas ya han tenido lugar por vía cibernética).

A esto se añade la elevación del nivel de tensión más allá del nivel tradicional y permanente entre las dos Coreas; lo que obligará a China a tomar parte, directa o indirectamente, en el destino de estas tensiones. Tampoco hay que desdeñar las interminables, olvidadas y permanentes guerras y conflictos «tribales» entre países africanos. Estos últimos son siempre presentados por la prensa internacional como ajenos al curso de la economía mundial, cuando en realidad los primeros son uno de los efectos mayores del segundo. Parafraseando a Clausewitz, la guerra es un conflicto económico que se resuelve utilizando otros medios... Lo único que cambia en estas crisis decenales, que jalonan la historia del capitalismo desde su nacimiento, es su intensidad que crece de manera exponencial en su fase imperialista.

Todos estos escenarios hoy no deben ser interpretados como episodios aislados, sino como la preparación a una nueva fase en esta larga y profunda crisis que vive el capitalismo: de ahora en adelante todas estas conflictividades tendrán como objetivo una cada vez más aguda concentración de medios y circunstancias para una guerra clásica generalizada y un militarismo que conduzca ineluctablemente a ella. Ya los Estados imperialistas han comenzado parcimoniosamente a sembrarla en el corazón de los proletarios occidentales como estado natural de las cosas, el que por esta razón viene hipnotizado y sometido a la necesidad exclusiva del desarrollo de las fuerzas productivas encerradas en la camisa de fuerza de la apropiación privada de los productos que de ellas resultan, sin que por ello las condiciones miserables de estos cesen de empeorar; en pocas palabras, los proletarios deben acostumbrarse a la idea de que el hambre, el desempleo, la miseria y la guerra son una fatalidad.

Por ello no es por azar que decimos siempre que el desarrollo del capitalismo y su superproducción desembocan inexorablemente, tarde o temprano, en la guerra. A menos que la revolución proletaria no detenga este proce-

so, esta es la única solución capaz de destruir cantidades considerables de mercancías (entre ellas la más importante: ¡el hombre mismo!) lo suficiente como para poder iniciar un nuevo ciclo de producción. Esto ya lo advertía Marx en el Manifiesto, y ha sido archidemostrado en los hechos por las dos grandes guerras que hasta ahora ha sufrido la humanidad. La guerra es el baño de juventud que de tiempo en tiempo necesita la siniestra economía capitalista.

### **SÓLO LA REANUDACIÓN DE LA LUCHA DE CLASE QUE DESEMBOQUE EN LA REVOLUCIÓN PROLETARIA, PUEDE DETENER LA INFERNAL CARRERA DEL CAPITALISMO QUE DESEMBOCA INEXORABLEMENTE EN LA GUERRA IMPERIALISTA**

Pero, ¿dónde está la tradicional pugnacidad del proletariado, en qué punto se encuentra hoy la perspectiva de la reanudación clasista? Casi un siglo que el proletariado no se yergue a la altura de su propio destino como clase, y más de medio siglo en que la burguesía como clase reina sin obstáculos, permitiéndose tomar medidas de bienestar hacia el proletariado, nos obliga a decir con toda propiedad que la beligerancia proletaria se encuentra en un punto no lejos de cero...

Somos testigos de las manifestaciones en Grecia como consecuencia inmediata, y como respuesta del proletariado en ese país a los recortes sociales sancionados en el parlamento por todas las fuerzas políticas burguesas – incluyendo el Partido Comunista griego. También hemos presenciado la enorme huelga que estalla en Francia en Octubre-Noviembre de 2010. Estos y otros movimientos del proletariado han aparecido en diversos países del planeta, a consecuencia de la crisis.

Pero inevitablemente estas espirales de movimientos, manifestaciones y huelgas obreras que han surgido, han sido controladas y desviadas hacia el cauce democrático de la delegación sindical o la representación parlamentarias. En otras palabras, el colaboracionismo político y sindical ha logrado cumplir su tarea como agentes de la burguesía en el seno del proletariado: lo ha conducido a un callejón sin salida. Eso es un hecho incontestable. Y no es casual que, en los conflictos y durante la exposición de fuerzas, los gigantescos aparatos sindicales y jefes amarillos tratan a la parte patronal como «*partenaires sociaux*» (entes asociados, compañeros de ruta) y no como adversarios de clase, representantes de clases enemigas con destinos diferentes y antagónicos. En ello, el «trabajo» ideológico de todas las fuerzas burguesas, unidas en defensa de la Democracia y el capitalismo, durante las jornadas de huelgas y movilizaciones, **tuvo el éxito asegurado**, así como las orientaciones y la propaganda que imponían sin discusión la «no conflictividad del movimiento», la burocracia, la pasividad y el pacifismo a las energías reivindicativas puestas en movimiento.

Sin embargo, como en otras oportunidades mucho más agudas y peligrosas que hoy, la clase proletaria cuando se pone en movimiento, su acción directa hace mucho más difícil el control del colaboracionismo, quien por la misma fuerza concentrada de los proletarios no puede impedir que las mismas salgan a la calle ante los potentes ataques de la burguesía. Hasta cierto punto, y por muy corto tiempo (bloqueo nacional a los proveedores de combustible automotor en Francia, por ejemplo), las centrales sindicales



fueron arrastradas por las masas, o no tuvieron otra alternativa que «seguir» al movimiento, esperando matarlo de fatiga a fuerza de «jornadas de lucha» confusas y sin verdaderas alternativas, como efectivamente sucedió.

Además de la tensión de clase que no dejó de aparecer entre huelguistas y las fuerzas del Orden y los diversos organismos burgueses que defienden y promueven la «paz social», los medias, etc., en estas manifestaciones y movimientos huelguísticos sin embargo surgió un punto importante a tomar en cuenta en las luchas futuras: la constitución de las **cajas de solidaridad**, la colecta pública de fondos para cubrir los días-salarios perdidos en la huelga, lo que permitió que hasta cierto punto los huelguistas salieran del conflicto en buenas condiciones. También vale la pena recordar las diversas iniciativas de coordinación entre los diversos movimientos, huelgas y manifestaciones, incluyendo las solidaridades (transportistas belgas y españoles) que surgieron más allá de las fronteras impuestas por los burgueses y sus lacayos colaboracionistas infiltrados en la masa obrera.

Saludamos estas iniciativas que, a pesar de estar controladas por las fuerzas colaboracionistas, se convierten en momentos – desgraciadamente demasiado tímidos por ahora – de contacto y solidaridad entre los trabajadores, y un aspecto importante de esa tendencia a la **unidad creciente** e internacional del proletariado. Pero, para que esta tendencia a la solidaridad de clase y a la progresiva unificación de las luchas proletarias a nivel sectorial, nacional e internacional, se desarrollen dentro de la perspectiva de un verdadero movimiento de clase es necesario que la lucha proletaria encuentre la fuerza para romper con las políticas y las prácticas del colaboracionismo interclasista, volviendo al tradicional terreno del enfrentamiento abierto y directo contra los patrones, su Estado y las fuerzas que defienden sus intereses y su sociedad. Sin esta ruptura social y sin este enfrentamiento claro entre Capital y Trabajo, que constituye el nudo central del antagonismo congénito a esta sociedad que representa al modo de producción capitalista, el proletariado no logrará pasar del estadio inferior y elemental de la rebelión espontánea contra la extraordinaria presión capitalista que provocan siempre sus crisis. Revueltas espontáneas y a veces violentas, pero incapaces de nutrir la reanudación de la lucha de clase organizada a través de asociaciones económicas e inmediatas clasistas que reivindican la defensa de los intereses exclusivamente proletarios contra toda subordinación de la lucha, sus objetivos, sus métodos y medios de acción, a los intereses empresariales, patronales, del llamado «país».

Sólo este proceso de lucha clasista puede transformar al proletariado de hoy, totalmente al servicio de la economía capitalista y de la sociedad burguesa, democrática o no, en el proletariado revolucionario de mañana, quien bajo el fuego de la lucha y la acción abiertas y sin compromisos, rompe con el pacifismo colaboracionista y llega por fin a «reconocerse» como clase antagónica a la clase de los capitalistas; con objetivos, métodos y medios radicalmente diferentes a los que proponen los capitalistas y sus lacayos cuya labor es pervertir diariamente el alma y el corazón de los proletarios. Esto demuestra que los marxistas no inventamos nada, «no creamos sistemas perfectos del futuro» como hacían los primeros socialistas en el relato de sus hermosas utopías; son las mismas necesidades del capitalismo que, para salir de sus crisis, inevitablemente ataca al proletariado y éste se ve obligado a luchar

y organizarse, primero **instintivamente** para no morir de hambre, y luego para señalar conscientemente – con el partido comunista revolucionario a su cabeza – al verdadero culpable de su miseria: el capitalismo y sus cómplices.

## EL PROLETARIADO Y LA REORGANIZACIÓN CLASISTA EN EL TERRENO DE LAS LUCHAS ECONÓMICAS

Lejos de toda pretensión de superioridad moral, es nuestro deber señalar que si, hoy, el proletariado no posee la fuerza para defenderse, mañana, menos podrá tenerla para derrocar al capitalismo, cuando históricamente la situación se presente y sea imposible echar para atrás.

Cierto es que la inversión de la tendencia actual, esto es, la posibilidad real de la reanudación de la lucha de clase, advendrá gracias al impulso de la lucha contra los ataques cada vez más virulentos de las clases dominantes burguesas contra las condiciones de existencia de los proletarios, pero esta reanudación no surgirá solamente gracias a la **espontánea y desordenada reacción de los proletarios a estos ataques**, como hoy es el caso, sino gracias a la reorganización de la lucha proletaria en el terreno contingente a través de asociaciones económicas que hagan de la **defensa intransigente y exclusiva de los intereses de clase inmediatos del proletariado** su referencia central y vital.

Semejante salto de calidad el proletariado sólo lo podrá dar a través de una inevitable lucha dentro de las mismas filas proletarias, combatiendo a los estratos de aristocracia obrera atados a los pequeños privilegios que la clase dominante burguesa les concede con el fin de atraerlos al campo de la conservación social, y a los estratos más atrasados y vendidos a la política burguesa que promueve la competencia (y la división) entre proletarios que la burguesía jamás cesa de alimentar tanto en el seno de sus empresas como en la vida social cotidiana. Pero es precisamente contra no solamente las consecuencias o efectos devastadores, desde el punto de vista de los intereses comunes de clase, de la competencia entre proletarios, sino también y sobre todo contra los principios del mercantilismo e individualismo burgueses que presiden las políticas de competencia entre proletarios, llevadas a cabo por las organizaciones políticas y sindicales colaboracionistas y nacionalistas, que los estratos proletarios más combativos deberán luchar con coraje y crear el impulso necesario para dar paso a la abierta lucha de clase.

Sin este paso no habrá reanudación de clase ni mucho menos abrirá al partido de clase ya suficientemente potente, la posibilidad como para influenciar y luego dirigir a las masas proletarias. Esta influencia determinante el partido obrero marxista solamente la puede conquistar a través de su intervención en las asociaciones económicas de clase del proletariado, a través de un trabajo continuo y coherentemente clasista en su seno. Y es esta intervención del partido en las asociaciones económicas e inmediatas y en las luchas proletarias lo que contribuirá a realizar ese contacto entre las «*chispas de conciencia de clase*» que se desprenden de la lucha proletaria de clase, de las que Lenin habla en el «¿Qué hacer?», y el partido de clase, gracias al cual será posible para el partido difundir su propia influencia en el proletariado y, sobre esta base, dirigirlo en la lucha anticapitalista, lucha que parte materialmente del terreno de la defensa económica, y que desarrollándose y afrontando todo el aparato de defensa

política, social y militar de la burguesía, tiende a plantear la cuestión del poder político central que es el objetivo principal de toda la preparación revolucionaria del partido y del proletariado mismo.

Nuestro punto es que para que las luchas proletarias se conviertan en luchas de clase y se eleven a sus máximas consecuencias sociales y políticas, el proletariado deberá romper con el interclasismo sindical y político de las organizaciones tricolores y contrarrevolucionarias y orientarse hacia el abierto y directo enfrentamiento entre intereses proletarios e intereses capitalistas; es sólo a través de esta vía, y sólo sobre ella, que los proletarios encontrarán al partido comunista revolucionario, compacto y centralizado, con capacidad para orientar tanto sus luchas económicas y parciales como sus luchas más amplias y políticas. Las manifestaciones actuales que hemos visto en Grecia, Francia, y más o menos en Italia y Gran Bretaña, son sólo una tímida reacción a los ataques de un capitalismo gravemente en crisis, pero lo son por culpa del sometimiento persistente del proletariado a las exigencias de los intereses de la economía de las empresas y del país, y por ello, a pesar de la fuerza del número, el empuje audaz a la hora de enfrentar a las fuerzas del orden que las han caracterizado, no han producido nada de positivo ni en lo inmediato, ni mucho menos para las luchas futuras.

El proletariado no tiene sino un camino a tomar, una vía que hoy es todavía más ardua de cuanto fue después de la Primera Guerra Mundial, cuando los sindicatos de clase, los sindicatos «rojos», fueron destruidos por el fascismo en Alemania e Italia, países en los que después de ser vencidos en la guerra, y con la influencia que el estalinismo heredó de sus regímenes se convirtieron en sindicatos tricolor adaptados a las necesidades de la democracia «antifascista»; similar suerte sufrieron los sindicatos obreros en los países vencedores, restablecidos pero ya como pilares de la conservación social; mientras que en los mal llamados países «socialistas», después que el estalinismo hubo sofocado la revolución bolchevique y destruido el partido y la Internacional de Lenin, las herramientas clásicas de las luchas obreras pasaron a ser simples instrumentos de maniobra del capitalismo de Estado, aniquilando en ellos todo intento de autonomía proletaria. No es en vano que siempre en nuestras reuniones consagradas al tema decimos que, **si bien el fascismo fue vencido militarmente en la guerra, desde el punto de vista político y social, fue quien salió más potente y victorioso de ella...**

Así, la vía que el proletariado deberá tomar para salir de la presión a que es sometido por la colosal aplanadora del capitalismo avanzado y del control del colaboracionismo interclasista, es la vía de la lucha de clase, de la ruptura no sólo con la paz social sino con los vínculos reformistas y legalitarios con los que la democracia burguesa inviciblemente lo estrangula, y que permitirán llevarlo del horror y el sufrimiento de hoy al horror y el sufrimiento de la guerra imperialista de mañana.

Un partido verdaderamente revolucionario, aun sabiendo esperar que la reanudación se haga presente de manera vasta y consistente y que la misma se extienda a varios países, no cesará de intervenir en los pocos conflictos o episodios de luchas parciales e inmediatas, locales y limitadas que puedan existir, tratando de sacar y cristalizar las lecciones y balances que esas luchas aportarán para el futuro, tanto en el plano de la solidaridad proletaria como en el de los medios y métodos de lucha. Es sólo con esta actitud que el partido comunista revolucionario tendrá la

posibilidad de demostrar, hoy, a un puñado de elementos, y mañana a vastos sectores, que es capaz de orientar al proletariado incluso en estas luchas de carácter inmediato, conformando la lenta preparación revolucionaria de las condiciones materiales y políticas del proletariado que lo conduzcan hacia la toma del poder y al derrocamiento del capitalismo. Es así como cava el viejo topo del materialismo histórico.

### LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA: EL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

En el anterior número de nuestra revista, en resumen considerábamos que la crisis económica actual no tenía otro punto de interés más allá de su constatación y estudio que si en ella no se inscribía la perspectiva histórica de la expropiación y expulsión primero política y luego económica de la burguesía dominante. Recalcábamos, ante todo, la necesidad del partido que logra «exportar» su programa revolucionario en el seno del proletariado revolucionario dentro de la perspectiva de una futura reanudación de la lucha de clase revolucionaria e internacional como premisa fundamental para hablar propiamente de revolución proletaria. Esto es, a final de cuentas, lo que cuenta para nosotros: toda nuestra organización y actividad políticas, toda nuestras tomas de posición, nuestra propaganda, están signadas por esta imperiosa necesidad y finalismo comunistas: la constitución del partido revolucionario del proletariado por la conquista del Poder, el establecimiento de la dictadura de clase proletaria para derrocar el capitalismo y establecer del comunismo en el mundo entero. Esta perspectiva que el partido difunde y defiende puede llegar a ser realidad a condición de que existan 3 factores fundamentales: 1) un amplio y numeroso proletariado de puros asalariados; 2) un gran movimiento de asociaciones avocadas expresamente a la defensa económica de los proletarios; 3) un fuerte partido de clase, revolucionario, en el cual milite una poderosa minoría de trabajadores, que haya logrado conquistar, a través de sus acertadas orientaciones y consignas, la posibilidad de contraponer y extender su propia influencia en el movimiento sindical a la actual y asfixiante influencia de la clase y el poder burgués. La **ausencia** de estos factores es, pues, la clave para entender los resultados desastrosos de los pocos y débiles esfuerzos y luchas actuales del proletariado.

Es triste constatar que con el retardo histórico del partido de clase, es decir, de las fuerzas conscientes de la revolución proletaria, frente a las gigantescas fuerzas que la burguesía utiliza y utilizará sin ningún escrúpulo para impedir la «ruptura social» y velar el horizonte de clase del proletariado, la situación no es, pues, nada optimista ni menos deplorable, al punto que uno de sus más connotados representantes es capaz de lanzar como un desafío la frase: **«hasta hoy somos nosotros (los burgueses) quienes estamos ganando en la lucha de clase».**

Sin embargo, el modesto hecho de hacer constancia por escrito de esta situación indica la existencia positiva de una mínima labor revolucionaria, y de un embrión de partido físico que la ha hecho posible.

Por ello, firmamos Partido Comunista Internacional, y es así como entendemos la batalla de clase por la defensa del marxismo en tanto que teoría del socialismo científico, sin el cual jamás podremos dar efectivamente un paso adelante, ni mucho menos dirigir la revolución proletaria internacional.

# León Trotsky

## Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista

*A continuación publicamos algunos extractos del discurso pronunciado por Trotsky en el IIIº Congreso de la I.C. Es evidente que las diferencias con respecto a la situación actual son enormes. No solamente el capitalismo apenas salía de una guerra mundial (1914-1918, NdR), sino que salía encontrándose con un proletariado que había tomado el poder en Rusia y que en los países desarrollados de Europa reconstituía su partido de clase revolucionario, internacional e internacionalista. Este hecho por sí solo ponía un obstáculo objetivo a la expansión económica, poniendo un límite a la explotación capitalista. Otro obstáculo era, como lo señala*

*Trotsky, que el capitalismo no había logrado ampliar las bases de su expansión. Habrá que esperar un segundo conflicto mundial, una segunda masacre de obreros europeos y de otros países, la desaparición de toda huella del partido, la extensión geográfica del capitalismo a todo el planeta, para que este conozca un período de crecimiento y expansión durante décadas. Sin embargo es importante recordar cómo analizan los comunistas la relación entre crisis y revolución, pues, no hay un vínculo automático entre ambos. Sin lucha de clase victoriosa, el capitalismo siempre logrará recuperarse, siempre al precio de masacres y guerras.*

### DEL DESARROLLO ECONÓMICO A LA CRISIS

Los economistas burgueses y los reformistas quienes siempre presentan las coyunturas del capitalismo sobre un ángulo favorable, dicen: «La crisis actual no demuestra nada en sí misma. Al contrario es un fenómeno normal. Hemos asistido, después de la guerra (1914-1918, NdR), a un desarrollo industrial, y en ese momento estalla una crisis; el capitalismo, por consiguiente, vive y se desarrolla».

Crisis y períodos de desarrollo se secundan, acompañados de estadios intermedios; todo esto forma un ciclo o un gran círculo de desarrollo industrial. Cada ciclo abraza un período de 8, 9, 10, 11 años. Si estudiamos los 138 últimos años, podemos darnos cuenta que a este período corresponden 16 ciclos. Por tanto; cada ciclo corresponde a poco más o menos a 9 años, a 8,5 para ser más exactos. Como consecuencia de sus contradicciones internas, el capitalismo no se desarrolla en línea recta, sino en zig-zags: una vez se levanta y luego cae. Es ese fenómeno precisamente que permite decir a los apologetas del sistema capitalista que: «Puesto que, después de la guerra, asistimos alternativamente a crisis

y reanudaciones hay que aceptar, pues, que todo va de lo mejor en el mundo capitalista». Sin embargo, la realidad es diferente. El hecho de que el capitalismo continúa sufriendo las mismas fluctuaciones sólo demuestra que no ha muerto, que todavía no estamos en presencia de un cadáver. Mientras el capitalismo no haya sido despedazado por la revolución proletaria, vivirá los mismos períodos de alzas y bajas y vivirá los mismos ciclos. Las crisis y convalecencias forman parte de la economía capitalista desde su mismo nacimiento; ellas lo acompañarán hasta la tumba. Pero para definir la edad del capitalismo y su estado general, para poder darse cuenta si el se desarrolla, si ha llegado a la edad adulta o bien toca a su fin, primero hay que analizar el carácter de los ciclos en cuestión, tal como diagnosticamos el estado de un organismo humano de acuerdo a su respiración; tranquilamente o jadeante, profundamente o a penas, etc.

El fondo mismo del problema, camaradas, puede ser representado de la manera siguiente; tomemos el progreso en la extracción del carbón, la fabricación de tejidos, la producción de hierro y su fundición, el comercio exterior, etc. y representemos este desarrollo del

capitalismo en los 138 últimos años arriba mencionados con una curva. Si expresamos por medio de curvaturas de esta línea la marcha real del desarrollo económico, percibiremos que esta curva se realiza no de manera entera, sino en zig-zags con líneas hacia arriba y hacia bajo que corresponden a los períodos de desarrollo y de crisis respectivamente.

En consecuencia, la curva del desarrollo económico pone en evidencia dos especies de movimientos: uno fundamental, que expresa la reedificación general, el otro de segundo orden, que corresponde a las fluctuaciones periódicas constantes, relativas a los 16 ciclos de un período de 138 años. Durante todo ese tiempo, el capitalismo a vivido aspirando y expirando de forma diferente, de acuerdo a las épocas.

Desde el punto de vista del movimiento de base, es decir desde el punto de vista del desarrollo y declive del capitalismo, toda esta época de 138 años puede ser dividida en 5 períodos: de 1783 a 1851, el capitalismo avanza muy lentamente, y la curva se levanta muy penosamente. Después de la revolución de 1848, que amplía el cuadro del mercado europeo, asistimos a un vuelco bastante brusco. Entre 1851

y 1873, la curva sube repentinamente. En 1873, las fuerzas productivas desarrolladas chocan con los límites del mercado. Un crac se produce. Después comienza un período de depresión que se prolonga hasta 1894. Durante este periodo hubo fluctuaciones cíclicas, pero la curva de base permanece casi en el mismo nivel. A partir de 1894 comienza una nueva época de prosperidad capitalista, y casi hasta la guerra la curva sube con una rapidez vertiginosa. Y al final, la debacle de la economía capitalista durante el quinto periodo que comienza a partir de 1914.

¿De qué manera el movimiento fundamental de la trayectoria corresponde a las fluctuaciones cíclicas?

Podemos ver claramente que durante los periodos de desarrollo rápido del capitalismo, las crisis son cortas y no golpean sino superficialmente; en cuanto a las épocas ascendentes, estas son prolongadas. Durante los periodos de declive, las crisis se alargan y las reanudaciones aparecen y desaparecen rápidamente, superficiales y basadas en la especulación. En momentos de estancamiento (stagnation en el original, NdR), las oscilaciones se producen alrededor del mismo nivel.

Esta es, pues, la forma de determinar el estado general del organismo capitalista, a partir de la forma particular que toma su respiración y su pulso.

**CRISIS, REANUDACIÓN Y REVOLUCIÓN**

La relación entre reanudación económica, la crisis y el desarrollo de la revolución tiene para nosotros un interés no sólo teórico, sino ante todo práctico. Muchos de ustedes recuerdan que Marx y Engels en, 1851, después que una recuperación económica mostraba todo su vigor, han dicho que, de ahora en adelante, había que considerar que si la revolución de 1848 no había terminado, por lo menos se había interrumpido a la espera de otra crisis. Engels decía que la crisis de 1847 era la madre de la revolución y que la recuperación de 1849-51 había favorecido la marcha victoriosa de la contra-revolución.

Sin embargo, sería falso e inexacto explicar este juicio en el sentido

que las crisis provocan siempre una acción revolucionaria y que la elevación económica al contrario, tiene el don de calmar a la clase obrera. La revolución de 1848, parcial e indecisa, sin embargo, ha borrado las últimas huellas del régimen (feudal, NdR), ha borrado las últimas trazas del régimen de la servidumbre y de las corporaciones y ha ampliado el cuadro de desarrollo del capitalismo.

Es solamente en estas condiciones que la reanudación de 1851 puede ser considerada como el comienzo de un período de desarrollo capitalista que se prolongó hasta 1873.

¿Podemos esperar los mismos resultados de la reanudación de 1919-1920? En absoluto. Ninguna ampliación del cuadro de desarrollo capitalista entra en cuenta. ¿Quiere esto decir que, en un futuro no muy lejano, toda reanudación comercial e industrial está excluida?

¡De ninguna manera! Ya he dicho que el capitalismo aspiraba y expiraba mientras se encuentre en vida. Pero en el periodo al que hemos entrado, periodo de arreglo de cuentas respecto a las destrucciones y ruinas de la guerra, periodo de retorno al antiguo estado económico, toda elevación debe ser necesariamente superficial, más aún cuando se trata de una alza suscitada por la especulación. Entre tanto las crisis van a ser más largas y profundas.

En este caso, ¿es posible restablecer el equilibrio sobre nuevas bases?

Supongamos por un momento que la clase obrera no se yerga y se lance a la lucha revolucionaria, permitiendo además a la burguesía, durante largos años, digamos 20 o 30, dirigir los destinos del mundo. No hay, pues, dudas de que tal vez un nuevo equilibrio podría ser establecido.

Sin embargo, Europa sufriría un gran retroceso. Millones de obreros europeos morirán de hambre y causa del paro. Los Estados Unidos se verán obligados a buscar una nueva orientación en el mercado mundial, agrupar su industria, reclutar durante largos años. Después del establecimiento de una nueva división del trabajo, tomando esta vía dolorosa, tal vez en 15, 20, 25 años, una nueva época de incremento capitalista podría co-

menzar.

Pero este razonamiento es abstracto y no toca sino un aspecto de la cuestión. Nos estamos presentando el problema como si el proletariado hubiese cesado de luchar.

Pero esto no puede ser verdad, por la simple razón de que la oposición de clases ha alcanzado, en estos últimos años, una extraordinaria intensidad.

**«le prolétaire»**

Nº 500 (Mai-Sept. 2011)  
Sommaire

- La fièvre boursière et financière, signe de la rechute de l'économie mondiale
- Le printemps arabe est fini. Les illusions de changement se sont évaporées et face aux prolétaires et aux masses prolétariées, reste la réalité du talon de fer des Etats capitalistes et de l'impérialisme. La seule issue est dans la lutte prolétarienne de classe!
- La révolte en Grande-Bretagne annonce les futures révoltes en Europe
- La Grèce au bord de la faillite. La lutte des prolétaires grecs contre une austérité de plus en plus dure anticipe les futures luttes des prolétaires des autres pays européens
- Mouvement des « indignés » en Espagne. La corruption, le bureaucratisme politique, le chômage, sont inévitables sous le capitalisme. Il ne sera possible d'en finir que par la lutte de classe prolétarienne, anti-démocratique, anti-légaliste et anti-pacifiste!
- Les faux amis de la Commune
- A propos des massacres d'Oslo et Utova
- Bref aperçu sur la Syrie (1)
- Lutte Ouvrière, les « Bordiguistes » et Auschwitz ou le Grand Alibi : à propos d'une « mise au point »



# La «cuestión china»

La historia de China y de sus luchas sociales, sobre todo las que se han desarrollado desde hace un siglo, es rica de enseñanzas para el proletariado del mundo entero. La verdadera naturaleza del capitalismo en su fase senil o imperialista; el carácter en última instancia reaccionario de la burguesía de los países subdesarrollados; la acción contrarrevolucionaria del oportunismo internacional en estos últimos cuarenta años, todos estos puntos fundamentales encuentran una ilustración abundante en la historia china, lo cual ofrece en suma un conjunto de lecciones negativas mostrando lo que el proletariado no debe hacer para llevar a cabo su lucha.

Antes de llegar al periodo contemporáneo, una rápida síntesis de la historia de China es necesaria, a fin de mostrar cuales fueron los efectos de la intervención imperialista sobre este país milenario de estructuras estables. En efecto, durante los siglos en que las olas sucesivas de invasores habían sido absorbidas de manera relativamente fácil e integradas al elemento autóctono que conservaba su organización social, el capitalismo europeo logró en pocos años minar, y luego destruir, a la «China eterna» reduciéndola a su merced. En este choque entre dos formas de producción diferentes, la más joven y dinámica barrió con la más antigua.

## REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

Desde su nacimiento hasta su apogeo y luego su hundimiento, el «Imperio Celeste» ha atravesado una historia extraordinariamente uniforme (1). Es la historia de lo que Marx llama el modo de producción «asiático», caracterizado de un lado por un poder central fuerte que domina todo el país y que tiene por tareas principales la de construir, coordinar y mantener las redes hidráulicas del país (sin la cual la agricultura sería imposible), de asegurar la circulación interior de los productos mediante trabajos públicos, organización de la defensa del territorio, etc., y del otro lado, por una organización de comunas locales, donde se cultiva y provee también a la producción de artículos manufacturados necesarios al trabajo y a la vida de sus miembros. Estas comunidades locales englobadas en la unidad general y únicas propietarias de todo lo que existe, la tierra en primer lugar, reservaban todo o casi todo lo restante de la producción al mantenimiento del Estado central.

Dependiendo de factores naturales, geográficos y físicos inmutables, un sistema de esta naturaleza se perpetuó a través de siglos. Claro está que una lenta evolución interna tendía a hacer aparecer una capa de propieta-

rios terratenientes, en particular entre los funcionarios del Estado central. Pero la formación de esta propiedad privada, que debilitaba el poder central y le impedía realizar plenamente sus funciones generales, se repercutía sobre la organización común. La apropiación privada de las tierras arrastraba el abandono de los trabajos comunes de defensa de la economía agrícola y de regulación del curso de los ríos, y entonces verdaderas pestes azotaron al país. Esta situación empujaba a las masas campesinas a la rebelión reclamando una repartición igualitaria de la tierra. Con todo derecho podemos decir que la «historia de la China no es tanto la historia de la serie de dinastías que pasaron por el poder,

sino las potentes revueltas que durante más de veinte siglos hicieron y deshicieron estas dinastías».

Este equilibrio, o si se quiere, este círculo vicioso de la sociedad china no podía ser roto mientras que chocara con modos de producción inferiores: todos los invasores sucesivos, pueblos pastores o guerreros del Asia Central, no obstante que hayan vencido en el terreno militar, fueron obligados a adaptarse y luego a mezclarse en el país conquistado sin modificarlo en nada en lo esencial.

Sola la fuerza expansiva del modo de producción capitalista logró quebrantar y luego romper el edificio social oriental que este había minado con el comercio después de haber abierto brechas con sus cañoneras: «El buen mercado de sus productos es la gruesa artillería que batió en brecha todas las murallas de China y llevó a la capitulación de los bárbaros más cabezudamente hostiles a los extranjeros. A riesgo de morir, la burguesía fuerza a todas las naciones a adoptar el modo burgués de producción: las fuerza a introducir en su país la pretendida civilización, es decir, a que se vuelvan burguesas. En una palabra, se forma su mundo a su imagen y semejanza» (Manifiesto del Partido Comunista). La «civilización» burguesa típica: opio, comercio y religión presenta aquí sus características más típicas: hambre y masacres para la China, riqueza para los accionistas de Inglaterra, Francia y Holanda.

## LA PENETRACIÓN IMPERIALISTA

Sería demasiado largo recorrer las etapas de la penetración del capital europeo en China: nos limitaremos a recordar los hechos principales. A partir de la primera mitad del siglo XVI, primero con los portugueses, luego con los ingleses, franceses, holandeses y al final de los americanos, comienza una corrosión lenta e ininterrompida de la potencia china: los productos occidentales toman progresi-

vamente el lugar de los objetos manufacturados locales, arruinando finalmente la producción familiar, sumiendo al país en la pobreza. Los embajadores y las delegaciones occidentales manifiestan su fidelidad al emperador, y los puertos se abren al comercio internacional mientras que la influencia occidental se convierte en predominante en todos los países limítrofes.

La intervención del capitalismo se

vuelve cada vez más abrumadora, pesada, el gobierno local trata de defenderse de una penetración que le lleva a la quiebra; el choque se vuelve cada vez más violento. Es la época de las «guerras del opio», monumento a la civilización burguesa.

El comercio de esta droga, en manos de los ingleses esencialmente, tuvo funestas consecuencias para la sociedad china; las reservas de moneda se agotan en beneficio de Londres y París, el Tesoro Público sufría las consecuencias, las capacidades de resistencia y de trabajo de la sociedad declinaban. Los capitales y las reservas necesarias para los grandes trabajos de regulación de las aguas desaparecerán, estas obras serán abandonadas lo que traerá consecuencias desastrosas para la agricultura y el abastecimiento de alimentos. Para Occidente, todo ello era producto de «catástrofes naturales».

Para reaccionar a la ruina económica, el gobierno chino emprende una campaña de represión contra el tráfico de drogas que lo lleva a chocar abiertamente con los occidentales. De 1839 a 1861 se libran tres «guerras del opio» entre la China e Inglaterra y luego Francia. A cada derrota el imperio debe someterse al Imperialismo: pérdida de la soberanía de sus puertos en beneficio del comercio occidental; bases y concesiones a Inglaterra, a Francia, Alemania, etc. pago de millones de *taleros* de indemnización; concesión de los derechos portuarios y aduaneros; legalización del comercio del opio, etc.

El imperialismo tiende entonces a desmembrar la inmensa nación. Utilizando las dificultades interiores del imperio (rebelión de los Taipings, 1850-1864), este aumenta su influencia sobre el aparato de Estado y el ejército; la organización social degenera, la dinastía imperial se reduce a una simple mampara, que los imperialistas protegían de sus enemigos internos para mejor despojarla de todo poder real. Mientras se desenvuelve este proceso, comienza el desmembramiento territorial: Annam, Tonkin, Formosa para Francia; Hong-Kong y otras concesiones para Inglaterra; Manchuria y Corea al Japón. Todas las provincias tributarias del Imperio Celeste pasan a pertenecer al Occidente. La China rodeada por el imperialismo se asfixia, su economía periclitada, su independencia es escarnecida, su potencia destruida.

La competencia es despiadada con

los tejidos occidentales y arruina rápidamente la floreciente industria local, lo que provoca una terrible crisis. La fuga de dinero rarifica los capitales necesarios para el mantenimiento de las grandes obras de mejoramiento, paraliza el lanzamiento de nuevos trabajos indispensables: el hambre y las epidemias se expanden, y alcanzan su máximo en la segunda mitad del siglo XIX. La población es diezmada, inmensas fuerzas productivas son destruidas, toda la sociedad se ve precipitada en el hambre y la miseria.

Todos estos acontecimientos rompen con el equilibrio pasado. Nuevas

### RELACIONES SOCIALES

Ciertos datos estadísticos prueban la existencia del fenómeno: las empresas de 1 a 30 mus ( $\mu = 0,06$  ha.), es decir que permiten morir de hambre o de sobrevivir sin esperanza, representan el 68% de las empresas agrícolas y deben satisfacer las necesidades de 32% de la población mientras que sólo disponen de 19% del territorio. Las empresas de 30 a 50 mus (burguesía media), representan el 16% de las empresas, el 7 por ciento de la población y el 17% del territorio. Luego vienen las grandes empresas de más de 50 mus que representa sólo el 7% de la población y disponen del 64% de las tierras cultivables.

Estos enormes desequilibrios (a modo de ejemplo, hemos dado estas cifras; válidas en ciertas provincias) tienden a generalizarse, pero el Sur, productor de arroz, vive en medio de una multiplicación de ínfimas propiedades, mientras que el Norte, productor de trigo, es testigo del surgimiento de grandes empresas modernas.

En suma, según la tradición milenaria de la China, se ha llegado a la necesidad de una redistribución de las tierras bajo el impulso de las revueltas campesinas. Pero, la acción paralizante del capitalismo internacional, la formación de una burguesía indígena, la renuncia del Estado a su rol de organizador general de la economía agrícola, la hacen imposible. La redistribución de la tierra que, hasta ese momento, se ha hecho de manera «natural», exige ahora un vasto movimiento que implique la intervención de todas las clases de la sociedad.

Actuando de concierto con la nueva burguesía agraria, se forma una burguesía comercial, la famosa

estratificaciones sociales, nuevas clases poco a poco se forman y comienzan a influir en la dinámica social del campo. La vieja clase de los funcionarios, mandarines y militares que se enriquecen con el comercio y se van perfilando como una gran burguesía mercantil, invierte sus beneficios en la agricultura, despojando de sus tierras a los campesinos y a las comunidades agrícolas a través de préstamos usureros. Privado de tierra, arrojado al hambre, el campesino se ve obligado a vivir en un pequeño lote de tierra insuficiente y se transforma en granjero o semi-granjero.

burguesía «compradora» que, aliada al imperialismo y sirviendo de relevo a la comercialización de los productos occidentales, enajenan una parte considerable de las ganancias y la reinvierten en la agricultura o en la usura. Estos «compradores» actúan por otra parte de manera reaccionaria con respecto al movimiento de independencia que surge en el país. Por último, se forma igualmente un proletariado chino, poco numeroso pero muy concentrado, que la ruina de la artesanía doméstica y el éxodo rural que acarrearán las hambrunas y las deudas empuja hacia las ciudades costeras.

Estas nuevas clases sociales serán las protagonistas de los movimientos sociales del siglo XX. La vieja China muere definitivamente, asesinada por el capitalismo internacional. La nueva China comienza a dar sus primeros pasos.

Esta nueva China la edifica el imperialismo sobre las ruinas de las viejas estructuras sociales y políticas. Alrededor de los puertos, abiertos al tráfico internacional, se desarrolla una red de actividades que, partiendo del comercio y los servicios, abrazará muy pronto la industria. Las vías férreas son construidas por los rusos y los japoneses; el hierro y el carbón, venidos sobre todo de Manchuria, son explotados masivamente. El ocupante extranjero instala las primeras estructuras industriales: la transformación de la economía china ha comenzado. Desde luego que esto no representa sino una gota de agua en un desierto; China sigue siendo incluso hoy [1967, NdR] un país esencialmente agrícola, pero de una importancia decisiva para el destino de la nación.

ENTRAN LAS CLASES SOCIALES EN ESCENA

La destrucción del viejo modo de producción asiático y la implantación del sistema capitalista empujan a las clases sociales, antiguas y modernas, a la lucha sobre nuevas perspectivas. La revuelta de los Bóxer marca una era nueva en las relaciones entre el viejo imperio y el imperialismo, como en las relaciones internacionales: se desencadena en 1900 y muy pronto abrazará a todo el país, y si bien se termina en una derrota, las mismas han demostrado claramente hasta qué punto las contradicciones aportadas por el capitalismo habían modificado radicalmente las viejas relaciones. Con la revuelta de los Bóxer se reanuda el movimiento de las revueltas anti-europeas del siglo pasado, pero más radicalmente y a escala nacional; el asedio a los consulados en Pekín constituye una declaración de guerra al imperialismo, el signo de que la China está despertándose, y el momento ha llegado para que las nuevas fuerzas sociales cumplan la tarea que la historia les ha confiado.

En 1911, después de los movimientos Taiping y Bóxer, de carácter exclusivamente popular, la burguesía nacional entra en escena. Inspirado por las «cuatro familias» (la gran burguesía), Sun Yat-sen lanza un programa nacionalista, el «Plan por el desarrollo económico de China», que refleja todas las ilusiones e indecisiones características de la burguesía china. Ésta espera realizar pacíficamente su revolución nacional beneficiándose de la «comprensión» y la ayuda imperialistas, sin pensar en poner en movimiento ni a las tradicionales masas campesinas muertas de hambre, ni mucho menos aún al proletariado indígena poco numeroso pero ya peligroso.

Los herederos actuales de las tradiciones burguesas y nacionalistas de la China de Sun Yat-sen pueden ondear las banderas rojas, lo que demuestra que los sueños de 1911 no se realizaron más que en la medida en que ha sido arruinada una solución bastante radical y decisiva, es decir la soldadura de la revolución china con las revoluciones occidentales, las únicas capaces de permitir, gracias a la utilización científica y racional de las inmensas energías liberadas por una revolución internacional, la construcción de una economía moderna sin el precio exorbitado que han debido pagar hasta hoy los proletarios chinos.

A partir de 1911, la cuestión china

asume una importancia internacional. Las soluciones políticas que les serán aplicadas tendrán siempre amplias repercusiones hacia el exterior y aportarán posteriormente una especie de laboratorio a las maniobras del oportunismo estalinista. En realidad, dos concepciones opuestas de la lucha de los pueblos coloniales se enfrentarán en la dinámica social oriental. Dos concepciones que dentro del contexto social a escala internacional no repre-

LA PERSPECTIVA MARXISTA

Las revoluciones nacionales de la burguesía se terminan en Europa en la segunda mitad del siglo XIX; bajo el empuje de la penetración capitalista y de las primeras manifestaciones del imperialismo, los regímenes atrasados ven desarrollarse el nuevo modo de producción y las categorías sociales que están ligadas a este, antes incluso de poder adaptar las formas políticas del régimen pre-capitalista a la nueva realidad en desarrollo.

Es el caso en particular de la Rusia zarista. En esta sociedad, atrasada desde el punto de vista capitalista, la penetración del capital extranjero y la renovación del capital local conforman islotes de un capitalismo muy concentrado, muy moderno, con todas las consecuencias que ello entraña, y en primer lugar, la creación de un proletariado, poco numeroso en relación a la extensión del país y al total de su población, pero directamente arrojado dentro de las condiciones de una lucha de clase anti-burguesa y anti-capitalista. La presencia de este proletariado, por un lado, y por el otro la presión del capitalismo internacional, impiden a la burguesía nacional atacar a la vieja superestructura pre-capitalista, inadaptada a las nuevas necesidades. La burguesía nacional tiene menos temor al yugo del imperialismo que a la clase proletaria en pleno auge, que ha aprendido las lecciones del pasado y posee ya un programa político completo y bien definido. Como lo constataba Lenin, en Rusia «la revolución burguesa es imposible como revolución de la burguesía», y el análisis marxista de esta situación, ya vivida en la Alemania de 1848, constituyó el punto fuerte de los bolcheviques en su lucha por la conquista del poder contra la concepción mecanicista y reaccionaria del menchevismo.

Los marxistas jamás han conside-

sentaban desde luego dos maneras intercambiables, entre las que la Historia tomaría tranquilamente su decisión para resolver las contradicciones sociales del tercer mundo, sino dos vías opuestas inconciliables. El problema ya resuelto por el marxismo de la doble revolución, de la revolución permanente, se planteaba en China: las vías seguidas por las dos clases fundamentales de la sociedad moderna, burguesía y proletariado, paralelas al comienzo, debían y deben necesariamente divergir.

rado las revoluciones nacionales en sí mismas si no se ligan a la situación general, histórica en la cual estas se desarrollan. Es por esto por lo que en 1914 proclamarán que se había abierto la era de la revolución proletaria mundial. Incluso en los países atrasados desde el punto de vista capitalista, y hasta en las colonias, todo movimiento social se desarrolla en el cuadro general de un capitalismo que ha llegado a su último estadio y puede por tanto colocar en primer plano al proletariado detrás del cual viene un campesinado víctima del mismo explotador: la burguesía «compradora» ligada por más sólidos lazos al imperialismo que a su aspiración a la independencia. La realización de los objetivos políticos y nacionales mismos de la burguesía se encontraban, pues, subordinados a la lucha proletaria y suponía la toma revolucionaria del poder. O bien opera entonces lo que llamaba Lenin la «transcendencia» de la revolución burguesa en dictadura del proletariado apoyada por las masas campesinas, o bien la burguesía nacional e internacional vuelve a tomar el poder y bloquea esta transformación política y social, o al menos impone vías alternas, compromisos y, sobre todo, una represión terrible a los obreros y campesinos, siempre a la cabeza de la lucha revolucionaria, lo cual interrumpe el movimiento de vanguardia.

Esta perspectiva estaba bien clara para los bolcheviques. Para ellos, el proletariado debía mantenerse a la vanguardia de la lucha anti-imperialista y no a la cola; y, a la cabeza de la lucha de clase del proletariado y en absoluto a la cola de la burguesía, debía encontrarse un partido comunista fortalecido por un programa y una acción independiente, luchando por el poder en estricta vinculación con el proletariado de las metrópolis imperialistas, que

solo con su victoria podía permitir a un régimen político comunista, que reinaba sobre una economía todavía extensamente atrasada, sobrevivir y, por consiguiente, saltar por encima de la fase burguesa, en el cuadro de «un plan económico general controlado por el proletariado de todas las naciones».

Las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista son particularmente claras a ese respecto: «*Existe en los países oprimidos dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático y nacionalista, que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes y pobres por su emancipación de toda clase de explotación. (...) El primero trata de dirigir al segundo y, en cierta medida, muchas veces lo logra. Pero la Internacional Comunista y los partidos adherentes deben combatir esta tendencia y tratar de desarrollar un sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias. (...) En un primer estadio la revolución en las colonias debe tener un programa que comporte reformas pequeño-burguesas tal como la repartición de la tierra. Pero de ello no debe desprenderse necesari-*

*amente que la dirección deba ser abandonada a la democracia burguesa. El Partido debe al contrario desarrollar una fuerte y sistemática propaganda en favor de los soviets de campesinos y obreros. Estos soviets deberán trabajar en estrecha colaboración con las repúblicas soviéticas de los países capitalistas avanzados para alcanzar la victoria final sobre el capitalismo en el mundo entero.*

Esta era la perspectiva fecunda. Nada le quita validez, a pesar de que el estalinismo le haya dado la espalda sometiendo al proletariado y su vanguardia política a la dirección pequeño-burguesa y nacionalista del Kuomintang. Basta considerar en efecto la feroz represión que la burguesía empleó para aplastar al proletariado y campesinado pobre, para comprender que un movimiento comunista basado en el proletariado, y arrastrando para este movimiento al campesinado, tenía delante de sí una perspectiva histórica grandiosa. El crimen del oportunismo ha sido el de sacrificar completamente a este movimiento revolucionario; la cruel ironía es que sacrificando a este movimiento de clase también sacrificaba la falsa perspectiva que llevaba a un desenlace puramente nacionalista de la burguesía.

### LA TRAICIÓN ESTALINIANA

En 1925-27, el oportunismo estalinista tiene una concepción cercana a la «revolución por etapas» de los mencheviques, evidentemente opuesta a la perspectiva marxista de una revolución proletaria que toma a su cargo las tareas de una burguesía nacional desfalleciente para superarla e imponer sus objetivos de clase, yendo a la cabeza de las masas campesinas y al lado del proletariado mundial.

Por el hecho de que la burguesía nacional es víctima también de la dominación imperialista, el estalinismo concluye de manera completamente arbitraria que ésta tiene un rol revolucionario de primera importancia que jugar, y posee características sociales y políticas completamente diferentes de sus pares en los países avanzados. La realidad dista mucho de estas afirmaciones. Por el contrario cuando el proletariado comienza a actuar de manera autónoma, la burguesía de los países coloniales o semi-coloniales ha cambiado mucho con respecto a la época en que trataba de oponerse a la penetración europea. Ligada como está al capitalismo internacional por lazos

tanto económicos como políticos, se ha encerrado en un dilema insoluble: si sus intereses particulares le ordenan dar una estructura más moderna al país (independencia y unificación) la misma da marcha atrás delante de la necesidad de poner en movimiento a fuerzas sociales que teme no poder controlar.

Trotsky aprenderá magistralmente la lección «*Una política que ignorara la potente presión ejercida por el imperialismo sobre la vida interior de China sería radicalmente falsa. Pero no menos falsa es la política que partiría de una idea abstracta de la opresión nacional sin conocer su refracción en las clases... El imperialismo en China es una fuerza de importancia primordial. El origen de esta fuerza no reside en los buques de guerra que cruzan el Yang-tsé, sino en los vínculos económicos y políticos del capital extranjero con la burguesía indígena.*

Pero, en ese momento en que las contradicciones sociales en China han crecido lo suficiente como para que un enfrentamiento general se produzca,

desgraciadamente el oportunismo ya ha hecho nido y se ha adueñado de la Internacional Comunista, y las directivas que de esta emanan ya contienen el germen de su derrota. En efecto, el oportunismo le impone al proletariado renunciar al rol que le corresponde, a la independencia de su partido de clase y de capitular ante las perspectivas burguesas.

En 1924, bajo las ordenes de Stalin, el Partido Comunista de China se adhirió al Kuomintang, adoptando al mismo tiempo los «tres principios del pueblo» de Sun Yat-sen, el programa oficial de la burguesía al cual deberían corresponder en la práctica tres etapas de la revolución. La primera, la «etapa militar», debería llegar a la expulsión del imperialismo y a la unificación de la China; la segunda, «etapa educativa», debía preparar al «pueblo»; la tercera debía realizar esa misma democracia. En el lenguaje del oportunismo estalinista, estas tres etapas son denominadas «anti-imperialistas», «campesinas» y «soviéticas»!

Para mostrar la monstruosidad de esta desviación que representa tal política, basta recordar las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista que ya hemos citado:

«*La ayuda aportada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es en realidad una ayuda aportada al movimiento nacionalista de la burguesía indígena, sino la apertura del camino para el proletariado mismo... En su primer estadio, la revolución en las colonias no puede ser una revolución comunista, pero si desde un comienzo ellas se encuentran bajo la dirección de una vanguardia comunista, las masas no se encontrarán desorientadas y en los diferentes periodos del movimiento su experiencia revolucionaria no hará más que crecer.*

La «vanguardia» comunista fue al contrario condenada por el oportunismo a servir de retaguardia en las luchas sociales. Mientras que los proletarios eran empujados por la crisis hacia posiciones cada vez más radicales y se oponían tanto al imperialismo como al régimen burgués interior, su Estado-Mayor político se integraba al movimiento democrático burgués, abandonando su república independiente, adoptando las tesis nacionalistas e imponiéndoselas a las masas explotadas de la revolución como la expresión de sus propias aspiraciones. Las consecuencias de este abandono (que no puede ser consi-



derado como un «error» puesto que las tesis, las consignas de la Internacional Comunista en su periodo inicial y hasta su manera de abordar el problema nacional no dejaban lugar a dudas sobre la vía a tomar) no tardarán en hacerse sentir en la lucha revolucionaria. Era como si todas las lecciones de las luchas proletarias desde 1848 hubieran sido olvidadas o renegadas por la clase obrera; en rea-

lidad, como la Izquierda Comunista lo comprendió y dijo inmediatamente, el movimiento, bajo la dirección del oportunismo daba sus primeros pasos en el terreno del adversario y, como se vio muy claramente después, nada podría ser salvado luego de este deslice fatal; teoría y organización práctica, victoria revolucionaria en Rusia y perspectiva de revolución internacional, toda sería barrido.

veinte siglos, una práctica común en China, aunque las posesiones del Estado y del clero se habían reducido sensiblemente, en tanto que la parte más grande de la tierra estaban ya acaparadas por la burguesía china misma, representada en los hechos por el usurero de la aldea.

El terrateniente que alquilaba microscópicos lotes de tierra a los campesinos, no era en absoluto el señor feudal, sino el rico usurero que jugaba el rol de «comprador» al mismo tiempo, es decir de intermediario en el comercio de los productos occidentales. La clase burguesa de la cual Stalin pone como Estado-Mayor del campesinado era en realidad su opresor y explotador directo; toda repartición de las tierras hubiese chocado de frente con los intereses burgueses, y es bastante evidente que si el campesinado chino reivindicaba la confiscación y el reparto de las tierras no podía sino hacerlo contra la burguesía.

Las tesis de Lenin y de la Internacional Comunista planteaban que la clase burguesa se había convertido en contrarrevolucionaria a escala mundial, y que sólo el proletariado organizado de manera independiente podía tomar las riendas de las revoluciones nacionales allí donde esta etapa histórica no había sido superada – estas tesis precisamente tomaban todo su valor con respecto a China. Si Stalin le dio la espalda, no fue desde luego por ignorancia, sino bajo la presión de la contrarrevolución de la cual se convirtió en el campeón que socavó el poder proletario en Rusia y, de paso, arruinó el movimiento comunista internacional, en nombre del «socialismo en un solo país».

### LAS TESIS DE STALIN

En completa ruptura con las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre la cuestión nacional y colonial, Stalin decretó que la burguesía nacional china poseía una naturaleza revolucionaria. Pretendía efectivamente que «la dominación del imperialismo mundial hacía de la burguesía china una clase más revolucionaria que la rusa de 1917. Por consiguiente, una revolución proletaria en China era imposible y el proletariado debía dejar la dirección del movimiento nacional a la burguesía. La burguesía había llevado a término la lucha de liberación de cara al imperialismo y la lucha por la unificación del país contra los «señores de la guerra». Para todo este periodo, el proletariado y el partido comunista chino no debían, pues, cumplir ningún rol independiente sino el de limitarse a apoyar al movimiento nacional burgués. Una vez adquirida la independencia y la unificación del país, la revolución habría pasado a la fase de la reforma agraria, siempre bajo el impulso de la burguesía «anti-imperialista». Luego de acabada esta, la fase «socialista» finalmente se entraba al periodo en que el proletariado podía actuar como clase y comenzar la lucha contra la burguesía para instaurar su poder.

Las tesis de Stalin no tenían nada en común con la perspectiva marxista y rebajaba a la clase obrera al rol de masa de maniobra sometida a la burguesía. Para tratar de justificarlas, y en especial para «demostrar» la pretendida capacidad de la burguesía de movilizar a las masas campesinas, se inventa la fábula del «feudalismo chino» y se pretende luego que en China, como en la Europa del siglo XVIII, la tierra era propiedad inalienable del clero y la nobleza, y de los siervos de la gleba. Es un hecho incontestable, por el contrario, que la burguesía ha podido jugar un rol revolucionario anti-feudal apoyándose precisamente sobre las masas campesinas que aspiran a la pro-

piedad de la tierra. Las tierras se encontraban en manos de la nobleza, la burguesía podía estimular un movimiento de reparto del patrimonio de las tierras de la nobleza que en un primer momento habría favorecido desde luego al campesinado, pero que debía, a más largo plazo, y debido a factores puramente económicos (libre comercio de la tierra y endeudamiento creciente del pequeño campesinado), concentrar las tierras en las manos de la burguesía.

Es este el proceso que vemos en marcha en la revolución francesa, en la cual los campesinos barrerán primero al feudalismo y luego engrosarán las filas del ejército napoleónico, para finalmente someterse a la dominación de la banca y del capital financiero. Por consiguiente, de acuerdo a Stalin, la burguesía china debería haber sido doblemente revolucionaria: primero, por que sufría el yugo del imperialismo mundial, y luego, porque debía proceder a un reparto de la tierra, impulsando a los campesinos pobres a la lucha «anti-feudal». (2)

En absoluto las cosas se presentaban así en la realidad. El libre comercio de la tierra era, desde hace ya más de

### LA SITUACIÓN EN CHINA

Debilitando y destruyendo después completamente a la dinastía imperial, el imperialismo había precipitado a China a un verdadero desmembramiento territorial. El poder central se había desvanecido, las diferentes regiones habían caído bajo el control de los «señores de la guerra», jefes militares que fundaban su poder sobre ejércitos mercenarios formados por campesinos sin tierra reducidos al estado de bandidos errantes, mantenidos por las potencias imperialistas. Estos «señores de la guerra» protegían los intereses de la burguesía contra los obreros y campesinos, y si esta última se oponía en cierta medida a los primeros era porque aspiraba a la uni-

dad nacional necesaria para su propio desarrollo.

La revolución que, en 1911, había abatido a la última dinastía e instaurado una república burguesa bajo la presidencia de Sun Yat-sen, periclitaba bajo los efectos de la intervención de los «señores de la guerra» solicitada por la misma burguesía, demostrando al mismo tiempo con ello que era incapaz de mantenerse a la cabeza del movimiento de las masas y de cumplir con las tareas históricas de su propia revolución. La oposición de la burguesía a los «señores de la guerra» era por tanto bastante limitada, ya que la primera se encontraba estrechamente ligada a los segundos por

la función represiva que estos ejercían. En 1911, Sun Yat-sen les había dejado el poder; en 1913, Lenin escribe en ese sentido: «*Las revoluciones de Asia han mostrado la misma ausencia de carácter y la misma baja del liberalismo, la misma importancia exclusiva de una independencia de las masas democráticas, la misma delimitación precisa entre el proletariado y toda la burguesía*». («Los destinos históricos y la doctrina de K. Marx»).

El Kuomintang, o «partido del pueblo», representaba las aspiraciones nacionalistas y anti-imperialistas de la burguesía y pequeña burguesía. Este no tenía ninguna influencia sobre los obreros y campesinos pobres quienes, desde el comienzo de sus luchas, se encontrarán bajo la dirección del Partido Comunista. Sus posibilidades de acción estaban, pues, estrictamen-

te limitadas y dependían de su capacidad para plegar al P.C.C. a sus propias directivas. En 1922, Sun Yat-sen rechazó el frente único entre los dos partidos que le ofrecía la Internacional Comunista: para el Kuomintang, los comunistas no podían ser sino subordinados; jamás aliados. Esto aclara la posición de la burguesía china con respecto al movimiento proletario y al campesinado: quería solamente servir de ello, sin arriesgar ni concederles nada. No buscaba actuar contra el imperialismo, a menos que el proletariado y el campesinado fueran sometidos estrictamente a ella; por el contrario esta sí estaba dispuesta a marchar con los imperialistas si había que atacar a estos últimos. Sólo la contrarrevolución triunfante en Rusia podía someter al proletariado a su burguesía, —y fue esto lo que hizo el estalinismo a partir de 1923.

que el partido comunista estaba poco desarrollado en China y esto le impedía toda acción independiente. Admitiendo incluso que esta debilidad fuese verdad, ello es por el contrario una razón suplementaria para defender al partido, su organización y el programa que le pertenece. Esa era la razón que debía sostenerse; además, esta debilidad era completamente relativa. El partido chino que se había constituido en 1920 había conquistado rápidamente una notable influencia sobre las masas proletarias que todavía no estaban contaminadas por el reformismo ni por el oportunismo como en Occidente. Pese a sus pocos miembros, este tenía de su parte a todo el movimiento de masas y dirigía particularmente a los sindicatos que se desarrollaban rápidamente en todo el país. Desde 1922, el movimiento proletario y campesino tomaba proporciones grandiosas. Ahora bien, este movimiento no solamente estaba fuertemente influenciado por el Partido Comunista sino que era ferozmente hostil al Kuomintang en el cual veía con toda la razón la organización de la odiada burguesía; y es también con toda la razón que le repugnaba la idea de aliarse, o peor como era el caso, de someterse a éste. El movimiento obrero y campesino no pudo deshacerse de esta sumisión, a pesar de su desarrollo extraordinario. En mayo de 1922 se tuvo el primer congreso de los sindicatos chinos, que ya contaba con más de 200 mil adherentes; el 1° de mayo de 1925, el sindicato general pan-oriental había crecido a tal punto de haber logrado reunir 570.000 adherentes. El número de huelgas había pasado de a penas 25 en 1919, a 91 en 1922. El 1° de mayo, 10 mil obreros desfilaban en Shanghai, y 200 mil en Cantón; en Wuhan, pese a la ley marcial las calles se teñían del rojo de las banderas. El movimiento campesino marchaba al mismo ritmo, gracias a la constitución de las «uniones» campesinas que se verán propulsadas en número en el Kuantung y que, desde 1923, se enfrentaban violentamente con los terratenientes y el ejército.

Este movimiento culmina el 30 de mayo de 1925 con la huelga general desatada en Shanghai luego de la muerte de varios estudiantes y obreros durante una manifestación: la huelga se extendió hasta el personal doméstico de las familias extranjeras y alcanzó varias aldeas de Cantón a Pekín, tocando a alrededor de 400 mil obreros. El 11 de junio en Hankú, va-

### 1925-1927:

#### PROGRESO Y DERROTA DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

La aplicación de las tesis estalinistas llevaban a la sumisión del joven Partido Comunista chino al Kuomintang, el partido nacionalista burgués que detentaba el poder en Cantón. Y, en los hechos, el P.C.C. se adhirió al Kuomintang en 1923, destruyendo de esta manera su organización independiente. Del resto, desde 1923, la diplomacia soviética había establecido estrechas relaciones con el jefe y teórico de la burguesía china, el doctor Sun Yat-sen y había firmado acuerdos comerciales con la China repudiando los «tratados injustos» del pasado. Pero, lo que se había constituido sólo en una actitud práctica normal del Estado ruso con respecto al Estado chino, se transformó en una verdadera alianza con la burguesía china.

El encuentro sostenido, el 26 de enero de 1923, entre Joffé y Sun Yat-sen, se concluyó con una declaración conjunta en forma de tratado de paz:

«El Dr. Sun Yat-sen estima que ni la organización comunista, ni menos aún el sistema de Soviets pueden ser introducidos actualmente en China, puesto que las condiciones necesarias a fin de llevar a cabo la constitución exitosa del comunismo o sovietismo no existen. Esta opinión es totalmente compartida por el Sr. Joffé quien piensa que el problema más importante y el más urgente de la China es el de realizar su independencia nacional».

Esta declaración común era la continuación de las deliberaciones del

Ejecutivo de la Internacional comunista del 12 de enero de 1923:

«Considerando que la clase obrera no se encuentra suficientemente diferenciada como una fuerza completamente autónoma, el Ejecutivo considera necesario que el joven partido comunista chino coordine su actividad con la del Kuomintang». En esta línea, el tercer congreso del P.C.C. que se tuvo en junio de 1923, lanzaba las siguientes consignas:

«Todos a trabajar por el Kuomintang. El Kuomintang debe ser la fuerza central de la revolución nacional y asumir su dirección».

Por medio de estas citas, bien podemos darnos cuenta de que la vía trazada por Lenin y los primeros Congresos de la Internacional al proletariado de las colonias y semi-colonias ya había sido completamente abandonada. Se le reconocía un rol revolucionario a la burguesía en la revolución nacional y se invitaba al proletariado a someterse a su dirección. El primer pretexto avanzado era que «la China no estaba madura para el sistema de los Soviets», es decir, la revolución proletaria. (La aplicación de este razonamiento típicamente menchevique hubiese impedido la toma del poder por parte de los bolcheviques en la Rusia de 1917). El otro pretexto, completamente opuesto a las tesis de Lenin de 1920, era idéntico al que se utilizaba en Europa para defender la táctica del «frente único». Se decía

rios manifestantes son asesinados por marinos ingleses armados con fusiles. El 18 de junio, los marinos de Cantón dejan de trabajar. El 23, en es mismo centro industrial un cortejo de obreros y estudiantes es ametrallado, pero esta vez la respuesta es inmediata: es la huelga general de todo Cantón y Hong-Kong. 100 mil obreros de Hong-Kong se dirigen hacia Cantón donde los esperan ya 250 mil huelguistas. Estas masas obreras tienen prácticamente el poder en sus manos y sus milicias aislan completamente la ciudad. Los piquetes de huelga, tanto en Cantón como en todos los puertos de Kuangtung hacen efectivo el boicot a las mercancías extranjeras, inglesas sobre todo, lo que paraliza el comercio de la Gran Bretaña con el Lejano Oriente. Según datos oficiales, el número de navíos ingleses que antes del boicot oscilaban entre 240 y 160 cada mes entre agosto y diciembre de 1924; en agosto de 1925 caían a menos de 27, llegando a sólo 2. Sobre la base de este potente movimiento, el Kuomintang instaura su poder y el control de Cantón en junio de 1925. Inútil precisar que este resultado fue dado por hecho y con la bendición del P.C.C. y la Internacional Comunista.

La acción del gobierno nacionalista de Cantón es altamente significativa. Luego de haber tomado el poder conquistado por el movimiento obrero, y liberado a Kuangtung (provincia de Cantón) en manos de militaristas gracias al apoyo decisivo de los campesinos, el Kuomintang envía *ad calendas* griegas toda medida de reforma agraria, con el pretexto de que «primero hay que unificar el país y expulsar a los imperialistas extranjeros». Pero, mientras tanto, pone en sordina las reivindicaciones inmediatas de los obreros y busca por todos los medios hacer cesar la huelga que bloquea las mercancías inglesas, y prepara una gran campaña contra los militaristas del Norte, a la cual se adhiere con todo entusiasmo el partido comunista.

El 20 de marzo de 1926, mientras se prepara activamente la expedición, Chiang Kai-Chek, comandante en jefe del ejército nacionalista, quien tiene a los cadetes de la academia militar de Wuampoa bajo su mando, da el primer golpe a la fuerzas obreras en Cantón y, bajo un falso pretexto, son invadidos y devastados las sedes de los sindicatos, los jefes detenidos. Varios miembros del partido comunista y consejeros rusos que residen en Cantón su-

fren la misma suerte. Los obreros son desarmados y sus organizaciones destruidas. En pocas horas Chiang tiene sometida a toda la ciudad sin que el partido comunista y los obreros hayan podido mover un dedo. Pero esto no es más que la preparación de lo que vendrá más tarde: entre tanto, esto permite reforzar a la «derecha» del Kuomintang e intimidar a los comunistas y a la supuesta ala «izquierda». En efecto, aunque Chiang se excusa por este «malentendido» y promete castigar a los responsables, tiene a Cantón en su poder y logra desarmar y desorganizar a los obreros. Es en esta posición de fuerza que Chiang convoca para el 15 de mayo al Comité Ejecutivo Central del Kuomintang, no sin antes hacer correr el rumor de un «complot comunista» para así atraer a la medrosa burguesía china. En la reunión del 15 de mayo, Chiang propone una «reforma» del Kuomintang en la que pide al P.C. chino: 1) «no criticar ni mantener ninguna duda hacia el Doctor Sun Yat-sen ni hacia sus principios; 2) «entregar la lista de sus militantes inscritos en el Kuomintang»; los comunistas son además declarados inelegibles a los cargos de dirección del gobierno y del ejército, y en todas las instancias de los comités del Kuomintang son limitados al tercio de todos sus efectivos, por último los miembros del Kuomintang no pueden adherirse a ninguna otra organización (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 131).

Pero la política de total sumisión del P.C. chino al partido burgués era tan vergonzosa que algunas críticas se pronunciaron en su contra en el seno del partido, y en junio de 1926 el Comité Central mismo fue obligado a proponer a la Internacional devolver al P.C.C su autonomía con respecto al Kuomintang y de abandonar la política de sumisión a este, a favor de un bloque de dos. Esto quería decir que no se rechazaba la alianza con la burguesía y con su partido, sino que se aliaba a ella pero conservando su independencia. La Internacional rechazó esta proposición, igual que la de organizar fracciones de izquierda en el seno del Kuomintang. El estalinismo, que ya se había adueñado del Estado ruso y de la Internacional, concebía un rol para los comunistas chinos tal como ya aparecía en la pintoresca frase de Borodine, consejero de Moscú para sus relaciones con Chiang: «El período actual es un período en que los comunistas deben hacer el trabajo de los culies para el Kuomintang» (To-

dos estos hechos serán revelados varios años después por Chen Tu-siu, secretario general del P.C. chino hasta agosto de 1927, en su «Carta a todos los miembros del P.C.C.»— documento reproducido en «La question chinoise dans la I.C., p. 223 s.).

Durante ese tiempo, en Cantón, la ciudad que según Stalin se había convertido en el «centro de la revolución china», ocurrían sucesos que mostraban claramente cuál era la naturaleza del «frente revolucionario». En julio de 1926, pocos días después del comienzo de la expedición contra el Norte, supuestos representantes de una «Unión sindical provincial» comenzarán a atacar, con la anuencia de las autoridades, las sedes de los sindicatos obreros, a destruir sus organizaciones y en algunos casos a masacrar a sus jefes. Es una *técnica* bien conocida que ha sido igualmente utilizada por el fascismo italiano en su tarea de represión del movimiento proletario (ver en esta misma revista «**El Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista**»); y Chiang Kai-Chek la utilizará luego constantemente. Los obreros debían necesariamente defenderse, y durante varios días hubo violentos combates en las calles de Cantón. Las autoridades nacionalistas finalmente intervendrán, pero solamente para desarmar a los obreros, imponer el arbitraje obligatorio y prohibir toda huelga durante la campaña del Norte. Los beneficios obtenidos en Cantón, que habían sido arrancados por los obreros durante largas y duras luchas, fueron completamente liquidados, y el sistema de contratos, que era una verdadera plaga para el proletariado chino, fue hasta restaurado.

En los campos de Kuangtung, el Kuomintang desató una represión despiadada contra el movimiento campesino. Las «uniones campesinas», que hasta ese momento se habían desarrollado a un ritmo sorprendente, fueron disueltas, sus miembros y jefes arrestados, las tierras que los campesinos habían confiscado devueltas a sus dueños, y pese a que eran unas de las reivindicaciones del Kuomintang, las medidas para reducir en un 25% el precio de los alquileres, jamás se adoptaron. Adonde llegaba el ejército nacionalista, la misma política de represión era practicada tanto contra los obreros como contra los campesinos. En las aldeas, se destruían las organizaciones campesinas y sus sedes eran devastadas, a los campesinos se les impedía armarse contra los terratenien-

tes, mientras que el ejército nacionalista les negaba todo apoyo. En las ciudades se utilizaban los mismos métodos contra los obreros: se destruían sus organizaciones sindicales rojas y se las reemplazaba por sindicatos «moderados» de obediencia burguesa, mientras que a las huelgas se les declaraba ilegales y se prohibía a los obreros la posesión de armas. El gobierno «revolucionario» de Cantón también intervino en la huelga del boicot de mercancías extranjeras, y el 10 de octubre de 1926 se llegó a un acuerdo con el cual esta gigantesca huelga se terminaba espontáneamente sin que ninguna de las reivindicaciones de los obreros fuese satisfecha. El sabotaje abierto de esta magnífica lucha obrera debía naturalmente servir a reconciliar a la burguesía china con el capital imperialista mundial. Finalmente, en diciembre de 1926, el general Li Chi-chen instauró una verdadera dictadura militar, sometiendo a los obreros a la ley marcial.

Mientras que estos eventos se desarrollaban en la gran ciudad del Sur, la campaña contra el Norte continuaba y las victorias del ejército nacionalista se sucedían, gracias precisamente al apoyo del potente movimiento obrero y campesino que los comunistas se empeñaban en someter a los intereses del Kuomintang. En la ola de avance del ejército de Chiang, los campesinos se rebelaban y se organizaban, los obreros hacían lo mismo. De acuerdo a algunos datos fragmentarios, en 1926 hubo 525 huelgas frente a 318 en 1925 y las organizaciones sindicales conocerán un crecimiento sin precedentes. Tanto en los campos como en las ciudades, las masas se sublevarán y expulsarán a los militaristas facilitando, e incluso superando, las victorias del ejército, pero en ningún caso el Partido Comunista trató de ponerse a la cabeza de estas rebeliones espontáneas para sustraerlas de la influencia burguesa; más bien se esforzó en frenarlas, explorando los «excesos» de los campesinos y las «exageradas» reivindicaciones de los obreros, que podrían «atemorizar a la burguesía y poner en peligro la unidad del frente nacional». (Ver el Informe del C.C. del P.C.C. con fecha del 13 de diciembre de 1926, que fue reproducido en la abrumadora «Carta de Shanghai» enviada a Moscú por tres jóvenes delegados de la I.C., c.f.: «*La question chinoise dans la Internationale Communiste*», p. 52). Es así como, en diciembre de 1926,

el Partido Comunista sabotó la huelga de Wuhan, en la que participaron 300 mil obreros. Este se inclinó incluso delante de la represión desenfrenada invitando a las masas a «limitar su movimiento» en nombre de la unidad con la burguesía. Esta táctica era dictada por la Internacional, sometida a partir de allí a los intereses del Estado ruso. Eran estos intereses nacionales que hacían necesario el sacrificio del proletariado chino en el altar de la unidad nacional (unidad que debía permitir aumentar la influencia de Rusia en China y de golpear a la potencia inglesa en Asia), del mismo modo que en el mismo año 1926, la gran huelga de los mineros ingleses era sacrificada con el fin de obtener acuerdos favorables al comercio ruso.

La Internacional tenía una concepción completamente inversa del proceso revolucionario en China. Cuanto más los hechos demostraban lo absurdo de su política, más la burguesía se revelaba abiertamente contrarrevolucionaria, más ella reprimía abiertamente al movimiento obrero y campesino, y más Stalin y la Internacional entonaban el himno a «la unidad de las fuerzas revolucionarias en China», e imponían al partido preservar a toda costa esta unidad. Mejor todavía, el Kuomintang, que en 1923 y 1924 todavía era reconocido como un partido burgués que los comunistas debían solamente apoyar, se convirtió entre 1925 y 1926 en «un partido obrero y campesino», «el partido de los obreros y campesinos chinos», «el partido capaz de realizar la liberación de los campesinos y vencer la dominación imperialista», «el centro de la revolución»; y el gobierno del Kuomintang fue definido como el «poder unitario de los obreros, campesinos y la burguesía», (preludio al «bloque de cuatro clases» de Mao) e incluso como «un gobierno semejante al poder soviético».

Citemos algunos documentos: el 26 de diciembre de 1925 (es decir pocos meses después de la represión contra los obreros y la destrucción de sus organizaciones, y en el instante mismo en que la represión arreciaba en Kuangtung), Stalin declara en el XIV° Congreso del partido bolchevique:

*«A nuestro partido le incumbe la grandiosa tarea histórica de dirigir la primera revolución proletaria victoriosa del mundo... Estamos convencidos que el Kuomintang (es decir el partido de la burguesía, NdA) logrará jugar el mismo papel en Oriente y de*

*allí destruir los fundamentos de la dominación imperialista en Asia... si el Kuomintang refuerza la alianza de la clase obrera y del campesinado en la lucha actual y se admite que debe alinearse con los intereses de estas dos fuerzas fundamentales de la revolución».* ¡En otras palabras, Stalin no encontraba mejor defensor de los intereses proletario y campesino en China que en la gran burguesía china! Siempre en 1925, Stalin declara que en las colonias y semi-colonias, el bloque nacional revolucionario (que puede asumir la forma de un partido único, partido obrero y campesino, tipo Kuomintang) (Discurso a los estudiantes de la Universidad Comunista de los Trabajadores del Oriente, 18 de mayo de 1925). El VI° Ejecutivo de la Internacional Comunista reunido en febrero-marzo de 1926 afirma: «*El Kuomintang representa un bloque revolucionario de obreros, campesinos, intelectuales y la democracia urbana sobre la base de intereses de clase comunes a estas diversas capas en el combate contra los imperialistas extranjeros*». Y esto en el preciso momento en que ya se habían dado brillantes ejemplos de la manera en que la «democracia urbana», es decir la burguesía, comprendía sus intereses «comunes» con los obreros y campesinos.

A finales de 1925, el órgano central de la Internacional había comunicado a sus secciones que «*un gobierno Kuomintang completamente semejante al sistema soviético ha sido constituido, el 10 de julio de 1925, en Cantón*»! En octubre de 1926, los dirigentes moscovitas envían un telegrama al Partido Comunista Chino donde sugieren *no exasperar las luchas campesinas a fin de no alejarse de los generales que guían los ejércitos en su marcha victoriosa hacia el Norte*. Y las tesis de Stalin-Bujarín en el VII° Ejecutivo ampliado de la Internacional en noviembre de 1926 declaran abiertamente que «*el abandono progresivo de la revolución por la gran burguesía es históricamente inevitable*», sosteniendo al mismo tiempo que «*esto no significa que la burguesía en tanto que clase esté totalmente descartada de la lucha por la independencia nacional ya que, al lado de la pequeña y mediana burguesía, durante cierto tiempo puede aún marchar con la revolución*» y: «*el proletariado debe, por supuesto, utilizar ampliamente a las capas de la burguesía quienes, a la hora actual, colaboran activamen-*

te con la lucha revolucionaria contra el imperialismo y el militarismo» (ver Tesis del VIIº Ejecutivo ampliado de la I.C., «La question chinoise...», p.p. 36-37).

En la misma sesión, el delegado del Partido Comunista Chino declaró sin mucho estrépito: «*Hemos sacrificado prácticamente los intereses de los obreros y campesinos. El gobierno ni siquiera ha promulgado ley alguna sobre los sindicatos... El gobierno no ha aceptado las reivindicaciones campesinas que les habíamos presentado en nombre de las diversas organizaciones públicas. En los conflictos que han estallado entre grandes propietarios y campesinos pobres, el gobierno siempre ha defendido a los primeros*», (reproducido en el artículo de Trotsky: «La revolución china y las tesis de Stalin», ver «La cuestión china en la Internacional Comunista, p. 149). ¡Esta declaración, que hacía eco a las tesis

de Stalin, mostraba claramente de qué manera la burguesía china «colaboraba activamente con la lucha revolucionaria»! Pero, ni este testimonio, ni el hecho de que, desde febrero de 1926, el ejército nacionalista del Kuomintang había desencadenado la represión abierta contra el movimiento campesino, impedirán a Stalin afirmar, a finales de noviembre de 1926, hablando de la campaña contra el Norte, que «*el avance de las tropas de Cantón es un golpe asestado al imperialismo y a sus agentes en China. Significa la libertad de prensa, de asociación para todos los elementos revolucionarios chinos en general, para los obreros en particular. (...) [El gobierno de Cantón] es el embrión del futuro poder revolucionario en toda China... este poder es y no puede ser sino un poder anti-imperialista...*». (Discurso en la comisión china del Comité Ejecutivo de la I.C. C.f.: «La question chinoise...», p.p. 21-23).

Partido Comunista, quienes tenían el poder, lo cederán a Chiang Kai-Chek, recibido en Shanghai como el jefe indiscutible de la revolución china. Respetando las directivas de Moscú, el Partido Comunista se sometió al Kuomintang y dejó en sus manos al magnífico movimiento proletario. Chiang Kai-Chek comenzó por desalojar a los comunistas de todos los puestos de dirección importantes para remplazarlos por sus propios hombres; luego pasó a la franca represión.

El 12 de abril de 1927, destacamentos especiales del ejército unidos a elementos del subproletariado urbano, atacarán por sorpresa y según planes precisos las sedes de las organizaciones obreras, arrasándolas y matando a todos los que se encontraban allí. Los obreros, cogidos por sorpresa, resistirán heroicamente con las pocas armas de que disponían, pero al final debieron ceder. En la noche de ese mismo día, los sindicatos dejaron de existir, centenares de obreros, junto con los dirigentes comunistas que no se habían escondido, fueron asesinados.

Al día siguiente, según el procedimiento ya experimentado por Chiang, los sindicatos fueron reorganizados sobre «nuevas» bases, es decir, puestos bajo la autoridad de la peor gentuza de los bajos fondos de Shanghai disfrazados de «obrerros moderados». El 13 de abril, a pesar de todo, el Consejo General de Sindicatos, dispersado y perseguido, proclamó la huelga general. Pese a la terrible situación, cien mil obreros responderán al llamamiento.

Esta fue la última y heroica oleada de una batalla perdida. La burguesía china, los terratenientes que vivía con la angustia de una rebelión campesina, el imperialismo internacional, aclamarán a Chan Kai-Chek y su ejército como sus salvadores, los que lograrán librarlos del «terror rojo». Y Stalin y la Internacional fueron obligados a admitir que, a quien habían presentado a las masas como el campeón de la revolución nacional, se había convertido, de la noche a la mañana, en un feroz reaccionario a sueldo del imperialismo mundial.

## REVUELTA Y MASACRE EN SHANGHAI

Hemos rememorado la obra del gobierno de Cantón, que se distinguió particularmente en su represión del movimiento de masas; también hemos aludido las posiciones tomadas por Stalin y por la Internacional degenerada que elogiaba ese gobierno en el instante mismo en que aplastaba al proletariado. Queda por añadir que, a finales de 1926, la Internacional acogió el Kuomintang como partido «simpatizante», y ello pocos meses antes de que sus tropas comenzaran a masacrar a los obreros de Shanghai.

Shanghai era la ciudad industrial y comercial más importante de China, y su proletariado era particularmente combativo. El avance del ejército cantonés hacia el norte había puesto en movimiento a los obreros organizados en los sindicatos dirigidos por el Partido Comunista. Cuando el ejército nacionalista llegó a las cercanías de la ciudad, para apoyarlo, el Consejo General de los sindicatos proclamó una huelga general en la cual participarán alrededor de 350 mil trabajadores. Era el 19 de febrero de 1927. Las tropas del general que gobernaba Shanghai reprimirán ferozmente la huelga y las tropas del Kuomintang recibirán la orden de no avanzar hacia la ciudad en socorro de los huelguistas.

El Partido Comunista, en su posición de sumisión a la burguesía y al Kuomintang fue incapaz de tomar iniciativa alguna. Del 21 al 24 de febrero,

en las calles se desarrollarán furiosos combates, ¡mientras que el ejército nacionalista acampaba a una distancia de apenas cincuenta millas! El 21 de marzo fue proclamada una nueva huelga general; esta vez los planes de insurrección fueron organizados de forma precisa, y luego de largos combates los obreros tomarán el poder en la ciudad, mientras que el ejército permanecía estacionado en Lunghua, en la periferia misma de Shanghai. La intención de Chiang era clara: esperar que los obreros fueran vencidos y masacrados por las tropas de los militaristas, y luego intervenir. Chiang había dado órdenes precisas a los generales al respecto, y si los obreros resultaron vencedores, no se lo debieron sino a la fuerza del movimiento y a su heroico coraje.

Dado el rango de importancia que tenía la ciudad en la vida económica de China, un poder proletario en esta ciudad habría automáticamente dado, con el desarrollo que tomaba el movimiento revolucionario obrero y campesino, un significado radicalmente anti-capitalista a la dirección de la revolución china. Al contrario, los obreros y el

## LA VÍA DEL INTERNACIONALISMO

Pasaron meses y meses en que la oposición rusa, reparando sus graves errores que la llevaron a compartir la responsabilidad de la política del frente único político y del «gobierno obrero»

adoptada por la Internacional, se batió con todas sus fuerzas para que se devolviera al Partido Comunista Chino su independencia programática, política y organizativa, en el cuadro de la

lucha por la independencia nacional, y para que se otorgara a los obreros y campesinos que se habían arriesgado a librar una batalla épica la consigna no sólo de armarse, sino de constituir los soviets.

La misma había previsto, conforme a las tesis del II Congreso de la I.C. y a las del Congreso de los Pueblos de Oriente de Bakú, *el carácter inevitable no solamente de una escisión, sino también de un conflicto violento entre las alas burguesa y proletaria del movimiento nacional*. El 3 de abril (de 1927, NdR), en un artículo que la censura estaliniana arrojó a la basura, Trotsky había predicho esta ruptura, así como el paso de la burguesía del Kuomintang a la represión armada contra el movimiento obrero y campesino; la China iba a recorrer el mismo calvario que Polonia, fascitzada por el partido social-nacionalista: «Si al Pildsuski polaco le costó tres décadas para completar su evolución, al Pildsuski chino le llevó mucho menos tiempo para pasar de la revolución nacional al fascismo nacional... Un partido comunista entorpecido, sirviendo de sargento reclutador para el Kuomintang, abre la vía a una dictadura fascista en China, para que un día no muy lejano el proletariado chino, pese a todo, sea obligado a retirarse del Kuomintang... Llevar los obreros y campesinos al campo de la burguesía y entregar el Partido Comunista al Kuomintang como rehén, eso es una política que equivale objetivamente a una traición. El Kuomintang, bajo su forma actual, es la concretización de un «tratado desigual» establecido entre la burguesía y el proletariado. *¡Si la revolución china en cuanto tal pide la abolición de los injustos tratados con las potencias imperialistas, entonces el proletariado chino debe liquidar el tratado que lo liga a su propia burguesía!*» (itálicas nuestras, c.f. H. Isaacs, op. cit., «La tragedia de la Revolución china», p. 204).

Esta advertencia, y la consigna correspondiente, no venía de un don «profético» en particular, sino de un análisis marxista, científico, de las relaciones de clase. En las tesis de la oposición redactadas el 7 de mayo de 1927 para la reunión plenaria de la Internacional, el mismo Trotsky explicaba que esta posición era puramente marxista y no una tonta «indiferencia» hacia las luchas anti-imperialistas de independencia nacional, ni tampoco desconocía estúpidamente las fuerzas y las relaciones de clase que se mueven allí:

*«Una política que ignorara la potente presión ejercida por el imperialismo sobre la vida interior en China sería completamente falsa, pero no menos falsa sería una política que partiera de una idea abstracta de la opresión nacional, sin conocer su impacto en las clases... China es un país oprimido, semi-colonial. El desarrollo de sus fuerzas productivas se efectúa bajo la forma capitalista, exige la liberación del yugo imperialista. La guerra de independencia nacional es una guerra progresiva; primero, porque ella se desprende de las exigencias del progreso económico y moral del país, y segundo, porque facilita el desarrollo de la revolución proletaria inglesa y universal (Precisamente en ese momento se propagaba la potente huelga de los mineros británicos, NdA). Pero esto no significa que el yugo imperialista sea un yugo mecánico que se ejerce con «igual» peso sobre «todas» las clases en China. El rol enorme que juega el*

*capital extranjero en la vida de estos países ha determinado que algunas categorías muy importantes de la burguesía, la burocracia y la casta militar hayan atado su destino al del imperialismo. Sin ello, no se podría comprender el rol colosal de los militaristas en la China moderna... Sería una ingenuidad más creer que, entre la burguesía 'compradora', es decir, los agentes económicos del capitalismo extranjero en China, y la burguesía «nacional» haya un abismo. Al contrario, es incomparablemente mayor la proximidad de estas dos categorías entre sí que entre la burguesía y las masas obreras y campesinas. La burguesía ha participado en la guerra nacional como un freno interior, lanzando continuamente miradas hostiles a los obreros y campesinos, siempre lista para un compromiso con el imperialismo» (Trotsky, «La revolución china en la Internacional Comunista», ver «La question chinoise...», pp. 141-142).*

### UNA ARDIENTE BATALLA

Incapaz de plantear los problemas en términos de clase, el estalinismo ahora dominante consideraba al contrario los diversos componentes sociales del movimiento nacional en China desde el punto de vista mezquino de un maquiavelismo miope: «servirse» de la burguesía «nacional» como un utensilio, y luego «arrojarlo a la basura», agarrarse a sus talones y un buen día hacerle una zancadilla, igual que un general que disponiendo sus tropas en el campo de batalla las manipulara de acuerdo a su voluntad.

El 5 de abril, pocos días antes de la masacre de Shanghai, delante de tres mil funcionarios del partido, Stalin todavía decía: «Chiang Kai-Chek tal vez (!!!) tenga poca simpatía por la revolución, pero está a la cabeza del ejército y no puede hacer otra cosa que conducirlo contra los imperialistas. Además, la gente de la derecha tiene contactos con los generales de Chiang Tso-lin (señor de la guerra del Norte, NdA) y saben muy bien cómo hacer para desmoralizarlos y persuadirlos para que pasen con todos sus bártulos del lado de la revolución (!!!). También tienen relaciones con los ricos comerciantes, a los que pueden sacarle plata (¡como si la revolución se circunscribiese a una cuestión de dinero!, NdA); es así como hay que utilizarlos, exprimirlos como un limón y luego arrojarlos a la basura» (H. Isaacs, op. cit., p. 205-206).

Verlo así era ver las relaciones de clase como lo hace un niño: poco tiempo pasó para que los eventos de Shanghai mostraran quién «exprimía el limón» y quién era el «exprimido»; sin embargo, lo importante es que los marxistas deben saberlo de antemano y no «aprenderlo» al precio de una derrota sangrienta; deben desde el comienzo saber claramente cuáles serán las posiciones que, en el fuego de la batalla, tomará cada fuerza social, y actuar consecuentemente. Durante el Pleno de mayo-junio de 1927, Stalin y Bujarin se «consolarán» del baño de sangre proletario en Shanghai, proclamando: «El Comité Ejecutivo de la Internacional constata que el curso de los acontecimientos ha confirmado totalmente el pronóstico del VIIº Ejecutivo ampliado (noviembre de 1926) en cuanto a la inevitable desertión burguesa del frente único nacional-revolucionario y su pase hacia la contra-revolución». (Resolución sobre la cuestión china en la I.C., adoptada por el Pleno del C.E. de la I.C., junio de 1927 - «La cuestión china en la I.C.», p. 209). El mismo Trotsky replicará que no basta con prever la ruptura entre la burguesía y las masas proletarias en el curso de las revoluciones nacionales; lo que sí hay que saber de antemano es que la burguesía hundirá su puñal sobre el proletariado, se lanzará en armas contra él, y antes que la

revolución se le escape, tratará de ahogarla en sangre. Decir que la burguesía debe necesariamente cortar los puentes con la revolución nacional, es una cosa completamente diferente a decir que ella no puede dejar de apoderarse de la dirección del movimiento revolucionario y del proletariado, engañar y además desarmar a la clase obrera, abandonarla a la derrota y a la masacre.

Entre la política de la Internacional estalinizada y aquella que había sido trazada en las tesis del II° Congreso, mediaba el mismo abismo que existía entre mencheviques y bolcheviques: *«Es un lugar común predecir que la burguesía se apartará de la revolución, a menos que se vean las repercusiones... En práctica, la política del menchevismo en la revolución consiste en conservar el frente único, a toda costa y el mayor tiempo posible, aunque tenga que adaptar su política a la de la burguesía. Por el contrario, el método bolchevique consiste en apartarse completamente tanto en política como en organización de la burguesía; en desenmascarla sin piedad, desde el mismo comienzo de la revolución; en destruir todas las ilusiones de la pequeña burguesía sobre la unidad respecto a la burguesía; en combatir sin descanso por arrebatarle a la burguesía la dirección de las masas; expulsar del Partido Comunista, sin muchos miramientos, a todos aquellos que siembren vanas esperanzas en la burguesía o la idealicen»* (Trotsky, «La revolución china y las tesis de Stalin», 7 de mayo de 1927, reproducido en «La cuestión china...», p.p. 151-152).

Por supuesto que sirviéndose del arma, tanto cínica como idiota, de la adulación o del halago, se puede retardar la hora de la ruptura con la burguesía; pero de ese retardo es ella quien utilizará esta arma contra el proletariado. Cuando la revolución doble haya llegado a la fatal encrucijada, las dos clases fundamentales de la sociedad no se despedirán la una de la otra, y partirán cada una de su lado: una de las dos atacará a la otra, si no es el proletariado quien se las cobra a la burguesía, será la burguesía quien lo hará. Y lo hará mucho más fácilmente, puesto que goza de la superioridad que le otorgan sus privilegios económicos y políticos; y aumentarán más todavía sus probabilidades de éxito si la clase dominada no está preparada para ello — con mucha más razón si esta

última ha contribuido con su propia sumisión (o la de su partido) a mantener sólidamente en el poder a la clase dominante.

El primer acto de la revolución china se había zanjado con este olvido de las lecciones de 1848, 1871 y 1917 y de las precauciones a tomar sugeridas en el Mensaje a la Liga de los Comunistas de Marx y Engels (1850): *«La traición a los obreros [por parte del partido de la burguesía democrática, su antiguo aliado] comenzará desde los primeros momentos de la victoria»*.

**La historia querrá que el proletariado de Shanghai y Cantón sea condenado a recorrer hasta el final, etapa tras etapa, el sangriento calvario de la Internacional que volvía a caer en lo peor, en el más feroz y obtuso de los menchevismos con nuevo ropaje: ¡el estalinismo!**

La masacre de los obreros de Shanghai había mostrado una vez más que la burguesía china no podía marchar al lado del proletariado en la revolución nacional. Las tesis de Lenin y del II Congreso de la Internacional

### APARECE EL «KUOMINTANG DE IZQUIERDA»

Pero la Internacional ya estaba dominada por los intereses burgueses nacionales personificados por el estalinismo, y estos intereses exigían que se buscara un aliado en China para contrabalancear la influencia inglesa. Sólo un poder de Estado podía estar aliado al Estado ruso, al cual el proletariado chino no daría ninguna seguridad desde el punto de vista de la diplomacia y del comercio. Es por esto por lo que la masacre de Shanghai no produjo ningún cambio en la táctica impuesta por Stalin a los comunistas chinos. Chiang Kai-Chek y una parte de la burguesía habían «traicionado»; la Internacional lo admite sosteniendo incluso que eso estaba ya previsto, aun cuando hasta la víspera misma del holocausto nada parecido había sido dicho.

Pero el reconocimiento de esta traición no significaba para Stalin que el proletariado chino debiera por fin recobrar su autonomía y denunciar su alianza con la burguesía; al contrario, esta alianza debía reforzarse. ¿La «derecha» del Kuomintang había traicionado la revolución? Muy bien, pero no contaban con que había una «izquierda» que, renegando de Chiang, se había constituido en gobierno secesionista en Wuhan. Según las propias palabras de Stalin, este último se

habían sido confirmadas trágicamente por la sangre de miles de proletarios y campesinos pobres. Obligada a elegir, la burguesía china se había aliado a los imperialistas contra los proletarios.

A partir de ese momento, todo esto estaba claro para todos y exige que, ahora al menos, el Partido Comunista, después de haber recuperado su independencia programática y organizativa, proclame la ruptura abierta con la burguesía y se ponga a la cabeza de las masas. Esto era lo que reclamaba, desde 1925, la oposición rusa reagrupada alrededor de Trotsky. Los hechos habían confirmado plenamente sus críticas y su pronóstico sobre la progresión de la revolución. En realidad, no existía sólo una vía posible: o bien el movimiento de masas se sometía a la dirección del proletariado y de su partido comunista, o bien era reprimido por la burguesía contrarrevolucionaria. O bien se marchaba hacia la revolución y la dictadura proletarias, o bien la misma revolución nacional no podría realizarse.

proclamó como el «verdadero centro de la revolución» y ¡era a él al que los comunistas debían unirse! Puesto que Chiang Kai-Chek, después de haber destruido el movimiento proletario en Shanghai, se había instalado en Nankín, donde se constituyó como gobierno apoyado por el ala «derecha» del Kuomintang, el gobierno de Wuhan que se apoyaba en el ala «izquierda» debía recibir todo el apoyo del Partido Comunista chino. Pero, ¿existía realmente una fractura en el seno de la burguesía china? La oposición rusa lo negaba por muchas razones; lo que había era una división en las tareas; o como mucho, una diferencia de apreciación para decidir si era oportuno romper inmediatamente con las masas proletarias y campesinas que ya le mostraban las pezuñas, o si había que utilizarlas durante un tiempo a fin de asegurar a la revolución nacional la base más amplia posible.

En todo caso, se trataba de una divergencia en la apreciación del «momento»: el ala «derecha» había entendido que una revolución puramente democrático-nacional era imposible por el mismo hecho de la existencia de un vasto movimiento de masas, y de que ella se había aliado al imperialismo para reprimirlo; el ala «izquierda» esperaba poder apoyarse primero sobre

el movimiento de masas, aunque después tenga que reprimirlo, una vez haya sido alcanzada la unidad e independencia del país. La «izquierda» que, por otra parte, había apoyado a Chiang, todo lo que le reprochaba era haber roto su alianza con el proletariado muy precipitadamente, provocando así una interrupción del movimiento nacional. Ahora agita el señuelo de la reforma agraria. Darle confianza, advertía Trotsky, significaba *«entregar voluntariamente su cabeza al matadero: entonces la sangrienta lección de Shanghai no ha servido de nada. Los comunistas, tal como en esa oportunidad, se transformarán en guardianes del rebaño para el partido de los matarifes burgueses»* ... *«La revolución agraria es una cosa seria. Los políticos como Wuang Ching-Wei (representante de la «izquierda del Kuomintang, NdA), a la menor dificultad se unirán diez veces más a Chiang Kai-Chek que una vez a los obreros y campesinos»* (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 242).

En sus tesis sobre «Los problemas de la revolución china», (21 de abril de 1927), Stalin afirmaba textualmente lo contrario: «El golpe de Estado de Chiang Kai-Chek significa que, de ahora en adelante, habrá en China del Sur dos campos, dos gobiernos, dos ejércitos, dos centros: el centro de la revolución (!) en Wuhan y el centro de la contra-revolución en Nankín... Esto significa que el Kuomintang revolucionario reunido en Wuhan para combatir resueltamente al militarismo y el imperialismo, se convertirá por este hecho en un organismo de la dictadura revolucionaria del proletariado y el campesinado... Debemos adoptar una política de concentración de la totalidad del poder en manos del Kuomintang revolucionario, del Kuomintang sin sus elementos de derecha, del Kuomintang como bloque de su ala izquierda y de los comunistas. Ello implica que la política de estrecha colaboración entre la izquierda y los comunistas dentro del Kuomintang adquiere una fuerza y una significación particulares... y que, sin esta colaboración, la victoria de la revolución es imposible» (itálicas nuestras, c.f. parcial H. Isaacs, op. cit., p. 237).

De acuerdo a esta lógica, la resolución de Stalin-Bujarín confiaba la realización de la reforma agraria al gobierno del Kuomintang «de izquierda» (en el cual dentro de poco entrarán dos

comunistas que van a ocupar los puestos claves de la agricultura y la industria), y afirmaba una vez más la necesidad de asegurar a un gobierno de este género todo el apoyo de un gran movimiento de masa. Es verdad que, tal vez para calmar la violenta reacción de la oposición rusa, Stalin compensaba la capitulación delante de la pequeña burguesía supuestamente revolucionaria, pidiendo que se armara a los obreros y campesinos quienes por este hecho se convertirían en «el principal antídoto a la contra-revolución»; pero afirmaba explícitamente que no se debería proceder a la creación de soviets obreros y campesinos, ya que no era posible sino después que la revolución agraria se cumpliera... gracias al supuesto gobierno revolucionario de Wuhan.

Trotsky replicó con un vigor extraordinario: *«Armar a los obreros y campesinos es una cosa excelente, pero tenemos que ser lógicos. En China del Sur los campesinos se encuentran ya en armas. Son los pretendidos ejércitos nacionales. Lejos de ser "el antídoto a la contra-revolución", ellos han sido su instrumento. ¿Por qué? Porque la dirección política, en lugar de organizar a las masas del ejército en soviets de soldados, se ha contentado con una copia superficial de nuestros departamentos y de nuestros comisarios políticos quienes, sin un partido revolucionario independiente y unos soviets de soldados, no son más que un camuflaje vacío del militarismo burgués*

*«Las tesis de Stalin rechazan la consigna de los soviets so pretexto de que este sería "el slogan de una lucha contra el gobierno del Kuomintang revolucionario". Pero entonces qué quiere decir la consigna: "el principal antídoto a la contra-revolución es el pueblo en armas"? ¿Contra quién, pues, se armarían los obreros y campesinos? ¿No sería contra la autoridad gubernamental del Kuomintang revolucionario? El pueblo en armas, si no es una frase vacía, un falso pretexto y un subterfugio, sino un llamado a la acción directa, sería tan contundente como la consigna de los soviets de obreros y campesinos. ¿Tolerarán realmente las masas armadas, encima o al lado de ellas, una autoridad burocrática gubernamental que les sea extraña u hostil?*

*«Armar al pueblo, verdaderamente y en las actuales circunstancias implica inevitablemente la formación de soviets. Declarar que el tiempo de*

*los soviets no ha llegado todavía, y al mismo tiempo lanzar la consigna del pueblo en armas, es sembrar la confusión. Únicamente los soviets están en capacidad de transformarse en órganos susceptibles de entregar armas a los campesinos y obreros, y de dirigirlos, una vez armados»* (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 239)».

La revolución agraria no será jamás llevada hasta el final por un gobierno pequeño-burgués, aunque sea de «izquierda». En la misma Plenaria de mayo de 1927, donde muy poco se dejó participar a la oposición rusa y donde los delegados extranjeros ni siquiera tuvieron derecho a leer sus tesis, el yugoslavo Vouyovitch declaró: *«Si la hegemonía del proletariado no está garantizada, el gobierno de Wuhan no podrá llevar a cabo la revolución agraria. Y el único medio para obtener esta hegemonía del proletariado es no hacer concesiones a la pequeña burguesía, que oscila constantemente entre el proletariado y la gran burguesía, y que al final se pasará hacia el lado más fuerte, sino de organizar las fuerzas del proletariado y los campesinos y darles una forma de organización: los soviets; y esto no será posible si no sabemos mover a las grandes masas y si no las conquistamos en nombre del Partido Comunista. La revolución china, así como la revolución agraria en China no podrán vencer sino bajo la bandera de los soviets, bajo la bandera del leninismo»*.

Una vez más, los hechos debían confirmar la precisión de los pronósticos contenidos en cada página de los textos fundamentales del marxismo, ya que en la época en que ocurren estos hechos, pese a los frenos y ciertas oscilaciones, (y quienes jamás hemos ocultado nuestros juicios críticos acerca de los límites e insuficiencias de ésta, somos los primeros en afirmarlo) la oposición rusa libró una heroica batalla para defender, incluso por encima de ella misma, nuestra doctrina común, inscrita en caracteres de fuego en las obras de Marx y Engels y en los eventos del glorioso Octubre bolchevique.

Durante ese tiempo, en China, el famoso «centro revolucionario» demostraba a través de los hechos la exactitud de las tesis de Trotsky. Mientras que por un lado excomulgó oficialmente a Chiang, por el otro, no emprendió ninguna acción contra él, y es por esta incapacidad a la hora de actuar que se fue ganando poco a poco



numerosos enemigos. Viendo que Chiang supo barrer a los comunistas, la burguesía alzó cabeza y se opuso firmemente a todas las reivindicaciones obreras, cerrando las fábricas y transfiriendo sus capitales a Shanghai. Cuando los trabajadores reaccionaron contra estos premeditados sabotajes, o se declaraban en huelga,

### LA SEGUNDA «TRAICIÓN»

En el campo, los terratenientes vieron en el golpe de Chiang la señal de la revancha, y comenzaron a oponerse al movimiento de los campesinos, organizando las famosas milicias patronales, los *mint van*. Cuando los campesinos fueron a pedir ayuda al gobierno para resistir a esta banda de matones, este respondía deplorando los «excesos» del movimiento rural. Algunos generales se amotinarán y se pasarán al bando de Chiang Kai-Chek. Las grandes potencias europeas asediaban por mar a Wuhan y no le otorgaban ningún crédito. Mientras tanto, durante la primavera de 1927, en Hunan y Hupeh, el movimiento campesino llegaba a su apogeo: las asociaciones campesinas llegarán a reunir hasta 10 millones de agricultores. Las tierras de los terratenientes habían sido confiscadas y repartidas, los funcionarios corrompidos expulsados de las ciudades y los tribunales rurales instituidos para juzgar a los grandes propietarios. Pero el gobierno, al cual, como ya hemos dicho, se le habían incorporado en esa época dos comunistas, uno al ministerio del trabajo, y el otro al ministerio de la agricultura, no intervendrá más que para frenar las acciones espontáneas. ¡En realidad, todo el programa agrario del gobierno de Wuhan consistirá en mandar la reforma agraria a las postrimerías de la revolución nacional!

Los comunistas mismos jamás podrán dar ninguna orientación, ya que toda reforma agraria llevada seriamente equivaldría a atacar los privilegios de la burguesía, con la cual más bien se empeñaban en colaborar. El mismo ministro «comunista» de la agricultura hizo saber a los campesinos que sus excesos serían castigados, y que no había que tocar bajo ningún pretexto las tierras de los «oficiales revolucionarios». Pero, esto definitivamente significaba que ninguna propiedad debía ser expropiada, puesto que todos los propietarios eran, de una u otra manera, oficiales del ejérci-

empujados por sus terribles condiciones de vida (y más precarias aún debido a la situación), el gobierno, e incluso el consejo general de sindicatos dirigido por los comunistas, los tratarán de «contrarrevolucionarios» y, para no perder las simpatías de la burguesía, les pedirán renunciar a los «excesos».

to «revolucionario».

El gobierno se rehusaba a enviar tropas para defender a los campesinos hostigados por los *mint-van* las tropas de los generales rebeldes, pero tampoco les permitía armarse o utilizar las armas que poseían. El resultado de todo esto fue la entrega del movimiento a la represión que culminó con la masacre de Changsha, capital de Hunan, el 21 de mayo de 1927. Allí pasó lo mismo que pasó en Shanghai un mes antes, pero esta vez bajo las órdenes de un general «revolucionario» de Wuhan. Contra los muros de la ciudad, del 21 al 24 de mayo, día y noche, las matanzas de campesinos, hombres, mujeres y niños se sucederán sin tregua. Desde el mismo 21 de mayo, los campesinos al conocer estas masacres tratarán de responder organizando un ejército con las pocas fuerzas de que disponían para marchar sobre Changsha, adonde el enemigo tenía 1700 soldados. Sin embargo, a última hora, el Consejo general de sindicatos les da la orden de no moverse, ya que «*el gobierno central (había) nombrado un comité de cinco personas... para resolver el incidente de Changsha*» (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 287).

Los campesinos se retirarán, dando tiempo a Chiang Kai-Chek para enviar refuerzos a la guarnición de Changsha, mientras que arrestaba y devolvía a Wuhan a la «comisión investigadora».

A partir de entonces, la reacción se ensañará sobre Hunan y Hupeh, mientras que el gobierno de Wuhan se pone deliberadamente del lado de la represión. El 26 de junio, uno de sus representantes afirmaba: «*Me da cuenta que los movimientos obreros y campesinos, inducidos al error por sus dirigentes, perdieron todo freno e iniciaron un reino de terror contra el pueblo... Ante este estado de cosas... los soldados acantonados en Hunan se han sublevado para defenderse a sí mismos...*». (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 302). Precisamente en ese

momento, el Pleno del Ejecutivo del Komintern que se reunía en Moscú retomaba las directivas de Stalin, invitando a los comunistas chinos a permanecer aliados al Kuomintang y a frenar el movimiento campesino valiéndose de la autoridad del partido, y contentándose con pedir vagamente que se juzgara y castigara a los contrarrevolucionarios. El mismo día de la masacre de Changsha, el órgano oficial del Komintern repetía, además, que «los obreros y campesinos pobres» eran «la base más fiable» del Kuomintang, y *por tanto* de la revolución china; ¡en realidad, antes fueron sus víctimas, y ahora pasan a ser sus instrumentos!

El primero de junio, un telegrama del Kremlin ordena al P.C.C.: 1) confiscar las tierras de los grandes y pequeños propietarios, pero sin tocar la de los oficiales; 2) parar la acción «demasiado vigorosa» de los campesinos; 3) hacer ingresar en el comité central del Kuomintang a nuevos elementos obreros y campesinos, para remplazar a los miembros ancianos; 5) organizar un tribunal revolucionario bajo la presidencia de una personalidad conocida por el Kuomintang para juzgar a los oficiales reaccionarios (c.f. «Carta a los camaradas», de Chen Touhsiou, secretario general del P.C.C. - «La cuestión china en la I.C.», p. 302). En total, una serie de directivas perfectamente contradictorias: apoyar al gobierno e incluso reforzarlo con nuevos elementos proletarios, y al mismo tiempo «organizar un nuevo ejército»; confiscar las tierras de los grandes y pequeños propietarios, pero evitar confiscar las de los «oficiales», como si estos últimos pertenecieran a una clase diferente; juzgar a los contrarrevolucionarios, pero en un tribunal presidido por un miembro del partido que les cobijaba en su seno.

El 28 de mayo, Trotsky completamente ignorante de estas disposiciones, pero presagiando lo que el reciente Pleno habría decidido, y previendo una salida dramática a la situación, dirigía una nueva carta al Ejecutivo de la Internacional: «El Pleno haría bien en anular la resolución de Bujarin y remplazarla por otra concebida de la siguiente manera: 1) los obreros y los campesinos no deben tener confianza alguna en los jefes del Kuomintang de izquierda, sino crear sus soviets con los soldados; 2) los Soviets deben armar a los obreros y campesino de vanguardia; 3) el

Partido Comunista de guardar su total independencia, elaborar su propia prensa cotidiana, dirigir la tarea de organización de los Soviets; 4) todas las tierras de los propietarios terratenientes deben ser confiscadas inmediatamente; 5) la burocracia reaccionaria debe ser suprimida inmediatamente; 6) los generales que han traicionado deben ser fusilados *in situ*; 7) de una manera general se debe ir hacia la instauración de una dictadura revolucionaria mediante la creación de consejos de obreros y campesinos».

Y en su discurso pronunciado el 1º de agosto delante del Comité Central y la Comisión de control del Partido ruso, dirá recordando la nueva «traición», la del Kuomintang de izquierda: «*Comprendedme bien: no se trata de traiciones individuales de militantes chinos del Kuomintang, de soldados mercenarios chinos de derecha o de izquierda, de funcionarios sindicales ingleses, de comunistas chinos o británicos. Cuando se viaja en tren, se diría que es el paisaje el que se mueve. Todo el mal viene del hecho de haber confiado en gentes en las que jamás se ha debido confiar, y en haber subestimado la preparación revolucionaria de las masas, preparación que exige sobretudo infundir desconfianza hacia los reformistas y los diversos centristas "de izquierda", así como hacia toda mentalidad del justo medio. La virtud primordial del bolchevismo ha sido la de poseer esta desconfianza en grado supremo... mientras que vosotros actuáis y habéis actuado en una dirección diametralmente opuesta. Habéis inoculado a los jóvenes partidos comunistas la esperanza de que la burguesía liberal se desplazaría un poco más hacia la izquierda, además de la confianza en los políticos liberales de las trade-unions. Vos-*

*tros impedís la educación de los bolcheviques ingleses y chinos. ¡Es de allí de donde vienen estas "traiciones" que siempre os toman por sorpresa!*»

No hubo de esperarse mucho tiempo para que los volvieran a coger desprevenidos: en junio de 1927 la represión hace estragos en toda China. Por todas partes, salvo en Wuhan, los sindicatos son reducidos a la clandestinidad. Los comunistas han sido expulsados del Kuomintang porque no han «respetado los acuerdos y han saboteado las acciones del frente nacional». Los comunistas son considerados como responsables de los «excesos» del movimiento agrario y del movimiento obrero. Es en tales circunstancias que los ministros «comunistas» ofrecen espontáneamente dimitir de sus cargos en el gobierno para «salvaguardar la unidad», y así lo hicieron. Todavía el 29 de junio, el órgano de la Internacional repite: «¿Quién llevará a cabo la reforma agraria? Por su pasado histórico, su estructura social, sus perspectivas de desarrollo, es el Kuomintang quien puede y debe ser transformado en un órgano de la dictadura democrática» (itálicas nuestras, La «Correspondance Internationale», 29-6-1927; c.f.; H. Isaacs, op. cit., p. 314).

El 15 de junio, la reacción se desata sin ningún complejo ahora en Wuhan. El Consejo del Kuomintang, reunido en esa oportunidad exige a los comunistas dentro del Kuomintang abandonarlo. Los días que siguen, los sindicatos son atacados a mano armada. Pocos días después, Nankin y Wuhan intercambiaban telegramas de felicitaciones y decidían abandonar «todo sentimiento de hostilidad».

Así se terminaba el segundo acto de la tragedia del proletariado chino, sacrificado por el estalinismo en el altar de la unidad nacional.

### TERCER ACTO DE LA TRAGEDIA : LAS REVUELTAS DE LA «COSECHA DE OTOÑO» Y LA COMUNA DE CANTÓN

La sumisión del proletariado y del movimiento campesino a la burguesía personificada por el Kuomintang tuvo como consecuencia la destrucción física del movimiento revolucionario en China. La burguesía había demostrado una vez más que no era capaz de dirigir un movimiento revolucionario incluso de naturaleza nacional, sino a condición de que las clases más revolu-

cionarias que ella se sometieran a sus mezquinos intereses; en caso contrario, previamente las masacrará. Los eventos de 1925-1927 habían demostrado punto por punto la falsedad de las tesis de Stalin y, por el contrario, confirmado la absoluta validez de las tesis de Lenin y de la I.C. Sobre la necesaria independencia programática y organizativa del proletariado en la revolu-

ción democrática. (C.f. Tesis del II Congreso de la I.C.). El estalinismo, es decir – repitémoslo una vez más – la contrarrevolución, que estaba destruyendo la dictadura proletaria en Rusia, había sacrificado al proletariado chino a los propios intereses ruso-nacionales. Luego de la traición del gobierno «revolucionario» de Wuhan, la represión y el terror blanco se abatieron sobre la China entera. Vale la pena reportar las informaciones de algunos testigos de la represión dirigida contra los obreros y campesinos por parte de aquellos que, según Stalin, han debido ser los jefes de la revolución. La «China Weekly Review» del 20 de agosto de 1927 escribía: «He aquí cómo se presenta la represión. Desde hace cuatro meses, en todo el territorio controlado por Chiang Kai-Chek, asistimos a una masacre sistemática. Ello ha significado la destrucción de las organizaciones populares en Quiangsi, en Chiquiang, en Fukien y en Kuangtung, aun cuando en estas provincias los cuarteles generales del Kuomintang, los movimientos obreros y campesinos, y las asambleas de mujeres, antes vigorosas y llenas de vida y resolución, se han convertido en instituciones sumisas y amorfas, tan efectivamente «reorganizadas» que las mismas no desean sino aplicar la voluntad de sus amos reaccionarios. Durante estos tres meses, la reacción que había arrancado desde el bajo Yangtsé hoy se ha extendido a todo el territorio bajo control supuestamente nacionalista... Fusilar y colgar son los métodos corrientes complementados ahora con la tortura y la mutilación que hacen recordar los horrores de la Inquisición y las épocas más sombrías de la Edad Media. Los resultados son impresionantes: las uniones campesinas y obreras de Hunan, probablemente las mejor estructuradas de todo el país, han sido aplastadas totalmente. Aquellos dirigentes que han podido escapar al aceite hirviendo, la hoguera o el garrote y a otros procedimientos demasiado siniestros como para ser reportados, han huido de la región o se esconden en escondites tan secretos que después no se les encuentra... (C.f. H. Isaacs, op. cit., p.p. 327-328).

Por su parte, el secretariado del sindicato General de los Países del Pacífico reportaba, el 15 de sep-

tiembre:

«Cada día nos trae el anuncio de una nueva ejecución de trabajadores, sindicalistas... El movimiento de masas ha sido aplastado, y todas las organizaciones obreras o campesinas se encuentran en camino de «reorganización», lo que en realidad significa que estas han sido desarticuladas, desorganizadas, y que las que quedan han sido sometidas a la autoridad de individuos a sueldo de los militaristas... En Kiu-kiang, así como en Wuhan, las organizaciones sindicales han sido disueltas, y sus responsables ejecutados. La tropa se ha adueñado de la mayoría de las casas sindicales y ha saqueado sus bienes, además de los documentos y archivos inestimables de estas organizaciones... Lo que ocurre en Wuhan es idéntico a lo que ocurrió en Cantón cuando el general Li Chi-Tsen se concentró en destruir, y luego «reorganizar» los sindicatos y las asociaciones campesinas; idéntico también a lo que pasó en Shanghai sometida al régimen de Chiang Kai-Chek» (H. Isaacs, op. cit., p. 328).

Pero la decapitación del movimiento (fuentes parciales indican que 25 mil proletarios comunistas y responsables obreros y campesinos fueron ejecutados) y la destrucción de las organizaciones obreras y campesinas no fue el único saldo obtenido por la reacción burguesa. La política de sumisión al Kuomintang en la que persistió durante tantos años alejó al Partido Comunista de las masas que se sintieron traicionadas por sus propios jefes, perdiendo también la confianza en las orientaciones comunistas. Los campesinos desertaban de sus organizaciones y se alejaban de la lucha política. Los obreros de las ciudades ya no se movilizaban ni siquiera por la defensa de sus intereses inmediatos. Abandonarán incluso al Partido Comunista. Aquel que en abril de 1927 contaba con sesenta mil miembros, de los que 63,8% eran obreros, y que debió admitir un año después que «no había quedado célula sana en el seno del proletariado industrial». (H. Isaacs, op. cit., p. 329). Los sindicatos controlados por los comunistas, quienes a comienzos de 1927 encuadraban 200 mil obreros solamente en Cantón, a finales de ese mismo año no contaban más de 20.000 adherentes, y se mostraban incapaces de lanzar una

orden de huelga general. Con la destrucción física del movimiento vino entonces la desmoralización y la desconfianza de las masas de cara a los comunistas. Fue inmensa la estampida del movimiento.

Es en ese momento que Stalin dio a los comunistas la orden de sublevarse «volviendo a tomar la bandera del Kuomintang revolucionario». La responsabilidad de la derrota se hizo recaer sobre la dirección del Partido Comunista chino, el cual habría rechazado las orientaciones de Moscú. Varios dirigentes fueron remplazados y el partido, después de haber tenido en mano un movimiento con varios millones de hombres, que fue obligado a someterse a la burguesía (Kuomintang), y después de que este movimiento se disuelve, es empujado ahora a la insurrección. Fue así como Stalin arrojó los últimos vestigios de las fuerzas revolucionarias a la hoguera de una aventura desesperada.

Es interesante notar cómo, después de los trágicos eventos que hemos descrito, Stalin justificará una vez más la derrota sufrida por el proletariado sosteniendo que este «había cometido un grave error oponiéndose como fuerza autónoma a la burguesía, antes de que esta no se hubiese completamente desacreditado». La burguesía china se había desacreditado ya en Shanghai y con ello destruyó la fuerza organizada del proletariado y de los campesinos chinos. Pese a ello, la contra-revolución mundial encarnada en Stalin todavía reclamaba el sacrificio del proletariado chino, y lo hizo bajo la forma de una orden de «pasar al ataque» cuando la derrota era segura, cosa que no hizo y más bien proscribió toda insurrección cuando la victoria era posible. [Es exactamente esta política que la Internacional estaliniana impondrá al P.C. alemán en los años treinta: "dejemos a los nazis llegar al poder, con eso se desgastarán y desacreditarán, así será más fácil atacarlos", Ndr].

A finales del año 1927, el Partido Comunista chino, cuya dirección había sido oportunamente «reorganizada» de acuerdo a las órdenes de Moscú, dio la señal de una serie de revueltas campesinas, nutridas con el desespero de las masas que sufrían una implacable represión, y que se conocieron con el nombre

de «revueltas de la cosecha de otoño». Todas fracasarán inexorablemente y tendrán como resultado la destrucción de las últimas fuerzas revolucionarias del movimiento campesino. En Wuhan y otras ciudades, los comunistas tratarán en vano de sublevar al proletariado, pero en general ya no estaban ni siquiera en la capacidad de proclamar una huelga general, puesto que todos los sindicatos habían sido destruidos o «reorganizados». En Cantón, el 13 de diciembre, el Partido organizó una insurrección tratando de aprovechar un conflicto momentáneo entre varios generales y «señores de la guerra» que había alejado de la ciudad a las tropas del general Li Chi-shen. Las fuerzas del partido en Cantón oscilaban entre 3.000 y 4.000 combatientes, con un solo destacamento de cadetes de la academia militar de Wampoa. «La "fermentación revolucionaria" era tan intensa que los comunistas no se atreverán siquiera a lanzar una orden de huelga» (H. Isaacs, op. cit., p. 340). Todas las esperanzas de victoria dependían de un ataque por sorpresa a las tropas del Kuomintang, durante la noche. En consecuencia, por razones de seguridad, la insurrección fue adelantada del 13 al 11. En la noche del 10, los insurgentes atacarán diferentes puntos de la ciudad y después del mediodía tomarán una parte de esta y proclamarán la comuna... y constituirán un gobierno provisional, quien improvisadamente pudo imprimir un manifiesto que fue distribuido entre los obreros, «para hacer saber que la revolución se había por fin realizado» (c.f. H. Isaacs, op. cit., p. 343), y que las reivindicaciones del proletariado iban finalmente a ser satisfechas por el joven gobierno soviético. Pero la extraordinaria victoria de este puñado de combatientes heroicos llegaba demasiado tarde y se encontró con el reflujo del movimiento de masa. Las mismas consignas que, pocos meses antes, hubieran puesto en movimiento a centenas de miles de obreros, si estas hubiesen sido lanzadas cuando el movimiento se encontraba vigoroso, sólo recibirán el apoyo de una parte del proletariado cantonés, quien ya había sido destrozado. La proclamación de la Comuna no logró siquiera poner en huelga a los obreros, y serán más bien los lan-

cheros y ferroviarios quienes trasladarán las tropas que aplastarán al gobierno revolucionario. En esta terrible situación, los comunistas lograrán sin embargo resistir hasta la tarde del 13 de diciembre, el asalto de fuerzas infinitamente superiores. El final del combate dio la señal de inicio de la represión general contra los obreros, que fueron fusilados, quemados vivos y decapitados por millares.

El comentario a esta tragedia de parte de la Internacional Comunista, de ahora en adelante sometida a los designios del Estado ruso, fue que ésta había sido «justa y necesaria», y que sólo hubo algunos «errores de dirección», de carácter local. En pocas palabras, toda iba de lo mejor, y el Partido Comunista chino «debía continuar la organización de nuevos levantamientos más amplios y victoriosos sobre la cresta de la nueva ola revolucionaria cuyo signo precursor había sido Cantón». (H. Isaacs, op. cit., p. 348-349). En realidad, con la Comuna de Cantón es todo un período revolucionario el que termina para el proletariado chino. La clase proletaria se había puesto en marcha a partir de 1920 y, con la masa de los campesinos pobres, había animado un movimiento revolucionario de enorme importancia; un movimiento que, bajo la dirección del Partido Comunista, hubiese podido vencer tanto al imperialismo mundial como a la burguesía china e imponer a la China su dictadura de clase. Pero este magnífico movimiento no alcanzó ese objetivo – lo que habría significado la reanudación del movimiento del proletariado a escala mundial – porque su fuerza había sido puesta al servicio de la burguesía china como consecuencia de la política de la Internacional Comunista ligada al Estado ruso, ya en vías de su total degeneración. El estalinismo ha vendido a los proletarios chinos a la burguesía, la burguesía aplastó al proletariado y ha logrado alcanzar una posición de fuerza que le permitirá aplastar al proletariado en todos los países.

No es por azar si 1927 es precisamente el año en que Stalin y sus esbirros liquidarán definitivamente la oposición de izquierda en Rusia. Lo que sigue después y el carácter mismo de la revolución china que terminará en 1949 con la constitución de un Estado nacional inde-

pendiente, no se explican sino a la luz de los acontecimientos de 1925-1927. En efecto, la derrota del proletariado chino y la represión a la que fue sometido favorecerá la transferencia del movimiento revolucionario de la ciudad al campo. En el movimiento revolucionario que se desarrolló luego en China, va a desaparecer completamente el proletariado, distinguiéndose más bien como un movimiento pequeño-burgués y campesino, es decir, completamente encerrado en el cuadro de la revolución nacional burguesa. El partido que dirige ese movimiento aunque continúe llamándose Partido Comunista, no tiene nada de comunista: se ha convertido, según sus propias palabras, en el «verdadero Kuomintang», es decir, el verdadero representante de la burguesía y pequeña burguesía china.

La derrota del proletariado ponía al Partido Comunista chino delante de una sola disyuntiva: o el rechazo de la táctica seguida por la Internacional estaliniana y la reafirmación del carácter autónomo y dirigente del proletariado en la revolución nacional, o el abandono total de las posiciones proletarias y la continuación de la táctica que había llevado al proletariado a la derrota. El estalinismo había sometido el movimiento proletario a la dirección de la burguesía representada por el Kuomintang, y el Kuomintang lo había aniquilado. Se trataba más bien de aprender la lección de esta experiencia y de volver a la perspectiva del marxismo revolucionario de Lenin y del II° Congreso de la Internacional Comunista, a la perspectiva de la revolución doble: o bien organizar al proletariado comunista, política y organizativamente independiente de la democracia burguesa y pequeño-burguesa, para arrancarle la dirección de las masas proletarias y arrastrar a los campesinos pobres, o bien quedar como furgón de cola de la democracia burguesa o pequeño-burguesa.

En el primer caso, se puede luchar incluso dentro de la revolución democrática, arrojando las bases del comunismo que tiene como condición la *conquista del poder* y la lucha internacional del proletariado en las metrópolis. En el segundo caso, se subordina la revolución y al proletariado a las exi-

gencias del desarrollo capitalista.

Las fuerzas objetivas tendían a esta segunda solución. El proletariado estaba vencido, la represión se descargaba sobre las ciudades, en Rusia la dictadura comunista se había desmoronado bajo los golpes del estalinismo y de las clases no proletarias, y, desde que Stalin había saboteado la huelga general en Inglaterra, las posibilidades de revolución proletaria en Europa, por el instante, eran nulas. El Partido Comunista chino, forzado a retirarse hacia el campo, continuó exactamente en la vía que ya había tomado en 1923, repitiendo que «los tres principios del pueblo» eran *sus* principios e hizo que, en virtud de estos principios, el movimiento revolucionario se alejara cada vez más de las ciudades, volviendo a tomar las tesis de Stalin sobre la necesidad de una «etapa agraria» de la revolución; sostuvo que la derrota de 1925-1927 había sido un simple *episodio* debido a la incapacidad o a la traición de algunos dirigentes, y que la revolución había arribado a «un nivel superior de desarrollo». Lo que en 1923 y 1925 no era, de acuerdo a Stalin, más que una sumisión necesaria y temporal del proletariado a las exigencias burguesas, devino un *fin en sí*; fin de todo el movimiento revolucionario, que no solamente el proletariado era incapaz de dirigir, sino dentro del cual tampoco podía participar.

La consecuencia de estas posiciones fue que el proletariado se alejara del movimiento revolucionario y se implantara en las regiones más agrícolas y atrasadas de China, regiones que, después de la II guerra mundial, serán el punto de partida de los ejércitos de Mao para avanzar sobre las ciudades; el movimiento campesino que, a pesar de todo, sobrevivió inmediatamente después de 1927, no sirvió para dar oxígeno y fuerzas al proletariado, al contrario, son los restos de las pocas fuerzas que quedaron del proletariado las que van a servir para marcar el carácter *campesino* y *burgués* de la revolución.

A partir de 1927, el Partido Comunista chino que continuaba llamándose partido proletario y comunista, se convierte en el *verdadero* Kuomintang, es decir, el verdadero partido de la burguesía revolucionaria; su base social está constituida por el campesinado, sus

objetivos son los tres principios del pueblo y la realización de la unidad y la independencia, no en nombre de la dictadura del proletariado, sino en nombre del «bloque de las cuatro clases», es decir del desarrollo burgués. Sin recordar esto no se puede comprender ni la progresión de la revolución china, ni las razones de las dificultades por las que pasa el Estado chino actualmente (1967, NdR); en suma, no se puede comprender lo que significa la China de hoy en día, a menos de contentarse con repetir las habituales fórmulas vacuas sobre el «pensamiento de Mao» (o más bien «del Presidente Mao») y sobre la gran «revolución cultural», que nada dicen ni explican a los ojos del proletariado occidental, cegado por el oportunismo de los partidos supuestamente comunistas.

El completo abandono de toda perspectiva comunista marca el fin del segundo periodo revolucionario en China. La concepción proletaria y comunista de la revolución mundial, defendida por los bolcheviques y Lenin contra los socialdemócratas, y que había conducido a la victoria de la dictadura del proletariado en Rusia y a la formación de

la Internacional Comunista, se había estrellado contra los obstáculos que la revolución había encontrado en Europa y que incluso habían derrumbado el bastión proletario de Rusia; el poder proletario vencido en Moscú arrastraría la derrota de la revolución china en su caída.

Es en 1927 que la oposición de izquierda es expulsada del partido bolchevique y entregada a la policía secreta; es en 1927 que la corriente de izquierda es excluida de todos los partidos comunistas occidentales. La derrota del proletariado chino es por tanto el último acto de una tragedia *cuyo escenario es el mundo entero*. Desde 1914, el proletariado había dado un enorme salto adelante luchando sobre su terreno de clase contra el modo de producción capitalista. La victoria en Rusia en 1917, la derrota en Hungría y en Alemania en 1918-1919, la derrota en Italia en 1920-1923, el derrumbamiento de Rusia y la degeneración de la Internacional Comunista, son las diferentes etapas de este drama. El proletariado no podía vencer sino a escala mundial; es a escala mundial que fue vencido y fue tan completa su de-

derrota que sus propias organizaciones de clase pasarán a manos de sus enemigos y los partidos comunistas se transformarán en lo que son hoy en día: *los más sólidos pilares de la conservación burguesa*.

Desde 1927, todos los movimientos revolucionarios en todos los países, portan el signo de esta victoria mundial de la burguesía y de su modo de producción, y es bajo este signo que se han desarrollado los movimientos nacionales revolucionarios de los países coloniales, quienes jamás han logrado salir de los límites que les habían sido impuestos por la dominación del capital mundial, y que no podrán hacerlo sin la reanudación de la lucha revolucionaria del proletariado en los países de capitalismo desarrollado.

(1) C.f. «Desarrollo particular de China», *El Programa Comunista*, n° 48.

(2) El feudalismo chino es muy anterior al propio feudalismo europeo, a pesar de que desaparece más tarde o de otra forma. (C.f. *Ibidem*)

## «Il comunista » No 120, Aprile 2011

Sumarios de los números precedentes

•• Il Primo Maggio proletario è morto. Viva il Primo Maggio! Per la lotta di classe che unifica i proletari di ogni categoria, settore, età, sesso, nazionalità, contro ogni divisione e confine. La difesa di classe delle condizioni di vita e di lavoro operaie contro lo strapotere della classe borghese è il primo passo per l'emancipazione generale dal capitalismo! •• Rivolte nei paesi arabi e imperialismo •• ElezioniDemocrazia in putrefazione •• La rivolta delle masse proletarie e proletarizzate arabe ha raggiunto la Siria, ed è massacro! •• Libia, repressione dei rivoltosi e intervento militare imperialista •• Le classi dominanti tremano davanti alle rivolte proletarie nei paesi arabi, oggi, e domani tremano davanti alla rivoluzione proletaria e comunista •• Qualche dato economico sulla Libia •• Egitto: Moubarak è caduto, il regime capitalista e lo stato borghese restano •• No all'intervento militare imperialista in Libia! •• 17 marzo 2011: in Italia una borghesia ruffiana celebra 150 anni della sua "unità nazionale" •• Alla gogna, non sugli altari il 1861 •• Terremoto di Miyagi: è il capitalismo che aggrava gli effetti della catastrofe naturale! •• Terremoto, tsunami, esplosioni nelle centrali nucleari: continua il dramma giapponese •• Abbasso la repubblica borghese, abbasso la sua costituzione •• Napoli: i disoccupati SLL stretti tra illusioni, false promesse e disorganizzazione •• Ennesimo infortunio mortale alla Fincantieri



# Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga

*Los marxistas revolucionarios no necesitan ni celebraciones ni oraciones fúnebres. El individuo nace y muere, es transitorio; sólo la especie continua. La persona no posee historia; la especie sí. Es una historia humana, es la historia de clases, de luchas y de formas de clases. El individuo puede identificarse a la clase, pero mientras la humanidad viva en su prehistoria, serán los instintos irracionales e irresistibles los que lo determinarán y empujarán al prosencio de la historia. El individuo es tele-guiado. Y para que pueda funcionar lo mejor posible, sólo se le pide tener conciencia de ello.*

*Las revoluciones que han visto la luz, desde el siglo XIX hasta hoy, han sido revoluciones burguesas o revoluciones dobles, es decir, burguesas en economía y proletarias en política, a excepción de la Comuna de París de 1871. La Comuna estallo sin dejar nombres ilustres: fue masacrada con sus soldados desconocidos. Se recordarán sí, a sus sepultureros sanguinarios, los despreciables demócratas como Thiers y los pretorianos como Mac-Mahon. El proletariado no tuvo necesidad de mitos personales. ¡Luchó y murió por la Comuna, y punto!*

*La revolución de mañana sera así, unívoca, anónima; no tendrá más que un sólo jefe, invencible: el partido revolucionario. Dejemos a los enemigos, si acaso les queda el tiempo y la posibilidad, que celebren a sus «grandes hombres» caídos en el campo de batalla.*

*Fue la contrarrevolución la que creó un culto repug-*

*nante alrededor del cadáver de Lenin, la que cubrió a Rusia de monumentos obscenos a la gloria del difunto revolucionario, con el fin de convertirlo en ícono inofensivo. La novela revolucionaria ha muerto con la victoria del contrarrevolucionario Stalin. El comunismo ya no necesita del lenguaje romántico. Lo que necesita más bien es del lenguaje de los logaritmos y de las consignas de combate.*

*Amadeo, y, con él, las generaciones pasadas de comunistas revolucionarios, no han desaparecido. Sus cuerpos han vuelto a la tierra de donde salieron. Su trabajo, la batalla de sus días, viven fundidos en la continuidad del comunismo, finalidad a la cual tiende inconscientemente la humanidad laboriosa, desheredada y oprimida.*

*Nuestra conmemoración no tiene nada que ver con una misericordiosa «Vida de hombres ilustres»; ella no tiene sentido, si no se inscribe en el esfuerzo de mantener o reconstituir la continuidad del programa y la organización comunistas a los cuales nuestro camarada consagró su vida. Es en la acción cotidiana y permanente que esta se realiza, y no luego de ceremonias rituales, por tanto, vacías y sin mañana. Un aniversario no es fecundo si no sirve para recordar e ilustrar un combate que las generaciones actuales y futuras tendrán que llevar a su fin. Es en este espíritu que publicamos en español por primera vez un vibrante artículo a la memoria de Amadeo Bordiga bajo el título «Forjador de militantes» (1)*

«Así como el geólogo hunde su sonda en las entrañas de la tierra para traer a la superficie muestras de diversas capas con el fin de estudiar su naturaleza y formación, así el partido se sirve de mí y de mi memoria como sonda que se sumerge en la historia de más de medio siglo del movimiento obrero, para profundizar el estudio de sus errores y derrotas, sus avances y victorias».

Pronunciadas por Amadeo en 1967, luego de una de nuestras reuniones, estas palabras sonaban en aquel entonces como una exhortación a no desperdiciar el tiempo, un llamado a luchar contra él. El combatiente sentía que el tiempo lo tenía contado. Desde 1945, efectivamente, el incansable Bordiga había «funcionado» como una sonda; con una periodicidad cronométrica, con una impasible tenacidad había hurgado sin parar

en los meandros de un período que va de los primeros años del siglo veinte hasta nuestros días, período en que había sido testigo y actor. De ciudad en ciudad, delante de auditorios de un centenar de camaradas – cabezas calvas o canosas de viejos militantes obstinados, o de cabellos negros o rubios de jóvenes entusiastas recién incorporados – en reductos improvisados, en locales exiguos donde el oxígeno faltaba a veces; durante más de veinte años había recalado los puntos resaltantes de la doctrina, explicado cómo y por qué – luego de la derrota de la revolución en Europa – la Internacional había comenzado a desviarse, señalando el lodazal en el que se había ahogado el movimiento proletario mundial, poniendo a la luz las conclusiones de la experiencia histórica de la Izquierda y, por último, proclamando la certeza exal-

tante de la victoria final del Comunismo.

Lo hacía y continuaba haciéndolo en la prensa, en las columnas de nuestro periódico, en aquellos «Hilos del tiempo», tan vibrantes de pasión de polemista. Pero en realidad su trabajo de geólogo lo lograba mejor ante la presencia de camaradas. Era un trabajo formidable: la sonda seguía cavando, y cavando traía a la superficie fósiles, cuya utilidad se limitaba ahora a la demostración de su carácter de fósiles, lo mismo con los colosales eventos o los episodios poco conocidos, de ecos de memorables huelgas, de extractos de resoluciones importantes, de episodios en Congresos mundiales, de puntos cardinales de la teoría revolucionaria. Las cabezas canas corroboraban la exactitud, las cabezas juveniles asimilaban la lección. Se trataba de una elaboración colec-

tiva y no el producto de un cerebro individual, por más brillante que este fuera. No era Amadeo quien hablaba, sino la consciencia del partido, la experiencia histórica de la Izquierda que se expresaba en sus labios y que indicaban a cuáles catástrofes habían llevado las desviaciones, denunciadas en su momento, y por qué y cómo estas desviaciones no debían repetirse más, a menos que se quisiera repetir la degeneración irreversible del partido y la pérdida definitiva de su programa.

Durante más de veinte años la sonda había excavado sin jamás hacer una sola alusión a su función. ¿Por qué entonces ese patético llamado de 1967? El combatiente, siempre lleno de juvenil optimismo, tuvo sin duda la percepción de los límites de sus fuerzas físicas. Siempre quiso dar más y lo más rápido posible. Y hasta el final. Era su característica típica, el carácter auténtico del revolucionario marxista. Quien no agarre esto al vuelo no podrá jamás comprender al hombre Bordiga: ¡nada que ver con un alejamiento o un desdenoso retiro! Estuvo visceralmente ligado al partido: sin vínculos con el partido su pensamiento político no hubiese encontrado oxígeno para vivir, ni el terreno para germinar y desarrollarse. Un auditorio de camaradas estimulaba mucho más a un espíritu tan fértil como el suyo; le daba pasión a su fe y a su elocuencia. Sus mejores obras nacerán así, ante la presencia benéfica de camaradas. El discurso para la conmemoración de Lenin, que se tuvo en 1924, en la Bolsa del Trabajo de Roma, surgió como un bloque incandescente frente a la multitud de trabajadores, y no fue sino más tarde, aprovechando un breve período de reposo en Nápoles, que se puso a dactilografiarlo para la prensa.

La verificación, a la luz de la historia, de la precisión de la línea de la Izquierda en oposición a la táctica de la Internacional (gobierno obrero, frente único, frentes populares, et c.), no la hubiese jamás podido hacer en frío, como un teórico sentado frente a su mesa de trabajo. La misma fue hecha con fuego y pasión, durante decenas de reuniones, para que sirviera de punto de partida al futuro partido de clase, organizado sobre bases

mundiales con la perspectiva histórica más avanzada. El partido era para él una pasión tan fuerte que le hacía sentir que su personalidad no poseía ningún valor, de empujarlo hasta los límites de sus posibilidades físicas, con una abnegación tan absoluta que se volvía casi sobre-humana, sobre todo en el último período de su vejez.

Desde su más temprana edad, nadie mejor que él había comprendido el rol y la función del partido en el camino de la revolución. Sus primeras experiencias las realizó, a comienzos de siglo, dentro del ambiente político napolitano, equivoco y corrompido, gangrenado por el clientelismo y el populismo, donde la atracción que el Socialismo ejercía sobre las masas trabajadoras era explotada por hábiles demagogos con fines carreristas. Abogados y profesores entraban al partido, ganaban la medalla de diputado, y luego se salían para deshacerse de su disciplina, arrastrando tras ellos a grupos de proletarios engañados por su labia revolucionaria. Dicho ambiente contribuyó a solidificar en el joven marxista su natural intransigencia – que luego será calificada por críticos superficiales como esquemática y obsesional – y contribuyó también a reforzar en él la exigencia de un partido homogéneo y coherente con el programa, rechazando los cálculos electoralistas, las contorsiones maniobreras y las tácticas oportunistas, rechazando sacrificar la calidad a la cantidad de militantes. Es así como se logra explicar su obra incansable y constante para formar a los nuevos militantes, obra a la que queremos limitar aquí nuestro testimonio.

El historiador no encontrará trazas de esta obra interrumpida en 1924 por los eventos de Moscú (2), que luego es reiniciada pacientemente en 1945, momento en que frente a la euforia de la «liberación», aparecía como temerario reivindicarse de la Izquierda Comunista. Sí, Amadeo fue un formidable forjador de militantes. Los había formado con la punta de su pluma y la potencia de su verbo en 1919-20, organizando la Fracción Abstencionista, primero, y luego al Partido Comunista de Italia; y continuó haciéndolo con un rigor más firme durante los candentes

años en que estuvo a la cabeza del partido; más tarde lo volvió a hacer luego de la segunda preguerra, mucho más nociva para el movimiento comunista que la primera.

En la primera fase, brillante joven fuerza de potente cabeza, aunada al gesto vigoroso, Bordiga fascinaba por su elocuencia donde la pasión daba a los conceptos y a las ideas un ardor y una seguridad invencibles. Daba la impresión de que no era él quien exponía y clarificaba la idea, sino que era la idea la que lo empujaba e incitaba a la acción. Sentíamos que poseía no la letra, sino la esencia del marxismo, toda entera en su fuerza penetrante y expansiva en el tiempo: fe en su imprescindible realización, certeza en la venidera sociedad sin clases.

En la segunda fase de su madurez, siempre tan vigoroso y polémico, aparecía como el veterano que conocía al enemigo a fondo, con todos sus secretos y todas las trampas de su táctica. Ya no le hablaba a multitudes, sino a auditorios pequeños que ya conocían su discurso. En plena moda del culto a la personalidad, Amadeo prodigaba su enseñanza de manera anónima, transmitiendo pacientemente a los nuevos camaradas no su experiencia personal, sino la experiencia de la corriente de la que él se hacía el intérprete más convencido y más autorizado, el más admirado y detestado a la vez. El oportunismo: este es el enemigo a combatir, el terrible enemigo que nos ha infectado y destruido, bajo la presión de acontecimientos históricos desfavorables, los originales fermentos de la Internacional.

«La vía más fácil y más atractiva es la del oportunismo. ¡No la tomen, camaradas! La vía correcta es siempre la más difícil y la más larga». El sonido de su voz resuena todavía en nuestras orejas, y vemos todavía su gesto. En los últimos años sus dificultades para desplazarse de ciudad en ciudad se habían acentuado, pero siempre las afrontaba con la serena simplicidad de siempre. A partir de ese momento sus intervenciones, aun si duraban mucho tiempo, eran interrumpidas sólo para dejarle la palabra a un camarada que leía los documentos que se reportaban al tema tratado. Prefería siempre recordar encuentros, reuniones con

los protagonistas de los eventos que nos cautivaban: Liebknecht, Rosa, Lenin, Trotsky, Zinoviev. Detrás de sus cabellos grises, detrás de sus espaldas sólidas aún, se hallaba un pasado que sobre los camaradas ejercía una extraordinaria fascinación. Si, era su actividad militante ejemplar, su tenor de vida espartano, la identidad absoluta entre sus posiciones y su forma ser, su desdén por los compromisos, su intransigencia absoluta con todo acomodamiento al enemigo. El hombre que jamás se dejó llevar por consideraciones de amor propio, que jamás se defendió de las bajas calumnias con las que trataban de tocarlo – no era hombre de apurar el paso apenas oír a los perritos ladrar – y que hasta el último respiro de sus pulmones pudo tampoco haber despertado sospechas de tener algún interés personal, continuaba su batalla, no le hacía mucho caso a su salud que se degradaba con el paso de los años, satisfecho de ganar a otros combatientes para la causa y de afianzarla en los cua-

ros. Los jóvenes camaradas, educados en sus métodos de trabajo, templados al calor de su voz y a la luz de su ejemplo, no olvidarán su enseñanza. En un país donde la improvisación y el empirismo, el exhibicionismo y el quijotismo se han extendido enormemente, Amadeo Bordiga trabajó en profundidad. Trabajó a largo plazo, rechazando el éxito efímero, con la atención puesta en la meta suprema. Y

si bien su muerte física detuvo el dinamismo de su espléndida máquina, él vive entre nosotros, sus camaradas de lucha, vivirá en cada uno de nosotros, en nuestro pensamiento y nuestra acción militantes, vivirá gracias a sus enseñanzas y a su ejemplo, siempre y donde quiera que halla un oprimido que levantar, un explotado que emancipar, un esclavo a quien insuflar consciencia y valor, y a quien darle las armas de combatiente.

(1) C.f. «Il Programma Comunista» n° 17 (1-10-1970). El lector puede consultar igualmente el artículo «Amadeo Bordiga, una vida ejemplar al servicio de la revolución» de nuestra revista «Programme Communiste» n° 48-49 (abril-septiembre de 1970), así como la serie: «A la memoria de Amadeo Bordiga: la Izquierda Comunista en el camino de la revolución» («P.C.» n° 50, 51-52, 53-54, 55, 56) de la cual hemos tomado las primeras frases de esta presentación.

(2) Aprovechando la detención de Bordiga y de otros dirigentes del Partido Comunista de Italia por parte de los fascistas, la dirección de la Internacional nombró a la cabeza del partido a dirigentes a su conveniencia (Gramsci, Togliatti) quienes tenían como misión terminar con la predominancia de la Izquierda en su seno. Habrá que esperar el Congreso de Lyon (1926) para que, al fin, estos «bolchevizadores» logran controlar decisivamente al partido, NDR.

Sumaries of «Proletarian»

«Proletarian» - Nr. 7 (Summer 2011) • Egypt, Tunisia, Algeria, Libya, Syria... The mass mobilizations can bring down governments, but capitalist domination can only be really threatened by the proletarian class struggle, independent and internationalist • The Global Crisis: World Capitalism at a turning Point. Mutations in the World imperialist Balance of Power • The Abandonment of the Communist Left • Canadian elections • Spain: the movement of the “outraged youth” • The proletarian May 1 is dead, long live May 1st! • The revolt of the proletarianized masses spreads to Syria • No to imperialist military intervention in Libya! • The Cannibalism of the Tripoli regime • The riots in Tunisia and Egypt extend to Libya, where Gaddafi is trying to drown them in a bloodbath • Egypt: Mubarak has fallen, the capitalist regime and the bourgeois State remain • Egypt in flames • Long live the revolt of the proletarian youth! «Proletarian» - Nr. 6 (10/2010) • The proletarian Class Party and the current economic Crisis of global Capitalism • Amadeo Bordiga. The trotsky question • State Terrorism and Massacres: constant Characteristics of the Policy of the Israeli Bourgeoisie • On the expulsion of the Roma in France. The

government is increasing repression and fanning racism. Workers must respond with solidarity and class struggle! • Italy. The revolt of the immigrant workers in Rosarno • Greece: Blood and tears for the proletariat! That’s the remedy to all the bourgeoisies of the world against the crisis! • Capitalism has an overwhelming responsibility in the disaster provoked by the earthquake in Haiti! • Russia Burns • Trotskyists and the class nature of the USSR. The Charlatany of the Spartacists «Proletarian» - Nr. 5 (11/2009) • Iran: The confrontation between the armored democracy of the rulers and the tepid petit-bourgeois reformism of the opposition is the result of the acute rivalries between bourgeois factions. For the Iranian proletariat, there is no other issue than the struggle on the class terrain in the perspective of the proletarian revolution! • China 1927: The Stalinist Counter-revolution leads the Chinese Proletarians to Massacre • Swine Flu and the Working Class • European Elections: Once again the Democratic Lie! • France. Despite the efforts of collaborationism and its lapdogs on the far left. The first signs of proletarian anger herald the return of the class struggle! • To defend ourselves against the capitalist Crisis there is only one Solution: The Resumption

of the Class Struggle! • Venezuela: Nationalization of Sidor and “Workers’ Control” • Israel, Bloody Executioner for the World Capitalist Order • A propos Solidarity with the Palestinian Masses: The impasse of the concrete and the immediate • In renewing its great traditions of struggle, the American proletariat will have to fight the coming blood and tears policy of the Obama presidency

Proletarian Organ of the International Communist Party Nr 6 (10/2010) THE PROLETARIAN CLASS PARTY AND THE CURRENT ECONOMIC CRISIS OF GLOBAL CAPITALISM Summary AMADEO BORDIGA THE TROTSKY QUESTION



# El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (1)

**Que los jóvenes militantes saquen de los hechos del pasado y del presente no sólo la confirmación de la doctrina marxista, sino la llama que deberá transformar el arma luminosa de la crítica en la filosa crítica de las armas.**

(Informe a la Reunión General del Partido en Florencia – del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)

Un excelente comunista que jamás se dejó llevar por las fatales sugerencias del oportunismo anti-fascista, y que estuvo en primera línea en la lucha del proletariado italiano contra las bandas de Mussolini de la época «romántica» y pseudo-revolucionaria del movimiento fascista de Italia, solía bromear diciendo que «el peor producto del fascismo ha sido el anti-fascismo»; chiste irónico que no entienden los que promulgan una democracia reformadora, pacifista y progresista que, pese a los constantes golpes que le asesta la realidad capitalista, viven todo el tiempo en una nube de insípidas ensoñaciones. Pero esta broma encierra una profunda verdad. Para quien comprende al menos un poquito el marxismo, su significado no es difícil de entender. Significa en pocas palabras que la importancia histórica del fascismo ha sido mucho menor de lo que se piensa comúnmente; contraria a la del antifascismo que ha sido mucho más duradera y más funesta desde el punto de vista de los intereses del proletariado revolucionario y del comunismo. Aquellos que hoy no son capaces de comprender esta verdad, nada han comprendido del marxismo revolucionario; incluso, sin ser tan ambiciosos, ni siquiera de lo que pasa en su propia época.

En efecto, el movimiento fascista como tal, no cumplió más que una función limitada: salvar a las burguesías europeas de una espantosa bancarrota económica y política, primero la de Italia y luego la de Alemania, y la de otras naciones de menor importancia mundial como España, en una época y bajo circunstancias bien precisas, esto es, dentro de la crisis general que sufrieron estos países durante la primera postguerra. Con esto no queremos decir que estas victorias burguesas, ese triunfo abrumador de las fuerzas de la conservación capitalista, no influyeron en la derrota de la Internacional de 1919 y de la revolución europea y mundial, deseada no sólo por Lenin, sino por todos los comunistas; o que luego nada tuvieron que ver con el estallido de una segunda guerra imperialista, eso sería negar las evidencias. Solamente hay que hacerse dos preguntas: *¿cómo ocurrió entonces la victoria burguesa, representada por la llegada al poder de los partidos nazis y fascistas? y, más importante aún, ¿cómo es que un cuarto de siglo después de la caída de los poderes fascistas, que siempre han intentado hacer pasar como un obstáculo al triunfo del proletariado, el Capital sigue deteniendo el poder en forma totalitaria, a favor de los intereses exclusivos de la burguesía?* Basta con hacerse estas dos preguntas para percibir el

sentido del chiste arriba citado: la burguesía italiana, y luego la burguesía alemana y un cierto número de burguesías menores han podido convencer al proletariado y arrastrar también a las clases medias que el capitalismo oprime también; y en lugar de tener frente a ellas a un proletariado comunista experimentado, han encontrado a un proletariado mayoritariamente «anti-fascista» que no supo replicar con su violencia de clase a la violencia capitalista, y de paso tomar el poder.

No es el proletariado italiano o alemán, etc. los únicos que deben ser cuestionados – de todas maneras ellos solos no podían hacer la historia del siglo Veinte –, sino a todo el proletariado europeo y mundial por estas derrotas. Pero más allá de esto, si el capitalismo domina todavía es porque aún este proletariado no logra reivindicar su propia dictadura revolucionaria frente a él, y sufre la misma influencia política que ya lo llevó al precipicio en los años 21-33, como consecuencia de su obstinada adhesión a las aparentes concesiones económico-sociales que esperaba de la forma democrática, y que se imaginaba que estas podrían ser abolidas por un poder fascista declarado. En otros términos, veinticinco años después de la caída de los regímenes de Hitler y Mussolini, los proletarios del mundo son mucho más «anti-fascistas» (anti-franquistas, anti-gaullistas, anti... la lista es grande de políticos burgueses que pueden ser repertoriados) que comunistas revolucionarios. A esto se resume la situación. A pesar de la ridícula jactancia de la democracia socializante, hasta tanto el proletariado no sufra una profunda transformación de esta mentalidad política, la lucha anti-capitalista se mantendrá estancada.

No las vamos a examinar en detalle, pero es evidente que hay razones profundas para que este estado de ánimo del proletariado – igualmente cargado de prejuicios – persista. Nos toca pues derrumbar estos prejuicios y estas razones, dando a conocer las grandes luchas proletarias del pasado, algo que los partidos oportunistas, a punta de demagogia y realizando esfuerzos colosales, buscan sepultar bajo el silencio o hacer simplemente inaccesible a la masa obrera. Es por esta razón que el informe que vamos a ofrecer sobre el Partido Comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (informe presentado en una reunión general de partido), tiene un gran interés político – y no solamente «cultural», para utilizar la insostenible jerga burguesa moderna. Este informe demuestra palmariamente, sobre la base de hechos y textos escritos, algunas viejas verdades que hoy han sido abando-

nadas: el verdadero zacatecas del proletariado italiano no ha sido tanto el movimiento fascista, sino la socialdemocracia que frente a la violencia de los «camisas negras» no supo hacer otra cosa que reclamar respeto por la legalidad. El fascismo mismo no triunfó únicamente por medio de la violencia, sino también gracias a una demagogia reformista a la cual los socialistas de la II Internacional habían acostumbrado demasiado al proletariado. En fin, al contrario de los oportunistas que mentían descaradamente sobre su supuesta lucha, la única fuerza en el mundo que puede reclamar haberse enfrentado al fascismo, armas en la mano y bajo una férrea dirección política, guiando una lucha exclusivamente proletaria, liberada de toda influencia burguesa y oportunista, ha sido el Partido Comunista de Italia, que en ese momento se encontraba en manos de nuestra corriente. Fue, para decirlo brevemente, la única sección que se rebeló contra las excesivas concesiones que la dirigencia de la Internacional comunista daba al anti-fascismo de tipo democrático (concesiones que desgraciadamente llevarán para siempre la firma del malogrado Zinoviev), y, que haya denunciado el peligro oportunista que estas significaban para el movimiento comunista; la única que condujo también una lucha coherente, perseverante, llena de abnegación, incluso contra los miserables «camisas negras» del fascismo italiano. Si fue vencida, esto no dependió de un partido revolucionario cumpliendo todas sus tareas, sino de circunstancias mucho más poderosas que no dependían de su voluntad. Pero al menos nuestra corriente no fue liquidada políticamente, contrario a todos los demás partidos comunistas del mundo que desgraciadamente cayeron al final en una defensa simple y pura de la democracia.

Esto no es casual. Ya que sólo su forma marxista y revolucionaria de dirigir y conducir una lucha de vida o muerte contra el movimiento fascista le evitó, entre 1939-45, sucumbir a la guerra imperialista, es decir, traicionar de manera irreparable al internacionalismo proletario; traición que durante décadas influyó negativamente en las tentativas del proletariado europeo y mundial de organizarse en partido comunista internacional, condición indispensable para la victoria contra el Capital, al cual el anti-fascismo le ha asegurado una larga supervivencia.

### NATURALEZA DEL FASCISMO

Según nuestras tesis de partido, el fascismo constituye un método de gobierno al que apela la burguesía cada vez que las masas, radicalizadas por la crisis del capitalismo, no se dejan ya engañar por las fórmulas mentirosas de libertad, igualdad, democracia, y se muestran decididas a tomar el poder. Por tanto, el fascismo no es un tumor patológico, un germen extraño al régimen burgués, o peor, un retorno al régimen que precedió el triunfo de los «principios sagrados» de la revolución francesa. Es uno de los métodos de gobierno que puede utilizar la burguesía cada vez que el método democrático no logra asegurar ya su dominación de clase, a pesar de su influencia corruptora en las capas superiores del proletariado y de todas sus campañas por la igualdad. Cualesquiera sean las formas – provincialistas o atrasadas como las falanges españolas, paternalistas como el corporativismo de Salazar, o la forma primitiva y grosera de golpe de Estado militar como en Grecia en 1967 –, sustancialmente no son diferentes.

Quiere decir que lo que perseguimos con el presente informe (1) es, primero, mostrar que los hechos históricos de aquellos lejanos años han probado la perfecta con-

fluencia de todas las fuerzas políticas burguesas, tanto democráticas como fascistas, en la defensa de su dictadura de clase, y, segundo, de hacer transparente la oposición existente entre la actitud del joven Partido Comunista de Italia de la época y el sabotaje reformista de las luchas, frecuentemente heroicas, del proletariado, los gemidos de preocupación de los maximalistas llamando a la «pacificación», al «retorno al orden y al derecho» y otras infamias parecidas. El Partido Comunista fue efectivamente la única fuerza que planteó audazmente la cuestión del fascismo en su verdadera significación, llamando a los proletarios revolucionarios a aceptar el desafío lanzado por los burgueses y a responder a la violencia con la violencia, a la lucha armada con la lucha armada, a defenderse preparando la ofensiva tan pronto las condiciones se tornaran favorables. En la situación de 1920-22, a pesar de que nada estaba a su favor, la clase obrera de Italia bajó a la calle a pelear con entusiasmo renovado, y a cada demostración de fuerza, fue el Partido Comunista quien la acompañó, señalando claramente que el enemigo a derrotar era el conjunto de fuerzas burguesas concentradas en el aparato de represión y de explotación y sus tres pilares fundamentales, a saber, la democracia, el fascismo y el reformismo.

### MADURA,

### LA «CONTRARREVOLUCIÓN PREVENTIVA», A LA SOMBRA DE LA DEMOCRACIA

Después de la primera gran guerra, la burguesía italiana tuvo que enfrentar a la gran ola de huelgas y de agitaciones que sacudieron a Italia. Pero superar este obstáculo no se debió a la aparición de los camisas negras de Mussolini, sino al Estado democrático apoyado por la burguesía internacional. Si luego de esta amenaza procede una desmovilización de la clase obrera, en nada tuvieron que ver las fuerzas «ilegales» del fascismo, los motivos hay que buscarlos en los métodos perfectamente legales con los cuales la burguesía italiana, desde la constitución del Reino, siempre había obtenido óptimos resultados; además, en caso de necesidad sus fuerzas estatales estaban admirablemente entrenadas para cambiar hacia métodos violentos, y que no hacían ningún esfuerzo por ocultarlos.

Durante los años 1919-20, los proletarios lucharán en las calles, dentro de las fábricas y hasta en los campos, chocando primero con la fuerzas armadas regulares de la democracia que responderán con plomo fundido. El Estado disponía ya de una fuerza compuesta por carabineros, policías y soldados (¡hasta la marina y la aviación intervendrán en ciertos casos!), pero, aún con refuerzos, demostró ser insuficiente en la posguerra. Por eso Nitti creó una fuerza especial que permitió no sólo reforzar todavía más al Estado, sino encuadrar toda aquella masa de desechos que deja toda guerra, arrojándolos para vomitar todo su odio y frustración de fracasados sobre los obreros y los campesinos. Es bajo las balas de las democráticas fuerzas del orden, a comienzos de 1919, que caerán los obreros, y esta es la prueba que la primera ola de represión anti-proletaria la cual fue decisiva, vino de un gobierno (mejor dicho, una serie de gobiernos) de obediencia estrictamente democrático-liberal o, como se diría hoy en día, «progresistas». Ese gobierno preveía el apoyo que plenamente y sin fallas le iban a dar los jefes sindicales y los reformistas del Partido Socialista de Italia, contando de paso con la mansedad de los maximalistas; es en perfecta lógica burguesa que la represión democrática

estuviese combinada con toda una demagogia de «medidas de prevención social» (precio político del pan, planes de reforma agraria y control sobre la industria), incluyendo por encima de todo el llamado habitual a votar, siempre tan eficaz para adormecer a las masas; así, vemos sucederse elecciones generales en 1919, elecciones municipales y regionales un año más tarde, y nuevamente elecciones generales de 1921. Nitti y Giolitti se alternarían en el poder, esperando cederlo al ex-socialista Bonomi, tal como se produjo luego de las elecciones de mayo de 1921. Un documento de Partido, en 1923, nos recuerda que el primero había llevado a 65 mil el contingente de carabinieri o guardias civiles, a 35 mil los agentes aduaneros, y a 45 mil las fuerzas especiales o guardias reales, reforzando la red de espionaje interior. El segundo había puesto en primera línea al ejército durante los eventos de Ancona. Sus papeles estaban perfectamente en regla con la democracia, y a mucha razón hoy se les consideran los padres de la República italiana. ¿No está el escudo de la democracia ornamentado a la vez con la tarjeta del voto y el fusil?

El proletariado se batió con una energía infinita. Pero, mientras que las fuerzas represivas del Estado restablecían poco a poco el orden, recuperando el control de una situación que en momentos parecía desesperada para la burguesía, los «éxitos» (se podría decir incluso los triunfos) electorales obtenidos por el proletariado, desviaban las preciosas energías de la lucha armada para dispersarlas en las batallas legales, despertando en los obreros la ilusión que luego de haber sufrido tan terrible hemorragia, la victoria de su clase estaba cercana y el poder al alcance de su mano. En realidad, es precisamente respondiendo al llamado del electoralismo parlamentario que la clase obrera de Italia, material y moralmente desarmada, se expuso a los golpes de su adversario.

En 1920, el proletariado se encontraba a la defensiva frente a un enemigo consciente de haberle arrancado de las manos las armas de la victoria. En septiembre de ese mismo año, cuando las fábricas fueron ocupadas, Giolitti no tuvo necesidad de recurrir a la fuerza, método que no le repugnaba para nada, ya que en el curso de su larga carrera lo había utilizado con el más perfecto cinismo. Sabía, en efecto, que ni la CGT ni el PS iban a correr el peligro de llevar el movimiento hasta las trincheras, y que lo más probable es que buscarían lanzarse el uno al otro la responsabilidad para no dirigirlo.

Un comunicado firmado por estas dos organizaciones, publicado a comienzos de septiembre, amenazaba con «*el control de las empresas, para llegar a la gestión colectiva y a la socialización de toda forma de producción*»; pero esta amenaza sometida a una condición no perseguía otro fin que el de tranquilizar a la burguesía: «*si los patronos se obstinan o el gobierno viola su neutralidad, seguro que no llegaremos a una solución satisfactoria para ambas partes*». El gobierno agarra el ramo de oliva que tan oportunamente le habían tendido y se decide por la «neutralidad»; en lugar de lanzar las fuerzas del orden al asalto de las fábricas ocupadas, promete ejercer él mismo por medio del Estado el «control de la producción», previendo sin mucho esfuerzo que la clase obrera, cederá por asfixia; ya estaba extenuada por dos años de sangrientas luchas, privada de dirección y orientación que la llevara hacia la toma del poder, encerrada en los estrechos límites de la empresa, e impedida de salir de estas por su misma dirigencia política y sindical. Incluso sus dirigentes, deseosos de lograr un acuerdo tendiente a mejorar las relaciones obrero-patronales, ya se frotaban

las manos ante las perspectivas de elecciones administrativas...

La batalla final no tendrá lugar (tampoco el... control de la producción, promesa lanzada sólo para calmar los ánimos) ya que los que debían atacar fueron impedidos por los malos pastores y por el Estado, que desde la torre de su «neutralidad» esperó con toda tranquilidad a que los trabajadores depusieran las armas. No hubo ni siquiera una de esas derrotas en el terreno de la lucha de clase franca y directa, que dejan profundas huellas en el proletariado y producen los gérmenes de la siguiente insurrección y victoria revolucionarias. No pudo haber peor demostración de impotencia que esta derrota sin combate, la más humillante de todas.

Es durante la terrible ola de reflujo, que vino luego del movimiento de ocupación de las fábricas, que, entonces y sólo entonces, las bandas fascistas entrarán en escena. Obviamente que frente a un proletariado vencido que no iba a volver a luchar inmediatamente, estas no buscaron sino impedir que volviera a alzarse. Pero comprendieron muy bien que el proletariado no iba a perder inmediatamente su combatividad y espíritu de sacrificio (y el desarrollo de los acontecimientos lo confirmará) y que los problemas a los que la clase dominante era incapaz de darles solución, volverán a plantearse con mucha más fuerza y urgencia que nunca.

Luego de la muy eficaz represión democrática «ordinaria», era necesario lo que se llama una «contrarrevolución preventiva». Esta acontecerá y será favorecida, respaldada y legalizada por los autores de la «estabilización» del régimen en 1921-22, es decir, el Estado, los partidos de la democracia burguesa y el reformismo.

### COMIENZO DE LA OFENSIVA FASCISTA DOS FALSAS TESIS SOBRE EL FASCISMO

Precediendo a las elecciones administrativas de octubre, la ocupación de las fábricas cesa en la segunda quincena de septiembre de 1920. Los dos años de ofensiva de las escuadras fascistas comenzarán, en realidad, en noviembre en Boloña: el 4, los escuadrones de Mussolini lanzan el asalto a la Bolsa de Trabajo; el 21, ocurren los eventos del palacio de Accursio en esa misma ciudad (4). Con esto se confirma que el movimiento nace en una zona agrícola y, desde sus comienzos, presentará la fisonomía y la composición social que lo distinguirá durante toda su «escalada» contra las fortalezas proletarias: escuadrones volantes reclutados en pequeñas ciudades de provincia y dentro de las franjas de una pequeña burguesía familiar y desequilibrada o, mejor todavía, en capas sociales situadas por debajo de la pequeña burguesía: mercenarios, antiguos miembros de la expedición del Fiume y representantes del arditismo (5) de guerra, elementos de pauperados de la clase media, pequeños intelectuales en búsqueda de gloria y de prebendas, etc... Desplazándose de una localidad a otra con gran «habilidad de maniobra», facilitada no por la genial táctica y estrategia de sus jefes, sino por la solidaridad automática del Estado, este movimiento siempre tuvo por objetivo las ciudadelas obreras (Bolsas del Trabajo, sedes de partidos y sindicatos, círculos proletarios, cooperativas, etc...) y chocaba con un solo enemigo: los obreros organizados de las ciudades y campos; pero siempre pudo contar con la benevolente neutralidad del Estado, y muchas veces hasta con su apoyo total.

El hecho de que la ofensiva anti-proletaria armada e «ilegal» haya partido de una zona agrícola, y que sus

promotores hayan salido esencialmente de las clases medias, ha llevado en apariencia (pero solo en apariencia) a dos interpretaciones, ora distintas, ora entremezcladas, pero igual de falsas la una como la otra. Según la primera, el fascismo significaba un retorno a los métodos clásicos de la reacción pre-capitalista impuesta por los propietarios terratenientes de tipo feudal a la fracción «progresista» de la burguesía encarnada por los industriales; para la segunda, el fascismo era una tentativa tan acertada como extrema de las capas medias organizando una revolución según su ideología particular y con fines de independencia.

En el campo proletario, estas dos interpretaciones han hecho estragos cuyas consecuencias hemos venido arrastrando hasta hoy. En aquella época no sólo se podía leer en la prensa burguesa «de izquierda» o en la prensa reformista, sino también en las páginas de *Ordine Nuovo* (6), especialmente bajo la pluma de Gramsci que ya incluso dentro del joven Partido Comunista de 1921 tenía dificultades para comprender que el poder de Estado es siempre, cualquiera sea la forma que este tome, un órgano de la dictadura de clase de la burguesía (7).

Dos citas de Gramsci bastarán para ilustrar los dos aspectos arriba mencionados de la interpretación no marxista del fascismo. La primera afirma que:

*«Gracias al declive del Partido Socialista luego de la ocupación de las fábricas, y bajo el empuje del Estado Mayor que ya la había utilizado durante la guerra, la pequeña burguesía ha reconstituido militarmente sus cuadros y se ha organizado a escala nacional con la rapidez del rayo. Simple juguete en manos de este Estado Mayor y de las fuerzas más retrógradas del gobierno, la pequeña burguesía urbana se alió a los propietarios terratenientes y, mandada por estos, destruyó las organizaciones campesinas»*

(*Ordine Nuovo*, 2 de Octubre de 1921).

La segunda, dice lo siguiente:

*«La burguesía industrial ha sido incapaz de frenar al movimiento obrero, tan incapaz de controlar a este movimiento como al movimiento revolucionario en los campos. Es por ello por lo que la consigna del fascismo luego de la ocupación de las fábricas ha sido la siguiente: los rurales deben controlar a la burguesía urbana que no ha mostrado mano dura con los obreros... Anti-capitalistas en su origen, luego ligadas al capital, aunque no completamente absorbidas por éste, las clases rurales son aquellas que han organizado el Estado en los diferentes países poniendo en su actividad reaccionaria toda la ferocidad y el despiadado espíritu de decisión que siempre las ha caracterizado».* Termina Gramsci diciendo que *«Con el fascismo, asistimos a un fenómeno de regresión histórica»* (Discurso del 16/05/1925 ante la Cámara de Diputados).

La Izquierda marxista refutó teóricamente esta doble tesis exponiendo que hablar de «gordos agraristas» significaba dar una noción metafísica y que esta pretendida «categoría» estaba compuesta por propietarios de grandes empresas agrícolas capitalistas por una parte, y por la otra, por propietarios terratenientes absentistas que sólo una sociología híbrida podía considerar como «barones feudales». Mostró también que los primeros pertenecen por derecho a la clase burguesa dominante y que, desde entonces, los segundos se han integrado cual furgón de

cola al mecanismo capitalista, ambos viviendo en perfecta simbiosis. Igualmente desestimó toda existencia autónoma y toda capacidad de iniciativa política y social de la pequeña y mediana burguesía: ¿es necesario recordar lo que dice Marx en *«Las luchas de clases en Francia»* y en el *«Dieciocho Brumario»*?

Fuera de toda consideración teórica, las dos tesis en cuestión han sido desmentidas tanto por los hechos de 1919-24 como por sus precedentes históricos. En lo que atañe a los precedentes, la gran burguesía «progresista» (tanto agraria como industrial), desde comienzos de siglo se ha mostrado *«abierta con respecto a las organizaciones obreras dirigidas por los reformistas»*. Halagando al «pueblo», reformadora, giolittiana en suma, se ha mantenido firme en el timón del Estado democrático-burgués, combinando halagos y violencia. Durante los años cruciales inmediatamente después de la guerra, no hizo más que llevar a la perfección el arte sutil del mando. En lo que concierne a descifrar los hechos, los de los años de la ofensiva fascista (1919-24), son tan fáciles como un diagrama, pero tendremos que resumirlos antes de entrar de lleno al tema de la lucha del joven Partido Comunista de aquellos duros años, motivo principal de este largo tema.

### CURSO REAL DE LA «ESCALADA FASCISTA»

Si bien, como ya hemos visto, la ofensiva fascista comenzó a finales de 1920 en las zonas rurales del Norte, el fascismo como movimiento organizado data de 1919 y nace en las ciudades, o mejor dicho, en la metrópolis lombarda, corazón de las altas finanzas, de la gran industria y del gran comercio, y no en lo profundo de la labranza todavía bárbara, u otras nuevas Vandeas. Es en Turín que se encuentra el centro que, en 1915, movilizó la joven pequeña burguesía intervencionista en favor y al servicio del gran Capital, y es también en Turín donde nace el reformismo obrero.

El fascismo no sólo fue parido, sino amantado por el gran capital; pero, aprovechando la experiencia política de los que lo apadrinaron, nace con un programa que no prevé únicamente el uso de la violencia (esta violencia tardará en manifestarse y no lo hará sino de manera esporádica y bajo formas «no autorizadas»), sino también y sobre todo de reformas. Si para ser «progresista» fuera suficiente reclamar reformas anti-clericales, abogar por la abolición del Senado o declararse contra la realenza para ser «progresista», entonces desde su nacimiento el fascismo estuvo a la vanguardia de todo progresismo, incluso mucho más avanzado que el de los «comunistas» italianos de hoy, pues bien sabía que este era el medio para atraer no sólo a una fracción de la aristocracia obrera, sino a los pequeños burgueses insatisfechos y a los «intelectuales» que sepan expresar sus aspiraciones de estos últimos quienes, lejos de movilizarse y organizarse por «sí mismos», siempre se ven movilizados y organizados por otros.

El fascismo nace, pues, en las ciudades, pero rápidamente se extiende a la provincia y conquista a los «rurales». ¿En qué zonas? Precisamente en las zonas de agricultura capitalista bien definida tales como el valle bajo del Pó, la Emilia y la Romaña, que durante más de cincuenta años fueron el teatro de luchas de obreros agrícolas, es decir, de asalariados puros, por consiguiente reprimidos en forma feroz por parte de un patronato plenamente burgués completamente limpio de toda huella «feudal». En sus orígenes, el fascismo no existe en las preten-

didadas tierras de elección de los «barones feudales», como la Italia meridional, y si bien es allí que nace y se esparce rápidamente, es sólo en las zonas como en Apulia, donde las relaciones de producción ya eran relaciones modernas y antagónicas entre capital y trabajo asalariado, y donde las relaciones sociales se basaban en este antagonismo. La gran burguesía industrial y la gran burguesía terrateniente se apoyan mutuamente a la hora de organizarse; preparadas, tanto una como la otra, para utilizar la violencia o jugar la carta del «progresismo», e igualmente prontas a dividirse hábilmente el trabajo para mejor defender el patrimonio común. ¡Así que por ninguna parte aparecen los famosos «agraristas» controlando industriales urbanos!

De las zonas capitalistas del Norte, la ofensiva fascista (que hay que diferenciarla del movimiento en sí) se determina por razones puramente tácticas; su verdadero objetivo estratégico son las grandes aglomeraciones proletarias, particularmente las del triángulo industrial Lombardía-Liguria-Piamonte, y naturalmente la capital del Reino. La «escalada» hacia estos objetivos no parte solamente de las zonas obreras menos defendidas, campos donde el proletariado se encuentra disperso, pequeñas aldeas de provincia donde es más fácil movilizar la chusma pequeño-burguesa para realizar operaciones-relámpago arriesgadas, o en zonas donde es relativamente fácil poner a las diferentes categorías que componen el campesinado unas contra otras. Es así como en la región de Ferrara, los fascistas comenzaron desde 1920 a ocupar y repartir las tierras, buena táctica para romper la peligrosa alianza entre pequeños labradores o aparceros y obreros agrícolas; las zonas en que las concentraciones obreras no estaban defendidas y donde los asalariados, reyes cuando salen en tropel, vulnerables cuando se convierten en ciudadanos diseminados y aislados; y, por último en zonas donde el freno del reformismo a la Prampolini, «milanés» para más señas, hace contrapeso al vigoroso empuje de los obreros agrícolas. En todas estas regiones, la burguesía cuenta matar dos pájaros de un tiro; tiene una memoria de elefante; sabe lo peligroso que puede ser el proletariado agrícola como enemigo y sabe cómo inquieta a los grandes terratenientes su espíritu de rebelión. Es por ello que ataca sin piedad a su adversario de clase en campo raso para regresar cargado de laureles y barrer en las ciudades a su enemigo implantado en las fábricas y barrios obreros.

Cobarde como siempre, la burguesía italiana no se atreve a atacar prematuramente los fortines proletarios como son los barrios obreros de las grandes metrópolis industriales, ni siquiera los barrios populares (pero de fuerte población obrera) de la burguesísima ciudad de Roma. Esto le tomará dos años para lograrlo, no sin antes haber organizado la retirada, vender las tremendas heridas y comenzar a contar sus muertos. Desde Emilia y Romaña, así como de la Baja Lombardía, le costará mucho ganar el Sur, el Norte y el Noroeste. Si puede desatarse en la Toscana, provincia combativa incluso en el campo, es porque esta región representa también una reserva casi inagotable de pequeños burgueses desclasados y carreteristas. Penetrará en La Marca, en Umbria, en Lacio, siempre con el mismo objetivo: los círculos obreros, las Bolsas del Trabajo, las sedes del Partido Comunista, e incluso, aunque en menor medida, el Partido Socialista, la redacción de periódicos proletarios, los militantes aislados. Y es a la caída de las principales plazas fuertes del proletariado que Mussolini recibirá como regalo su «Marcha sobre Roma»... en coche-cama; y es entonces que todas

las fracciones de la burguesía lo proveerán de sub-secretarios de Estado y de ministros.

Detrás de todas estas maniobras envolventes, es la contra-revolución gran-capitalista la que avanza; haciendo de los pequeños burgueses su escudo, arremete contra su único enemigo: las organizaciones obreras.

Las ciudades y localidades son invadidas o tomadas por asalto unas tras otras: Ferrara cae el 20 de diciembre de 1920, Modena el 24 de enero de 1921, Trieste el 8 de Febrero (el periódico «Laboratore» es destruido); al final de febrero, le toca a Minervino, Murga y Bari; el 27-29, Florencia, donde Espartaco Lavagnini, militante comunista y dirigente sindical es asesinado; el 1º de Marzo, en Empoli; el 4, Siena; el 22-26, Perugia y Terni; el 31, Lucca; el 2 de Abril, Reggio; el 12, Prato, Foiano del Quina y Arezzo; el 19, Parma; el 20, Mantua; el 22-23, Placencia; el 2 de mayo, Pisa; el 5, Nápoles. Mientras arden las Bolsas del Trabajo, las sedes de los sindicatos, las redacciones de periódicos y las sedes de los partidos obreros, y que los obreros y los campesinos se baten como leones, infligiendo al enemigo pérdidas superiores a las suyas, en otras palabras, mientras que toda la península es puesta a sangre y fuego y que las clases se enfrentan en un duelo a muerte, se escucha una vez más el pregón: ¡a las urnas! Del arsenal de la democracia, Giolitti viene de sacar el as de la manga: las elecciones políticas.

Luego de esto, ¿se podrá seguir sosteniendo que la «reacción agraria» forzó la mano al «progresismo democrático» de los industriales, apoyándose en los «elementos más retrógrados, puestos a la cabeza del Estado»? En realidad, a la cabeza del Estado encontramos a la democracia reformista de Giolitti; es ella, la que durante las elecciones administrativas de 1920, hizo bloque con los fascistas; es ella la que, en los conflictos entre camisas negras y obreros, interviene siempre para que los primeros triunfen. Luego de la masacre de Ferrara, es Giolitti el que ordena «desarmar» a la provincia de Emilia; policías y carabinieri recogen una gran cosecha de armas escondidas en las casas donde viven obreros y campesinos, sin jamás allanar alguna casa de los fascistas. En Florencia, durante tres días de batallas bastante violentas, no serán los camisas negras, sino las divisiones blindadas del ejército y la gendarmería los que destrazan la resistencia heroica de los proletarios del barrio de los Scandicci. En Empoli, en Signa y en Prato, ciudades resueltas a batirse hasta lo último, cómodamente los fascistas consiguen asilo en los cuarteles. En Pisa, es el comandante de la división el que ordena derribar el portal de la Bolsa del Trabajo que los obreros se negaban a abrir. Por su parte, la magistratura no pronuncia otra condena más que contra la Izquierda.

Agotados después de dos años de tempestad, dejados sin defensa por el Partido Socialista, solos contra la coalición burguesa, los obreros se baten con una audacia increíble. Tomados de sorpresa en Boloña, contraatacan en Ferrara, en Modena, en Florencia. En Apulia, los obreros agrícolas levantan cordones y barricadas contra los viejos policías de Giolitti e hijos y nietos transformados en camisas negras. Luego de la fundación del Partido Comunista en Liorna en enero de 1921, las organizaciones militares de las juventudes comunistas no se conforman ya con acciones defensivas; ahora atacan. Los obreros no cuentan ya la cantidad de muertos en sus filas, pero los burgueses al hacer sus cálculos constatan que, contrario a lo que esperaban, la situación se presenta muy mal. Es ahora o nunca el momento de hacer una pausa, para adormecer al adversario y reorganizar sus fuerzas;

las elecciones vienen como anillo al dedo.

Más claro ni el agua; se trata de algo muy diferente a un «retorno al régimen anterior a la revolución burguesa y sus sagrados principios». Y el significado de los acontecimientos que venimos de reconstituir desde el comienzo, su desenvolvimiento real se encuentra no en la oposición entre la «democracia industrial progresista» y la «reacción agraria feudal», mucho menos de la «revolución de la pequeña burguesía», sino en la oposición entre **dictadura de la burguesía** y **dictadura del proletariado**, dilema planteado internacionalmente por el fin de la guerra y escrito en letras de fuego en la realidad histórica.

### FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA EN LIORNA NECESIDAD HISTÓRICA DE LA ESCISIÓN

Los acontecimientos arriba evocados forman el telón de foro de la escisión que se produjo en enero de 1921, en el seno del viejo Partido Socialista. De esta operación quirúrgica reclamada desde hace tiempo por la Izquierda, surge el joven Partido Comunista armado de un programa, convergiendo en todas las cuestiones fundamentales con el de los bolcheviques.

Este joven partido no tiene duda alguna acerca de la naturaleza de la democracia: «Las relaciones de producción actuales, proclama, son protegidas por el poder burgués cuyo sistema representativo se fundamenta en la democracia, constituye un órgano de defensa de los intereses de la clase capitalista» (Programa de Liorna, punto 2)

Menos dudas aún tiene de que la ofensiva armada del fascismo constituye simplemente la manifestación más evidente del «dilema insuperable» planteado por la guerra y la paz burguesas a los «proletarios de Italia y del mundo entero: o dictadura de la burguesía, o dictadura del proletariado». Inmediatamente después de su fundación proclama:

*«Trabajadores, quien busca convencerlos de tomar otras vías y hacerles ver que la destrucción del Estado burgués no es el único camino para salvar a tantas víctimas del capitalismo, quien quiere desarmarlos moral y materialmente proponiéndoles acciones pacíficas, mientras que manifiestamente la burguesía se prepara para la lucha armada y la ofensiva contra vosotros; quien les habla así traiciona consciente o inconscientemente la causa proletaria y no es más que un lacayo de la contrarrevolución»* (Mensaje a la manifestación del 20 de febrero de 1921).

La Izquierda marxista italiana de hecho no había sufrido, sino buscado la escisión por razones tanto teóricas como prácticas. En efecto, en el período en el cual se desata la reacción burguesa, estaba más claro que nunca que la unidad del Partido Socialista, defendida a capa y espada por los maximalistas (Serrati), significaba en los hechos una capitulación frente a la derecha de Turati. Semejante unidad no podía sino privar a los proletarios que combatían ferozmente en las calles de toda dirección consciente, enérgica y centralizada. Esta farsa de unidad abierta o encubierta con los reformistas, representaba el grillete atado a los pies de un proletariado indómito, arriesgando su vida en una lucha desigual, no sólo contra las fuerzas «irregulares» del fascismo, sino contra las fuerzas regulares del Estado democrático. Había que romper esa unidad, para que esta resistencia proletaria des-

perada continuara y, llegado el momento, su contra-ofensiva triunfase.

En esta operación, la Izquierda no veía interés alguno en pelear por esta o aquella municipalidad (incluso la de Boloña, tradicionalmente «roja»), puesto que a todas las luces allí no estaba puesta en juego la gran batalla de clase que había comenzado. Al contrario, luego de los eventos del Palacio de Accursio en Boloña, el órgano de la fracción comunista del PSI, *Il Comunista*, en su número del 5 de diciembre de 1920, sacaba la lección de los hechos:

*«Los sucesos de Boloña en que la burguesía adoptó una actitud resueltamente agresiva tanto de la parte de sus organizaciones legales como ilegales... pueden ser explotados (y lo son sin duda alguna) en favor de la tesis unitaria: 'estamos siendo atacados, cerremos filas para defendernos'. Semejante interpretación cual más elocuente de la lección que vienen de darnos es completamente errónea, incluso absurda. La unidad del partido existe aún; esta ha sido total durante la campaña electoral, y sin embargo la clase obrera no ha logrado defenderse. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que la unidad formal puede ser un frente único de conquistas electorales; no lo es para la acción defensiva y menos aún para la ofensiva. El partido constituido y arrastrado a acciones pacíficas tradicionales se muestra entonces completamente inepto cuando este estadio es superado y la situación lo pone frente a otras necesidades. Otras son las enseñanzas, ya que el hecho de que coexistan en un mismo partido una tendencia de izquierda y otra de derecha significa la muerte de este partido. Cuando tengamos un Partido compacto y homogéneo, capaz de acciones violentas tanto defensivas como defensivas; capaz de preparar moral y materialmente estas acciones, todos plenamente de acuerdo y bien conscientes para evitar las sorpresas o las retiradas a destiempo; bajo esas circunstancias puede que perdamos algunas municipalidades (por ejemplo, la de Boloña) porque allí eramos pocos, o, si no las perdemos, podríamos conservarlas por la fuerza, y si no las obtenemos por vía electoral, entonces vendrá el día en que las recuperaremos con los mismos medios que han utilizado los fascistas para arrancárnoslas, dándonos una lección que no deberemos desaprovechar».*

La brutal evidencia de los hechos, así como las razones de principio, precipitaba la escisión que la Izquierda reclamaba desde 1919 y se retardó por la lentitud de los otros grupos que adhieren al Partido Comunista en tomar consciencia de esta necesidad. Bajo el manto de la unidad que defendía el maximalismo (partidarios de las barricadas, pero sólo en palabras), el reformismo estaba libre para atar de manos y pies a la clase obrera para luego apuñalarla en tierno acuerdo con la policía y los fascistas. Luego de haber desarrollado las razones de principio, que estaban al origen de la constitución del Partido Comunista de Italia, el informe de la fracción comunista en el Congreso de Liorna pasaba a los argumentos prácticos sobre la base de la sangrienta experiencia de los dos años precedentes:

*«Los comunistas tienen por función mostrar a las masas que la revolución es inevitable. Es con esta base y por medio de una preparación moral y material, que pueden y deben acumular condiciones que aumenten las posibilidades de victoria del proletariado, puesto*

que con un partido de clase listo para dirigir y técnicamente preparado a todas las exigencias de la lucha revolucionaria, este último adquirirá el temple necesario. Al contrario, los reformistas y social-demócratas dicen a las masas que la revolución se puede evitar, que, incluso, la revolución es imposible. Los dejan sin preparación ante la crisis que ellos han sido incapaces de evitar; y cuando esta estalle, por su culpa el proletariado no sólo se encontrará inerte ante la burguesía, sino que ellos mismos aportarán su apoyo a las fuerzas burguesas.

*¿Cuál es la función de un partido en cuyo seno los revolucionarios están mezclados con los reformistas? La función de retardar toda preparación revolucionaria sería y paralizar la acción de la Izquierda mientras que la derecha se desarrolla en óptimas condiciones, condiciones que no consistían en elaborar reformas que la historia circunstancial hacían imposibles de conquistar, sino de oponer a las tendencias revolucionarias una resistencia pasiva que pasará a ser activa cuando sea necesario.*

Mientras que el fascismo se desataba contra los obreros, gozando de la complicidad de la democracia y del reformismo, los social-demócratas y maximalistas se lamentaban de la «violación de la legalidad» y la «perturbación del orden», implorando al Estado tutelar defender la primera y restablecer el segundo. Pero el Partido Comunista que llevaba a cabo con energía su dura tarea de auto-organización, mientras recibía sin cesar los golpes del adversario, por el contrario, aceptaba el desafío de la coalición burguesa: en febrero, la sede de su periódico «Il Lavoratore» era atacada y destruida, y los comunistas de la ciudad caían prisioneros uno a uno. Edmondo Peloso era deportado «sin motivo» al islote de Santo Estefano. Ersilio Ambrogi era citado a los tribunales de derecho común por homicida a causa de los eventos de Cecina. Espartaco Lavagnini caía en Florencia bajo las balas de fascistas. Centenas de oscuros proletarios caían golpeados por la muerte en las calles o atrapados por las garras de la «equitativa» justicia monárquica. El 2 de marzo, el Partido Comunista lanza a la clase obrera un llamado a la lucha. Podía hacerlo, luego de la ruptura con los reformistas, ya que en la acción de partido nada se oponía a su doctrina. Hacerlo era su deber, para sostener y echar adelante la voluntad de lucha del proletariado, y este deber lo llevaba a cabo contra todos:

### « LLAMADO CONTRA LA REACCIÓN FASCISTA

*¡Comaradas!*

*En la trágica situación actual, el Partido Comunista tiene el deber de dirigirse a vosotros.*

*En numerosas regiones y ciudades de Italia, los sangrientos choques entre el proletariado y las fuerzas regulares e irregulares de la burguesía se suceden y multiplican. Entre tantas víctimas conocidas o anónimas, el Partido Comunista nota la pérdida de uno de sus mejores militantes, Espartaco Lavagnini, caído en Florencia cumpliendo tareas de responsabilidad frente a la clase obrera y su partido. A su memoria, y a la de todos los proletarios caídos en la lucha, los comunistas saludan a los hombres cuya fe y acción han estado más que comprobadas.*

*Lo acontecimientos que se precipitan muestran que el proletariado revolucionario no cede a los golpes de*

*la reacción desencadenada por la burguesía y su gobierno desde hace algunos meses con sus bandas armadas que atacan a los trabajadores que aspiran a su emancipación como clase. Desde la Apulia roja, desde la Florencia proletaria, desde tantos otros centros nos llegan noticias que muestran que, pese a la inferioridad en cuanto a medios y organización, el proletariado ha sabido responder a los ataques, a defenderse y golpear a los que lo golpean.*

*La inferioridad del proletariado – de qué vale disimularla – se debe a la insuficiencia organizativa; sólo el método comunista puede aportarla, pero esta organización no debe pasar alto la lucha contra los antiguos jefes y sus métodos ya superados de acción pacífica. Los golpes que la burguesía le propina deben convencer a las masas de que es necesario abandonar las peligrosas ilusiones reformistas y desembarazarse de aquellos que predicán una paz social que históricamente ya no es posible.*

*Fiel a la doctrina y a la táctica de la Internacional de Moscú, el Partido Comunista ha llamado a las fuerzas conscientes del proletariado de Italia a unirse y darse la preparación y la organización que hasta ahora les ha faltado y que no ha existido más que en la demagogia reformista. No predica apaciguar los ánimos ni a la renuncia a la violencia, y dice claramente a los obreros que no pueden contentarse con las armas de la propaganda, la persuasión o la legalidad democrática, sino que también debe utilizar armas reales y no metafísicas. Proclama con entusiasmo su solidaridad con los obreros que han respondido a la ofensiva de los blancos devolviendo los golpes, y los pone en guardia contra los jefes que reculan frente a sus responsabilidades y que propagan la estúpida utopía de una lucha social civilizada y caballeresca, sembrando el derrotismo en las masas y alentando a la reacción: son los peores enemigos del proletariado, y no le falta razón al adversario cuando se ríe de sus idioteces.*

*La consigna del Partido Comunista es la de aceptar la lucha en el terreno que la burguesía ha escogido y al cual ha sido arrastrado por la crisis económica que la consume. Es responder a la preparación con la preparación, a la organización con la organización, a la disciplina con la disciplina, a la fuerza con la fuerza y a las armas con las armas. No puede haber mejor preparación que esta para la ofensiva que un día, como epílogo de las luchas actuales, el proletariado deberá sin fallas lanzar contra el poder burgués».*

Es sobre estas bases que se constituirá la organización militar del Partido cuyas directivas, al menos por ahora, estimulan y refuerzan la lucha de los oscuros militantes de la clase obrera. Debido a la persistente influencia del socialismo legalitario y pacifista en las masas, el partido no ignora, ni esconde a los obreros, las dificultades que quedan por superar para dar una dirección política y una organización unitaria a la acción espontánea y vigorosa de las masas. No encontramos un átomo de demagogia en su llamado, mas una severa exhortación – que ya los comunistas se disponían a poner en marcha – a responder a una reacción burguesa, implacable y sin clemencia, legal e ilegal a la vez, por medios opuestos a los de la época reformista del Partido. El manifiesto continúa así:

*«La acción y preparación deben ser cada vez más efectivas y sistemáticas, y la demagogia debe cesar. En la situación actual, para que la respuesta proletaria a*

*los ataques adversos tome el carácter de una acción general y coordinada, la única capaz de asegurarnos la victoria, hay que reconocer que todavía queda mucho por hacer. Para esta acción general, el proletariado no tendrá más remedio que recurrir a las mismas formas de acción que las que frecuentemente se adoptan, pero que en el estado actual de las cosas, quedarían total o parcialmente en manos de organismos políticos y económicos cuyos métodos y estructura no pueden conducir sino a nuevas decepciones, no dejando otra alternativa que la de detenerlas o abandonarlas en su acción (esta previsión se cumplirá muchas veces, ndr). Y así será, hasta tanto los reformistas sigan usurpando los puestos de dirección en las organizaciones que encuadran a las masas.*

*En una perspectiva semejante, a menos que la situación no deje otra posibilidad, el Partido Comunista no emprenderá ningún movimiento general que exija ponerse en contacto con semejantes elementos. Al estado actual, el Partido Comunista afirma que no se debe aceptar a escala nacional ninguna acción común con aquellos cuyos métodos no pueden sino conducir al desastre. Si es necesario que esta acción se haga conjuntamente, el Partido Comunista hará lo que tenga a su alcance para que el proletariado no sea traicionado en los momentos cruciales de la lucha, vigilando estrictamente a los adversarios de la revolución.*

*Por tanto, hoy, el Partido Comunista da a sus militantes la consigna de resistir localmente en todos los frentes a los ataques fascistas, de reivindicar los métodos revolucionarios, de denunciar el derrotismo de los social-demócratas que los proletarios menos conscientes, por debilidad o por error, y frente al peligro, pueden considerar como posibles aliados.*

*Que la línea de conducta a seguir sea la misma o que se vuelva más radical, el centro del partido sabe que esta será respetada por lo comunistas, del primero al último, fieles a sus mártires y conscientes de su responsabilidad ante la Internacional revolucionaria de Moscú en Italia.*

*¡Viva el comunismo! ¡Viva la revolución mundial!  
El Partido Comunista de Italia  
La Federación de Juventudes comunistas de Italia»*

### CONDICIONES DE LA ACCIÓN DEFENSIVA Y OFENSIVA DEL PROLETARIADO

Era la primera vez que durante esta atormentada posguerra los proletarios italianos oían un lenguaje tan directo, tan abierto, tan estimulante y valiente. En el manifiesto arriba citado aparecen dos temas que en los meses siguientes serán recordados constantemente. 1) El Partido dice a los proletarios y a sí mismo: estamos a la defensiva desgraciadamente no porque lo hemos querido así, sino porque las circunstancias, que son siempre independientes de nuestra voluntad, nos lo ha impuesto. Debemos defendernos por nosotros mismos, ya que, salvo nosotros mismos, nadie vendrá en nuestra ayuda. Sí podemos defendernos nosotros mismos, a condición de bajar al terreno escogido por la burguesía, el único donde puede decidirse la suerte de la revolución, en fin, a condición también de estar listos desde ahora (y lo más pronto posible) a pasar nosotros mismos a la ofensiva, a condición de batirnos a fondo. 2) Tenemos contra nosotros, además de las bandas irregulares del fascismo, a las fuerzas regulares represivas del Estado. Ni unas ni otras serían suficientes contra el formidable impulso del prole-

tariado, incluso mal armado como lo está hoy en día, si este impulso no estuviese precisamente frenado por el cobarde apego de los reformistas a la legalidad y la estúpida ilusión de los maximalistas con la pretendida «unidad». Jamás venceremos, ni siquiera en el terreno puramente defensivo, si no nos desembarazamos de esta doble influencia nefasta que paraliza todos nuestros esfuerzos prácticos. Estos son los temas centrales que el Partido trata sin descanso de hacer entrar en la cabeza de los magníficos obreros agrícolas e industriales de la Italia de 1921; muy combativos al ataque como a la defensa, pero, desgraciadamente, demasiado habituados a oír a los reformistas desde hace mucho tiempo, cantarles la canción de la legalidad y la paz social, y a representarse la democracia como una institución situada por encima de los conflictos de clase. Para evitar el desastre, y organizar a los cuadros militares necesarios, era necesario que estos temas fueran continuamente recordados en el seno del joven Partido Comunista.

El Partido Comunista de Italia ya tenía sus perseguidos y mártires, así como a los que todos olvidan, a los anarquistas cuya combatividad el Partido rendía siempre homenaje, pero condenaba su ideología. En menor medida lo hizo igualmente con los otros partidos de composición obrera, pero el Partido de Liorna sabía que la lucha comportaba riesgos (la de perder militantes, pero también la de perder la... brújula) y no sólo se abstuvo de unirse al coro de lloronas del reformismo, sino que puso en guardia contra ellas a proletarios y militantes. No menos se abstuvo de esperar del Estado ayuda alguna contra el fascismo; no iba a mendigar piedad alguna a su «justicia», justicia burguesa que los comunistas se proponen destruir y no restablecer. Es así como en un artículo intitolado «Contra la reacción», aparecido tanto en el *Ordine Nuovo* (26/3/1921) como en los demás órganos del Partido, la central escribía:

*«Movámonos, sí; trabajemos, sí, para hacer llegar a los camaradas nuestros que más se han sacrificado, la ayuda por todo lo que sus dirigentes han aportado al movimiento de masas. Pero evitemos el error de considerar la acción que busca este objetivo como si estuviera alejada del resto de nuestra acción tal como lo exige la situación actual, y que las causas profundas lo quieren así. Es una ilusión creer que se pueda empujar a la clase dominante y su gobierno a regresar a un régimen normal donde se respeten las libertades individuales y colectivas. No está en nuestros planes empujar al adversario al respeto de la ley, de su ley. Ello significaría reforzar la ilusión contra-revolucionaria según la cual la legalidad burguesa favorece la lucha de emancipación de las masas. Si aceptamos por poco que sea la unión en la acción con estos movimientos en que su teoría y táctica están fundadas en este error central, arruinaremos todo el efecto de nuestra propaganda entre las masas y caeremos en un fatal equívoco: creer que si la burguesía permaneciera en los límites de su propia legalidad, nosotros deberíamos hacer lo mismo. Esto querría decir que consideramos la perpetuación constitucional actual como envidiable, lo que significa ignorar que, según la crítica marxista, la libertad que este régimen pretende conceder no es más que una impostura y un subterfugio de la conservación social.*

*En la boca de los comunistas, no se deben escuchar ninguna de las estereotipadas y ridículas frases sobre la opinión, los derechos del individuo y otras sandeces propias de la democracia burguesa y al oportu-*



*tunismo supuestamente socialista. Igualmente se debe evitar estimular en los elementos influenciados por nuestros primos-hermanos sindicalistas y anarquistas la tendencia a abusar del lenguaje pequeño-burgués, pensando que son unos verdaderos extremistas. Los comunistas se sitúan en un terreno completamente diferente. Saben perfectamente que un retorno a la legalidad burguesa tradicional es imposible. Afirman que la historia ha planteado un dilema universal: o la dictadura abierta de la contra-revolución, o la victoria de la dictadura revolucionaria del proletariado. No se fija como finalidad la tarea de abrir una nueva época de relaciones políticas y jurídicas «normales» (absurdidad que sólo significa el restablecimiento pacífico de la dominación y los privilegios capitalistas), sino la de favorecer el pasaje a la época del poder revolucionario del proletariado. Los comunistas no dicen a la burguesía: ¡cuidado, si no regresas a la legalidad, haremos la revolución para restablecerla! Al contrario, proponen destruir el poder burgués por medio de la acción revolucionaria. Aquel que espera permanecer en el terreno de la lucha pacífica, tal como los social-demócratas, jamás será nuestro aliado.*

*Para luchar contra la reacción, no tenemos más remedio que organizarnos para vencerla, luchando contra ella sin excluir ningún medio. A fin de que golpee en forma más certera y profunda el corazón del enemigo, hay que hacer que nuestra acción sea independiente de la aprobación o no del poder burgués. Toda la cuestión del método revolucionario está allí. No estamos de acuerdo con los social-demócratas que creen poder evitar violar la legalidad burguesa, tampoco con los libertarios quienes se imaginan que luego de la destrucción del antiguo sistema, ya no es necesario organizar un nuevo poder, una nueva organización disciplinada, un nuevo ejército e incluso una nueva policía contra la clase burguesa.*

*El problema de las víctimas políticas y de la lucha contra la reacción no tiene un carácter accidental y negativo; este se relaciona con el problema general y positivo de la acción contra el estado actual de cosas. Aquellos que piensa que podemos un día marchar agarrados de la mano con los social-demócratas, lo plantean de manera contra-revolucionaria, y el hecho de creerse en el extremo opuesto de esta, en política eso no cambiará nada.*

*El Partido Comunista lucha contra la reacción por que lucha contra el poder burgués, aun cuando este último no salga de sus funciones legales. Dirige esta lucha orientando en ese sentido la consciencia y las fuerzas del proletariado. Si acepta situarse en el terreno de la ilegalidad y la violencia, no es porque la burguesía lo ha planteado, sino porque es el único terreno que le interesa escoger el proletariado para acelerar la disolución de toda legalidad burguesa, y para no atarse las manos, de hecho».*

Ha sido de esta manera como el Partido desarrolló el primero de los dos temas de los cuales hablamos más arriba. El segundo, lo desarrollará fundando su organización ilegal contra todos aquellos, reformistas o maximalistas, que debía varios meses después firmar el innoble pacto de pacificación con el Estado y las bandas fascistas, alianza que algunos lamentaban porque no comprendían que la misma debilitaba la fortaleza al proletariado, y que por el contrario habría inoculado el veneno del derrotismo.

Los actuales historiadores (¡tan buenos que son!) han terminado por reconocer la obra realizada desde su nacimiento por el Partido bajo la dirección de la Izquierda en el dominio de la organización y la disciplina, pero continúan lamentando que haya rechazado como la peste la alianza con el reformismo, el maximalismo y la democracia. Es natural de su parte, ya que para ellos lo que había que salvar no era la posibilidad de la reanudación revolucionaria del proletariado, sino al contrario la democracia. Son los descendientes de aquellos mismos que firmaron los pactos de pacificación y, en consecuencia, la desmovilización del proletariado; son incapaces de comprender que la tarea del partido era precisamente la de enterrar a la democracia así como a su hijo legítimo, el fascismo, en lugar de darles oxígeno, y si comprendieran, retrocederían con horror delante de semejantes intenciones.

### EL DERROTISMO SOCIALISTA

Mientras que el Partido Comunista daba las directivas arriba recordadas, el Partido Socialista se desmascaraba y se mostraba tal como siempre hemos afirmado: un factor de derrotismo en el seno de la clase obrera.

La derecha de Turati, de la cual la mayoría maximalista no hubiera querido separarse y que ahora más que nunca piensa que debe hacerlo, fiel a su tradición, promovía la paz social, el retorno a los métodos «civilizados» de lucha, es decir la coexistencia pacífica entre partidos políticos, y la renuncia por parte del proletariado a la violencia aunque fuese puramente defensiva: el reformismo siempre ha dicho lo mismo, aun separándose de Turati no iba a actuar de manera diferente. No porque hubiera condenado teóricamente la violencia a la manera de Tolstoi; como dirá el Partido:

*«El socialdemócrata, el socialpacifista no está en contra de la violencia en general. Al contrario reconoce en ella una función histórica y social; sólo que para él es legítima, si es el poder de Estado quien la utiliza, pero cuando es el proletariado que se sirve de ella para defenderse, cesa de serlo puesto que ya no es una iniciativa legal, una iniciativa de Estado». Luego, para la socialdemocracia «la formación del Estado democrático y parlamentario ha cerrado la época de luchas violentas entre particulares, entre grupos y entre clases, el Estado está precisamente allí para reprimir estas iniciativas violentas como acciones anti-sociales. No le toca a los proletarios defenderse, sino a... Giolitti. La derecha es, pues, coherente consigo misma cuando invita a los proletarios a renunciar a la lucha y al Estado a utilizar la fuerza contra los fascistas... que igual financia, apoya o deja hacer. Es coherente consigo misma cuando insiste a sus adversarios de que firmen los pactos de pacificación, presta a actuar si estuviera en el poder (¡y por poco lo consiguen!) como lo han hecho los Noske y los Scheidemann en Alemania, es decir, desatar la violencia legal del Estado contra los únicos que han reivindicado el empleo de la violencia de clase para derribar la dominación burguesa, los comunistas, en suma».*

Pero los maximalistas que detentaban la dirección del Partido Socialista ¿no habían ellos proclamado en Boloña que «el proletariado deberá recurrir a la violencia», no sólo para «conquistar el poder», su fin supremo, y para «consolidar las conquistas de la revolución»,

sino también «para defenderse de la violencia burguesa», su fin inmediato? ¿No habían declarado adherir a la III Internacional sobre la base de las tesis de su Primer Congreso que anteponían sin embargo la solución revolucionaria a la solución socialdemócrata, reformista y parlamentaria? ¿En Moscú, después de Liorna, no insistían constantemente para que se rectificara la escisión sobrevenida y les abriesen las puertas del Komintern? Sin duda, pero es allí precisamente donde reside la función específica del centrismo:

*«Acercarse al programa de la Izquierda, hacerlo suyo bajo las formas más estruendosas y demagógicas con el fin de encerrar al movimiento de masas, para entregarlo un día (y ese día llegó) a las garras de la derecha, del reformismo declarado que, entre sus virtudes tiene al menos la de la coherencia y la de saber esperar su momento dejando actuar a sus aliados centristas, incluso cuando los toman por cabeza de turco para agitar a la galería ».*

### HIPOCRESÍA DEL MAXIMALISMO

La ofensiva fascista puso a prueba la sinceridad del lenguaje «barricadista» de los maximalistas y confirmó la exactitud de la apreciación de los comunistas que los acusaban de servir de cabeza de playa y cobertura de la derecha socialista. En efecto, apenas comienzan las violencias «ilegales», enseguida el Partido Socialista (no sólo la derecha, sino todo el partido, comenzando por la dirección maximalista) se puso a proclamar en las columnas de su órgano *Avanti!*, el retorno al orden, a la «normalización» de la vida política y social, y, por supuesto, la renuncia de los proletarios a la lucha violenta. En agosto, firmará el pacto de pacificación con los fascistas, en perfecta coherencia con toda esta propaganda... maltusiana. Ya en otras circunstancias, ahora que el conflicto social evolucionaba hacia un enfrentamiento abierto, el maximalismo había defendido argumentos, aparentemente válidos, disimulando en forma jesuítica su cobarde voluntad de ceder a los primeros signos de tempestad; ¡era necesario una preparación adecuada! ¡No había que caer en la trampa, emprendiendo acciones generales sin estar preparados! La acción individual debía ceder el paso a la acción general y colectiva, etc., etc... A partir de entonces, incluso ese tipo de argumentos había sido dejado de lado; el maximalismo declaraba ahora sin ambigüedades que no habrá que hacer uso de la violencia, ni siquiera para defenderse, y lo proclamaba en momentos en que los jóvenes proletarios sacrificaban su vida por las Bolsas del Trabajo, las redacciones de los periódicos y las sedes de sus partidos. No es por azar que en las elecciones de mayo de 1921, el PSI agregó la hoz y el martillo a su emblema: en las calles, disparábamos, mientras que «el partido de los trabajadores» ¡invitaba a sus militantes a sentarse en las mesas de las bibliotecas populares! Mientras que en las calles nos defendíamos, e incluso atacábamos cuando era posible, el partido que pretendía encarnar los intereses del proletariado, sembraba la desconfianza hacia esta combatividad espontánea e inflexible, ¡a la que condena y se desolidariza!

Poniendo en evidencia la «contradicción» (puramente aparente, además) entre las proclamaciones oficiales del maximalismo y las invitaciones indignas para que el proletariado, luego de haber sido golpeado en la mejilla derecha, tienda la izquierda a sus enemigos, el partido fustiga lo que en los hechos aparece claramente como un

verdadero derrotismo:

*«¿No estamos ya, pues, en un período de revolución mundial que será testigo del estallido de la lucha suprema entre proletariado y burguesía por el poder? ¿Ha dejado de ser verdad que la burguesía sólo saldrá del poder mediante la lucha armada, y que sin esta jamás renunciará por sí misma a la violencia organizada? ¿Todo esto ha dejado de ser cierto, justamente cuando el fascismo ha demostrado claramente lo contrario? ¿Ya no estamos situados delante del dilema: dictadura de la burguesía o dictadura del proletariado, justamente cuando la burguesía proclama audazmente su cínica voluntad de dominación y anula todas las concesiones, todos los acuerdos políticos y económicos establecidos entre los poderes constituidos y la clase trabajadora?»*

Observemos que los maximalistas no plantean una cuestión contingente de cuál es la táctica a seguir. Por ejemplo, no dicen que en este momento el proletariado debe limitarse a una preparación prudente, evitando usar sus fuerzas en acciones inmediatas. En la situación actual, tales argumentos ya pueden ser vistos como signos de derrotismo, puesto que los hechos de los últimos meses han demostrado que más el proletariado evita los choques, más la reacción burguesa se enardece. Pero los renegados maximalistas hacen y dicen peor aún, puesto que dan como directiva definitiva a las masas la de renunciar a la violencia tanto hoy como mañana, haciendo además todo el esfuerzo por arrastrarlas al terreno de la lucha pacífica...

Se podría objetar que el momento de la violencia revolucionaria llegará, pero teorizando este argumento del «momento decisivo», el defensor de la unidad entre socialismo y comunismo no haría sino confirmar una cosa: nuestros pseudo-revolucionarios son peores todavía que los reformistas auténticos quienes al menos son sinceros condenando los métodos violentos y proponiendo claramente a las masas otros medios de acción. La explosión de violencia revolucionaria viene precedida necesariamente de una serie de choques epistémicos. La tarea del Partido revolucionario durante este período es la de preparar y organizar las fuerzas proletarias, cosa que es imposible si llamamos a renunciar a la violencia, fundamental medio de acción que exige prepararse técnicamente, razón por la cual no basta proclamar la necesidad final, como lo hacen en este momento los jefes del Partido Socialista que parecen retroceder en la medida que su programa anterior se realiza en los hechos.

*¿Ha dejado entonces de ser cierto que la guerra imperialista debe transformarse en guerra revolucionaria de clase? En la época en que sí lo proclamaban, de hecho no lo pensaban, puesto que ahora descubren que hay que hacer la guerra de clase no con las armas con las cuales, durante cuatro años, los proletarios se mataron entre sí, sino con armas «civilizadas»!*

*¡Mientras que la burguesía utiliza en la lucha interior las mismas armas de la guerra contra el extranjero, los maximalistas llaman al desarme, aun cuando este hecho confirma la doctrina que hasta ayer defendían! Frente a esta situación, nuestro primer deber es atacar a fondo a los saboteadores de la revolución: la preparación revolucionaria que incumbe a nuestro partido va a la par con la liquidación de las últimas huellas de su influencia. La rápida disgregación del Partido social-demócrata será el mejor índice del aumento de la energía revolucionaria del proletariado italiano» (Un*

partido en descomposición, *Il Comunista* 10/03/1921).

La derecha es contrarrevolucionaria y no vacila en decirlo. El centro también es contrarrevolucionario, lo que lo diferencia de la derecha es la hipocresía, y el fenómeno no sólo se verifica en Italia, sino en todos los países; no es algo subjetivo sino objetivo, es decir, que no depende de las intenciones de los individuos. En respuesta al artículo arriba citado, Serrati respondió en el *Avanti!* oponiendo «la acción preparada metódicamente» preconizada por los comunistas y por el mismo Serrati que la defendía, a las reacciones desordenadas «a cada tiro de revolver» que según él preconizaban los comunistas. Y para disimular la partida precipitada de su partido frente al ataque enemigo, denunciaba estas acciones como «voluntaristas». El argumento era insidioso y la respuesta del Partido Comunista fue rápidamente publicada bajo el título de Serenidad mixtificadora del 16/3/21:

*«Serrati acusa a los demás de voluntarismo, pero el más voluntarista de todos es él sin darse cuenta. Si existe alguna afirmación que no sea determinista ni marxista esta sería la de atribuir, como lo hace Serrati, la falta de preparación revolucionaria a los defectos particulares del pueblo italiano: ¡menuda manera humorística de comprender la preparación revolucionaria!*

*El Partido debería suspender el empleo de la violencia proletaria hasta tanto no se sienta en capacidad de desencadenar una acción general y coordinada; mientras tanto, debería oponerse a todo conflicto entre las fuerzas proletarias y las fuerzas burguesa, desautorizarlas y condenarlas, por la simple razón de que sólo se trata de violencia «individual». ¿Por qué no impedir incluso que semejantes conflictos se produzcan?*

*Nuestra concepción es completamente opuesta: el partido comunista basa toda su acción en el hecho de que las condiciones para el choque final entre las clases existen ya en el período histórico actual y que éste ya ha comenzado. La finalidad del partido es de ejercer su propia influencia en esta lucha, que está determinada por las condiciones históricas, para organizarla, es decir, para dar más eficacia a la rebelión proletaria. No utiliza su capacidad de iniciativa para lanzar asaltos aislados, hasta tanto no le sea posible coordinarlos en un movimiento general con esperanzas de éxito. En los conflictos locales y ocasionales que se producen, cuida de no dejarse arrastrar a volcar todas sus fuerzas en situaciones desfavorables, pero también se preocupa de no perder terreno en el trabajo de preparación ya efectuado, tomando en cuenta igualmente el coeficiente de la psicología colectiva. Se esfuerza por dar la impresión a las masas de que su renuncia a iniciativas revolucionarias es un elemento de fuerza y no de debilidad, reforzando en ellas la convicción de que, llegado el momento, se apelará a los medios revolucionarios, ¡sin tener que descalificarlas! Esta es la diferencia entre nuestra concepción y la de los socialistas, incluyendo la teorización jesuítica de Serrati.*

*En la situación de estos últimos días, los socialistas no han dicho a las masas, como Serrati: «Preparémosnos, pero evitemos los choques en este momento». Renegando de todas sus declaraciones precedentes, ha dicho claramente: «Vean lo terrible que es el uso de la violencia, la guerrilla civil. El avance del proletariado debe seguir otras vías». No son los socialistas que han desencadenado la ofensiva fascista, por supuesto; pero*

*su crimen reside en desarmar a las masas, pensando que así van a impedir el ataque, precisamente porque ellos mismos creen tontamente que lo habían provocado. La insidiosa fórmula de Serrati no es menos derrotista. Equivale a una retirada ilimitada que no puede sino hacer perder toda fuerza moral y material a los revolucionarios, arriesgar e incluso hacer imposible esta preparación revolucionaria que Serrati pretendía garantizar; «preparación» significa en los hechos entrenamiento y hábito para interpretar correctamente los hechos, y no por negación pasiva de la realidad ni espera fatalista, cosa o bien imposible o bien exclusivamente favorable al enemigo. Aquí es cuestión de voluntarismo negativo, pero no de la negación del voluntarismo. Eso sería utilizar la influencia positiva que se dispone en favor del adversario.*

*En los hechos, nuestra actitud es netamente diferente a la que Serrati y los suyos defienden y han adoptado. Aun cuando nuestra única superioridad sobre los socialistas se limitaba al hecho de habernos abstenido del vil lenguaje que han tenido ellos; basta con eso para probar la superioridad de nuestro método sobre el suyo. Pero ha habido también una diferencia en los actos. Hemos dicho claramente que era indispensable responder a la violencia conservadora con los mismos medios, aun si la poca preparación material y moral del proletariado nos impedía tomar iniciativas mayores con el fin de no caer en la aventura o más bien para no sucumbir a la inevitable traición de los reformistas. Aun cuando nos habíamos limitado a proclamar nuestra solidaridad con las respuestas espontáneas del proletariado a las violencias del adversario, ello bastaría para probar la seria diferencia que existe entre nosotros y los socialistas que han cobardemente desaprobado estas reacciones. Además, hemos dado a los comunistas la consigna de estar preparados de antemano a replicar en el caso probable de que los fascistas ataquen en ciertas zonas.*

*Permanecemos fieles a esta línea de acción. En lo que concierne al mantenimiento de la moral de las masas y su encuadramiento por parte del partido, son los hechos que demostrarán su eficacia. Pero este encuadramiento implica que ellas tengan confianza en el mismo, y esta confianza es por lo tanto el primer aspecto de la «preparación revolucionaria».*

*Hoy más que nunca, está comprobado que los socialistas del viejo partido se han prestado, como buenos socialdemócratas, al juego de la burguesía repitiendo a las masas que había que repudiar los medios violentos. Y está probado lo grotesco que significa pretender justificar tal actitud pretextando que sólo se trata de aplazar la acción revolucionaria para el momento oportuno. Todos los contrarrevolucionarios hacen siempre estas declaraciones; llevan el sello característico del centrismo que en todos los países se hace cómplice del reformismo, cómplice a su vez de la burguesía, ya que una política de esta índole es excelente para desarmar a las masas, para al final abandonarlas desorientadas e impotentes a los golpes de la contra-revolución».*

De esta vieja polémica emerge claramente el hecho de que en el desarrollo de la lucha, los maximalistas se han situado deliberadamente del otro lado de la barricada, tal como el centrismo ha hecho y hará siempre. Los bolcheviques tenían razón al considerar que en todos los países este último era el enemigo n° 1, por ser el más insidioso y encarnizado. Por tanto, jamás hemos debido admitir –

como ellos desgraciadamente lo harán más tarde – que hasta un acuerdo objetivo con los maximalistas fuera viable, o, peor todavía, que fuera posible admitirlos en la sección italiana de la I.C. Fuera de toda consideración teórica, los hechos gritaban exactamente lo contrario.

### DE LAS ELECCIONES AL CAMBIO DE GOBIERNO

Paralelamente a la ofensiva fascista que continúa durante el mes de abril, se desarrolla la ofensiva patronal contra las condiciones de vida de la clase obrera, y no es por azar.

Mientras que en febrero Giolitti suprimía el precio político del pan, el patronato atacaba despidiendo y reduciendo los salarios. En marzo, algunas «conquistas» obreras que para algunos estaban consolidadas, fueron anuladas, sobre todo en Turín: en Michelin, luego de un mes de negociaciones, no sólo los primeros despidos son ratificados, sino que en este lote iban los miembros de las comisiones internas y los representantes de talleres, supestamente protegidos. En la Fiat, luego de un mes de lucha, la reanudación del trabajo se efectúa bajo la amenaza «de la disciplina y la autoridad dentro de la fábrica» cuya dirección exige que sean «exclusivamente ejercidas por ella, sin intervenciones extranjeras arbitrarias». Durante un año, la C.G.T perderá su tiempo esperando en vano que, primero Giolitti y luego Bonomi, instauraran el famoso «control de la Industria», conforme a sus promesas de septiembre de 1920.

El veinticinco de abril, en Turín, los fascistas tratan de tomar por asalto la Casa del Pueblo, centro de la Bolsa del Trabajo de la F.I.O.M (8) y sede de diversos partidos y círculos obreros. Los fascistas no «logran sus propósitos» de romper la resistencia encarnizada de los obreros, sino sólo después que abandonan el terreno a la policía regular que desarma a los últimos, detiene los «agitadores», y devuelve a los primeros la cortesía dejándolos el campo libre para ocupar e incendiar el edificio. ¡A pesar de esta amarga experiencia, juzgando más prudente asegurar primero la retaguardia, los camisas negras esperarán un año para renovar la tentativa!

Con respecto a la lucha proletaria contra los camisas negras, el derrotismo de los socialistas se combinaba con el derrotismo en las luchas económicas. Al contrario, el esfuerzo hecho por el Partido Comunista para arrancar a las masas de esta influencia funesta, para unirles en sus acciones defensivas y ofensivas, bajo una misma bandera, con una consigna clara y bajo la dirección centralizada, es inseparable de su esfuerzo para dar a todas las luchas sindicales una estrategia única que los grupos sindicales de comunistas trataban de hacer triunfar en toda la C.G.T. Eran en los hechos los dos aspectos de la lucha de clase: la Izquierda, templada durante más de diez años en el fuego de la guerra que hacía a las mil encarnaciones del reformismo, libra las dos batallas con una energía que sólo él poseía y pudo comunicar al proletariado del campo y la ciudad (9).

En mayo de 1921 tienen lugar las elecciones. ¿Qué mejor medio para agotar las energías revolucionarias, para adormecer a los militantes socialistas con la esperanza de un retorno a la normalidad, y para abrir la vía de honorabilidad parlamentaria y democrática a los fascistas, que hasta ese momento no eran sino un atajo de pandilleros? En efecto, es Giolitti en persona que lanzando el llamado a un «bloque nacional», tiende a los fascistas el puente que les permitirá jugar en el más puro estilo

giolittiano sobre los dos tableros, por un lado, el de la «legalidad constitucional» y, por el otro, el de la «ilegalidad de hecho». Los reformistas de hoy, es decir, el Partido Comunista italiano oficial, comentan el hecho de la siguiente manera:

*«La integración de los candidatos fascistas en las listas del bloque nacional sin duda ha destacado la operación política más grave y desconsiderada del viejo hombre de Estado piemontés. En los hechos, constituyó una legalización de la violencia de los camisas negras que había ensangrentado el país, y ha sido la primera abdicación oficial del Estado frente a la subversión de derecha»* (Cf. «I comunisti nella storia d'Italia», fasc. n.º 4, Ed «Calendario dei Popolo», publicada bajo los auspicios del PC italiano oficial).

Vemos que los reformistas de hoy valen tanto como los de ayer, ¡poco capaces de comprender que la «subversión de derecha» no era sino la otra cara de la violencia conservadora del Estado, que la una no hubiese sido posible sin la existencia de la otra, y que ambas eran inseparables!

No vamos a entrar en detalle sobre las elecciones de mayo, las segundas realizadas luego de la guerra. Pese a la resistencia de muchos de sus miembros, e incluso de secciones enteras no necesariamente provenientes de la fracción abstencionista, usando todos sus recursos en esta batalla electoral que hubiesen sido más útiles empleándolos en proseguir su trabajo de encuadramiento político, sindical y militar, el Partido Comunista de Italia participó en ellas por la disciplina debida a la Internacional (10). En cambio es interesante notar que el fascismo aprovechó el período electoral para vendar sus heridas, preparándose para reanudar en julio la ofensiva armada comenzando con algunos ejercicios de entrenamiento: 5 de mayo, asalto a la redacción del «Soviet»; manifestación en Emilia contra la detención de Italo Balbo, puesto rápidamente en libertad; el 13 de junio, agresión contra Francesco Misiano, e incendio de la Bolsa del Trabajo de Grosseto, el 28 de junio. En este nuevo «clima democrático», los socialistas habían encontrado razones suplementarias para practicar el derrotismo con respecto a las luchas obreras. El 27 de junio, cuando Giolitti renuncia, la dirección del grupo parlamentario vota, aprobado por el centro maximalista, el siguiente orden del día:

*«La dirección del grupo parlamentario socialista, respetando totalmente las directivas tácticas y programáticas, fijadas por este último luego de su constitución, ha decidido proponerle de no abandonar su interés por el desarrollo de la crisis y su solución. Juzgando unánimemente que por razones, teóricas según algunos, prácticas según otros, no es oportuno hablar de una participación de los socialistas al gobierno, el grupo parlamentario socialista retiene sin embargo que los diputados socialistas no deben rechazar a priori las eventuales tentativas de otros partidos presentes, de terminar durable y verdaderamente con la política de violencia contra el movimiento proletario. Los representantes de la dirección del partido aprueban esta resolución».*

He aquí, pues, la gran receta maximalista: tan pronto se asome la posibilidad de un gobierno «verdadera y duraderamente» dispuesto a hacer lo que no hacemos nosotros mismos, es decir, defender al movimiento pro-

letario contra las violencias «ilegales», nosotros, «los intransigentes parlamentarios», estamos dispuestos a cualquier transacción. ¡Si semejante gobierno no se llega a formar, volveremos a nuestra intransigencia parlamentaria, pero, lejos de llamar a los proletarios a defenderse por sí mismos y de dirigirlos en sus luchas, nosotros mismos tomaremos la iniciativa de hacer pactos sinceros y durables con los partidos burgueses para que cese la violencia!

Cuando la montaña de la crisis ministerial pare al ratón Bonomi, la dirección maximalista recupera su virginidad momentáneamente perdida, declarando no estar satisfecha con las «promesas» y «garantías» dadas por el nuevo gobierno en lo que concierne al «restablecimiento de la legalidad» (¡la legalidad, alfa y omega del breviario socialista!) y por consiguiente no tener ninguna razón para renunciar a la oposición parlamentaria formal, decidida por los Congresos. Poco más de un mes después, gracias a los buenos oficios del presidente de la Cámara, Enrico de Nicola, futuro presidente de la República, pero siempre en el cuadro de la «intransigente oposición parlamentaria», la virginidad será de nuevo sacrificada alegremente bajo un nuevo altar: el pacto de pacificación.

### LUCHA DEL PARTIDO COMUNISTA POR EL ENCUADRAMIENTO MILITAR DE LAS MASAS

Antes de pasar al pacto de pacificación, hecho central del periodo que se inicia con las elecciones de mayo y la formación del nuevo gobierno, es necesario volver atrás y examinar la acción llevada a cabo por el Partido Comunista de Italia en el periodo precedente. A través del llamado del 4 de marzo, el Partido Comunista había mostrado al proletariado que para responder a la violencia burguesa, la única vía era la violencia proletaria, y había sido el único en hacerlo. Denunciando el fatal derrotismo de los reformistas y maximalistas, estaba naturalmente obligado a aceptar que la suerte de la contra-ofensiva obrera estaba ligada a su propia capacidad como partido de apoyarla, sostenerla, animarla y, sobre todo, dirigirla. Había aprovechado la campaña electoral y la fiesta del 1º de mayo para recordar estas directivas, denunciando con constancia y tenacidad a los partidos políticos con base obrera, pero con ideología pacifista y democrática y con táctica parlamentaria y legalitaria que, preservando la dominación burguesa, desviaban a la clase obrera todavía combativa pese a dos años de derrotas de sus luchas sin cuartel contra todas las instituciones, legales e ilegales.

Sin embargo, no era suficiente con limpiar el terreno de las ideologías pacifistas, plañideras y capitulacionistas del reformismo y el maximalismo. No bastaba con inculcar a las masas y a los militantes comunistas el sentimiento de la necesidad de defenderse en el mismo terreno que propone el adversario e incluso, de que la situación se torne favorable, o cada vez que la ocasión se presentase en el curso de la misma lucha «defensiva», pasar a la contra-ofensiva.

No bastaba con penetrar en el espíritu de los jóvenes militantes de la clase obrera la convicción de que sólo el Partido Comunista podía dar a la defensa y al ataque el encuadramiento necesario, fuera de todas las combinaciones electorales equívocas y de la falsa «unidad» con el reformismo. Todo esto no era sino una premisa (indispensable, además) a la preparación de un enfrentamiento general y disciplinado de las fuerzas obreras y de la

contrarrevolución burguesa. A tal efecto, no era suficiente la creación de una red de organización ilegal del Partido, exigida en las 21 condiciones para la admisión en la Internacional, no menos que la propaganda derrotista de las juventudes comunistas en el seno del ejército burgués, ni el reforzamiento de los grupos comunistas en las ligas proletarias de veteranos de la guerra. Tampoco era suficiente, como siempre lo fue, ligar la acción económica y reivindicativa a las exigencias primordiales de la resistencia proletaria: era necesario construir metódicamente un «aparato» (ese fue el término empleado) militar que obedezca a una estricta disciplina de partido y se inspire, en todas sus acciones, de una directiva de partido único.

El problema militar del ataque y la defensa es inseparable del problema político del cual depende: es la política la que determina las vías y los fines de la lucha militar. No se defiende (y con mucha más razón, no se ataca) de la misma manera, cuando se defiende a la democracia violada que cuando se busca eliminarla para instaurar la dictadura del proletariado. Es imposible oponer a las fuerzas enemigas una fuerza disciplinada y eficaz sin saber de antemano cuál de los dos objetivos hay que atacar y si en el curso de la lucha se manifiestan indecisiones, dudas y prejuicios que limiten sus posibilidades de desarrollo. ¿La claridad política o, para emplear un término adaptado a este caso, la estrategia, es una condición de la potencia, continuidad y homogeneidad de la acción práctica, o, si se prefiere, de la táctica, y esta potencia, continuidad y homogeneidad son a su vez la condición de la eficacia y solidez de la organización.

En este campo también, el Partido Comunista debía ir a contra-corriente y construir ex novo la centralización, la disciplina y la organicidad del movimiento, barriendo con las tradiciones más negativas del viejo Partido Socialista, que no podían sino perjudicarlas. Al comienzo, sobre todo, no se podía ni se debía desalentar las iniciativas individuales, incluso periféricas, puesto que eran las sanas manifestaciones de combatividad de los militantes y simples obreros, cuyo encuadramiento en una organización unitaria, disciplinada y, por lo tanto, centralizada había que preparar.

Dado que apremiaba la acción defensiva, la Federación de Juventudes comunistas había sido encargada de organizar localmente los primeros núcleos de la organización militar del Partido y de llamar a los proletarios que deseaban dar sus fuerzas, capacidades técnicas y su espíritu de lucha al servicio de la guerra santa de la clase obrera contra los burgueses y pequeños burgueses desatados contra ella. El viejo Partido Socialista era orgánicamente incapaz de darse ese mínimo de organización; por naturaleza, no podía hacerlo, ni había que esperar a que algún día lo hiciera. La joven sección de la Internacional Comunista debía por tanto mostrar a los proletarios que, incluso en este campo, era la única verdadera organización de lucha de clase.

Cuando ojeamos la prensa provincial del partido en esta época, caemos continuamente en las manifestaciones públicas de esta voluntad de cristalizar alrededor del partido las mejores energías de la juventud obrera; voluntad que respondía a una evidente necesidad objetiva. Daremos como ejemplo el llamado de la Federación de las Juventudes de la sección de Milán que, como todas las otras, fue lanzado siguiendo las directivas del centro del partido, y que fueron difundidas en miles de ejemplares bajo la responsabilidad del Comité Central de las Juventudes. Este llamado lo encontramos publicado en el órgano de la Federación comunista de Como, «La

Comuna» del 17/6/21:

*«¡Jóvenes obreros, participen en los grupos de acción de la Juventud Comunista!*

*Jóvenes trabajadores,*

*Mientras que la reacción burguesa desencadenada contra vosotros parece aflojarse, imaginándose haber repelido los ataques de los mercenarios del capitalismo mediante la victoria electoral del 15 de mayo, la Juventud Comunista siente una vez más la necesidad de hablarles francamente.*

*Siente la necesidad de recordarles que todas las victorias proletarias obtenidas pacíficamente y sobre el terreno legal han sido efímeras; el triunfo electoral de noviembre de 1919 no ha significado en absoluto el preludio de la toma del poder por parte del proletariado, pero sí de la contra-ofensiva burguesa en un terreno mucho más realista y eficaz: el de la violencia de clase.*

*No pueden haber olvidado ya que un mes de violencia capitalista ha bastado para arrancar al proletariado posiciones que este creía definitivamente conquistadas a través de largos años de lucha legal. Podría ser fatal para la clase trabajadora seguir alimentando hoy ilusiones semejantes.*

*La clase obrera debe comprender que, si hoy la reacción fascista da la impresión de haber disminuido, es porque piensa haber debilitado lo suficiente a las organizaciones obreras como para que no puedan desarrollar la verdadera y única lucha, la lucha revolucionaria. ¡De ningún modo hay que pensar que las bandas armadas de la reacción temerían no poder tratar a estacazos a los 123 diputados de la presente legislatura, como ya lo han hecho con los 156 diputados de la legislación anterior!*

*¡Jóvenes obreros!*

*¡Deben convencerse de que la avalancha de votos que entusiasma tanto al Partido «socialista» no es más que una avalancha de papel! No es ella quien aplastará la fuerza armada organizada de la clase dominante. Esta no puede ser aplastada más que por la fuerza armada y organizada del proletariado, infinitamente más numerosa y, por consiguiente, más fuerte.*

*¡Jóvenes obreros!*

*¡La Federación de las juventudes comunistas los llama a reunirse en torno a su bandera, que es la de la juventud obrera del mundo entero, la de la Internacional Comunista!*

*¡Los llama a concentrarse para organizar la vanguardia de la ofensiva revolucionaria del proletariado que comenzará con una contra-ofensiva contra el fascismo!*

*¡Con nosotros, joven guardia del Comunismo y la Revolución mundial!»*

Pero el partido estaba lejos de limitar su ambición a estas acciones forzosamente intermitentes de defensa inmediata y local. Los meses que siguieron después de la escisión de Liorna fueron empleados en un trabajo febril de encuadramiento político que la intervención en la batalla electoral no había interrumpido; sobre todo que este inmenso esfuerzo que no logró desviar a los comunistas.

Es precisamente gracias a la solidez de su encuadramiento político y de su centralización que el Partido había logrado desarrollar exteriormente toda la gama de actividades que le corresponden como partido, sin que jamás ninguna, a los ojos de los proletarios, estuviese desprovista de relaciones con el programa de la Internacional de

Moscú y del Congreso de Liorna; la muy intensa actividad sindical es un ejemplo típico (11). El carácter unitario o, como decimos, orgánico del partido se expresaba en forma neta y directa en el hecho de que cada una de sus manifestaciones particulares reflejaba el programa de conjunto, y se relacionaba rigurosamente con todas las otras, como un simple engranaje de un instrumento político que obedece a una sola directiva y tiende hacia un solo objetivo. Además, estas actividades se realizaban todas en perfecta armonía con la central del partido; de esta manera, las directivas sindicales (u otras) no perdían la ocasión de colocar en primer plano las tareas y objetivos políticos del partido y las necesidades de la acción directa violenta.

El Partido había llegado a esa conclusión de importancia capital gracias a su lucha contra todas las prácticas de «autonomía» heredadas del viejo Partido Socialista, difíciles de extirpar de la cabeza de los militantes de esa organización que habían pasado al Partido Comunista en Liorna, pero también contra las impaciencias generosas, pero negativas, provocadas por la dura ofensiva del enemigo y por la seducción de los llamados interesados en la «unidad» lanzados por organizaciones de origen y tradición proletarias. Al respecto, basta recordar la forma en que fueron arreglados los casos, raros por cierto, de indisciplina en la campaña electoral y el rigor con el cual, desde el 20 de marzo, el C.E. del partido prohíbe a sus federaciones y secciones locales de: «cerrar acuerdos con otros partidos o corrientes políticas (republicanos, socialistas, sindicalistas, anarquistas) con el fin de realizar acciones permanentes o momentáneas», no porque los acuerdos de este género sean inadmisibles, sino por que el partido debía asegurarse que «para evitar acciones incoherentes y dispersas, estos acuerdos no se debían firmar fuera de ciertos límites, y sólo bajo las modalidades definidas por el centro del partido y que serían comunicadas en cada caso»

Conforme a las 21 condiciones de admisión [a la Internacional Comunista; ndr], ninguna autonomía fue acordada al grupo parlamentario del partido; los grupos sindicales emanaban directamente del partido y funcionaban como sus instrumentos dentro de los sindicatos y fábricas; por el mismo hecho de su carácter y sus finalidades, la organización militar debía con más razón aún constituir una red de partido; debía actuar como polo de atracción de todos los obreros decididos a batirse, y dirigirlos precisamente por el hecho de que sus fines no podían ser confundidos con los de ningún otro partido, que su acción práctica era unitaria, y que su organización era disciplinada y, por lo tanto, eficaz. Podemos encontrar estos criterios de encuadramiento del partido perfectamente establecidos en *El Comunista* del 14 de julio, que evidentemente toma en cuenta las iniciativas de los otros partidos o grupos de los que hablaremos en la segunda parte (12):

### «POR EL ENCUADRAMIENTO DEL PARTIDO

*Sobre la base del trabajo ya cumplido en numerosas localidades para encuadrar militarmente a los miembros y simpatizantes del Partido Comunista y de la Federación de las Juventudes, y tomando en cuenta las lecciones que hemos aprendido, el Centro del Partido y el de la Federación de las Juventudes preparan un comunicado que establecerá las reglas a seguir en este trabajo indispensable de organización y preparación revolucionarias.*

Dado que los elementos exteriores al Partido Comunista toman iniciativas del mismo género en los diversos centros de Italia, fuera de la participación y responsabilidad oficiales de este último, los camaradas deben esperar este comunicado antes de actuar, de manera que las directivas generales adoptadas por el Partido no se encuentren delante del hecho consumado.

Esto significa que el trabajo de entrenamiento de los grupos comunistas de acción debe continuar allí donde exista y de organizarlo allí donde no exista, obedeciendo estrictamente al siguiente criterio: el encuadramiento militar del proletariado debe hacerse dentro de una organización de partido estrechamente ligada a sus organizaciones políticas. Por lo tanto, los comunistas no pueden ni deben participar en ninguna iniciativa militar que provenga de otros partidos o tomadas fuera de su partido.

La preparación y la acción militares exigen una disciplina idéntica a la disciplina política del Partido Comunista. No se pueden seguir dos disciplinas a la vez. Por consiguiente el comunista o simpatizante que se sienta realmente ligado al Partido (y no merecería ya este título, si tiene reservas en cuanto a la disciplina) no pueden ni deben pertenecer a ninguna otra organización militar que no sea la del partido.

Esperando las directivas más precisas que la experiencia práctica permitirá dar, la consigna del partido a sus adherentes y a los obreros que lo siguen es la siguiente: formación de grupos de acción dirigidos por el Partido Comunista, con el fin de preparar y entrenar al proletariado a la acción militar revolucionaria defensiva y ofensiva».

En el mismo órgano, en su número de julio, vemos el mismo esfuerzo, colmado plenamente de éxitos, que se manifiesta y que aspira a dar disciplina y unidad a las energías proletarias sanas y a impedir que estas se diluyan en iniciativas desordenadas e intempestivas como casi siempre ha ocurrido en la historia del movimiento obrero italiano:

### « ENCUADRAMIENTO

(En respuesta a una abundante correspondencia), recordamos a los camaradas que se encuentran en la directiva de Federaciones y secciones que... los comunistas no pueden participar en iniciativas extrañas al partido. Recordando en esta ocasión los criterios de disciplina a los que todo adherente de un partido comunista debe obedecer, recordamos a los camaradas que el partido no puede disponer de un encuadramiento militar que responda a sus fines si los miembros del partido no renuncian a sus propios puntos de vista tácticos, los cuales no pueden ser defendidos sino en asambleas y congresos.

La orden al partido de dotarse de una organización militar ha sido dada por el Comité Ejecutivo, en acuerdo con el de la Federación de Juventudes y no únicamente por esta última, como algunos han creído equivocadamente.

El encuadramiento militar no ha sido «inventado» por nosotros con el fin de imitar a las otras organizaciones similares que existen hoy en día. Este responde a los criterios de organización revolucionaria de todos los partidos comunistas que han adherido a la Tercera Internacional. Si en ello no hemos tomado más temprano la iniciativa, es porque la organización militar debe

ser precedida por la organización política, siendo esta última a la que hemos consagrado toda nuestra atención desde el Congreso de Liorna. Las dos formas de encuadramiento no se pueden remplazar una por otra, la una no impide a la otra; ambas se complementan».

Ese comunicado anunciaba decisiones que aparecerán públicamente en *Il comunista* bajo el título «Encuadramiento de las fuerzas comunistas» y que encajaban en la clarificación y delimitación general de las tareas ejecutivas del Partido y en el trabajo de reforzamiento de la organización destinada a facilitar su cumplimiento. El artículo recordaba:

«Por el mismo desarrollo de la lucha proletaria, cuando se pasa de la época de la crítica teórica a la propaganda y proselitismo, y luego a la acción y el combate, los criterios organizativos de disciplina y jerarquía deben reiterarse mucho más»

El artículo subraya igualmente que:

«la concepción burguesa según la cual el militante de un partido se limita a su adhesión ideológica, a votar por su partido y a pagar regularmente su cotización» es incompatible con la concepción comunista, a saber que «aquel que adhiere al Partido está obligado a realizar una actividad práctica continua según las exigencias de este».

En el dominio específicamente militar anunciaba la decisión de formar grupos de acción en todas las secciones:

«compuestos por todos los camaradas, adultos y jóvenes, físicamente aptos a cumplir con esta función, tanto candidatos como militantes inscritos, así como los simpatizantes no inscritos a otros partidos políticos, habiendo probado su fidelidad al Partido Comunista y habiéndose comprometido formalmente a respetar la disciplina más estricta».

Posteriormente, mediante una red de responsables provinciales, estos grupos de acción debían unirse en compañías ligadas directamente al centro del partido. ¿Aquí no nos interesan las particularidades técnicas de esta organización, sin embargo hay que notar la insistencia con la cual el Partido recordaba el hecho de que:

«ningún miembro del Partido o de la Federación de Juventudes puede formar parte de otra organización militar que no sea la que el Partido haya constituido y dirigido».

Desde entonces, algunos verán en estas disposiciones rígidas, paralelas a las directivas sobre la actividad sindical igualmente rígidas (que no demuestran sino el carácter orgánico de toda la actividad del joven partido), una demostración de «esquematismo», «sectarismo» y «dogmatismo», sobre todo en lo que concierne a las relaciones políticas con los otros partidos y corrientes y la actitud a tomar delante de sus filiales militares «antifascistas». Con esto no hacía más que prevenir los pataleros y alaridos de los futuros teóricos del «partido de nuevo tipo» del oportunismo estaliniano, contra la Izquierda. Sin embargo, no menos cierto era que el Partido (que en ese tiempo marchaba integralmente bajo la direc-

ción de la Izquierda) defendía una posición de principio absolutamente vital, la de la autonomía del Partido. Pero una autonomía puramente ideológica no es ninguna autonomía; la autonomía es teórica y práctica a la vez, o no es. En la situación de entonces, las consideraciones teóricas coincidían como nunca con las consideraciones prácticas, ambas excluyendo cualquier alianza con fuerzas que con toda la razón el realismo marxista veía como cómplices de la conservación capitalista.

Haciendo alusión a «otras organizaciones militares, el texto apuntaba ante todo a los *Arditi dei Popolo*, de los que hablaremos más adelante. Pero precisamente en ese mismo momento (entre el 22 de junio y el 12 de julio) se tiene en Moscú el III Congreso de la Internacional Comunista, quien recibió la visita de una delegación del P.S.I (se trataba de los tres «peregrinos» Lazzari, Maffi y Riboldi) que, pese a la escisión de Liorna, defendían en vano su admisión a la Internacional. Estos delegados serán mal recibidos, pero, en el curso del próximo año, la Internacional da marcha atrás, admitiendo, pese a la resistencia del Partido Comunista de Italia, la posibilidad, una vez que el viejo partido se haya zafado de la derecha, de una futura fusión entre los comunistas y los socialistas (o al menos una parte de ellos). Hasta qué punto era falsa y peligrosa una posición semejante, es lo que muestra el pacto de pacificación que, bajo el nuevo gobierno, los socialistas van a concluir con el fascismo, justo en el momento en que el proletariado y sus organizaciones sufrían una ofensiva más furiosa que nunca por parte de los camisetas negras.

### REANUDACIÓN DE LA OFENSIVA FASCISTA Y PACTO DE PACIFICACIÓN

Dentro de su incurable ceguera (¡que es lo menos que se puede decir!) los socialistas se habían imaginado que las elecciones de mayo de 1921 provocarían un retroceso de la violencia fascista. Del «bloque nacional» imaginado por Giolitti, salieron elegidos treinta y cinco candidatos fascistas, incluyendo al Duce; los socialistas, tan optimistas como siempre (¡!), creen que Mussolini va a enmendarse y que, bajo la égida del Estado paternal, con el ex-socialista Bonomi a la cabeza del gobierno, se produciría una pacificación general. En realidad, desde el mes de julio una nueva ofensiva fascista habrá de desencadenarse contra el proletariado, de esta citaremos los hechos más resaltantes: el 9 de julio, ocupación de Viterbo perpetrada por los fascistas; el 13, ataque contra Treviso, cinco asesinatos en Fossola di Carrara, y tres en Liorna; el 21, refriegas sangrientas en Sarzana; el 25, una masacre en Roccastrada que deja 13 muertos. Según un balance optimista, 17 periódicos obreros habrían sido destruidos durante el primer semestre del año, 59 Casas del Pueblo, 110 Bolsas del Trabajo, 83 sedes de Ligas campesinas y 151 círculos o sedes de partidos proletarios fueron asaltados y quemados.

¿Y qué hacen los socialistas entre tanto? Negocian con los fascistas, y mientras los ataques de las bandas negras se vuelvan más feroces, más prisa tendrán en hacerlo. El hecho puede parecer inaudito, pero su explicación es simple: los socialistas son parlamentarios, y, puesto que a partir de allí el fascismo también estará representado en la Cámara, ellos se imaginan que mediante conversaciones «de diputado a diputado», se les puede llevar a la razón. En resumen, los socialistas se imaginan que entre dos cafés, mediante maniobras en los pasillos de Montecitorio, podrán lograr parar a la contra-revolución

burguesa preventiva y hacer que entre en el cuadro de «peleas entre caballeros»! En cuanto al fascismo, si este se preparaba para realizar una metamorfosis, esta no fue la que los socialistas esperaban. Formando hasta hace poco una red bastante blanda de grupos armados mal organizados y disciplinados que operan a escala local y regional, frecuentemente imbuidos por pretensiones innovadoras o incluso «revolucionarias», hoy está a punto de transformarse en un partido centralizado, tal como lo mostrará la constitución del Partido Nacional fascista (PNF) en noviembre de 1922; este partido no sólo es parlamentario y legalitario como todos los otros, sino también ilegal y penderciera. Compuesto a la vez por diputados y hombres de armas tomar, de caballeros de sombrero alto y de granujas en camisa negra, presenta un doble aspecto que corresponde al doble aspecto del Estado burgués mismo, con su fachada de democracia política y su real función de represión de clase. Como tal, constituye el partido unitario de la burguesía, y, siendo el único partido capaz de proveer al Estado un aparato represivo y burocrático suplementario, ahora propone su propia candidatura al gobierno. Para llegar a conquistarlo, tal como lo demostrará su marcha completamente legal sobre Roma en 1922, no tiene necesidad de «una revolución», y sabe que, una vez en el poder, podrá contar con el apoyo de la aplastante mayoría de los partidos democráticos tradicionales, gubernamentales o extra-gubernamentales.

Esta metamorfosis hubo de provocar algunas resistencias de las bases que soñaban con preservar en el fascismo su «pureza» original, pero esto no era un real obstáculo para frenar su ineluctable evolución. Tampoco significaba en absoluto que el fascismo iba a renunciar a la violencia contra el proletariado; este simplemente había encontrado en el Parlamento una «cobertura» ideal para su acción armada, y una coartada para su respetabilidad democrática.

Aceptando «negociar» con los socialistas, no pretendía sino desarmar y desorientar a los proletarios, a sabiendas que en nombre del respeto por el pacto sellado, el PSI y la CGT iba a atarles las manos. Enceguecido por su pacifismo social, el PSI no ve nada, no prevé nada; y si frente al proletariado el rol que juega es innoble y criminal debido a sus efectos paralizantes, frente al fascismo es deplorable, tanto así que en el terreno de la negociación, es el fascismo quien sale ganando necesariamente.

A comienzos de julio, luego de un intercambio oratorio para sondear la atmósfera, en vistas a una conciliación, entre los muy «honorables» (13) Mussolini, Baldei y Turati, dos parejas de parlamentarios representando a los dos partidos en presencia (Acerbo y Giurati por los fascistas, Ellero y Aniboni por los socialistas) inician en Montecitorio otras negociaciones con vistas a un «desarme recíproco» (¡!). Del lado de los socialistas, estas son llevadas en el estilo típico del viejo partido: sólo los iniciados saben que la dirección está plenamente de acuerdo; para el público, la iniciativa es puramente oficiosa, pero la dirección no se priva de publicar «desmentidos» hasta de la existencia misma de conversaciones, no importa si después hubiese que «confirmar» o «rectificar». Esta hace incluso peor: propaga un rumor según el cual el Partido Comunista de Italia habría aprobado las negociaciones, y que los fascistas amenazaban con romper las negociaciones si este último era admitido en las discusiones. Es por esto por lo que *Il Comunista* publica las siguientes declaraciones del Ejecutivo del P.C.:



### «CONTRA LA PAZ FASCISTA

Coherente con los principios y la táctica comunistas, el Partido Comunista de Italia no necesita declarar que nada tiene en común con la concordia entre socialistas y fascistas, cuestión que los primeros han reconocido y desmentido sólo en lo que concierne a los términos del acuerdo. Denuncia delante del proletariado la actitud de los socialistas cuya vergonzosa significación se reserva de ilustrar.

Puesto que, según rumores no desmentidos, la CGT se encargaría de representar a todos los sindicatos, incluyendo a los comunistas organizados en sus filas, en las negociaciones y los compromisos que estas significarán, el PC de Italia declara absurda la pretensión de los dirigentes confederales de representar a la minoría comunista que milita en el seno de los sindicatos y cuyo objetivo es destrozar, por medio de una acción clara y estrictamente política, su orientación oportunista y contra-revolucionaria.

### CONTRA LA PACIFICACIÓN

Aun cuando parezca insignificante para cualquiera que conozca, al menos un poco, las directivas y el programa comunistas, el Partido Comunista cumple con el deber de dar las siguientes breves declaraciones sobre la pretendida pacificación entre los partidos de los cuales habla la prensa.

Ni nacional ni localmente, los comunistas participan ni participarán en las iniciativas de «pacificación» y de «desarme», provengan de las autoridades gubernamentales o del partido que sea. Rechazamos sin comentarios las infamantes afirmaciones del PSI. Es completamente ridículo lanzar el rumor de que una corriente política haya rechazado tratar con el Partido Comunista, puesto que los comunistas jamás han manifestado la absurda intención de entrar en conversaciones con ninguna de ellas.

En caso de necesidad, esta circular servirá como norma a las organizaciones locales del Partido.

Sin embargo, la rueda torna en Montecitorio y el 3 de agosto los representantes de la dirección del PSI (con el secretario Giovanni Bacci a la cabeza), del grupo parlamentario y de la CGT firmaban con los representantes del Consejo Nacional de los fascias de combate y del grupo parlamentario fascista agrupados en torno a Mussolini, el célebre Pacto de Pacificación del que basta recordar que el presidente de la Cámara, de Nicola, encabezó y refrendó su redacción. Sus puntos principales eran los siguientes:

«Los representantes arriba mencionados se comprometen a obrar para que, desde ya, cesen las amenazas, vías de hecho, represalias, punitivas, venganzas, violencias personales de toda índole.

Ambas partes se comprometen a respetar sus organizaciones económicas respectivas (¡por lo tanto, la CGT y el PSI reconocían a los nacientes sindicatos fascistas!

Las dos representaciones deploran y desapruueban de antemano toda acción o comportamiento que implique una violación del presente acuerdo y compromiso».

El mismo día, un comunicado hipócrita de la dirección del PSI hacía saber a los obreros desorientados que:

«de ninguna manera se trataba de desaprobación la propaganda y la acción emprendidas por el Partido desde hace años, en forma pública y abierta en una amable polémica (¡¡¡!!!) de ideas y posiciones, mucho menos aún de renunciar en lo más mínimo a la libertad de propaganda y organización, así como de ninguna manifestación escrita u oral, positiva o simbólica, de nuestros propios ideales».

¿Como sería posible renunciar a esta forma suprema de propaganda que es la lucha, sin renunciar a la «libertad de propaganda»? Pero para limar las asperezas, la dirección se comprometía a:

«obrar según los principios y tradiciones del PSI, incluso en este momento, a fin de favorecer el retorno a una vida normal que garantice el libre desarrollo de las luchas civiles».

Avalando el pacto de pacificación, la dirección maximalista del PSI explícitamente hacia suya la ideología del pacifismo social aceptando la violencia «pública» del Estado, pero condenando la violencia «privada» de los partidos y clases. Ya nada distinguía el maximalismo del reformismo, para el que desde siempre el Estado no es un órgano de represión de clase, sino una especie de identidad metafísica por encima de las clases, una autoridad social imparcial y paternal. Esta es la razón por la que Moscú jamás debió permitir la entrada del PSI a la Internacional, tal como se hizo en su III Congreso, que se tuvo justo en el momento en que se desarrollaban los bochornosos acuerdos socialo-fascistas (22 de junio - 12 de julio de 1921). Es por esto por lo que Moscú jamás ha debido aceptar (como lo hizo después del Congreso) la admisión del PSI a la I.C. a condición de que «expulse los adherentes a la conferencia reformista de Reggio Emilia y los que la apoyan». ¡La traición en la lucha abierta valían mucho más que las peores declaraciones de conferencias, y jamás partido alguno tuvo tanta razón como el Partido Comunista de Italia en su resistencia contra la perspectiva de una fusión con los maximalistas!

### LOS «ARDITI DEI POPOLO»

En la polémica de entonces, y sobre todo en la literatura ultra-democrática de los «comunistas» de hoy en día, la cuestión de los *Arditi dei Popolo* ha sido tan machacada que es conveniente precisar a grandes rasgos los orígenes, el programa y el desarrollo de este heteróclito reagrupamiento, similar en esto a la mayor parte de los que florecieron dentro de la confusión italiana e internacional de la época.

Este movimiento nace en el período del «interregno parlamentario» de finales de junio de 1921, luego de la caída de Giolitti, en momentos en que la burguesía vacilaba todavía entre una nueva versión de la política profascista, disimulada detrás de un programa de reabsorción del fascismo en la legalidad democrática (14), y una maniobra política que hoy en día se podría catalogar como de centro-izquierda, consistente en otorgar a Su Majestad el Estado la responsabilidad exclusiva de defender las sacrosantas instituciones democráticas y, por tanto, de quitar este monopolio a los camisas negras.

Pese a su pomposo nombre, los arditi nacieron no obstante como un movimiento popular: surge de una simple escisión de la dirección de los Arditi d'Italia (15), asociación que constituía una especie de conservatorio de «va-

lores» del individualismo heroico y del patriotismo belicoso cuya perfecta encarnación era d'Annunzio. Como en aquellos bellos tiempos de la expedición del Fiume (16), los Arditi reunían interventistas de diversos matices, pequeños burgueses desarraigados, mazzinianos y sindicalistas, capitanes de aventura y sin duda policías, o sea, toda una gama de hombres, jóvenes o no, que vivieron en el clima de exaltación de la guerra y de decepción de la posguerra.

Un grupo de derecha, luego un grupo de fascistas (con los cuales el primero dice no tener nada en común, a partir del momento en que comenzaron a destruir las Bolsas del Trabajo y otras asociaciones obreras) se alejarán de lo que podemos llamar convencionalmente el grupo de izquierda, los *Arditi dei Popolo*, que se forman el 2 de julio bajo la dirección del ex-lugarteniente Argo Secondari. Un detalle interesante es que su sede provisional se establece en un pequeño apartamento de dos piezas, cedido por esta perla de progresismo que representa... la Asociación Nacional de Veteranos. Su primera manifestación pública tiene lugar el 10 de julio con un mitin y un desfile militar.

En una entrevista para el *Ordine Nuovo* (17) el 12 de julio de 1921, el principal interesado, Argo Secondari, cuenta cómo los *Arditi dei Popolo* se habían constituido en asociación inmediatamente después del armisticio, en reacción al decreto de disolución de los batallones de asalto (¿de los que los proletarios no guardaban precisamente buenos recuerdos!). Durante la guerra los Arditi habían dado:

*«la más grande contribución a las operaciones militares» e «impedido gracias a su heroísmo un segundo Caporetto» (¡vaya diploma para un movimiento «popular»!); además, es a ellos a quienes corresponde el mérito de haber dado «el empuje inicial al ejército italiano que forzó a los austriacos a batirse en retirada, y la de ganar una gran batalla (la del Piave) donde se jugó la suerte de Italia». Argo Secondari prosigue diciendo que reivindicaba la expedición del Fiume en la que los Arditi d'Italia habían participado y de la que los Arditi dei Popolo se reclamaban, en parte, por principio revolucionario, [sic!] y por que además tenían fe en Gabriel d'Annunzio, al que consideraban como su jefe espiritual».*

Invitado a definir el programa de los Arditi, Argo Secondari forjará enseguida y repetirá varias veces la fórmula de la «defensa de los trabajadores manuales e intelectuales», tan vacía y pomposa como los artículos de la Carta danunziana de Carnaro. Lo mejor de la entrevista viene después, cuando el verdadero propósito de la nueva organización antifascista aparece claramente:

*«Los Arditi no podían permanecer indiferentes y pasivos ante la guerra civil desatada por los fascistas. Habiendo estado a la vanguardia del ejército italiano, esperaban serlo también del pueblo trabajador. Al inicio, el fascismo daba la impresión, al menos en su forma exterior, de estar inspirado por el patriotismo, teniendo como objetivo el de impedir la violencia roja. Quienes buscamos esencialmente la paz en el país, dando la libertad a los trabajadores, no podríamos permanecer indiferentes a la lucha entre fascistas y subversivos. Pero hoy los fascistas detentan el triste monopolio del bandolerismo político».*

Es por ello que los *Arditi dei Popolo* se lanzan a combatir a los camisas negras. Secondari dirá luego que los objetivos de su movimiento eran «el restablecimiento del orden y de la vida social normal», lo que confirman sus declaraciones anteriores. Para ellos se trataba, pues, de combatir a todo aquel que utilizara la violencia: tanto a los proletarios, si llegaran a detentar «el monopolio del bandidaje político», como a los fascistas, si este monopolio pasara a sus manos. Y no hay que sorprenderse si para el jefe de los Arditi la cuestión esencial era la de restituir su fuerza al Estado, a la Nación. Lo que desea es el «civismo» en las relaciones entre los hombres y las clases, igual como pensaba una fracción de la burguesía, así como también los socialistas de derecha y del centro y, por supuesto, los enemigos acerbos de la clase obrera, los republicanos. En la concepción de Secondari, la violencia de los «héroes de Piave, Monte San Miquel y la Bainsizza» era necesaria para terminar con la violencia «privada» de clases y partidos; del mismo modo en que estos «héroes» montaron guardia contra la violencia roja de los proletarios, y volverían a hacerlo contra la violencia de los fascistas, si estos llegaran a imponerse. Así, mientras que el PSI buscaba la paz social por la vía de acuerdos negociados, los *Arditi dei Popolo* ponían su experiencia de héroes de la primera guerra mundial al servicio del mismo fin: el retorno a la legalidad.

¿Cuales eran las relaciones que los Arditi esperaban establecer con los partidos, obreros en particular? En la entrevista ya citada, Secondari explica que:

*«para formar parte de nuestros grupos armados, es necesario haber pertenecido a los batallones de asalto o de ser veterano de guerra. Estos últimos junto con aquellos que no han ido a la guerra son considerados como voluntarios».*

Por el contrario, los antiguos miembros de los batallones de asalto, cuyas bayonetas habían destripado a más de un soldado indisciplinado y a más de un desertor durante la guerra sobre el Carso o los Altipiani, debían proveer los jefes e integrar las formaciones regulares; ¡es decir que los voluntarios debían servir de carne de cañón a los técnicos en «arditismo»! Poco después, el Directorio redactará un comunicado donde no sólo alaba la independencia del movimiento de los Arditi frente a todos los partidos políticos sin excepción, sino que tratará de disuadirlos de ocuparse «del encuadramiento militar técnico del pueblo trabajador», pretendiendo que debido a sus méritos de guerra, esto sólo les incumbía a ellos. Es sobre esta base patriótica que Secondari espera instaurar una organización con una disciplina extremadamente rígida, comprometida formalmente a no salir de su apolitismo.

El 27 de julio, en otro comunicado ya no se limita sólo a excluir a los partidos como órganos oficiales, sino que precisa:

*«El Directorio de los Arditi dei Popolo hace un llamado a todos los partidos para que contribuyan material y moralmente al desarrollo de la asociación de los Arditi dei Popolo. Igualmente, desaconseja a todos sus miembros de crear grupos políticos en el seno de los Arditi, ya que debilitarían su disciplina militar».*

Estamos completamente de acuerdo en que una organización militar no puede tolerar la heterogeneidad política; y es por esto por lo que había que rechazar la adhesión del Partido Comunista de Italia a los Arditi y, con

mucha más razón, el sometimiento de su organización al Directorio de los Arditi.

Pocos meses después de su fundación, los Arditi se rebelarán contra la centralización que deseaba el autoritario Secondari; cosa que fue fatal, dada su heterogeneidad política y social y su individualismo heroico. La dirección del movimiento nacional pasó entonces a manos de un republicano y de un miembro del PSI, el diputado Migrino, quien firmó el pacto de pacificación en agosto de 1921. Eso fue el comienzo de su fin como movimiento centralizado. Lo que quedó fue una red invertebrada de grupos locales, heterogéneos en todos sus aspectos, sobre todo desde el punto de vista político. A menudo los grupos de raíz proletaria, pese a su etiqueta de Arditi, se mostrarán bastante combativos e incluso heroicos, como en Parma. Casi siempre prestarán mano a los comunistas, llegando a veces a engrosar sus filas. Pero, ya en estos casos no obedecían a otra disciplina que la del Partido, mientras que en cambio por razones políticas inversas, el encuadramiento político de este último se consolidaba y se volvía más homogéneo y centralizado y, pese a su carácter forzosamente embrionario, mostraba una extraordinaria capacidad de resistencia; raras eran las deserciones, la infiltración de agentes provocadores era casi inexistente, las detenciones locales no hacían mella para nada en la red clandestina central, y los grupos armados comunistas eran de extrema movilidad. Si todavía es necesario, esto prueba una vez más la precisión del método del partido o, para emplear una expresión provocadora utilizada en una serie de artículos publicados por este, «el valor del aislamiento», que era el aislamiento de los elementos negativos y patógenos del sano organismo del partido proletario.

Sin duda que al comienzo, mientras que la ofensiva fascista se amplificaba y que el Partido Socialista caía en la falsa maniobra del pacto de pacificación, el movimiento de los Arditi despertaba simpatías hasta en el medio obrero; igualmente en el Partido Comunista, en que las secciones sugestionadas por este primer ejemplo de «defensa armada» y de organización militar abierta y pública pensaron que era bueno acercarse a los Arditi, y las ofertas de asistencia y solidaridad no faltaban. Los comunicados que arriba transcribimos hacían ya una alusión velada a este hecho, pero, el 7 de agosto, la Central del Partido publica un nuevo artículo en la primera página de *Il Comunista*, mucho más explícito:

### **« LA POLÍTICA DEL PARTIDO COMUNISTA TIENE UN FIN PRECISO : LA REVOLUCIÓN**

*Las disposiciones claras y precisas que el Partido ha tomado en torno al encuadramiento militar no han sido el producto de una improvisación deportiva: corresponden más bien a un trabajado comenzado hace muchos meses en las filas de la juventud comunista. Pese a estas disposiciones, varios camaradas y algunas organizaciones del Partido insisten en proponer (y algunas veces llevar a la práctica) la participación de los comunistas, jóvenes o adultos, en otras formaciones militares ajenas a nuestro Partido, como los Arditi dei Popolo; en lugar de desarrollar su trabajo en el sentido indicado, toman la iniciativa de constituir grupos locales de Arditi dei Popolo.*

*Llamamos a todos estos camaradas a mantener la disciplina y deploramos que militantes comunistas, que en todo momento deben mantener la sangre fría y la*

*firmeza, así como el espíritu de decisión revolucionaria, se dejen llevar por consideraciones románticas y sentimentales que no pueden sino conducir a errores graves y a peligrosas consecuencias.*

*Y, para acentuar este urgente llamado, recordamos una vez más a estos camaradas las evidentes razones de las directivas adoptadas por los órganos centrales, responsables de la línea de conducta a adoptar en situaciones que tengan una importancia nacional, independientemente de hechos particulares.*

*Siendo la forma más extrema y sensible de la organización proletaria, la organización militar debe ser extremadamente disciplinada y reposar sobre la base del Partido. Su organización debe depender estrictamente de la organización política del Partido de clase. La organización de los Arditi dei Popolo, en cambio ella depende de órganos directivos mal definidos. Hace poco en un comunicado, su central nacional, cuyos orígenes son difíciles de ubicar, pretendía estar por encima de los partidos, pidiéndoles no intervenir en el «encuadramiento militar del pueblo trabajador en el plan técnico». El control y la dirección de este quedaría en manos de poderes mal definidos y sustraídos de la influencia de nuestro Partido. Pero el Partido Comunista por definición se propone encuadrar y dirigir la acción revolucionaria de las masas: aquí hay, pues, una clara y patente incompatibilidad.*

*Además de la cuestión organizativa y disciplinaria, hay una cuestión de programa. Los Arditi dei Popolo insisten mucho más sobre la necesidad de constituir una organización que sobre los objetivos y las finalidades de sus ambiciones, y esto implica riesgos fáciles de comprender. Por otra parte, ayudando a la reacción proletaria contra los excesos del fascismo, al parecer lo que buscan es restablecer «el orden y la vida social normal». El objetivo de los comunistas es muy diferente: se plantean llevar la lucha proletaria hacia la victoria revolucionaria; niegan que pueda existir una vida normal y pacífica antes que el conflicto de clase, que hoy ha llegado a su fase extrema y decisiva, llegue a su desenlace revolucionario. En fin, apuestan a la antítesis irreductible entre dictadura de la reacción burguesa y dictadura de la revolución proletaria. Ello excluye toda distinción entre defensiva y ofensiva de los trabajadores y muestra el carácter insidioso y derrotista de esta distinción. Efectivamente, los trabajadores son golpeados no solamente por la violencia material del fascismo, sino también por las consecuencias de la exasperación extrema del régimen de explotación y opresión, en la que la brutalidad de los camisas negras no es más que una manifestación inseparable de las otras.*

*Es inútil recordarle estas consideraciones a un comunista, ya que la práctica confirma y confirmará cada vez más su exactitud. Es sobre estas bases que los órganos del Partido Comunista han tomado la iniciativa de constituir una organización militar proletaria y comunista independiente, para evitar dejarse llevar por otras iniciativas que no podrán ser consideradas como hostiles hasta tanto no choquen con las nuestras, y que por mucha popularidad que ellas gocen no podrán desviarlos de las tareas específicas que debemos asumir contra una serie de enemigos – y de falsos amigos de hoy y de mañana. No podemos más que deplorar que algunos camaradas se hayan puesto en contacto con los organizadores de los Arditi dei Popolo en Roma, para ofrecerles su ayuda y pedirles instrucciones. Si esto volviera a suceder, las medidas más severas serán tomadas.*

*El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Italia y el de la Federación de Juventudes Comunistas de Italia advierten a todos los camaradas y organizaciones comunistas que no se debe tener ninguna confianza en todo aquel que proponga directa o indirectamente la constitución de grupos de Arditi dei Popolo, o que todavía preconice las iniciativas militares de esta organización, pretendiendo haber sido enviado por los órganos del PC, o invocando supuestos acuerdos en contradicción con las disposiciones precisas ya publicadas. Los camaradas y las organizaciones no reciben directivas sino por vía interna; toda otra vía será rechazada y eliminada.»*

Comités Ejecutivos del Partido y de la Federación de las Juventudes Comunistas.

### PROBLEMA PRÁCTICO O LUJO TEÓRICO

En este comunicado aparecen claramente los criterios a los que obedecía la central en la delicada cuestión de la táctica del Partido, en el que las relaciones con otras formaciones políticas (y más si son de carácter militar), no es más que un aspecto.

El Partido había nacido en Liorna con una doctrina definida claramente sobre las bases marxistas y revolucionarias que la revolución rusa y la constitución de la Tercera Internacional restauraron. Su organización de lucha, que se distinguía por sus sólidos lazos con la Internacional, sentía confianza al cumplir con su tarea de ampliar la influencia del Partido en las masas. A los ojos de ésta, su seriedad, su fría ponderación y la infinita abnegación de todos sus militantes por la causa común, la distinguirán netamente del viejo partido tradicional en el que reinaban la superficialidad, el desorden y el carerismo. En una situación a la que precisamente estas peligrosas taras habían comprometido, a corto plazo una ofensiva revolucionaria no parecía posible, pero, como la Izquierda lo escribirá en 1924 en las «Notas» sobre sus tesis:

*«La acción del Partido podía y debía fijarse como fin, dar a la resistencia del proletariado contra la ofensiva desencadenada de la burguesía la eficacia más grande posible y, gracias a esta resistencia, concentrar la fuerza de la clase obrera en torno al Partido, el único que con su método permite preparar la respuesta proletaria. Los comunistas italianos han visto el problema de la siguiente manera: asegurar el máximo de unidad en la defensa del proletariado contra la ofensiva patronal, evitando que las masas vuelvan a caer en el error de creer que esta unidad podría asegurarse con una mezcla de orientaciones opuestas, ilusión que ya una dolorosa experiencia nos permite hoy denunciar como fuente de impotencia.»*

Los dos aspectos del problema se condicionaban recíprocamente y eran de orden netamente práctico, aun cuando coincidieran (y debían coincidir) con la teoría marxista. En efecto, ¿qué es lo que después de la guerra había paralizado la indudable acción combativa de las masas proletarias, si no la coexistencia de tendencias opuestas en el seno mismo del partido que debía dirigirla? ¿Qué es lo que había paralizado a la Izquierda del viejo Partido, si no el tener que dirigir a los movimientos del proletariado en común con la derecha y el centro? Así pues, la escisión internacional entre comunistas y socialistas no fue el fruto de una «capricho» sino de una experiencia internacional

mil veces invocada por Lenin cuando instaba a los revolucionarios a romper no sólo con sus enemigos frontales – los reformistas – sino sobre todo con las múltiples corrientes del centro confusionista, supuestamente «cercano» al comunismo. Esta escisión era irrevocable y debía seguir siéndolo, puesto que la sola vía por la que el proletariado podía (y podrá) ver triunfar su causa, pasaba por la destrucción violenta del aparato del Estado burgués y la instauración de su propia dictadura. Pero esta constatación no hubiese tenido más que un valor abstracto si la misma no hubiese significado que:

*«para que el proletariado triunfe es necesario que, incluso en los períodos que preceden a la lucha suprema en que esta necesidad se volverá tangible, exista un Partido que fundamente su programa y su organización sobre esta victoria, y que este partido se convierta en la fuerza primordial... y pueda garantizar la preparación del proletariado para las exigencias que esta conlleva» (La tarea de nuestro partido, *Il Comunista*, 21/3/1922).*

Puesto que los dos fundamentos de la autonomía del partido son su conciencia programática y su disciplina organizativa, toda solución que, por un lado, hubiese pretendido mantener y asegurar la existencia independiente del Partido, pero que del otro comprometiese esta independencia, proponiendo a las masas una vía no violenta al socialismo, y olvidando que esta independencia está garantizada sólo por la oposición práctica al gobierno burgués y a los partidos gubernamentales, estaría condenada a restablecer el dilema del cual sólo la escisión hubiese permitido salir. De esta manera, mérito es constatar que esta era una solución prácticamente derrotista, y por lo tanto pernicioso, aun cuando la misma estuviese defendida de buena fe y con las mejores intenciones del mundo.

Son estas consideraciones – que por ser prácticas no eran menos coherentes con la integralidad de nuestra doctrina – las que guiarán la actitud del Partido frente a los *Arditi dei Popolo*, enésima encarnación de la falsa y engañosa «unidad» por la que tantas veces el generoso proletariado italiano (y no sólo italiano) había tenido que pagar los vidrios rotos. Los *Arditi* tenían un dudoso carácter no sólo a causa de sus orígenes, sino de sus fines, de su composición, como de sus múltiples lazos con la sociedad burguesa y democrática; lo que bastaba para suscitar las peores sospechas y la más grande prudencia contra ellos, tanto más si se trataba de una organización militar, ilegal, centralizada y secreta. Habían nacido con un programa de restablecimiento del orden, opuesto en todos sus puntos al que regía toda la acción del Partido Comunista y del partido mismo, aunque su realización no fuese posible en lo inmediato; y pretendían, como es normal en una organización militar, imponer una disciplina a sus miembros sin otra influencia que no fuese la del Directorio. Pero entrar y someterse a esa disciplina hubiese sido de hecho renunciar a los fines no sólo de largo alcance, sino inmediatos del comunismo. En cuanto a conformar una dirección mixta, compuesta por comunistas y *Arditi*, ello estaba excluido, no sólo por las mismas declaraciones de estos últimos, sino porque hubiera significado exactamente la misma parálisis que condujo a la inevitable escisión entre comunistas y socialistas. Ello hubiese significado renunciar a la «independencia» no sólo organizativa sino programática, presentándose entonces ya no como el partido de la revolución, sino como un partido revolucionario más, o más bien como tantos

otros partidos: revolucionarios de palabra, pero gradualistas, reformistas, democráticos de hecho y, por encima de todo, defensores del orden. En pocas palabras, ello hubiese significado arrojar a la basura todo el trabajo hecho, antes y después de Liorna, para sacar a las masas del equívoco, la confusión y el marasmo.

No obstante, hoy todavía mucha gente lamenta que el Partido Comunista no haya fusionado con los Arditi, olvidando que en la época bastaron unos meses para que los Arditi cayeran en la parálisis y la desorganización. Es lógico que las personas que no se orienten hacia la Revolución sino hacia la democracia, lamenten retrospectivamente que no se haya formado un Comité de Liberación por adelantado, al cual el partido se subyugaría, dejando de ser el partido de la revolución. ¡Pero es igualmente lógico que el Partido, que había declarado una guerra a muerte a todos los defensores de posiciones semejantes, no haya querido rodar por semejante pendiente!

Nada nos impedía – y de hecho, nada nos impidió – coincidir en la calle combatiendo con los Arditi, pero todo nos prohibía subordinar nuestra disciplinada organización, prenda de nuestra independencia programática y táctica, a las órdenes de una organización no sólo ajena sino opuesta a la nuestra. Una vez alcanzado su objetivo, el «restablecimiento del orden» (programa de Nitti y los socialistas), ¿qué otra cosa podían hacer los Arditi que no fuera retornar sus armas contra nosotros, enemigos jurados del orden? E incluso antes de llegar a ello, ¿qué hubiesen podido hacer de nosotros, a partir del momento en que, no reconociendo fronteras entre defensiva y ofensiva, legalidad e ilegalidad, medios lícitos e ilícitos, bandas fascistas extra-legales y órganos estatales super-legales, desbordáramos el cuadro de su acción y, a cada retroceso frente a una fuerza adversa superior, anunciáramos que volveríamos al ataque en la primera ocasión?

Más aún, ¿qué sería de nosotros, si hubiésemos tomado por desgracia esta vía de la unidad con los Arditi? Esta es la primera pregunta que hay que hacerse, ya que el partido no es «una simple máquina, sino factor y producto a la vez del proceso histórico», de modo que una táctica errónea puede ejercer una influencia desfavorable sobre su contenido y su orientación programática. Los Señores del Partido Comunista oficial actual, elevando la vista al cielo responderán Dios lo quiera nos hubiésemos ya convertido en lo que ellos son hoy en día: ¡demócratas curtidos, patriotas de tomo y lomo, variedad de cristianos que lloran de emoción delante de la imagen de Juan Veintitrés! ¡Pero esta respuesta es la mejor prueba de que hemos tenido razón!

La lucha de la Izquierda contra la «unidad a cualquier precio» había comenzado en 1913, prosigue en 1919 y 1920, llega a 1921, y todavía es actual. Analizando para entonces una por una las mil corrientes que se agitaban en la escena con consignas más o menos «de izquierda», escribíamos en el artículo citado más arriba:

### « EL VALOR DEL AISLAMIENTO

*Creemos que a la raíz debe haber el criterio siguiente: ningún acuerdo de organización, ningún frente único con los elementos que no tengan por meta la lucha revolucionaria armada del proletariado contra el Estado constituido, es decir la lucha comprendida como una ofensiva, una iniciativa revolucionaria – la lucha que apunta hacia la abolición de la democracia parlamentaria y el aparato ejecutivo del Estado actual y la instauración de la dictadura política del proletariado que*

*ponga fuera de la ley a todos los adversarios de la revolución.*

*Si consideramos que estos principios son la base de toda nueva alianza táctica, no es por vano placer que decimos: no colaboraremos sino con aquellos que comparten nuestras concepciones teóricas comunistas con respecto a la preparación práctica de la revolución. No, no se trata de un lujo doctrinal, aun cuando las consideraciones que nos guían confirmen que nuestra doctrina marxista es una magnífica guía para la acción. Se trata más bien de utilizar racionalmente las enseñanzas prácticas de la experiencia.*

*Pero, ¿qué pasaría, si los comunistas llegan a paralizar al fascismo por medio de una acción de «defensa proletaria» llevada a cabo en acuerdo con otros movimientos políticos? Pues, una vez coronada la acción, aprovecharíamos el debilitamiento del enemigo para poner a la orden del día nuestros propios objetivos: el derrocamiento del poder burgués. Nuestros aliados, promotores del restablecimiento de la vida normal, naturalmente nos acusarían de perturbadores y se convertirían en nuestros peores enemigos. Se puede objetar que si, hasta ahora, hemos podido utilizar sus fuerzas sin renunciar a nuestra propia propaganda, nos da la capacidad para saltar por encima, tomar solos las riendas del movimiento de masas y continuar nuestra acción comunista. Quien razone de esta manera no traiciona sino la versión literaria y teatral que él se hace de la revolución. Demuestra que no comprende que las condiciones de éxito residen ante todo en la preparación organizativa de las fuerzas que luchan por ella. So pena de desastre, esta preparación debe, en su última fase, tomar el carácter técnico de una organización militar disciplinada. Ahora bien, aunque sea fácil cambiar de táctica mientras se luce a golpe de discursos, agendas y declaraciones políticas, un brusco cambio de frente es imposible desde el punto de vista organizativo. La escisión política es una realidad y una exigencia histórica, pero la escisión de un ejército en medio de la lucha conduce inevitablemente a la ruina ya que no desemboca en la formación de dos ejércitos sino en la ausencia de todo ejército. En realidad, la organización militar está fundada sobre la unidad de mando y la indisolubilidad de los servicios anexos. La parte del ejército que pase al enemigo, incluso derrotado, encontrará en ella un punto de apoyo seguro y una posibilidad de acción. Pero, la otra parte, que ahora pretendiera actuar sola, ya no tendrá ninguna consistencia, ninguna red de organización capaz de funcionar, privada pues de toda capacidad de lucha.*

*Esta es la razón por la que estamos contra toda alianza defensiva, puesto que es cuestión de oponerse a la reacción mediante la violencia – real – y no mediante jeremiadas liberales, que deforman la finalidad verdadera; ya que si las jeremiadas son inútiles, las alianzas defensivas deforman el verdadero objetivo, que es la preparación revolucionaria.*

*Estas consideraciones meramente tácticas nos conducen al criterio arriba mencionado: no concluir acuerdos con aquellos que nieguen por principio la acción proletaria en tanto que ofensiva contra el régimen y contra el Estado, pero que están dispuestos a admitirla cuando se esgrime en defensa de lo que ellos llaman erróneamente los «excesos» de la burguesía. Hoy en día, el único exceso que comete la burguesía es el de estar en el poder. Y lo estará hasta que deje de existir el sistema democrático parlamentario. Un ejemplo de es-*

*tos aliados falsamente revolucionarios que ya hemos mencionado nos lo dan el teniente Secondari o el diputado Mingrino que desean una organización armada para restablecer el orden, y con ello se termina el problema. Para nosotros, esto es un derrotismo tal vez todavía peor que el de los socialdemócratas cuya consigna es: pacificación y renunciación, desaprobando tanto la defensa como el asalto violento de las masas. Efectivamente, en la terrible situación actual no hay ninguna diferencia entre la defensiva y la ofensiva de clase; es por esto por lo que precisamente (y el fascismo es un excelente maestro, fue quien nos lo enseñó) la lucha de clase se ha transformado en una guerra en sentido estricto; ahora bien, como todo especialista en cuestiones militares puede corroborarlo, la defensa es el ataque, y el ataque es la defensa. El general o el soldado que pretendiera que el ejército debe sólo defenderse y jamás tomar la ofensiva, sería fusilado por derrotista respecto a la defensiva misma.*

*En conclusión, decimos: mil experiencias de la fase política compleja que estamos viviendo nos confirman que es justo plantear el problema de la preparación revolucionaria sobre esta base: agrupar, encuadrar, organizar no sólo políticamente, sino militarmente a las fuerzas que aspiran a poner al Estado sobre nuevas bases, siempre y cuando entiendan que ello significa instaurar la dictadura del proletariado.*

*Las otras soluciones agitadas por mil pequeños grupos que alimentan peligrosamente el confusio nismo revolucionario de hoy, pueden ser clasificados en dos grandes categorías: la del engaño y la del error. Pero los organismos políticos que se sitúan en uno u otro lado no deben, bajo ninguna circunstancia, ser apoyados por nosotros planteándoles acuerdos organizativos, aunque los segundos nos parezcan más simpáticos y cercanos que los primeros.*

*En conclusión, en nuestra opinión, la tarea específica del Partido Comunista sigue siendo, hoy como ayer, la de actuar como factor de orientación, rectificación, continuidad tanto teóricas como prácticas en el caos de las mil corrientes «revolucionarias», tarea cual más necesaria cuando algunos grupos de la clase obrera aceptan sus programas y métodos, o de productos curiosos de cruces que surgen de estas mezclas, o incluso de resultados de fórmulas universales, tipo «frente único».*

*Otros podrán imaginarse que la vía que siguen es la más rápida. ¡Pero la vía que parece más fácil no es siempre la más rápida, y para bien merecer la revolución, no hay nada más miserable que darse prisa para «hacerla»!*

### EL MES DE LA VERGÜENZA

Agosto de 1921 fue para el Partido Socialista el mes de la vergüenza. En 1912, Bonomi, el precursor de todos los que preconizan «nuevas vías al socialismo», fue expulsado por la fracción revolucionaria intransigente de Mussolini y Bacci, debido a su adhesión a la guerra de Libia. En 1914, Mussolini a su vez era expulsado por Bacci, quien le reprocha haber repetido a una escala mayor la traición de Bonomi. En 1921, por evolución lógica, los dos primeros se encuentran a la cabeza de las fuerzas legales y extralegales de la conservación burguesa; en cuanto a Bacci, este estrechaba la mano a Mussolini en nombre del desarme de la lucha de clase y llamaba a ejercer el rol de árbitro imparcial de la pacificación (¡verdadero pacto de Judas) a... Bonomi en persona. ¡Pareciera mentira que

tarde o temprano los renegados terminan por reunirse! Veinticuatro años más tarde, en 1945, vamos a descubrir en el vértice de la «democracia renovada» a dos de los protagonistas directos de la pacificación, Bonomi y De Nicola; Nenni tomará la plaza de Bacci y, vergüenza suprema, ¡el trío se convertirá en cuarteto, cuando se suma Togliatti! ¿Accidente fortuito e imprevisible? No, determinación objetiva. Haciendo uso de la dialéctica marxista, la Izquierda había hartado prevenido que a fuerza de «suavizar la táctica», con el pretexto de recuperar para la causa revolucionaria a los socialistas que le habían dado la espalda definitivamente, ¡terminaríamos por caer mucho más bajo que ellos!

¿Que significaba en realidad la firma del pacto de pacificación con respecto a la naturaleza del Partido Socialista? Significaba que a pesar de todas sus declaraciones programáticas, ese partido rechazaba las tesis fundamentales de esta Internacional Comunista en el seno de la cual contaban ganar un escaño, aunque fuese de barrenderos, después de haber sido expulsados por la escisión de Liorna. Demostraba que, para este, la violencia desatada no era la expresión física del conflicto de clases que la guerra y la crisis consecuente había llevado a la exasperación, sino un hecho «accidental» imputable sólo a personas privadas; que entre capital y trabajo una tregua no sólo era posible, sino deseable y que el instrumento para lograrla era el Estado, ¡entidad que flota por encima de las clases y árbitro neutro en los conflictos que estallan entre los partidos! En resumen, el Bacci de 1921 se situaba en el mismo terreno que el Bonomi de 1912 en adelante. Ciertamente es (¡y en esto reside el gran equívoco!) que Bacci seguía practicando la «intransigencia parlamentaria», votando (mientras le duraba) contra el gobierno, máxime si en este gobierno participaban los socialistas, pero hacía suya y practicaba la tolerancia hacia el Estado, bastante peor que la tolerancia de un Turati o de un D'Aragnona hacia tal o cual gobierno. Pedir a un partido semejante que expulsara a la derecha, como lo exigió precisamente en ese mismo período la Internacional Comunista en Moscú, de «depurarse» pues, para poder ser admitido en la organización internacional y fusionar con el Partido Comunista, era admitir que bajo el pretexto de cumplir con una condición puramente formal, era posible violar todas las condiciones substanciales de admisión a la I.C., algo que la Izquierda recusaba. En Liorna, la ruptura con la derecha podía aún servir, como se decía, de «termómetro» para la adhesión efectiva a la I.C.; seis meses más tarde, ya no había dudas: el pacto de pacificación demostraba definitivamente la incompatibilidad entre maximalismo y comunismo.

### NINGUNA TREGUA

Este pacto implicaba algo más siniestro todavía que un compromiso para desarmar a las fuerzas proletarias: ¡el compromiso de abandonarlos a la violencia represiva del Estado, considerada «legítima»! Esto no significaba solamente: ¡arrojemos las armas! sino: ¡Estado, impide con las armas toda lucha armada! Puesto que un solo partido, el Partido Comunista, rechaza la invitación a la tregua, tu deber, Estado bien amado, es obligarlo a respetarla. Bonomi atrapa al vuelo esta invitación e inmediatamente después del pacto envía a los prefectos la siguiente circular:

*«No debéis olvidar que el hecho de no haber participado al pacto, o de no haber querido hacerlo localmen-*

*te, no os exime de nada, por el contrario os obliga como ciudadanos a obedecer a la ley sin rechistar».*

Si el PSI, Mussolini y Bonomi o los *Arditi dei Popolo*, deseosos de restablecer a través de la violencia un régimen de no-violencia, esperaban no obstante que el Partido Comunista de Italia abandonara las armas o implorara el derecho a no ser puesto fuera de la ley, ¡estaban tremendamente equivocados! El Partido Comunista había previsto esta confluencia de fuerzas adversas, y hasta la había deseado, porque constituía un factor de clarificación para las masas, así como también su propia consolidación en tanto que partido. Jamás consideró que la vía que había tomado sería «fácil», al contrario. Y ¿no esperó el 7 de agosto de 1921 para arrojar a la cara de los socialistas: «la lección verdaderamente gloriosa de los últimos años de lucha social en Italia: no harás distinción entre tus adversarios, no perdonarás a los renegados».

Sabía de antemano que, en el terreno de la lucha revolucionaria, se volvería a encontrar solo, con todos los riesgos, pero también con todas las posibilidades que se abrían ante el hecho de mantenerse a distancia del oportunismo, por la disciplina de su organización, la claridad de sus directivas y la valiente franqueza de su propaganda; ¡medios más idóneos para ganar a su causa a los obreros inscritos en el PSI, no podían haber! Del Estado jamás reclamó impunidad alguna que, por definición, este no podía acordarle; sólo se limitó a aceptar el desafío de la reacción burguesa. De la misma manera, el 14 de agosto de 1921, *Il Comunista* publicaba una respuesta a la circular de Bonomi a los prefectos:

### « LA CIRCULAR BONOMI: ¡LOS SOCIALISTAS SATISFECHOS!

*Un partido revolucionario que sabe lo que quiere, que sabe cuál es su objetivo y está dispuesto a alcanzarlo, centralizado y disciplinado, que no actúa según el principio de la libertad de sus miembros, pero asume la responsabilidad de sus actos que el organismo central acata o manda a acatar, es un partido que hay que temer, que los revolucionarios de palabra deben abandonar, que sus adversarios deben odiar y que debe ser puesto fuera de la ley.*

*Todo esto es natural. El proletariado observa que los mismos que, ayer todavía, afirmaban que la revolución era inevitable, que la violencia era necesaria para derrocar al Estado, hablan hoy en día de la revolución como un «sueño de locos» y se llenan de sutilidades sobre el problema de la violencia, por miedo a que la violencia proletaria llame a la violencia burguesa: en la medida en que se vuelve sinceramente revolucionario, consciente y preparado, el proletariado no puede no menos que maldecir y abandonar a estos malos pastores. Este proceso de clarificación, en las masas no se realiza sino lentamente, no se improvisa, pero es inevitable. Debemos favorecerlo y acelerarlo pues demuestra con claridad meridiana la verdad de nuestra crítica a la socialdemocracia, y no por especulación política sino porque queremos integrar a amplias capas del proletariado. Dicho proceso se cumplirá cualquiera sea la suerte que las acciones del gobierno y la reacción de los órganos del Estado nos reserve. Los daños infligidos a nuestros militantes y a nuestras organizaciones no harán más que sacar inevitablemente al proletariado atormentado por el capitalismo y desorientado por*

*la estúpida política de emancipación «gradual» de su medrosa mentalidad.*

*Si los socialistas han querido dirigir contra nosotros la autoridad estatal y la guardia real, lo han magníficamente logrado. Pero si pensaban y piensan aplastarnos con tiros de escopeta o metiéndonos en prisión, se han equivocado burdamente.*

*No se aplasta al Partido Comunista. Que el gobierno y los socialistas lo sepan: toda represión contra nuestro partido provocará una resistencia sin precedentes en los últimos cincuenta años de vida política en Italia»*

Si el Partido Comunista no participó en el innoble pacto de pacificación entre los partidos, es porque abstenerse era una cuestión de vida o muerte, sin importarle las consecuencias prácticas de esta abstención a mediano plazo, o la pérdida de popularidad que esto haya significado en lo inmediato. Este rechazo no representaba un factor de debilidad, sino de fuerza, un adelanto en la afirmación de Partido como único guía del proletariado revolucionario tanto en la defensiva como en la ofensiva. ¿Acaso la gran fuerza de los bolcheviques no era la de saber estar solos para no dejarse paralizar por los falsos amigos al servicio del enemigo? Orgullosamente, el 14 de agosto, *Il Comunista* comentaba los llamados a la tregua de los partidos que apoyaban el pacto de pacificación:

### « EL AUSENTE

*La idea de la que se inspira el llamado a las masas o a las autoridades políticas es la siguiente: el pacto firmado en Roma exhorta a los partidos a comprometerse en la pacificación y el desarme. Allí está... el error. Lo lamentamos por el señor Bonomi y sus prefectos, pero nosotros, comunistas, no hemos acudido a Roma, no por evitar los inconvenientes o los gastos del viaje, sino porque sabemos suficientemente que ni hoy, ni mañana, las clases podrán conciliarse y pacificarse y que la ilusión de una tregua en la guerra de clase, despoja al partido político del proletariado del derecho a conducirlo hacia la revolución.*

*Nos hemos abstenidos porque los principios y la táctica comunistas no toleran ni tregua ni acomodos en la lucha de clase, porque debemos interpretar históricamente el conjunto de las aspiraciones políticas y económicas de las clases trabajadoras, aunque ello implique una pérdida momentánea de popularidad. Es natural que el Estado vea con simpatía una campaña como la de los socialistas en pro del retorno a la legalidad y al respeto de la ley. Pero quienes estamos contra la ley sabemos que en régimen burgués, la normalidad equivale a la reafirmación de la autoridad de la clase dominante por encima de las conquistas obreras y de la preparación revolucionaria del proletariado, debemos ser desterrados de la sociedad burguesa como enemigos de sus instituciones y de todos aquellos que son sus có.*

*Con su reciente circular, el presidente del Consejo nos ha rendido un excelente servicio, puesto que nos ha indicado en forma precisa la manera en que hay que golpear, luego de la firma del acuerdo entre «pacificadores», al partido ausente de las tratativas por el retorno a la paz social.*

*Pero el ausente dice a los socialistas y a los fascistas, al gobierno y a todos los partidos de la burguesía,*

lo siguiente:

*El programa comunista y la táctica de los comunistas, frente a la burguesía y frente a los social-traidores sigue siendo la misma.*

*El Partido Comunista continúa legal e ilegalmente su propaganda por la preparación revolucionaria y la organización del proletariado.*

*La acción del Partido Comunista aspira al derrocamiento del Estado burgués a través de la insurrección de la clase obrera.*

*Nada prueba que la supresión de los jefes comunistas perjudique gravemente al porvenir de la revolución.*

*Que hagan lo que quieran los socialistas y el gobierno, los fascistas y la policía por despojarnos de nuestra libertad de propaganda y acción. Tienen el derecho, y, desde su punto de vista, tienen el deber de hacerlo. Sería curioso que dejen a un partido la libertad de atentar impunemente contra la vida del Estado burgués. Pero advertimos claramente a aquellos que, ayer y hoy, han traicionado y siguen traicionando a la clase obrera, a los Bonomi, a los Mussolini y a los Bacci, que nos burlamos superlativamente de sus sanciones y puniciones imbéciles.*

*Nos burlamos de las leyes que ellos respeten o dicten. Estamos contra sus leyes. Es por ello que hemos permanecido ausentes de su vergonzoso convenio. Por eso estamos solos y somos poco numerosos, pero fuertes, muy fuertes, invencibles: porque no queremos una tregua de vencidos, ni pedimos tregua a los cobardes.*

*Así habla el ausente. Que espera tranquilamente a que los espías socialdemócratas lo denuncien a los mercenarios y a los policías».*

### LUCHA EN TODOS LOS FRENTE

No eran palabras dichas a la ligera, simples frases efectistas. Si para los socialistas, o para los fascistas, el mes de agosto fue el mes de la renuncia; para el Partido Comunista de Italia, por el contrario, marcó no el comienzo, sino el desarrollo acelerado de una intensa actividad, una verdadera ofensiva contra el pacifismo cobarde de los conciliadores y de una organización política y militar de fuerzas proletarias.

En el campo burgués, la ofensiva armada contra el proletariado fue acompañada de una ofensiva patronal contra los salarios y los contratos de trabajo, y contra las organizaciones de defensa económica de los trabajadores. De la misma manera, la actividad militar del Partido Comunista acompañó una vigorosa campaña de frente único sindical con el que los proletarios de diversos orígenes políticos debían contrarrestar al frente patronal para defender su pan y resistir a la prolongación de la jornada de trabajo. Era necesario que los «jefes obreros», les gustara o no, permitieran que las Bolsas del Trabajo se transformen en centros de resistencia, y de contra-ataque proletario si fuese posible. Era preciso que todos los obreros estuvieran unidos en la defensa de sus condiciones de vida presentes para que pudieran estar unidos en el asalto futuro al régimen capitalista mismo (18). Estas dos acciones, una de ataque militar, y otra de defensa y contra-ataque en el campo reivindicativo, se completaban uniendo dos aspectos en una sola y misma acción que se desprende de la iniciativa revolucionaria del Partido, y apuntando hacia la preparación revolucionaria de la clase. Si la independencia política era necesaria para el Partido, la unidad en la lucha era necesaria para la clase; no había contradicción, sino condicionamiento recípro-

co. Negándose a participar en ententes políticas y menos todavía en ententes militares bastardas, los comunistas de Italia no esperaban en absoluto encerrarse en un «espléndido aislamiento» y en un arrogante desdén por las vicisitudes de la guerra social abierta y sus protagonistas. Explicaban claramente que era imposible ignorar la independencia política como medio, si el fin era la unión de toda la clase obrera en la acción. Las razones organizativas y de dirección política del Partido, así como las posibilidades de encuentro en la acción eran claras y no disimuladas.

### « EL VALOR DEL AISLAMIENTO

*Afirmamos que, en general, el movimiento comunista debe rechazar toda entente organizacional con los elementos que no estén dispuestos a afrontar las exigencias de la lucha decisiva... Explicamos muy claramente lo que entendemos por «entente organizacional». Toda acción debe prepararse, debe tener organización y, por lo tanto, disciplina. Declaramos que los comunistas no pueden respetar la disciplina de su partido y comprometerse a la vez en ejecutar las directivas de un «comando único» constituido por delegados de diferentes partidos.*

*Sin embargo hay que notar que el hecho de excluir las ententes organizativas no significa excluir también toda acción paralela de los comunistas y de otras fuerzas políticas en la misma dirección; lo que sí tenemos que hacer es conservar el control integral de nuestras fuerzas, para el momento en que las alianzas transitorias puedan y deban ser denunciadas, es decir, cuando el problema revolucionario se plantee en toda su profundidad. No vamos a discutir aquí la hipótesis según la cual, nosotros, comunistas, podríamos concluir acuerdos organizativos con la intención de traicionarlos posteriormente o explotarlos a nuestro favor en la primera oportunidad que se presente. No es por escrupulos morales que recusamos esta táctica, sino porque debido precisamente al «confusionismo revolucionario» que reina incluso en el seno de las masas que siguen a nuestro partido, semejante juego sería demasiado peligroso y porque la maniobra de ruptura no podría sino retornarse contra nosotros. Para preparar a las masas a la severa disciplina de la acción es preciso una extrema claridad en las actitudes y movimientos y es por lo tanto necesario situarnos desde el inicio sobre una plataforma segura: la nuestra. Si no, estaríamos fabricando plataformas para los demás, es decir, o bien para movimientos conscientemente reaccionarios pese a sus posiciones «innovadoras», o bien para movimientos revolucionarios, pero privados de la exacta visión del proceso real de la Revolución».*

Hubiese sido nefasto tratar de alcanzar por la vía de «ententes organizativas» con otros partidos (aunque muchas veces estas se hayan realizado de hecho, bajo el fuego de la acción) esta unidad y dirección de la lucha que avanzaba de manera natural y fecunda en el seno de las organizaciones económicas; en ellas, el Partido promovía la reunión de todos los conflictos parciales y la unificación de todos los sindicatos. Allí, donde los obreros con diferentes opiniones políticas se reunían en la misma mesa, unidos por su condición común de proletarios, el Partido podía ejercer una función unificadora; y es allí que el partido, lejos del confusionismo venenoso de los «¡abracémonos!» y del efecto corruptor de las



maniobras y acuerdos entre bastidores, podía lógicamente ejercer una influencia creciente. En la candente atmósfera de la época, los sindicatos, sobre todo periféricos y bajo la influencia de grupos revolucionarios, habrían podido recobrar su función de «escuelas de guerra» del proletariado, como decía Engels. En cuanto al Partido, este habría aparecido como el verdadero centro motor de la lucha proletaria, mientras que los otros partidos se habrían descompuesto y demostrado su dificultad de ponerse a la cabeza de la clase obrera. Para que esto sucediera, había que seguir la ruta hasta el final, sin titubear ni dar marcha atrás, había que comprender que aunque fuera posible la eventual recuperación de sus fragmentos, o en el peor de los casos, de sus «personalidades», el antiguo partido pesaba muy poco al lado de la conquista de obreros anónimos, pero combativos y políticamente sanos, y que bajo ningún aspecto hubiese compensado el desconcierto y desagrado de los proletarios quienes, al acercarse al Partido Comunista con la esperanza de deshacerse para siempre de los social-traidores (¡vestigios redorados de un pasado sin gloria!), los encontrarán de nuevo en sus filas. No se debía seguir puliendo el blasón del maximalismo, al contrario, había que favorecer su pasaje hacia la derecha, descartando que terminara con menos vergüenza que esta. Esto está claramente indicado en el siguiente comunicado del Ejecutivo del Partido Comunista:

### **« RELACIÓN CON LOS OTROS PARTIDOS Y ORGANIZACIONES SINDICALES**

*Ante las situaciones locales diversas que surgen del agitado período que atravesamos, los camaradas no aplican siempre correctamente las directivas tácticas del Ejecutivo. Consideramos, pues, necesario dar las siguientes explicaciones:*

*No se debe, sin previa autorización del Ejecutivo, participar en comités ni sostener iniciativas en las que participen diversos partidos políticos, como aquellas que aparecen con frecuencia en manifiestos firmados en común con la lista de participantes.*

*Para ciertas iniciativas que no tienen un carácter estricto desde el punto de vista partidista, el Ejecutivo comunicó y comunicará eventualmente llamados a la acción, dirigidos a los sindicatos frecuentados por obreros de todas las tendencias. En tal caso, los Comités deben estar integrados por representantes sea por la CGT, sea, en ciertos casos, por la Unión sindical (centro anarquista) y donde el Partido no debe figurar, ni enviar representantes políticos, participando sólo de manera indirecta, a través de sus miembros militantes en los sindicatos. En consecuencia, las secciones comunistas no enviarán representantes a tales comités, ni firmarán manifiestos, ni aparecerán como organizadoras de comités, dejando todo esto a las organizaciones sindicales, sean o no dirigidos por nuestro Partido. Esto lo hacemos con el mismo criterio que ha sido adoptado, por ejemplo, para las víctimas políticas y la ayuda a la Rusia comunista.*

*En los ámbitos donde se ejerce la función directamente política del Partido, no se deben ni constituir comités mixtos, ni llamar a las organizaciones sindicales a la acción; esto vale, por ejemplo, para el encuadramiento militar.*

*Toda derogación a estas normas (que no tienen para nosotros un carácter de principio absoluto) pertenecen exclusivamente al Ejecutivo. Esperamos que*

*de ahora en adelante los camaradas se sujeten estrictamente a lo precedente».*

*(Il Comunista, 21 de agosto de 1921)*

En los meses que siguen, veremos al Partido ponerse constante y enérgicamente a la cabeza, no sólo de la resistencia armada de los obreros contra los ataques de los camisas negras, sino de las descomunales huelgas que vendrán. Sus directivas penetraban ampliamente en las organizaciones económicas, recogiendo en su seno la plena adhesión de las masas. Para no citar más que dos ejemplos, la CGT no respondió a la invitación hecha por el Partido a conformar un frente único sindical, pero la base la obligó a convocar al Consejo Nacional de Verona; igualmente el Sindicato de Ferroviarios fue forzado a tomar la iniciativa de la «Alianza del Trabajo» (19). Es lícito preguntarse si los frutos de la enérgica intervención del Partido en todos los frentes de la lucha proletaria no hubieran sido aún mayores, si la Internacional no hubiese escogido la vía aparentemente más rápida del frente único político con el viejo Partido Socialista, cuyo fin era conquistar a las capas cada vez más amplias de la clase obrera, y si tampoco hubiera seguido al PSI en su precipicio, con el pretexto de impedir que cayera en él.

Crear que era útil expulsar del PSI a la derecha reformista, imaginarse que si él se zafara de su reformismo así como de los reformistas declarados, eso era ilusionarse, y, por el efecto que iba a tener en las masas, esta ilusión era altamente perniciosa. Diariamente les enardecía la cobardía y la duplicidad de los maximalistas, tanto jefes sindicales como políticos. A cada hora la experiencia les obligaba a identificarlos con los fascistas, si no a considerarlos como agentes conscientes o inconscientes de la reacción patronal. Fue con estupor que estas mismas masas vieron, en los vomitivos Congresos del viejo PSI, arribar las... ¡delegaciones de la Internacional Comunista! Todo ocurría como si, a los ojos de Moscú, no había un solo y único partido de la clase obrera, sino un abanico de partidos candidatos propuestos para ese rol, ¡como si se tratara de negociar por vía diplomática el pasaje de la candidatura a la investidura oficial! Por las intenciones del Komintern, sin duda sinceras, se trataba de una gran maniobra política, pero, para los proletarios que diariamente arriesgaban el pellejo en todos los frentes, eso fue una trágica burla al Partido Comunista de Italia, en fin, un sabotaje puro y simple de los resultados conquistados a un precio exorbitante y al calor de la lucha de clase.

### **LA SEGUNDA OLA**

Como ya hemos visto más arriba, en su incurable estupidez los maximalistas juzgaban que el tratado de pacificación, firmado por Bacci... «con el corazón encogido» (¡sic!), marcaría «el comienzo de la disolución de las fuerzas fascistas (*Avanti!*, 9/8/1921). No pasó un mes cuando los camisas negras volvían a tomar la ofensiva, apoyados ahora más que nunca por el Estado y aprovechando el desconcierto de una parte de la clase obrera.

En agosto, los pequeños episodios de violencia se multiplicarán y no terminarán enseguida sino para dar paso, a comienzos de septiembre, a una ofensiva brillante. El 10 de septiembre, durante la «Marcha sobre Ravena», tres mil camisas negras perfectamente equipados, armados y encuadrados ponen a fuego y a sangre los campos de Romaña; el gobierno dejó hacer, y es solo el 27, luego de la muerte de siete fascistas en Modena durante un enfrentamiento con la guardia real, cuando

lanza un decreto prohibiendo el porte de armas y las idas y venidas en autobús de provincia a provincia, cuyo único efecto fue el de desarmar a los obreros y campesinos. Curioso, pero lo cierto es que los héroes de la cachiporra tardarán 10 meses en conquistar a Ravena, y bajo circunstancias que pondrán una vez más a la luz el rol derrotista del PSI y de la CGT. El 26 de septiembre, en Mola di Pari, muere abaleado el diputado Giuseppe di Vagno. El inefable grupo parlamentario socialista se opondrá:

*«a la proposición emanada de diversas organizaciones para desencadenar una protesta nacional, permaneciendo fiel a su intención de hacer todo sin omitir nada que sea susceptible de detener la orgía de violencia que enluta al país, es decir, no una protesta que abra las puertas a nuevas violencias, sino una acción consciente y tenaz, a fin de preparar la movilización civil de los trabajadores».*

Probablemente, la intención del PSI era enviar una enésima petición al gobierno Bonomi. El 20 de octubre, el gobierno que los socialistas juzgaban no muy «fuerte», lanzaba una circular ordenando el envío de unos 60 mil oficiales desmovilizados a los centros de entrenamiento más importantes, con una paga equivalente a 4/5 partes de la que percibían hasta ese momento, y bajo la obligación de inscribirse en los grupos de asalto fascistas cuyo mando ellos debían garantizar. ¡No hacía falta mucha plata para favorecer y acelerar el proceso de centralización y formación disciplinada ya iniciado por los grupos fascistas de asalto! Con sus diputados en frac, sus oficiales regulares al mando de grupos de asalto irregulares y, dentro de poco, su organización de Partido, el fascismo presenta todas las características de la honorabilidad, ya no es un movimiento ilegal, sino un instrumento de la ley, paralelo al Estado mismo. ¡A esto es lo que llevan las «nuevas vías al socialismo» beatificadas por Ivanoé Bonomi!

Peró esto es sólo el comienzo. Mientras que el fascismo se afianza, que los grupos de asalto esperan que la putrefacción del PSI y la CGT haya destruido toda capacidad de resistencia de los centros obreros o incluso les haya abierto la puerta (para esto, habrá que esperar un año más), el ataque patronal se propaga de manera sistemática. Los cuatro últimos meses de 1921 estarán marcados por una multitud de agitaciones que el oportunismo de la CGT se las arregló para encerrar en el cuadro regional (¡no se había llegado todavía a la ignominia actual de declarar huelgas por empresas o incluso por talleres!). En agosto y septiembre, los obreros del textil y de la madera se declaran en huelga a nivel nacional, a estos le siguen los metalúrgicos de la región lombarda. Cuando estas huelgas terminan, les toca el turno a los metalúrgicos de Liguria y Venecia juliana. La huelga de categoría de los primeros coincide con una huelga general, pero allí también la agitación es suspendida, mientras que en Venecia juliana, se reaviva y generaliza. La huelga metalúrgica en esta última provincia apenas termina cuando un tipógrafo es asesinado en Trieste, provocando un huelga general de esta categoría que, por lo demás, los esquiroleros logran liquidar en el intervalo de 24 horas; paralelo a estos movimientos potentes pero desarticulados, los ferroviarios del Midi italiano continúan en lo suyo, mientras que, en Roma, la CGT pone fin a la huelga general anti-fascista desatada en noviembre. Se pueden también citar la huelga de Turin contra las condenas por hechos ocurridos durante la ocupación de las fábricas en 1920, la huelga general de Nápoles en solidaridad con los estibadores y metalúrgicos de la

ciudad, en fin, el grave conflicto de los trabajadores del mar y muchas otras más. Son estos episodios que otorgan todo su valor a la campaña por el frente único sindical conducida por el Partido Comunista de Italia, paralela a su tarea de encuadramiento militar de los obreros. El PSI que ha firmado el pacto de pacificación acepta sin aspavento que su apéndice confederal no responda a los vigorosos llamados de los comunistas a la unidad sindical y a la reunión de todos los conflictos sobre una plataforma reivindicativa única elevando a nivel de principio la defensa del salario, la jornada de ocho horas, los contratos y acuerdos en vigor, la organización económica y los parados. Contra los ataques de la patronal, la CGT no se le ocurre otra idea que la de hacer un... estudio sobre el estado de la industria, ¡origen de mil reivindicaciones bastardas del oportunismo actual!

Según los criterios arriba señalados, el vínculo entre la lucha económica y la lucha militar conducidas por el partido, aparecen luminosamente en el manifiesto que sigue:

### « CONTRA LA OFENSIVA DE LA REACCIÓN

*¡Trabajadores, camaradas!*

*La persistencia de graves incidentes demuestra que la ofensiva de la bandas armadas reaccionarias de la burguesía está lejos de terminar. La violencia del fascismo, la reacción disimulada o abierta de la autoridad estatal no son más que un aspecto del movimiento anti-proletario general que, en el campo económico, se manifiesta por la tentativa de reducir los salarios a los obreros y de agravar las condiciones de trabajo a través de despidos y sanciones, acompañada de toda una campaña de mentiras y violencias contra las organizaciones laborales.*

*Más de una vez, nuestro partido ha declarado que todo esto confirma la profundidad de la crisis de la sociedad actual, crisis que empuja a la misma clase dominante a provocar al proletariado y conminarlo a lanzarse a la lucha final.*

*Ante la multiplicación de episodios de agresión burguesa, el Partido Comunista reafirma esta visión general de la situación, así como la táctica aplicada por sus militantes. La orden es de responder golpe por golpe, con los mismos medios que utiliza el adversario, de combatir la funesta ilusión según la cual sería imposible retornar a la paz social en el cuadro de las instituciones actuales y denunciar los supuestos esfuerzos de pacificación como actos de complicidad con el agresor y la clase dominante. Asimismo, el Partido Comunista indica al proletariado la sola vía a seguir para salir de una situación que se agrava cada día en detrimento suyo, debiendo ser afrontada en su conjunto, a su vez en el plano social, político y económico, es decir, a través de una acción del proletariado en su totalidad, que culmine con la creación del frente único de todas las categorías y de todos los organismos locales de clases trabajadoras.*

*Con este fin, hemos definido en términos precisos, por intermedio del Comité sindical comunista, los objetivos que deberá plantearse una movilización de todo el proletariado italiano, con la proclamación de una huelga general común a todos los grandes sindicatos nacionales, remitiéndonos totalmente a nuestro programa (el derrocamiento del Estado burgués y la instauración de la dictadura del proletariado). La precisa invitación que hemos enviado a la CGT, a la Unión sindical y al*

*sindicato ferroviario, a que convoquen a sus Consejos nacionales con el fin de discutir la posición comunista y organizar de común acuerdo la acción general del proletariado, ha suscitado gran entusiasmo en las masas, pero los dirigentes todavía no se deciden a actuar.*

*Nuestro partido concretiza en esta proposición el programa de acción inmediata del proletariado. Los acontecimientos que se precipitan demuestran su rigor y su eficacia. Los otros partidos que se reclaman del proletariado, en especial el Partido Socialista que, pese a sus peticiones de desarme moral y material, hoy ha sido golpeado de manera atroz en la persona de uno de sus diputados, hace silencio sobre nuestra posición, y no hace nada por proponer otros programas de acción proletaria.*

*¡Trabajadores!*

*Las sangrientas hazañas de las bandas fascistas que sublevan olas de indignación en vosotros, más la amenaza del hambre que pende sobre ustedes y vuestras familias, deben incitarlos a mirar la situación cara a cara.*

*Reúnanse con sus organizaciones para discutir y aceptar la proposición del Comité sindical comunista.*

*Reclamen a los grandes sindicatos la convocación de Consejos nacionales para discutir su aplicación.*

*Exijan a los partidos y hombres políticos que les hablen de los intereses de los trabajadores explotados, vejados y reprimidos, que se pronuncien claramente en torno a este encendido problema, que digan lo que piensan de la acción a tomar por parte de los obreros.*

*No hay salvación sin la acción general y directa de las masas, sin la lucha a fondo contra la burguesía, lucha que debe remplazar los absurdos esfuerzos por conciliar sus intereses y los vuestros. En lugar de restaurarlo, hay que derribarlo, el orden burgués.*

*Sólo de esta manera es que podrán salvarse del hambre, la reacción, la agresión que hoy se desencadena sobre vuestras vidas.*

*¡Viva la acción general de todo el proletariado contra la ofensiva capitalista, hacia la victoria revolucionaria final!*

*El comité ejecutivo»*

Durante la segunda mitad de 1921, pese al derrotismo del PSI y la CGT, asistimos a un endurecimiento y reorganización de la defensa obrera en todos los frentes. La acción del joven Partido Comunista de Italia no sólo reanima y enciende la combatividad proletaria, sino que además le da una sólida armazón. Es el vigor de la respuesta obrera, mucho más fuerte de lo que se esperaba, y que era incluso invencible en los grandes centros urbanos, lo que obliga al enemigo a concentrar y disciplinar sus propias fuerzas. Sin embargo, como ya hemos visto, hasta agosto de 1922 y después, este último quedará confinado a la provincia y a las zonas agrarias, y no logrará salir de allí que a precio de oro, y con la ayuda del Estado y los reformistas y maximalistas traidores.

En fin que mientras los Bacci & Cia esperaban una descomposición de la organización militar fascista como consecuencia del pacto de pacificación, vemos de un lado, a los «descompuestos» recuperar fuerzas gracias a este pacto y, del otro, al proletariado no sólo apoderarse de las armas – en vez de abandonarlas –, sino también de pasar a la ofensiva muy a menudo, gracias a la tonificante influencia de la acción anti-pacifista de los comunistas. Por ejemplo, en Roma, a comienzos de noviembre de 1921, el mismo día en que se tiene el Congreso del PNF, los

proletarios, apoyados y dirigidos por el Partido, asestaban un golpe sublime a los insolentes pandilleros fascistas cuya contrarrevolución aprenderá... «valientemente» la lección, evitando de ahora en adelante atacar de frente a los centros obreros.

### ¿QUÉ ES PUES EL FASCISMO?

El episodio de Roma tiene gran importancia, ya que la agitación contra los camisas negras, que con motivo del Congreso habían acudido a Roma, bien decididos a «dejar un recuerdo de ellos», comienza en el tono popular y pequeño burgués característico de la capital (legalidad contra ilegalidad, orden y civilización contra desorden y barbarie, etc.) para ir tomando lentamente un carácter virilmente proletario. El nueve de noviembre, tan pronto llega a la estación de trenes, un grupo de asalto fascista abre fuego contra los ferroviarios, con el pretexto de haber hecho silbar la locomotora, el Comité de defensa proletaria formado por las dos Bolsas del Trabajo decide llamar finalmente a la huelga general tanto en Roma como en la provincia, dándole el carácter de protesta contra ese exabrupto. Por ejemplo, los *Arditi dei Popolo* declaran «estar desgraciadamente obligados a declinar toda responsabilidad, porque no pueden frenar la protesta justa y sagrada de la masa proletaria de Roma». Es sólo bajo la presión exterior, y muy vigorosa, de los comunistas que el Comité de defensa se decide a declarar la huelga indefinida hasta tanto los camisas negras no hayan abandonado la ciudad. Esta huelga continúa sin interrupción ni deserción durante cinco días. En vano, el gobierno amenaza a los ferroviarios con sanciones draconianas. Esto más bien provocó que el personal de ferrocarriles de todo el Midi y del sector de Ancona paralizaran el trabajo en solidaridad con sus camaradas romanos. La guardia real tratará inútilmente de poner a funcionar algunos trenes, así como inútil fue el ultimátum de los congresistas fascistas (que jamás ejecutaron) lanzado a los huelguistas. La capital estuvo completamente paralizada, y los fascistas pronto debieron renunciar a sus primeras tentativas de invadir los barrios obreros, a causa de las plumas que habían dejado intentándolo. Finalmente, el 14 de noviembre, casi en estampida tuvieron que dejar la ciudad convertida en campo atrincherado. Cuatro obreros muertos y 115 heridos, 44 comunistas entre ellos, fue el precio de la victoria, obtenida gracias a la enérgica batalla ofrecida contra las fuerzas legales e ilegales del orden. Al año siguiente, el 24 de mayo de 1922, cuando los pandilleros tratan de hacerse dueños de Roma, y es nuevamente del barrio proletario de San Lorenzo que partirá la chispa de una contra-ofensiva que los arrojará de la ciudad, oprobiosamente apaleados, en medio de la furia popular. Esta es la mejor prueba de lo que pueden llegar a hacer los proletarios, cuando la lucha es seguida hasta el final, sin límites ni vacilaciones, como lo preconizaba el Partido Comunista.

Nada mejor para hacer el balance teórico de un año de lucha encarnizada y sangrientos enfrentamientos de clase del año 1921, que citar una serie de artículos aparecidos en la prensa del Partido durante la tenida del congreso mussoliniano, dando nuestra interpretación de Partido acerca de los orígenes del fascismo en el marco de la evolución del régimen burgués:

#### « EL FASCISMO

*El movimiento fascista ha traído a su Congreso*

(20) el bagaje de una potente organización, y, proponiéndose un espectacular despliegue de sus fuerzas en la capital, ha querido igualmente sentar las bases de su ideología y de su programa en presencia de la gente; sus dirigentes se imaginaron que tenían el deber de dar a una organización tan desarrollada la justificación de una doctrina y de una política «nuevas». El fracaso que el fascismo ha sufrido con la huelga romana no es nada comparado con la bancarrota que ha surgido de los resultados del Congreso en lo que concierne a esta última pretensión. Es evidente que la explicación y, si se quiere, la justificación del fascismo no se encuentran en esas construcciones programáticas que pretenden ser nuevas, sino que se reduce a cero, tanto como obra colectiva que como tentativa personal de un jefe que se siente destinado infaliblemente a la carrera de «hombre político», en el sentido tan tristemente conocido del término, pero que jamás será un «maestro». Futurismo de la política, el fascismo no se ha elevado un milímetro por encima de la mediocridad política burguesa. ¿Por qué?

Se ha dicho que el Congreso se redujo a un discurso de Mussolini. Y ese discurso es un engendro. Comenzando por el análisis de los otros partidos, este no llegó a una síntesis que hubiese hecho aparecer la originalidad del partido fascista con respecto a los otros. Si ha conseguido destacarse por su violenta hostilidad contra el socialismo y el movimiento obrero, no se observa por ninguna parte lo que tiene de novedosa su posición con respecto a las ideologías políticas de los partidos burgueses tradicionales.

La tentativa de exponer la ideología fascista aplicando una crítica destructiva a los viejos esquemas, bajo la forma de brillantes paradojas, se redujo a una serie de afirmaciones que ni eran nuevas, ni tenían relación unas con otras en la nueva síntesis que se hizo, ya que se examinaron sin ninguna eficacia los argumentos fuera de lugar de una polémica política, y puestos a la orden del día por el afán de novedad que atormenta a los políticos de la decadente burguesía. Hemos podido asistir no sólo a la solemne revelación de una nueva verdad (lo que vale para el discurso de Mussolini, vale igualmente para toda la literatura fascista), sino también a un desfile de toda la flora intestinal que prospera sobre la cultura y la ideología burguesa en una época de crisis suprema, y a las variaciones sobre fórmulas arrancadas al sindicalismo, al anarquismo, a los residuos de la metafísica espiritual y religiosa, con la excepción afortunadamente, de nuestro horrible y brutal marxismo bolchevique.

¿Qué conclusión se puede sacar de esta mezcla informe de anticlericalismo franc-masón y de religiosidad militante, de liberalismo económico y antiliberalismo político, merced al cual el fascismo pretende distinguirse a la vez del partido popular y del colectivismo comunista? ¿Qué sentido tiene el afirmar que comparte con el comunismo la noción antidemocrática de dictadura, cuando esta dictadura no se concibe más que como la composición de la «libre» economía sobre el proletariado, y que se declare que esta economía «libre» es hoy más necesaria que nunca? ¿Qué sentido tiene alabar la república en un momento en que se vislumbra la perspectiva de un régimen pre-parlamentario y dictatorial, y en consecuencia ultra-dinástico? ¿Qué sentido tiene oponer a la doctrina del partido liberal la de la derecha histórica que ha sido seria e íntimamente más liberal

que la de dicho partido, tanto teórica como prácticamente? Si el orador hubiese extraído de todas estas enunciaciones una conclusión que las ordenase armoniosamente, sus contradicciones no habrían desaparecido, pero por lo menos hubiesen prestado al conjunto esa fuerza propia de las paradojas, de la cual hace gala cualquier nueva ideología. Pero como en este caso la síntesis final falta, no queda más que un amasijo de viejas historias, por lo que el balance es un balance de quiebra.

El punto sensible era el de definir la posición del fascismo de cara a los partidos burgueses del centro. Bien que mal se podía presentar como adversario del Partido Socialista y del partido popular; pero la negación del partido liberal y la necesidad de librarse y, en cierto modo, de sustituirle, no han sido teorizados en forma al menos un poco decente ni traducidos en programa político. No queremos afirmar, precisémoslo de una vez, que el fascismo no puede ser un partido, pero entonces será un partido que concilie perfectamente sus extravagantes aversiones contra la monarquía, contra la democracia parlamentaria y contra el... socialismo de Estado. Constatamos simplemente que el movimiento fascista dispone de una organización real y sólida que puede ser tanto política y electoral como militar, pero que carece de una ideología y de un programa propios. El Congreso y el discurso de Mussolini, que ha hecho todo lo posible para definir su movimiento, prueban que el fascismo es impotente para definirse a sí mismo. Este es un hecho sobre el cual volveremos en nuestro análisis crítico y que prueba la superioridad del marxismo, que sí es perfectamente capaz de definir el fascismo.

\* \* \*

El término «ideología» tiene cierto sabor metafísico, no obstante lo emplearemos para denominar el bagaje programático de un movimiento, la conciencia que tiene de los fines que debe necesariamente alcanzar mediante su acción. Esto implica naturalmente un método de interpretación y una concepción de los hechos a nivel social e histórico. En la época actual, precisamente porque se trata de una clase en su ocaso, la burguesía posee una ideología desdoblada. Los programas que pregona exteriormente no corresponden a la conciencia interior que se tiene de sus intereses y de la acción necesaria para protegerlos. Cuando la burguesía era todavía una clase revolucionaria, la ideología social y política que le es propia, ese liberalismo que el fascismo se cree llamado a suplantar, estaba en su máximo apogeo. La burguesía «creía» y «quería» según los postulados del programa liberal o democrático: su interés vital consistía en liberar su sistema económico de las trabas que el antiguo régimen oponía a su desarrollo. Estaba convencida de que la realización de un máximo de libertad política y la concesión de todos los derechos posibles e imaginables a todos los ciudadanos sin excepción, coincidían no solamente con la universalidad humanitaria de su filosofía, sino con el máximo desarrollo de la vida económica.

De hecho, el liberalismo burgués no fue sólo una excelente arma política mediante la cual el Estado abolió la economía feudal y los privilegios de los dos primeros «estados», el clero y la nobleza. Fue también un medio nada desdeñable para que el Estado parlamentario pudiese cumplir su función de clase no solamente contra las fuerzas del pasado y su restauración, sino

también contra el «cuarto estado» y los ataques del movimiento proletario. En la primera fase de su historia, la burguesía no tenía todavía conciencia de esta segunda función de la democracia, es decir, del hecho de que estaba condenada a transformarse de factor revolucionario en factor conservador, a medida que el enemigo principal dejase de ser el antiguo régimen para convertirse en el proletariado. La derecha histórica italiana, por ejemplo, no tuvo conciencia de esto. Los ideólogos liberales no se contentaban con decir que el método democrático de formación del aparato de Estado se hacía en interés de todo «el pueblo» y aseguraba una igualdad de derechos a todos los miembros de la sociedad: también se lo «creían». No comprendían todavía que, para salvar las instituciones burguesas que ellos representaban, pudiese ser necesario abolir las garantías liberales inscritas en la doctrina política y en la Constitución de la burguesía. Para ellos, el enemigo del Estado tenía que ser el enemigo de todos, un delincuente culpable de violar el contrato social.

Por consiguiente, para la clase dominante resultó evidente que el régimen democrático podía servir igualmente contra el proletariado y que era una excelente válvula de seguridad contra el descontento económico de este último; la convicción de que el mecanismo liberal servía estupidamente a sus intereses se aferra cada vez más en la conciencia de la burguesía. Lo considera ya como un medio y no como un fin abstracto, dándose cuenta de que el uso de estos medios no es incompatible con la función integradora del Estado burgués, ni con su función de represión, incluso violenta contra el movimiento proletario. Pero un Estado liberal que para defenderse debe abolir las garantías de la libertad, aporta la prueba histórica de la falsedad de la doctrina liberal como interpretación de la misión histórica de la burguesía y de la naturaleza de su aparato de gobierno. Sus verdaderos fines son absolutamente todo lo contrario: defender a toda costa los intereses del capitalismo, es decir, utilizando por un lado, la democracia con todo tipo de maniobra política distraccionista, y por el otro, las represiones armadas, cuando la primera ha fracasado tratando de contener los movimientos que amenazan al Estado.

Sin embargo, esta doctrina no es una doctrina «revolucionaria» de la función del Estado burgués y liberal. Mejor dicho, lo revolucionario de ella es su formulación, y es por este motivo que en la fase histórica actual, la burguesía debe realizarla en la práctica y negarla en la teoría. Para que el Estado burgués cumpla la función represiva que es naturalmente la suya, es preciso que las presuntas verdades de la doctrina liberal hayan sido reconocidas implícitamente como falsas, pero sin ser del todo necesario volver atrás y revisar la constitución del aparato de Estado. Así la burguesía no tiene por qué arrepentirse de haber sido liberal, ni tampoco abjurar del liberalismo: es por un desarrollo «biológico» por así decir, que su órgano de dominación ha sido armado y preparado para defender la causa de la «libertad» mediante prisiones y ametralladoras.

\* \* \*

Mientras que formule programas y permanezca dentro del terreno político, un movimiento burgués no puede reconocer claramente esta necesidad de la clase dominante de defenderse por todos los medios, com-

prendidos los que están excluidos teóricamente por la Constitución. Esto sería una falsa maniobra desde el punto de vista de la conservación burguesa. Por otra parte es indiscutible que el 99% de la clase dominante presente cuan falso sería, desde ese mismo punto de vista, repudiar hasta la forma de la democracia parlamentaria y reclamar una modificación en el aparato de Estado, tanto en sentido aristocrático como autocrático. Así como ningún Estado pre-napoleónico estaría mejor preparado que los Estados democráticos modernos para los horrores de la guerra (y no solamente desde el punto de vista de los medios técnicos), tampoco ninguno le llegaría a los tobillos en materia de represión interna y de defensa de su existencia. Por lo tanto, es lógico que en el período actual de represión contra el movimiento revolucionario del proletariado, la participación de los ciudadanos pertenecientes a la clase burguesa (o a su clientela) en la vida política revista nuevos aspectos. Los partidos constitucionales organizados de forma que hagan salir de las consultas electorales al pueblo una respuesta favorable al régimen capitalista sancionada por la mayoría no son suficientes. Es necesario que la clase sobre la cual reposa el Estado los asista en sus funciones según las nuevas exigencias. El movimiento político conservador y contrarrevolucionario debe organizarse militarmente y llevar a cabo una función militar en previsión de la guerra civil.

Conviene al Estado que esta organización se constituya «en el país», en la masa de los ciudadanos, porque de esta forma la función de represión se puede combinar mejor con la defensa desesperada de la ilusión que pretende que el Estado sea el padre de todos los ciudadanos, de todos los partidos, y de todas las clases. A medida que el método revolucionario gana terreno dentro de la clase obrera, y que la prepara para la lucha encuadrándola militarmente, y que la esperanza de una emancipación por las vías legales, es decir, permitida por el Estado, disminuye en las masas, el Partido del orden está obligado a organizarse y a armarse para defenderse. Paralelo al Estado, pero expuesto a sus protestas totalmente lógicas, este partido logra armarse «más rápido» que el proletariado, y se arma mejor, y toma la ofensiva contra ciertas posiciones ocupadas por su enemigo y que el régimen liberal había consentido; ¡pero no hay que tomar este fenómeno como el nacimiento de un partido adversario que quiere apoderarse del Estado para llevarlo a formas pre-liberales!

Tal es para nosotros la explicación del nacimiento del fascismo. El fascismo integra el liberalismo burgués en lugar de destruirlo. Gracias a la organización con la cual rodea la máquina de Estado, realiza la doble función defensiva que necesita la burguesía. Si la presión revolucionaria del proletariado se acentúa, la burguesía tendrá probablemente que intensificar al máximo estas dos funciones defensivas que no son incompatibles, sino paralelas. Hará alarde de una política democrática e incluso social-demócrata bastante audaz, mientras suelta a los grupos de asalto de la contrarrevolución contra el proletariado para aterrorizarlo. Pero este es otro aspecto de la cuestión que únicamente sirve para demostrar cómo la antítesis entre fascismo y democracia parlamentaria está desprovista de todo sentido, tal como la actividad electoral del fascismo lo ha podido demostrar.

No es necesario ser un lince para convertirse en partido electoral y parlamentario. Tampoco es necesario resolver el difícil problema de cómo elaborar un

programa «nuevo». Jamás el fascismo podrá justificar su razón de ser en tablas programáticas, ni tomar consciencia de ello, puesto que él es a su vez el producto del desdoblamiento del programa y de la consciencia de toda una clase y puesto que, si le tocara hablar en nombre de una doctrina, debería regresar el cuadro histórico del liberalismo tradicional que hoy le confía la carga de violar su doctrina «para uso externo», a la vez que se reserva la de predicarla como en el pasado.

El fascismo no ha sabido, pues, definirse en el Congreso de Roma y jamás lo logrará (sin que por esto tenga que renunciar a vivir y cumplir su misión) ya que el secreto de su constitución se resume en la fórmula: la organización lo es todo, la ideología no es nada, la cual responde dialécticamente a la fórmula liberal: la ideología lo es todo, la organización no es nada.

Después de haber demostrado en forma somera que la separación entre doctrina y organización caracteriza a los partidos de una clase decadente, sería muy interesante probar que la síntesis de la teoría y de la acción es propia de los movimientos revolucionarios ascendentes, proposición que se desprende de un criterio rigurosamente realista e histórico. Porque si hacemos acto de fe, esto nos conduce a la conclusión de que cuando se conoce al adversario y las razones de su fuerza, más de lo que él conoce de sí mismo, y que saque su propia fuerza de una consciencia clara de los fines que se esperan, ¡no se puede fracasar!»

(Ordine nuovo, 17/11/1921)

### MÁS SOBRE EL «PROGRAMA FASCISTA»

Los argumentos arriba desarrollados son tomados de nuevo en un artículo del 27 de noviembre de 1921 en la prensa del partido y que merece ser citado integralmente, igual que el precedente :

#### « EL PROGRAMA FASCISTA

Aparte del manifiesto, el periódico fascista ha publicado también un artículo dedicado (al igual que toda una serie) a defender el movimiento contra la acusación venida de todas partes de que este no tiene ni programa, ni ideología, ni doctrina. El líder fascista responde a este coro de reproches con cierta irritación: ¿Nos reclamais un programa? ¿Me lo reclamais a mí? ¿No os parece que he logrado formularlo en mi discurso de Roma? ... y encuentra una salida no desprovista de valor polémico: los movimientos políticos que dicen haber sido defraudados tras la espera, ¿cómo es que no tenían ellos un programa? A partir de allí deduce dos cosas: primero, precisamente porque los partidos burgueses y pequeño-burgueses no tienen un programa, esperaban que el fascismo se los aportara; segundo, su falta de programa no debe achacársele al fascismo, pues este más bien constituye un elemento importante para comprender y definir la naturaleza de este programa.

El director del diario fascista pretende demostrar que si el fascismo no tiene tablas programáticas ni cánones doctrinales, es debido a que revela la tendencia más moderna del pensamiento filosófico, las teorías de la relatividad que, según él, habrían hecho tabla rasa del historicismo (9) para afirmar el valor del activismo absoluto. Este descubrimiento del Duce se presta de sobra para la burla: después de numerosos años, él no ha hecho otra cosa que relativismo por intuición,

pero, preguntémonos ¿cuál es el político que no dice lo mismo y no se reivindica del «relativismo práctico»? Hay que señalar más bien que esta aplicación del relativismo, del escepticismo y del activismo en la política no es nada nueva. Es por el contrario un repliegue ideológico muy corriente, el cual se explica objetivamente por las exigencias de la defensa de la clase dominante como nos lo enseña el materialismo histórico. En la época de su decadencia, la burguesía es incapaz de trazarse una vía (es decir, no sólo un esquema de la historia, sino también un conjunto de fórmulas de acción); es por esto por lo que, para cerrar la vía que otras clases se aprestan a tomar, en su agresividad revolucionaria no encuentran nada mejor que recurrir al escepticismo universal, filosofía característica de épocas de decadencia. Dejemos de lado la doctrina de la relatividad de Einstein, que concierne a la física... Su aplicación a la política y a la historia de nuestro malogrado planeta no podría tener efecto sensible alguno: si se piensa que esta doctrina corrige la evaluación del tiempo en función de la velocidad de la luz y que el tiempo empleado por un rayo luminoso en recorrer las distancias más largas en nuestro globo es inferior a la vigésima parte de un segundo, se comprende que la cronología de los sucesos terrestres no se vería afectada de ninguna manera. Entonces ¿qué nos importa saber si Mussolini hace relativismo hace diez años, o bien desde hace diez años más la vigésima parte de un segundo?

Pero las aplicaciones del relativismo y del activismo filosófico a la política y a la praxis social son una vieja historia, y constituyen un síntoma de impotencia funcional, simplemente. La sola aplicación lógica de estas doctrinas reside en el indiferentismo de los individuos; sin programas de reforma y de revolución de la sociedad es imposible la existencia de grandes organizaciones colectivas; no queda más que la acción de particulares y, a lo sumo, de pequeños grupos independientes y dotados de una máximo de iniciativa.

Dos de las formas más conocidas de revisión del marxismo, el reformismo y el sindicalismo, han sido escépticas y relativistas, en perfecta lógica consigo mismas. Bernstein dijo ya mucho antes que Mussolini, que el fin no es nada y que la acción, el movimiento, lo es todo. Se intentaba despojar al proletariado la visión de un objetivo final, quitándole a la vez la concepción unitaria de la clase que implica la lucha en función de una sola orientación. Se reducía así el socialismo a la lucha de grupos discordantes, por fines contingentes, con un abanico infinito de métodos, es decir, a ese «movilismo» que el Duce invoca hoy. Es la misma actitud que dio nacimiento al sindicalismo. La crítica relativista parece considerar que el sistema que habla a la clase obrera de la unidad de su movimiento en el tiempo y en el espacio, no es más que una antigualla mil veces refutada y enterrada. Pero esta crítica que se presenta día tras día como «nueva» no es más que una repetición machacona y pesada de pequeños burgueses; se asemeja al elegante escepticismo religioso de los últimos aristócratas, los cuales, en la víspera de la gran revolución burguesa, no tenían ya la fuerza necesaria para luchar por la conservación de su propia clase; tanto en un caso como en otro, estos son síntomas de la agonía.

Por su naturaleza, el fascismo no tiene ningún derecho a reclamarse del relativismo. Todo lo contrario, se podría decir que él representa los últimos

esfuerzos de la clase dominante actual para darse líneas de defensa seguras y para sostener su derecho a la vida frente a los ataques revolucionarios. Es un historicismo negativo, pero historicismo a fin de cuentas. El fascismo posee una organización unitaria de indiscutible solidez, la organización de todas las fuerzas decididas a defender desesperadamente en la práctica un conjunto de posiciones teorizadas desde hace mucho tiempo; y esta es la razón por la cual aparece no como un partido que aporta un programa nuevo, sino como una organización que lucha por un programa establecido desde hace lustros, el programa del liberalismo burgués.

El agnosticismo en lo que atañe al Estado burgués, del cual el manifiesto del partido fascista parece dar fe, no debe ni puede inducir al error. Deducir de esto que para el pensamiento y el método fascista, la noción de Estado misma no es una «categoría fija» sería un juego de palabras sin sentido. De hecho el fascismo coloca al Estado y su función en relación con una nueva categoría rica de un absolutismo tan dogmático como no hay otro: la Nación. La mayúscula que le quita a la palabra Estado, el fascismo se la pone a la palabra nación. Cómo es que ahora la voluntad y la solidaridad nacionales no podrían ser expresiones «historicistas» y «democráticas», ¿he aquí la cuestión que los filósofos del fascismo deberían explicarnos!

En realidad el término «Nación» equivale simplemente a la expresión burguesa y democrática de soberanía popular, soberanía que el liberalismo pretende que se manifieste en el Estado. El fascismo, en fin, no ha hecho sino heredar las nociones liberales, y su recurso al imperativo categóricamente nacional no es más que otra manifestación del embuste clásico que consiste en disimular la coincidencia entre Estado y clase capitalista dominante. Basta una crítica superficial para demostrar, primero, que la Nación del manifiesto fascista es indiscutiblemente una «categoría» que tiene ideológicamente un valor tan absoluto que quien se atreva a blasfemar contra ella es condenado al sacrificio expiatorio... de una tunda de palos; y segundo, que esta Nación no es otra cosa que la burguesía y el régimen que ella defiende, es decir, la anti-categoría de la revolución proletaria. Muchos movimientos pequeño-burgueses que toman actitudes pseudo-revolucionarias – y que hoy, por muy paradójico que pueda parecer, convergen todos hacia el fascismo – se valen también del epíteto «nacional». Sería imposible comprender cómo la Nación reside en el movimiento de los voluntarios fascistas más que en la masa desorganizada (u organizada en otras minorías) que es su enemigo natural, si el concepto de Nación no estuviese disimulado por los mismos elementos que nos conducen a nosotros marxistas, a establecer que el Estado burgués que dice hablar en nombre de todos, es una organización minoritaria para la acción de una minoría: la burguesía. La indecisión de la potente organización de los voluntarios fascistas frente a la organización estatal no denota una independencia de movimiento por su parte, sino únicamente la existencia de una división conforme a las exigencias de la conservación burguesa. Es precisamente por la necesidad de que el Estado guarde el derecho de presentarse como la expresión democrática de los intereses de todos, por lo que esta milicia de clase debe necesariamente

formarse fuera de él; pero demuestra ser tan poco coherente con las filosofías de las que hace gala que, en lugar de presentarse como la expresión de una elite, reduce su programa a un vago «nominalismo», el cual tiene entre otras la propiedad de ser democrático en el sentido tradicional y vulgar: la Nación.

El relativismo domina en todas las capas burguesas debilitadas y resignadas a la derrota, cuya propia desorganización prueba que el pensamiento y la dominación burguesa han naufragado. Pero la organización que agrupa y encuadra las últimas capacidades de lucha de la burguesía muestra que las fuerzas del pasado capaces aún de unirse no lo hacen sobre la base de un programa que ofrecer a la historia del mañana (ninguna corriente burguesa, ni siquiera el fascismo, puede elaborar nada semejante) y que sólo obedecen a la decisión instintiva de impedir la victoria del programa revolucionario. Si este hubiese sido batido en el campo teórico, si no hubiese podido refutar las nuevas y atrayentes tesis que brillan en los artículos del líder fascista, y si la burguesía no presintiera en él un peligro, es decir, la realidad del mañana, ¿bien podría el Duce despedir a sus camisas negras y, en nombre de la filosofía relativista y activista, abolir la disciplina inmovilista a la cual pretende someterlas cada vez más!

### ¡VIVA EL «GOBIERNO FUERTE» DE LA REVOLUCIÓN!

Frente a la amenaza de un nuevo y potente rival parlamentario, los partidos de la democracia, socialistas a la cabeza, reanimarán la campaña por un «bloque de izquierda» apuntando a... reforzar al Estado y su autoridad contra los pérfidos ataques del «ilegalismo» fascista. El Partido Comunista, para proclamar con más vigor la posición comunista clásica contra tales maniobras de diversión, contraponiendo la vía única e inamovible del comunismo, publicó el siguiente artículo:

#### « SOBRE EL GOBIERNO

En lo que toca a la cantidad de idioteces que sueltan en la Cámara los demócratas, social-demócratas y socialistas que piensan volver a la vieja farsa del bloque de izquierda, la posición de los comunistas es muy simple.

Es completamente falso que el fascismo existe porque no hay un gobierno capaz de reprimirlo. Es engañarse a sí mismo pensar que la formación de un gobierno de esta naturaleza y, más allá, el contrapeso entre la acción del Estado y la acción del fascismo pueda depender de las decisiones que se tomen en el Parlamento. Si un gobierno fuerte – es decir, un gobierno capaz de imponer la ley actual – se llegara a crear, el fascismo puede muy bien irse a dormir, ya que ha perdido su razón de ser que es la de hacer respetar de manera efectiva la ley burguesa, ley que el proletariado tiende a demoler y que seguirá demoliendo si las resistencias conservadoras no se lo impidieren. Para el proletariado, los efectos de un gobierno así son iguales a los del fascismo: un montón de engaños. Hagamos algunas aclaraciones sobre estas tres afirmaciones que contraponemos al nauseabundo juego de esta «izquierda» política que se forma durante los contactos y regateos obscenos en el Parlamento, aprovechando la ocasión para

renovar la expresión de asco que sinceramente nos inspira y que es mil veces superior a la que merecen todos los reaccionarios, clericalismos y nacional-fascismos de ayer y de hoy.

El Estado burgués, cuya potencia efectiva no reside en el parlamento, sino en la burocracia, la policía, el ejército, la magistratura, en nada le mortifica ser suplantado por la acción salvaje de las bandas fascistas. No se puede estar contra algo que uno mismo ha preparado y ahora defiende. No importa el grupo de payasos instalado en el poder; pues, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura están con el fascismo que es su aliado natural. Para eliminar el fascismo no hace falta un gobierno más fuerte, bastaría con que el gobierno actual cesara de apoyarlo con su fuerza. Son razones más profundas las que llevan al Estado a emplear contra el proletariado no la fuerza directa, sino la del fascismo que él sostiene indirectamente.

Nosotros, comunistas, no somos tan estúpidos como para reclamar un «gobierno fuerte». Si creyésemos que es suficiente pedir para obtener, reclamaríamos por el contrario un gobierno verdaderamente débil, que nos garantice la ausencia del Estado y su formidable organización en el duelo entre blancos y rojos. Entonces se le demostraría a los demócratas tipo Labriola que se trata de una guerra civil, y al Duce del fascismo que no es verdad que sus victorias vienen del «bajo materialismo» de los trabajadores. Somos nosotros quienes les daremos, tanto a unos como al otro, el «gobierno fuerte». Pero la hipótesis es absurda.»

El fascismo nació de la situación de revolucionaria. Revolucionaria porque la barraca burguesa no funcionaba más, revolucionaria porque el proletariado le ha comenzado a dar los primeros golpes. La demagogia vulgar y la bajeza sin nombre de los falsos jefes proletarios de diversos matices que hospedan en el partido socialista han saboteado el avance del proletariado. Pero esto no cambia nada al hecho de que la clase obrera revolucionaria de Italia con orgullo haya tomado la iniciativa del ataque contra el Estado burgués, el gobierno, el orden capitalista, el imperio cuya ley es el baluarte de la explotación de los trabajadores.

La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede empeorar o aliviarse momentáneamente, el proletariado puede volverse más agresivo o sucumbir a los golpes de la contra-ofensiva y dispersarse por las infames maniobras de los socialistas, en fin, tantas hipótesis que aquí no vamos a decir cuál es la más probable. En todo caso, el cambio de función del fascismo con respecto a la organización estatal dependerá de la variación de la situación. Si el proletariado es derrotado, cualquier gobierno hará las veces de «gobierno fuerte», y los escuadrones fascistas podrán dedicarse a jugar al fútbol o al homenaje de los códigos secretos del derecho en vigor. Si el proletariado vuelve al ataque, puede ser que el jueguito de la alianza secreta entre liberales del gobierno y las formaciones fascistas, con un ministro Nitti o Modigliani, siga tal vez durante un tiempo; pero no tardará en llegar el momento en que fascistas y demócratas del bloque de izquierda se pongan de acuerdo sobre el hecho — perfectamente cierto — que el único enemigo actual es el proletariado revolucionario, y entonces actuarán concerta-

damente y sin máscaras para hacer triunfar la contra-revolución.

La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no tiene nada que ver con el desfile actual de idiotas y bribones en el Parlamento. La constitución de la «izquierda burguesa» que sobre 150 diputados cuenta con 145 candidatos a puestos ministeriales, no tendrá ninguna influencia sobre esta evolución; es ella, por el contrario, quien podría conducir al poder a cualquier Dugoni, Vavirca o otros personajes de la misma calaña, y que los trabajadores cometen el error de elegir y tomar en serio cuando lloriquean contra las violencias fascistas.

Para pretender, como lo hace el inefable Labriola, que se puede llegar a un gobierno capaz de desarmar al fascismo y devolver al Estado su función de único defensor del orden, por medio de simples maniobras parlamentarias, hay que estar bien excitado por el carrerismo político más vulgar para hacer una afirmación tan estúpida. Admitamos, aunque sea un instante, que sea cierto, ¿que significado tendría para el proletariado? Repitámoslo: una mentira. La más solemne de las mentiras.

Hubo un tiempo en el que el juego de la izquierda se oponía al de la derecha burguesa porque esta última utilizaba métodos coercitivos para mantener el orden, mientras que la primera se valía de medios liberales para hacer lo mismo. Hoy, la época de los medios liberales ha llegado a su fin y el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más «energía» que la derecha. Se quiere hacer tragar esta píldora a los trabajadores con el pretexto que son los «reaccionarios» quienes perturban el orden y que son las bandas armadas de Mussolini las que sufren la «energía» del gobierno.

Pero, como el proletariado tiene por misión de destruir vuestro maldito orden para instaurar el suyo, no hay peor enemigo que aquellos que se proponen defenderlo con extrema energía.

Si se pudiese creer en lo que dice el liberalismo, el proletariado bien pudiera exigir de la burguesía un gobierno liberal que le permita instaurar tranquilamente su dictadura. Pero sería culpable de ofrecer a las masas tal ilusión. Los comunistas denuncian el programa de la «izquierda» como un fraude, igual cuando gimen por las violación de las libertades públicas o se lamentan que el gobierno no es suficientemente enérgico. Lo único que pudiera alegrarnos es que a medida que este fraude descubre su velo, el liberal aparecerá claramente como un gendarme; aunque se ponga el uniforme para arrestar a Mussolini, siempre será un gendarme. Es verdad que no detendrá a Mussolini, pero montará guardia para proteger al enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

Por lo tanto, no estamos ni por un gobierno débil, ni por un gobierno fuerte; ni de derecha, ni de izquierda. No nos van a hacer tragar esas distinciones a efecto puramente parlamentario. Sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de maniobras de corrillo entre «honorables». Estamos por un único gobierno: el gobierno revolucionario del proletariado. Y no se lo exigimos a nadie, lo preparamos contra todos, en las filas del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte del proletariado!»

Es con estas vigorosas palabras que se cierra el estudio de los acontecimientos de 1921, y en las cua-



les se condensa nuestra «alternativa» al esfuerzo desesperado de la sociedad burguesa por organizarse centralmente para resistir al ataque proletario. En los próximos artículos de esta serie, volveremos a detallar los principales episodios de los años 1922, 1923 y 1924, y de la lucha que, hasta el final, el Partido Comunista de Italia siguió llevando a contra-corriente.

(Al seguir al número próximo de la revista)

(1) Este informe fue presentado en la reunión general del Partido realizada en Florencia del 20 de abril al 1º de mayo de 1967. Publicado en «Il Programma comunista», n° 16.

(2) El historiador Gaetano Savemini, socialista para entonces, había llamado a Giolitti «ministro de la mafia» por su habilidad para aprovechar los recursos de la democracia reformista y socializante, mientras que utilizaba a las mafias locales – especialmente en el Sur – para controlar administraciones comunales dóciles y falsificar las elecciones a su favor, sin excluir la violencia abierta de los «mazzieri» (alguaciles) con el fin de intimidar a los obreros agrícolas.

(3) Es esto lo que explicará el representante del P.C. de Italia que defendía entonces las posiciones de la Izquierda, en el IV Congreso de la I.C.

(4) El veintiuno de noviembre de 1920, los fascistas tomarán por asalto al Palacio de la Municipalidad en el cual venía de instalarse la nueva administración socialista triunfalmente elegida. En la refriega que siguió hubo 9 muertos y 100 heridos. Estos incidentes marcan el comienzo de las expediciones punitivas contra las... plazas fuertes del proletariado, es decir, según la estúpida concepción de los reformistas... las municipalidades locales (!!).

(5) Los «arditi» (trad.: «valientes, intrépidos») eran grupos de asalto del ejército regular apertrechados con puñales y granadas de mano.

(6) L'Ordine Nuovo, fracción del Partido Socialista con una concepción idealista y obrerista que seguirá a la fracción abstencionista en el nuevo partido luego de la escisión de Liorna. Implantada en Turín, y dirigida por Gramsci y Togliatti que más tarde se convertirán en los espantapájaros de Moscú contra la Izquierda que había fundado el partido.

(7) Esta incompreensión de Gramsci, de un enunciado fundamental del marxismo aparece netamente en sus escritos en el siguiente pasaje: «Desde un punto de vista constitucional, ¿que queremos decir cuando afirmamos que los poderes públicos ejecutivo, legislativo y judicial no están separados ni son independientes unos de otros, sino reunidos en un solo poder, el poder ejecutivo». ¿Como si la noción de «dictadura de una clase» era de orden... constitucional, y no social e histórica!

(8) F.I.O.M.: Federación Italiana de los Obreros Metalúrgicos.

(9) En el cuadro del presente artículo no podemos desarrollar este punto capital, pero la revista «Programme Communiste» ha publicado una serie de textos relativos a la lucha sindical del P.C. de Italia cuando estuvo dirigida por la Izquierda. Estos son ricos en

enseñanzas de candente actualidad.

(10) «En tanto que comunista» declaraba el representante de la Izquierda, «primero soy centralista, y sólo después abstencionista». Y agregaba luego que si el parlamentarismo revolucionario tuviese algún sentido, era precisamente en aquella situación reaccionaria de 1921.

(11) Esta actividad ha sido evocada en una serie de artículos publicados en «Il Programma Comunista», órgano del Partido Comunista Internacional en Italia bajo el título «La acción del Partido Comunista de Italia, sección de la III Internacional, dentro del movimiento sindical y la clase obrera». Como ya lo hemos indicado, estos textos han sido publicados en dicha revista.

(12) Cf. octubre - noviembre - diciembre de 1969. Estas iniciativas pertenecían a los *Arditi dei Popolo*, organización militar de inspiración antifascista banal. («Programme Communiste», n° 45, julio de 1969).

(13) Término en italiano que sirve para designar a los parlamentarios («onorevole»)

(14) Es esta solución la que triunfó cuando Ivanoé Bonomi, padre de todas las «vías nuevas al socialismo», se transformó en presidente del Consejo.

(15) Como ya lo hemos indicado, los «arditi» eran grupos de asalto de la armada regular apertrechados con puñales y granadas de mano.

(16) En septiembre de 1919, jugando a los Garibaldi, d'Annunzio ocupa Fiume con sus «arditi»; pero como el tratado de Rapallo había declarado Fiume Estado independiente, el ejército italiano expulsa a d'Annunzio de la ciudad (27-29/12/1921)

(17) El grupo ordinovista de Gramsci, siempre inestable aunque rápido en disciplinarse al... primer latigazo, al comienzo coqueteó con los *Arditi dei Popolo*, lo mismo en 1924, durante la crisis Mateotti, Gramsci no podrá abstenerse de ir a visitar a... Grabieli d'Annunzio, como posible opositor al fascismo.

(18) «Programme Communiste» la revista francesa, de la cual extraemos este artículo para su traducción, ha publicado luego otro artículo que ilustra la vigorosa lucha del Partido Comunista de Italia, en los meses aquí citados, para movilizar a los obreros (hartos de los malos dirigentes) sobre el terreno de la lucha económica, terreno natural de la lucha de clase en general.

(19) Es decir, el frente único de las diversas centrales sindicales en la lucha reivindicativa.

(20) Se trata del Segundo Congreso nacional de los Fascias, que se tuvo en Roma del 7 al 10 de Noviembre de 1921, constitutivo del Partido Nacional Fascista. Treinta mil fascistas se habían dado cita en la ciudad, donde se librarán a sus exacciones habituales (5 muertos y 120 heridos en tres días). El 9 de noviembre asesinan a un ferroviario y esto desencadena una huelga general que nada – ni el gobierno ni los fascistas – pudo detener; esta cesará el 14 mucho después de haberse terminado el Congreso. El programa del PNF adoptado por el Congreso no será publicado que el 27 de diciembre en «Il popolo d'Italia».

(21) Es decir, de la doctrina según la cual la historia obedecería a leyes.

**Traducido de: Programme communiste, n° 45, julio-septiembre de 1969 y n° 46, octubre-diciembre de 1969.**

**Publicado en Il Programma Comunista, del n° 16 del 22 de septiembre - 3 de octubre de 1967 al n° 3 del 15-29 de febrero del siguiente año.**



# EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):**

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión

estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

